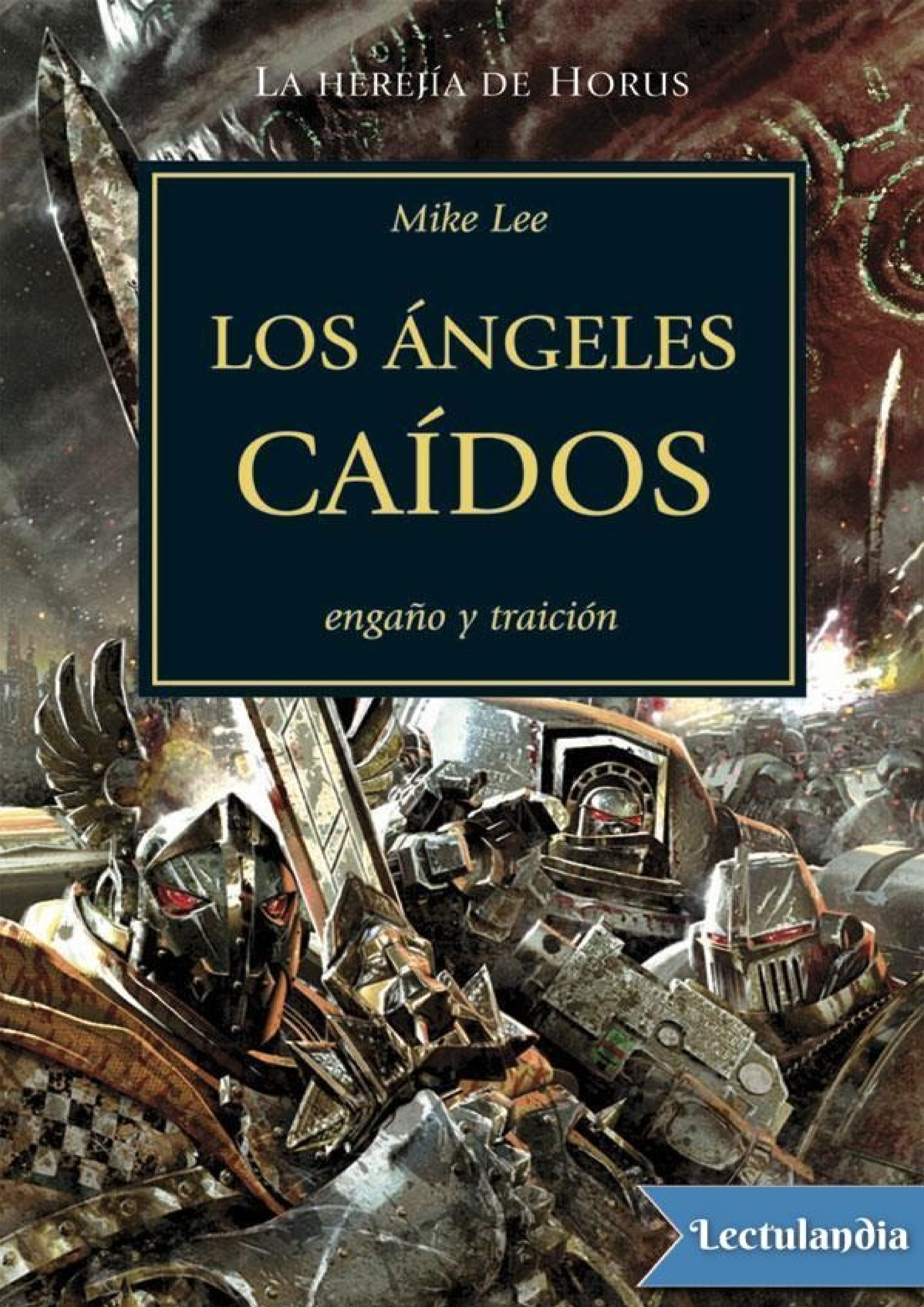


LA HEREJÍA DE HORUS
Mike Lee
LOS ÁNGELES CAÍDOS
engaño y traición
Lectulandia

Las noticias sobre la traición de Horus se extienden.

La Gran Cruzada parece haber alcanzado un punto muerto durante el cual los primarcas y sus legiones deciden de qué lado descansará su lealtad, si del lado del Emperador o del lado de Horus el señor de la Guerra. Los Ángeles Oscuros serán puestos a prueba tanto en el espacio exterior como en su propia patria, Caliban. Mientras su planeta se esfuerza por liberarse del gobierno de las leyes del Imperio, una guerra civil estalla en su interior. Las esperanzas están puestas en Los Ángeles Oscuros que se verán inmersos en un sangriento conflicto en el que todo lo que conocen y en lo que confían quedará en entredicho.

Lectulandia

Mike Lee

Los ángeles caídos

Engaño y traición

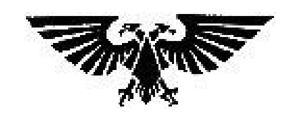
Warhammer 40000. Herejía de Horus 11

ePUB r1.4
epublector 11.06.13


WARHAMMER
40,000
LA HEREJÍA DE HORUS

Título original: *Descent Of Angels: Loyalty and Honor*
Mitchell Scanlon, 2008
Traducción: Alicia Meléndez Sousa y Vicky Charques Cánoves

Editor digital: epublector
ePub base r1.0



LA HEREJÍA DE HORUS

Una época legendaria

Héroes extraordinarios combaten por el derecho a gobernar la galaxia. Los inmensos ejércitos del Emperador de Terra han conquistado la galaxia en una gran cruzada: los guerreros de élite del Emperador han aplastado y eliminado de la faz de la historia a innumerables razas alienígenas.

El amanecer de una nueva era de supremacía de la humanidad se alza en el horizonte.

Ciudadelas fulgurantes de mármol y oro celebran las muchas victorias del Emperador. Arcos triunfales se erigen en un millón de mundos para dejar constancia de las hazañas épicas de sus guerreros más poderosos y letales.

Situados en el primer lugar entre todos ellos están los primarcas, seres pertenecientes a la categoría de superhombres que han conducido los ejércitos de marines espaciales del Emperador a una victoria tras otras. Son imparables y magníficos, el pináculo de la experimentación genética. Los marines espaciales son los guerreros más poderosos que la galaxia haya conocido, cada uno de ellos capaz de superar a un centenar o mas de hombres normales en combate.

Organizados en ejércitos inmensos de decenas de miles de hombres llamados legiones, los marines espaciales y sus jefes primarcas conquistan la galaxia en el nombre del Emperador.

El más importante entre los primarcas es Horus, llamado El Glorioso, la Estrella Más Brillante, el favorito del Emperador, es igual que un hijo es para él. Es el Señor de la Guerra, el comandante en jefe del poderío militar del Emperador, dominador de un millón de mundos y conquistador de la galaxia. Se trata de un guerrero sin par, un diplomático eminente.

Cuando las llamas de la guerra se extienden por toda la galaxia, los paladines de la humanidad se venir enfrentados a su mayor desafío.



DRAMATIS PERSONAE

Con la 4.ª Flota Expedicionaria del Emperador

LION EL'JONSON	Hijo del Emperador, primarca de la I Legión
HERMANO REDENTOR NEMIEL	Capellán
CAPITÁN STENIUS	Señor de la barcaza de combate *Causa Invencible*
SARGENTO KOHL	Terrano, veterano de muchas campañas
TECNOMARINE ASKELON	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
MARTHES	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
VARDUS	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
EPHRIAL	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
YUNG	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
CORTUS	Miembro de la Escuadra de Veteranos del sargento Kohl
TITUS	Dreadnought

En Caliban

En su día un gran caballero; ahora,

LUTHER	con Jonson ausente, señor de Caliban.
LORD CYPHER	Guardián de Secretos
HERMANO BIBLIOTECARIO ISRAFAEL	Gran Maestre / Jefe de los Epistolarios en Caliban
HERMANO BIBLIOTECARIO ZAHARIEL	Aprendiz de bibliotecario
SEÑOR DEL CAPÍTULO ASTELAN	Terrano, uno de los señores entrenadores de Luther
MAESTRE REMIEL	Anciano y valorado maestro entrenador de la legión.
HERMANO ATTIAS	Veterano de Sarosh y miembro del cuerpo de entrenamiento
GENERAL MORTEN	Terrano, comandante de los Jaegers Calibanitas

MAGOS ADMINISTRATUM

TALIA BOSK	Terrano, burócrata imperial jefe en Caliban
SAR DAVIEL	Antiguo caballero de la Orden
LORD THURIEL	Descendiente de una nobleza en su día muy poderosa
LADY ALERA	Pertenece a la nobleza y es señora de su casa
LORD MALCHIAL	Hijo de un famoso caballero, ahora caído con los tiempos difíciles

En Diamat

GOBERNADOR TADDEUS KULIK	Gobernador imperial de Diamat
MAGOS ARCHOI	Señor de la Forja de Diamat



PRÓLOGO
LEALTAD Y HONOR

Caliban
Año 147 de la Gran Cruzada del Emperador

No hubo toque de trompetas para anunciar su llegada, ni los esperaba una exaltada multitud para darles la bienvenida. Regresaron a Caliban en mitad de la noche tras descender a través de las sombrías nubes de una de las últimas tormentas de otoño.

Una tras otra, las naves de desembarco traspasaron el encapotado cielo, y las blancas luces de los trenes de aterrizaje atravesaron la oscuridad mientras continuaban el descenso hacia la plataforma de aterrizaje. Durante unos instantes, los negros cascos de las Stormbird se vieron iluminados por el cegador brillo amarillo de las luces del espaciopuerto que resaltaban la insignia de la espada alada de la I Legión del Emperador en las amplias alas de los transportes.

Las naves de asalto encendieron los reactores y tomaron tierra sobre la plataforma de aterrizaje entre una inmensa nube de humo y de sibilante vapor. Momentos después se oyó el estruendoso sonido metálico de las rampas de asalto golpeando el permacemento, seguido de los pesados pasos de miles de pies acorazados. Inmensos gigantes de anchos hombros emergieron entre la ondulante neblina. La lluvia golpeaba sobre las placas curvas de la servoarmadura negra de los Ángeles Oscuros y empapaba las blancas túnicas de los guerreros iniciados. Aquí y allá, algunos luceros de borrosa luz carmesí escapaban a través de las viseras de los yelmos de combate, pero la mayoría de los astartes tenían el rostro descubierto ante la tormenta. El agua caía sobre sus toscas frentes y sus pómulos romos, sobre los relucientes conectores de datos y sobre sus cabezas afeitadas. La expresión de todos ellos era dura e impasible como la roca.

Los astartes marcharon hasta el otro extremo del permacemento y formaron filas en silencio de cara a las Stormbird con las pistolas bólter en posición de presentando armas. No había orgullosos estandartes que elevar sobre las hileras apretadas, ni audaces campeones que encabezasen las filas con sus ceremoniales arneses y sus espadas de precisión. Todos aquellos honores se habían quedado atrás, con el resto de capítulos que seguían luchando con el primarca en la 4.ª Flota Expedicionaria en Sarosh. Sus armaduras estaban bruñidas y sin adornos; sólo unos pocos presentaban señales de cicatrices de combate que se habían ido curando durante el largo viaje de regreso. Desde que dejaron Caliban para unirse a la cruzada del Emperador tan sólo habían participado en una única campaña; sólo algunos de ellos habían estado antes en un combate donde recibieron la orden de volver a casa.

Los reactores rugían a medida que las Stormbird vacías se elevaban pesadamente para dejar sitio a las muchas otras naves de desembarco que descendían a través del cielo encapotado de color gris metálico. Las filas de los guerreros que regresaban fueron aumentando y pronto llenaron el extremo norte de la plataforma de aterrizaje. Se tardaron más de cuatro horas en transportar a todo el contingente hasta la superficie del planeta, y las naves de asalto no dejaron ni por un momento de aterrizar y despegar. Los guerreros congregados esperaban y observaban en absoluto silencio, imperturbables y quietos como estatuas, mientras el viento aullaba y la tormenta rugía a su alrededor.

Dos horas antes del alba, la última escuadrilla de transportes tomó tierra. Las filas de astartes se movieron ligeramente cuando los guerreros salieron de su meditación y recuperaron el estado de completa atención mientras las rampas de las últimas Stormbird descendían y sus pasajeros desembarcaban.

Primero llegaron los heridos: astartes que habían sufrido heridas graves durante el desembarco de combate en Sarosh. Sus figuras inconscientes eran transportadas en camillas gravíticas y atendidas por los atentos apotecarios de la legión. A éstos les siguió la Guardia de Honor, compuesta de los guerreros iniciados de mayor rango en el cuerpo. A la cabeza marchaba el hermano bibliotecario Israfael, con su adusto rostro oculto bajo las profundidades de una amplia capucha de brocado. Todos los astartes de la Guardia de Honor vestían túnicas aderezadas con rubíes, zafiros, esmeraldas, adamantinos u oro que simbolizaban su devoción a uno de los Altos Misterios. Todos excepto uno.

Zahariel marchaba diez pasos por detrás del hermano Israfael con la cabeza oculta bajo una capucha al igual que su mentor, y con las manos acorazadas sumergidas entre las amplias mangas de su austera túnica. Se sentía incómodo y fuera de lugar entre los campeones y los iniciados de alto rango, pero Israfael había insistido.

—Nos salvaste a todos en Sarosh —declaró el bibliotecario una vez a bordo de la *Ira de Caliban*—, incluido al mismísimo primarca. Y últimamente pasas más tiempo

junto a Luther que todos nosotros juntos. Si tú no mereces estar en la Guardia de Honor, ninguno de nosotros lo merece.

La Guardia de Honor seguía de manera acompasada a sus hermanos heridos, que avanzaban lentamente junto a las filas de Ángeles Oscuros que aguardaban y que después se marcharon en dirección a las extensas instalaciones médicas de Aldurukh. Israfael detuvo a la Guardia de Honor ante los astartes reunidos y murmuró una repentina media vuelta. Doce botas golpearon el suelo al unísono sobre el mojado y resbaladizo permacemento y todos los guerreros se pusieron firmes. La lluvia repiqueteaba contra la capucha de Zahariel y poco a poco la iba pegando a su afeitada cabeza.

Al otro lado de la plataforma de aterrizaje, la rampa de asalto de la Stormbird descendió con un leve silbido del sistema hidráulico. Una luz rojiza iluminó la rampa y dibujó una larga figura marcial sobre el chamuscado pavimento al tiempo que una figura acorazada emergía hacia la noche tormentosa.

Justo en ese instante, la lluvia torrencial amainó y el aullante viento aflojó, como si contuviese el aliento, mientras Luther pisaba Caliban de nuevo. El otrora caballero lucía una reluciente armadura negra y dorada forjada a medida al estilo calibanita en lugar de seguir el pesado patrón de la de tipo cruzado que vestían la mayoría de los astartes. En su antebrazo llevaba atado un curvo escudo de combate adamantino con la insignia de una serpiente calibanita, mientras que su hombrera derecha presentaba la insignia de la espada alada de la I Legión del Emperador sobre un fondo verde oscuro. En la cadera izquierda llevaba a *Anochecer*, la temible espada de energía que le había regalado Lion El’Jonson en tiempos mejores. A la derecha, en una funda, descansaba una vieja y gastada pistola que había utilizado en infinidad de ocasiones en los bosques plagados de monstruos de Caliban. Un gran yelmo alado ocultaba los rasgos del caballero y una pesada capa negra ondeaba sobre sus pies mientras avanzaba con velocidad hacia los guerreros congregados.

Todas las miradas estaban puestas en Luther, que se detuvo a veinte pasos exactos de los astartes e inspeccionó sus filas con ojos brillantes e implacables. Aunque había recibido gran parte de las mejoras físicas que habían experimentado Zahariel y los demás, a diferencia de ellos Luther ya era demasiado viejo para recibir la semilla genética. Sus hombres le sacaban la cabeza y los hombros, pero su propia presencia física parecía llenar el espacio que lo rodeaba, lo que le hacía parecer mucho más grande de lo que en realidad era. Incluso Israfael, terrano de nacimiento, parecía algo cohibido en presencia del número dos del León. Era la clase de hombre que sólo nace una vez cada mil años, la clase de hombre que podría haber unido a todo Caliban de no haber sido por la aparición de otra figura todavía más poderosa: el mismísimo Lion El’Jonson.

Luther observó a los astartes un momento más y después elevó los brazos y se

despojó del yelmo. Su rostro era cuadrado y bien parecido, con pómulos pronunciados y nariz aguileña. Tenía los ojos oscuros y penetrantes, como esquirlas de obsidiana pulida, y el cabello negro azabache y completamente afeitado.

Los truenos resonaban por el sur y el viento empezó a levantarse de nuevo, lanzando una cortina de fría lluvia sobre la plataforma de aterrizaje. Luther alzó la vista hacia el cielo y cerró los ojos. A Zahariel le pareció vislumbrar un atisbo de sonrisa en su rostro mientras las gotas golpeaban sus mejillas. El agua cayó con más fuerza hasta convertirse de nuevo en un aguacero.

Zahariel observaba mientras Luther respiraba hondo y miraba de nuevo a las tropas reunidas. Esta vez la sonrisa era amplia y de camaradería, pero Zahariel advirtió que ésta no llegaba hasta los ojos del caballero.

—Bienvenidos a casa, hermanos —dijo Luther con voz poderosa a través de la lluvia y el viento, lo que provocó atribuladas risas entre los astartes de las primeras filas—. Siento no poder prometeros un gran banquete como el que recibía a los caballeros de antaño. Si tenemos suerte y le echamos un poco de atrevimiento tal vez podamos asaltar la cocina del maestre Luwin y salir corriendo con algunos víveres frescos antes de empezar las labores diarias.

Muchos de los Ángeles Oscuros rieron al imaginarlo y al recordar a Luwin, el refunfuñón tirano de las cocinas de la vieja Aldurukh. A pesar de que no era su intención, Zahariel se rió al recordar sus días de aspirante y al rememorar con afecto los pasillos y los patios de la fortaleza. Por primera vez desde que habían abandonado Sarosh sintió unas ganas inmensas de volver a ver Aldurukh.

Antes de que las risas se apagasen por completo, Luther se colocó el yelmo bajo el brazo derecho e hizo un gesto de aprobación hacia la Guardia de Honor.

—Muy bien —dijo—. Vayamos a ver cuánto ha cambiado la vieja roca en nuestra ausencia.

Sin decir más, Luther dio media vuelta y se dirigió a la carretera de acceso de la plataforma de aterrizaje con los hombros rectos y la cabeza erguida. La Guardia de Honor siguió sus pasos inmediatamente, y poco después el suelo resonó con el estruendo de cientos de pies acorazados conforme el resto del cuerpo iniciaba la marcha hacia la lejana fortaleza.

Luther marchaba a la cabeza de la columna como un héroe vencedor que regresaba a Caliban cubierto de gloria en lugar de exiliado. Zahariel pensó que había representado una función digna de admiración, pero se preguntaba si habría conseguido convencer a alguno de sus hermanos.

Oficialmente se les había ordenado que regresasen a Caliban porque la Gran Cruzada estaba a punto de entrar en una nueva fase operativa y la I Legión necesitaba urgentemente nuevos reclutas para cumplir las tareas que el Emperador había

planeado para ellos. El León explicó que era necesario enviar a guerreros con experiencia a casa para acelerar el proceso de entrenamiento, y se redactó una lista de nombres que circuló por toda la flota. Tras poco más de una semana de ser desplegados en su primera campaña, Zahariel y más de quinientos de sus hermanos (más de medio capítulo) descubrieron que habían sido excluidos.

La noticia los pilló a todos por sorpresa. Zahariel lo había visto en los ojos de sus hermanos de batalla mientras se reunían en la cubierta de embarque para iniciar el largo camino de vuelta a Caliban. Si la legión necesitaba guerreros tan desesperadamente, ¿por qué los apartaban a ellos de las primeras líneas de combate? Entrenar a los reclutas era tarea de los ancianos, de hombres llenos de sabiduría que ya habían pasado su momento físico óptimo. Así es como se había hecho en su mundo natal durante generaciones, y a nadie le había pasado inadvertido que prácticamente todos los astartes enviados de vuelta eran de Caliban y no de Terra.

El anuncio de que el mismísimo Luther sería el encargado de llevar a cabo la campaña de reclutamiento fue, irónicamente, lo que los convenció de que algo no iba bien. No tenía ningún sentido que Luther, el hombre que había sido la mano derecha de Jonson durante décadas y que se había llegado a convertir en el número dos de la legión a pesar de no ser un astartes, abandonase la cruzada para entrenar a los jóvenes reclutas en Aldurukh. Lo estaban enviando lo más lejos posible del León, y al resto del cuerpo lo estaban exiliando con él.

Siguieron sus órdenes a rajatabla, sin hacer preguntas y sin vacilar, tal y como se les había entrenado. Pero Zahariel veía la duda en el interior de todos sus hermanos de batalla. «¿Qué hemos hecho?». «¿En qué le hemos fallado?». Pero Luther les dio poco tiempo para especular. Una vez que la *Ira de Caliban* entró en el espacio disforme, estableció un riguroso régimen de mantenimiento del equipo, de entrenamiento de combate y de preparación mental que redujo el tiempo libre al mínimo. A efectos prácticos, parecía que el número dos de la legión le había tomado la palabra al primarca y pretendía cumplir su tarea de la mejor manera posible. Cuando no estaba inspeccionando el equipo o supervisando los ejercicios de combate, Luther se pasaba el resto del tiempo aislado en sus aposentos, diseñando planes para supervisar los entrenamientos en Aldurukh.

Zahariel estaba tan ocupado como el resto, aunque pronto se vio exento de los aspectos más mundanos de las inspecciones a bordo de la nave y de las prácticas de preparación mental para entrenar sus poderes psíquicos bajo la tutela del hermano bibliotecario Israfael y para ejercer como ayudante de campo de Luther extraoficialmente.

Había recibido la orden poco después de comenzar el viaje. Luther necesitaba un asistente que lo ayudase con las órdenes para el nuevo plan de entrenamiento y para organizar las actividades a bordo de la nave. Había escogido a Zahariel

personalmente para el puesto. La mayoría dieron por hecho que había escogido al joven astartes por sus hazañas compartidas durante el intento de asesinato de los saroshi en el buque insignia del primarca, la *Causa Invencible*. Y tenían razón, pero no por las razones que ellos imaginaban.

Los saroshi eran gentes de gran cultura que ocultaban un terrible cáncer en el corazón de su civilización. En algún momento durante la pesadilla conocida como la Era de los Conflictos sellaron un pacto con una terrible entidad a cambio de su propia supervivencia. Cuando los Ángeles Oscuros asumieron la tarea de dar forma a la sumisión de Sarosh, los líderes del planeta intentaron asesinar a su primarca metiendo a escondidas una cabeza atómica en su buque insignia. Si Luther y Zahariel no hubiesen descubierto la bomba y no se hubiesen encargado de ella, la legión habría recibido un golpe catastrófico, o eso se decía.

Luther nunca mencionó el incidente durante lo que duró el viaje de regreso a Caliban, pero el asunto flotaba en el aire entre ellos. ¿Habría sospechado Jonson la verdad? ¿Fue ésa la razón por la que decidió alejar a Luther? ¿Estaba castigando a Zahariel también en virtud de su relación con aquel incidente?

No había manera de saberlo.

Aquel espaciopuerto era uno de cinco en un perímetro de doscientos kilómetros cuadrados alrededor de la fortaleza de la legión, Aldurukh. Zahariel recordaba un tiempo en el que todo aquel terreno estaba cubierto de espesos bosques repletos de plantas y de bestias letales. Los planetólogos imperiales consideraban que Caliban era un «mundo de muerte», un planeta que no sólo era peligroso, sino que además era hostil para la vida humana. Todos los días era una lucha por la supervivencia, y la vida era dura y, muy a menudo, corta. Pero la humanidad logró sobrevivir gracias al valor y al sacrificio de las órdenes de caballería del planeta.

Lion El'Jonson unió a todas las órdenes de caballería bajo su liderazgo y dirigió una exitosa campaña para erradicar a los monstruos más mortíferos de Caliban, pero el golpe final lo asestó el Imperio. Los servidores del Emperador descendieron sobre el planeta con enormes máquinas que despejaron decenas de kilómetros de bosque al día y que dejaban a su paso tierra vacía y sin vida. Después construyeron minas, refinerías y manufactórums listos para transformar los abundantes recursos del planeta en vital material bélico para la cruzada del Emperador. Para abastecer la expansión industrial, que crecía considerablemente de manera vertical y horizontal año tras año, se fueron levantando ciudades, y los pueblos y aldeas se fueron quedando vacíos, ya que sus ciudadanos eran trasladados a puestos donde pudiesen servir mejor al Imperio.

En el pasado, más de dos decenas de aldeas y de emplazamientos habían abastecido la fortaleza de Aldurukh y le habían proporcionado de todo, desde

alimento hasta prendas de vestir, metales y medicinas para que los caballeros pudiesen desarrollar sus habilidades y defender sus tierras de las bestias. Ahora todo aquello había desaparecido. Las tierras que rodeaban la fortaleza se habían nivelado y se habían transformado en un vasto complejo militar y logístico. A Zahariel le costaba recordar dónde estuvieron situadas cada una de las aldeas en su día. Ahora, además de los espaciopuertos, había centros de entrenamiento, barracones, arsenales, almacenes y centros de mantenimiento que se extendían hasta donde alcanzaba la vista, todos dedicados a abastecer a la legión con los hombres y el equipo que necesitaban para desempeñar su papel en la Gran Cruzada.

Incluso a esas horas de la noche, el destacamento pasó casi inadvertido entre la bulliciosa actividad que rodeaba la fortaleza. Los cargueros y las lanzaderas iban y venían por los distintos espaciopuertos y las estaciones orbitales, trasladando los suministros y el personal destinado a las primeras filas. Los Ángeles Oscuros pasaron largos convoys de transportes de armamento y material y de camiones de abastecimiento que iban y venían de las plataformas de aterrizaje. Secciones de vehículos blindados pasaban a toda prisa en dirección a los centros de clasificación al sur de la fortaleza o hacia los campos de entrenanto de las unidades auxiliares del Ejército Imperial de la legión. En un momento dado, un regimiento de nuevos reclutas se detuvo y se apartó rápidamente de la carretera para dejar pasar a los astartes. Los jóvenes y las mujeres con sus nuevos e impolutos trajes de combate observaban con la boca abierta a los gigantes y a la figura con armadura dorada que los dirigía.

Marcharon bajo la lluvia y el viento durante diez kilómetros, atravesaron muros de cerramiento de permacemento tachonados con generadores de escudos de defensa y emplazamientos de artillería automatizados. Cuanto más se acercaban a Aldurukh, más densos y altos se volvían los edificios, hasta que finalmente los astartes se encontraron descendiendo por unos cañones artificiales iluminados únicamente por unos globos de luz.

Pero Aldurukh se alzaba sobre todo lo demás; era un bastión de fuerza y de tradición rodeado de un mar de constantes cambios. Sus flancos de granito habían quedado descubiertos gracias a las máquinas de construcción imperiales. Incluso ahora, las titánicas excavadoras escalaban sus escarpados laterales, recortando los salientes y abriendo túneles profundos en la roca mientras la fortaleza continuaba expandiéndose hacia el corazón de la montaña. Zahariel había oído hablar de un plan para crear una serie de puertas a sus pies que proporcionarían acceso directo a los niveles subterráneos de la fortaleza, así como unos ascensores que transportarían a sus ocupantes hasta el centro de la fortificación en cuestión de segundos. Por muy útil que pudiese parecer, aquella idea le resultaba un tanto ofensiva; los caballeros de la Orden habían recorrido el trayecto que ascendía por el Camino del Errante hasta las

puertas del castillo durante siglos y habían adquirido gran importancia en sus leyendas y tradiciones. Sus hermanos podían utilizar los transportes si lo preferían; él tenía intención de recorrer la vía construida por sus antepasados mientras fuese capaz de hacerlo.

Para su alivio, la fortaleza todavía no había cambiado tanto en los años que había estado ausente. En la base de la montaña, elevándose de manera incongruente a ambos lados de una calle estrecha y pavimentada que atravesaba dos altísimos barracones, se alzaban los antiguos y erosionados menhires que indicaban el inicio de la vieja calle. Las vetustas rocas representaban el principio y el final de las etapas del viaje de un caballero: el menhir de la izquierda mostraba a un orgulloso caballero que avanzaba con paso decidido hacia el mundo, pistola y espada sierra en mano; el de la derecha mostraba a un guerrero cansado y herido, con la armadura y las armas maltrechas, arrodillado pero con la cabeza erguida contemplando su vuelta a casa. Zahariel sonrió al ver cómo Luther deslizaba los dedos suavemente sobre el menhir de la derecha mientras pasaba, una tradición que se remontaba a los albores de su hermandad. Él también repitió el gesto. Al sentir la suavidad de la piedra bajo las puntas de los dedos, pensó en todas las generaciones de antepasados que habían hecho lo mismo durante milenios.

La tormenta amainó mientras recorrían la estrecha y curva calle, aunque el viento seguía meciendo sus túnicas y tirando de sus capuchas mientras las nubes palidecían con la primera luz del alba. La subida, aunque larga, acabó más rápido de lo que Zahariel esperaba. Después de lo que parecieron sólo un par de horas, se encontró en una plaza amplia y pavimentada que en el pasado había sido un claro arbolado en el que, en su día, los aspirantes a la Orden tenían que pasar una larga y angustiosa noche ante las puertas del castillo.

Ahora, a medida que los Ángeles Oscuros se aproximaban, esas puertas se abrieron de par en par, y Zahariel vio con sorpresa que el patio que había al otro lado estaba repleto de filas de jóvenes reclutas formados para crear un pasillo que conducía a los pies de la ciudadela externa del castillo. Se notaba que se habían congregado de manera apresurada; muchos de ellos observaban a los recién llegados con una mezcla de curiosidad y de sorpresa.

Luther condujo a sus guerreros por el pasillo de hombres como si hubiese estado esperando aquella improvisada asamblea desde el principio. Al otro extremo de la larga línea de reclutas aguardaban dos figuras: una débil y encorvada a causa de la edad, y la otra cubierta con una armadura oscura y envuelta en una túnica con adornos de oro. Luther se detuvo a una respetuosa distancia de ambos y, tras él, el cuerpo de astartes lo imitó con el estruendo de sus pies acorazados.

En ese instante, los reclutas reunidos se arrodillaron e inclinaron la cabeza ante el caballero dorado. Desde la torre de entrada sonó una trompeta, la señal tradicional de

que un caballero regresaba a casa tras una larga y peligrosa misión. El maestro Remiel, en los últimos tiempos gobernador del castillo de Aldurukh, también se arrodilló ante Luther. Tras él, lord Cypher inclinó la cabeza en señal de respeto hacia el número dos de la legión, aunque Zahariel advirtió un leve atisbo de recreación en los ojos del guerrero.

Cypher no era un nombre, sino un título; uno que se remontaba a los primeros días de la Orden. Su papel era el de conservar las tradiciones, las costumbres y la historia de la hermandad, así como mantener la integridad de los Altos Misterios (las tácticas avanzadas y las enseñanzas compartidas con los iniciados más veteranos). Puesto que se trataba de la personificación literal de la Orden y de sus creencias, una vez que alguien recibía el cargo de Cypher renunciaba a su propio nombre. Él era la piedra de toque de la hermandad, un caballero de gran experiencia y sabiduría que poseía poco poder real, pero ejercía una gran influencia en la organización.

El lord Cypher actual era un enigma todavía mayor que los demás, principalmente a causa de su juventud y su falta de antigüedad en la hermandad. Cuando Lion El'Jonson se convirtió en el Gran Maestre de la Orden todo el mundo esperaba que nombrase al maestro Remiel para el puesto; sin embargo, escogió a un caballero menos conocido y más joven que Luther o que muchos otros hombres de alto rango. Se dijo que el nuevo Cypher había recibido entrenamiento en una de las fortalezas menores de la Orden, cerca de los peligrosos Bosques del Norte en los que abundaban las bestias, pero incluso eso no era más que un rumor. Nadie entendía la decisión de Jonson, pero tampoco nadie tenía motivos para quejarse. Según se decía, el Cypher actual era una figura más dada a recluirse y más erudita que los anteriores portadores del título, y se pasaba largas horas enfrascado en las bibliotecas y en las salas de archivos del castillo, aunque las dos pistolas que llevaba en el cinturón indicaban que era tan capaz de luchar como cualquier otro miembro de la hermandad.

Luther parecía realmente sorprendido ante el gesto de lealtad del maestro Remiel. De inmediato dio un paso hacia adelante y extendió la mano.

—¿Problemas con las rodillas, maestro? —dijo—. Por favor, deje que lo ayude. —Miró a ambos lados y vio a las filas de reclutas arrodillados—. ¡Levantaos, por el León! —y su voz resonó por las paredes de la ciudadela—. Somos todos hermanos, nadie está por encima de nadie. ¿No es así, lord Cypher?

Cypher inclinó la cabeza a modo de reconocimiento una vez más.

—Así es —respondió con voz tranquila y con una leve sonrisa dibujada en el rostro—. Y eso es algo que todos debemos recordar.

El maestro Remiel observó por un momento la mano estirada de Luther. Vacilante, aceptó la oferta y se levantó con rigidez. Había envejecido mucho en los últimos años y parecía casi diminuto entre la inmensa figura de Cypher y la estatura aumentada de Luther. Como la mayoría de los miembros más antiguos de la Orden,

Remiel había sido aceptado en la legión, pero era demasiado viejo para recibir la semilla genética de los Ángeles Oscuros. Sorprendentemente, se negó incluso a recibir el aumento y el rejuvenecimiento físico básico que hombres como Luther habían experimentado. Era un producto de una era pasada, una era que se perdía en la noche de los tiempos.

—Bienvenido a Aldurukh, hermano —saludó Remiel a Luther. Su voz se había vuelto ronca con la edad, lo que hacía que su tono pareciese más severo e intimidante —. El capitán a bordo de la *Ira de Caliban* nos informó de vuestra inminente llegada, pero no hemos tenido tiempo suficiente para organizar una bienvenida como es debido. —Después alzó el rostro con la puntiaguda barbilla y miró a Luther con un gesto orgulloso y casi desafiante—. Los reclutas están listos para la inspección. Espero obtener vuestra aprobación.

Por primera vez, Zahariel advirtió la ligera tensión que se respiraba en el patio. Por la ligera rigidez en los hombros de Luther supo que él también lo había notado. El joven astartes observó detenidamente a los reclutas reunidos y comprendió que la improvisada bienvenida de Remiel podría haber sido una manera de enviarle un mensaje al cuerpo también.

«El maestro Remiel cree que el León ha perdido la fe en él también. ¿Por qué si no iba a enviar a Luther y a medio capítulo de astartes de vuelta a Caliban para encargarse del entrenamiento de los reclutas?», pensó Zahariel.

El joven astartes nunca antes había cuestionado las órdenes de su primarca. La mera idea de que Jonson pudiese cometer errores era inconcebible. Pero ahora, un terrible presentimiento hizo que se le pusieran los pelos de punta.

A Luther, en cambio, no parecía afectarle el tono de Remiel y rió agarrando el brazo del maestro afectuosamente.

—Seguramente habrá olvidado usted más sobre cómo entrenar a los hombres para la batalla de lo que yo sabré nunca, maestro —dijo bien alto para que todos le oyesen —. Hemos venido a ayudaros a entrenar a más reclutas, no a entrenarlos mejor. —Luther se volvió hacia los hombres formados y sonrió con orgullo—. ¡El Emperador ha hablado, hermanos! ¡Espera grandes gestas de nuestra legión, y nosotros le demostraremos que los hombres de Caliban son dignos de su consideración! La gloria os espera, hermanos, ¿tenéis la lealtad y el honor necesarios para ganárosla?

—¡Sí! —respondieron todos los reclutas con un grito irregular.

Luther asintió con orgullo.

—No esperaba menos de los alumnos del maestro Remiel —dijo—. Pero el tiempo apremia, y todavía queda mucho trabajo por hacer. La Gran Cruzada no espera a nadie, y en breve mis hermanos y yo tendremos que regresar a la gran batalla. Nuestra intención es llevarnos con nosotros al mayor número de reclutas posible. El León os necesita. Nosotros os necesitamos. Y a partir de hoy os

pondremos a prueba como jamás os habían puesto antes.

El discurso causó un gran revuelo entre los reunidos, no sólo entre los reclutas, sino también entre los Ángeles Oscuros que rodeaban a Zahariel. Mirase donde mirase veía expresiones de determinación y de orgullo. Las palabras de Luther habían transformado la atmósfera en el patio en un instante. Incluso al maestro Remiel parecía haberlo emocionado el tono entusiasta del número dos de la legión. El destacamento también lo sintió. Por primera vez veían un noble propósito en su misión en Caliban. No habían sido olvidados. Pronto regresarían a las estrellas junto a sus hermanos a la cabeza de un ejército que habían ayudado a crear; un ejército que conduciría a la I Legión a los anales de la leyenda.

Luther habló de nuevo, esta vez con un férreo tono de mando:

—Hermanos, ¡romped filas! —ordenó—. Retomad vuestra meditación matinal y preparaos para el ciclo de entrenamiento de hoy. Os encontraréis con una gran cantidad de nuevos desafíos conforme vaya progresando el día, de modo que estad preparados para cualquier cosa.

Bajo la atenta mirada del maestro Remiel, los reclutas se marcharon rápido y en silencio del patio. Los astartes del destacamento de formación permanecieron en sus filas, esperando las órdenes de Luther. Zahariel lo observó mientras intercambiaba unas palabras con Remiel cuando el último de los reclutas se hubo marchado. Lord Cypher desapareció en algún momento durante el corto discurso de Luther. El joven astartes ni siquiera se dio cuenta de cómo o cuándo se había marchado.

Al cabo de unos instantes, Remiel se inclinó ante Luther y se retiró. El número dos se volvió hacia los astartes que seguían esperando con expresión seria.

—Bien, hermanos, ahora ya veis el reto que nos espera —dijo con una ligera sonrisa—. Cuanto antes terminemos aquí, antes regresaremos a la lucha, de modo que no pienso perder ni un solo minuto. Dirigíos a los campos de entrenamiento inmediatamente. Vamos a poner a prueba a estos jóvenes.

La Guardia de Honor de Luther inclinó la cabeza y rompió filas. El resto del destacamento los siguió. Justo cuando Zahariel estaba a punto de darse la vuelta para marcharse, Luther lo llamó.

—Unas palabras, hermano —dijo el caballero al tiempo que le indicaba que se acercase.

Zahariel se reunió con Luther mientras el resto del cuerpo abandonaba el patio. El número dos de la legión le explicó brevemente las partes del plan de entrenamiento que pretendía implementar en el transcurso del día.

—Coordinaos con el maestro Remiel para garantizar que todos los instructores son informados de los cambios —dijo—. Voy a tener que dejar toda la puesta en práctica en tus manos, hermano. Por ahora estaré ocupado averiguando lo que ha sucedido en la fortaleza en nuestra ausencia.

—Por supuesto —respondió Zahariel, sorprendido y halagado de que Luther depositase tanta confianza en él.

A pesar de la responsabilidad que aquello suponía, por primera vez desde la batalla de Sarosh se encontraba animado. En aquel momento los dos se encontraban solos en el inmenso patio. Luther miraba al vacío y tenía la mente en otros asuntos. Sin pensarlo, Zahariel dijo:

—Bien hecho, hermano.

—¿A qué te refieres? —Luther miró al joven astartes con socarronería.

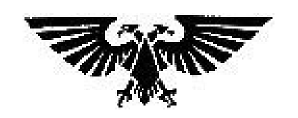
—A lo que has dicho hace un momento —respondió Zahariel—. Ha sido muy inspirador. La verdad es que muchos de nosotros teníamos los ánimos algo bajos desde que dejamos la flota. Nosotros… Bueno, es agradable saber que no estaremos aquí demasiado tiempo. Estamos ansiosos por regresar a la cruzada.

Mientras Zahariel hablaba, la mirada de Luther se fue apagando.

—Ah, eso —respondió con la voz igualmente apagada.

Para sorpresa del joven astartes, Luther se volvió y miró al cielo nuboso.

—Era todo mentira, hermano —dijo con un suspiro—. Hemos caído en desgracia y nada de lo que hagamos aquí podrá cambiarlo. Para nosotros, la Gran Cruzada ha terminado.



UNO
PREPARATIVOS PARA LA GUERRA

Gordia IV
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El llamamiento del primarca sorprendió al hermano redentor Nemiel en la base avanzada del Séptimo Capítulo en las estribaciones de Huldaran, a tan sólo veinte kilómetros al sur de la capital planetaria. Faltaban dos horas para el alba, y los hermanos de batalla del capítulo estaban completando el último control de sus armas y su equipo. Los últimos supervivientes de las maltrechas y violentas divisiones gordianas habían interrumpido por fin su larga y amarga retirada y habían decidido resistir entre las empinadas colinas gris acero. Los Ángeles Oscuros presentían que ésta sería la última batalla de una campaña que ya había durado meses para someter a aquel obstinado mundo.

La noche en aquellas llanuras azotadas por el viento había sido de una actividad frenética. El día anterior, el Séptimo Capítulo había recorrido doscientos kilómetros hostigando a la retaguardia gordiana y tenía poco tiempo para prepararse para asaltar las posiciones fortificadas enemigas. Nemiel había pasado mucho tiempo viajando entre los cuatro campamentos del capítulo, hablando con todas las escuadras, comprobando que estaban alerta y, cuando se lo pedían, aceptando sus juramentos de batalla en nombre del León y del Emperador. Acababa de informar al señor del capítulo Torannen de que estaban listo para el combate cuando recibió el mensaje de la flota: «Hermano redentor Nemiel y escuadra, preséntense en el buque insignia de inmediato. El transporte va en camino».

La Stormbird tomó tierra menos de quince minutos después, justo cuando los bombardeos preliminares imperiales empezaban a caer sobre los puestos de

vanguardia del enemigo. Sorprendido y algo desconcertado, lo único que podía hacer Nemiel era estrecharle la mano a Torannen, aceptar su juramento de batalla y observar cómo los vehículos blindados del Séptimo Capítulo pasaban con gran estruendo hacia el norte sin él y sin sus hombres.

En cuestión de minutos, la nave de desembarco estaba ascendiendo de nuevo. Tras describir una sola órbita alrededor del planeta arrasado por la guerra y tras tomar altura sobre sus tempestuosos océanos y las elevadas cordilleras coronadas de blanco, el piloto de la Stormbird estableció el rumbo hacia la escuadra imperial anclada sobre Gordia IV (y todo para tener que detenerse temporalmente mientras la barcaza de batalla completaba una operación de reabastecimiento y despejaba la cubierta de embarque). Después de que le hubiesen metido tanta prisa, Nemiel tuvo que sentarse y esperar mientras contemplaba el mundo gris verdoso a sus pies y se preguntaba cómo le iría a Torannen y a su capítulo en la batalla.

Había transcurrido media hora. Nemiel pasaba el rato escuchando a través del comunicador que conectaba con la red de mando de la flota y centró su atención en la constelación de naves de guerra y de transportes que rodeaban la barcaza de batalla del primarca. Recordó una época, cincuenta años atrás, en la que la 4.ª Flota de Expedición estaba formada por sólo siete naves. En Gordia VI, la nave insignia estaba acompañada de veinticinco naves de varios tipos distintos, y eso era apenas una tercera parte de la flota. El resto, organizadas en discretos grupos de combate, estaban en acción a lo largo y ancho de los Mundos Escudo, combatiendo contra la Liga Gordiana y contra sus aliados, los degenerados xenos.

Los navíos de guerra anclados alrededor de la nave insignia eran las escuadras de reserva de la flota, así como naves dañadas en las últimas acciones contra la pequeña pero poderosa armada espacial de la Liga. A los lados de los grandes cruceros *Duque de Hierro* y *Duquesa Arbellatris*, los tripulantes de unas pequeñas embarcaciones se encargaban de reparar los flancos dañados por la guerra. Las antorchas de plasma centelleaban fríamente en la oscuridad mientras cientos de servidores reparaban la chapa del casco dañada y los emplazamientos de artillería destrozados. Tras varios minutos de observación ociosa, Nemiel advirtió una frenética actividad alrededor de otra decena de naves. Los cargueros y las lanzaderas no paraban de ir y venir desde una flota de inmensas naves de reabastecimiento y repartiendo de todo, desde combustible para reactores hasta latas de alimento a una velocidad vertiginosa. Por primera vez sintió una punzada de inquietud y se preguntó si la Liga habría conseguido lanzar una contraofensiva sorpresa y coger a la legión desprevenida.

Cuando la Stormbird obtuvo por fin autorización para aterrizar, Nemiel detectó cierta tensión en el ambiente de la cavernosa cubierta de embarque que sólo sirvió para acentuar su desasosiego. Nerviosos oficiales y tripulantes trabajaban organizando cientos de toneladas de suministros y estibándolos lo más rápido posible.

Las órdenes y las furiosas invectivas de los suboficiales quedaron ahogadas bajo el fuerte crepitar de la barrera magnética de la cubierta mientras dos Stormbird más embarcaban en rápida sucesión y aterrizaban justo detrás de la nave de Nemiel.

La rampa de la nave de desembarco tembló bajo el peso de los pies acorazados, y el hermano sargento Kohl dirigió a su pelotón hacia la cubierta. El terrano, que se había quitado el yelmo y lo había enganchado en su cinturón, contemplaba la frenética actividad con el ceño fruncido por el desconcierto. Nemiel observó a Kohl mientras el líder del pelotón se aproximaba hacia él a los pies de la rampa.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó.

Kohl negó con la cabeza. El sargento era uno de los astartes sobrevivientes más antiguos de la legión y había participado en las primeras batallas de la Gran Cruzada hacía doscientos años. Su rostro, curtido tras siglos de dura lucha al servicio del Emperador, era amplio y cuadrado y estaba cubierto de prominentes ángulos y de viejas cicatrices. Su negro cabello trenzado caía alrededor de su corto y ancho cuello, y sobre su ceja derecha relucían cuatro brillantes tachones de servicio. Cuando hablaba, su voz era grave como la de un bajo.

—Jamás había visto algo parecido —dijo con cautela—. Algo ha pasado, de eso no cabe duda. Parece que la flota se está preparando para una batalla.

El campo de contención de la cubierta de embarque (que estaba cada vez más abarrotada) volvió a crepitar y permitió el aterrizaje de dos Stormbird más. Las rampas de asalto descendieron y más pelotones de astartes, todos veteranos a juzgar por los honores de batalla que decoraban sus petos y sus hombreras, desembarcaron con una mezcla de desconcierto y de presteza profesional.

Un tono de alerta resonó a través de los altavoces del comunicador que estaban instalados en el techo.

> Que todos los líderes de escuadra y hombres al mando acudan al strategium inmediatamente.

Nemiel torció el gesto mientras observaba los altavoces. Incluso la voz del anunciante del puente de mando tenía un inusitado tono de preocupación.

—Parece que todo el mundo sabe algo que nosotros no sabemos —refunfuñó.

—Bienvenido a la Gran Cruzada, hermano —respondió Kohl con un gesto de la cabeza.

Nemiel se rió e hizo un gesto de burlona exasperación. Había luchado junto a Kohl y su escuadra muchas veces en las últimas décadas y había aprendido a apreciar su humor sarcástico, pero esta vez Nemiel advirtió cierto tono de tensión en la voz del veterano sargento.

—Vamos —dijo al tiempo que se dirigía hacia los ascensores que se encontraban

en el extremo opuesto de la cubierta de embarque—. Intentemos averiguar qué está pasando.

La tripulación humana se ponía firme ante Nemiel, y sus compañeros astartes inclinaban la cabeza a su paso en señal de respeto. Cincuenta años de dura campaña habían dejado su impronta en el joven calibanita. Su armadura, salida de las forjas de Marte medio siglo atrás, estaba ahora llena de marcas y abolladuras sufridas en los incontables campos de batalla. Los armeros de la legión habían reemplazado su hombrera izquierda tras la batalla en Cyboris, y en la nueva le habían grabado escenas que rememoraban la carga de su capítulo contra los cazadores asesinos cyborianos. De la hombrera derecha colgaban varios galones fijados con oro y plata derretidos para conmemorar sus actos de valor contra muchos de los enemigos de la humanidad. Sobre los hombros portaba la capa de un iniciado veterano ribeteada con dobles bandas rojas y doradas que denotaban su rango en los Altos Misterios, una tradición de la vieja Orden de Caliban que había implementado su primarca. Se había dejado el pelo largo, como sus hermanos terranos, y lo llevaba recogido en apretadas trenzas atadas con hilo de plata. Pero de todas las condecoraciones y galardones que Nemiel había recibido durante el último medio siglo, del que más orgulloso se sentía era del reluciente báculo que llevaba en la mano derecha.

El crozius aquilum lo señalaba como miembro de la selecta orden de los Capellanes de la Legión, encargada de mantener el espíritu de lucha de sus hermanos de batalla y de conservar las antiguas tradiciones de su hermandad. Hacía ya diez años que lo habían nombrado para el puesto, tras el adusto asedio de Barrakan, en el que su capítulo se había visto aislado por los pielesverdes y estuvo atrapado en la base de fuego de Endriago durante dieciocho meses. Al final tuvieron que defenderse de los ataques alienígenas con los puños y con trozos de acero afilado obtenidos de los restos de una fortificación bombardeada, pero a pesar de todo Nemiel nunca flaqueó. Luchó contra los pielesverdes sin descanso y exhortó a sus hermanos a realizar nobles actos de rebeldía a pesar de las escasas probabilidades de éxito. Con la rodilla destrozada tras recibir el hachazo de un pielverde, el calibanita agarró a la bestia por uno de sus colmillos y la pateó hasta la muerte por puro resentimiento. Cuando consiguieron atravesar la última línea de defensa, Nemiel se mantuvo firme frente a un inmenso paladín alienígena y se batió en un épico duelo que proporcionó tiempo al capítulo para lanzar un contraataque que consiguió acabar con la última de las fuerzas enemigas. Al día siguiente, cuando los guerreros, aliviados, consiguieron abrirse camino en la base de fuego, Nemiel permaneció en las murallas y celebró la victoria con el resto de sus hermanos. Tardó varios minutos en advertir las palmaditas sobre sus hombros y su espalda, y entonces se dio cuenta de que el resto del capítulo no estaba celebrando la victoria, estaba aclamándolo a él. Poco después todos votaron con unanimidad para que ocupase el lugar del hermano redentor Barthiel, caído

durante las horas más aciagas del asedio.

Una década después, todo aquello todavía le resultaba algo irreal. ¿Él, un dechado de los ideales de la legión? Desde su punto de vista, lo único que había pasado es que estaba demasiado enfadado y era demasiado cabezota como para dejar que una panda de asquerosos pielesverdes se saliese con la suya. A solas, solía levantar el báculo y negar con la cabeza con incredulidad, como si perteneciese a otra persona.

«Esto debería haber sido de Zahariel —se había dicho a menudo a sí mismo—. Él era el idealista, el verdadero creyente. Yo sólo quería ser un caballero».

No pasaba ni un solo mes en el que no se preguntase qué estaría haciendo su primo en Caliban y se arrepentía de no haberse despedido en Sarosh. La partida de Luther y del resto había sido repentina, y en aquel momento Nemiel había dado por hecho, como todos los demás, que pronto regresarían con la flota. Pero Jonson jamás volvió a hablar de ellos. Ni siquiera leía ya los partes regulares enviados desde Caliban, y relegó esa tarea a sus subordinados. Luther y los demás parecían haber sido totalmente desterrados de la mente del primarca y, conforme los años se convirtieron en décadas, los rumores y las especulaciones empezaron a circular entre las filas. Algunos opinaban que Jonson y Luther habían discutido sobre el desastre que estuvo a punto de suceder en Sarosh, sobre viejos celos y sobre estúpidas enemistades que empezaban a surgir. Otros especulaban con la idea de que Luther y el resto tenían parte de responsabilidad por haber permitido que los saroshi hubiesen conseguido introducir la bomba en la *Causa Invencible*, lo que en ocasiones levantaba acalorados debates entre las facciones terranas y calibanitas de la legión. El primarca Jonson no se pronunció acerca de los rumores, y con el tiempo fueron quedando en el olvido. Ya nadie hablaba mucho de los exiliados. Sólo se los mencionaba en las lecciones de los nuevos iniciados a modo de ejemplo de que, una vez que alguien cae en desgracia, para Lion El'Jonson lo hace para siempre.

«Debería escribirle una carta a Zahariel», pensó distraídamente. Había empezado varias a lo largo de los años que habían transcurrido, pero acababa posponiéndolo cada vez que el capítulo se preparaba para desplegarse en un nuevo conflicto. Después empezó su tutela como capellán, lo que le ocupaba todo el tiempo que no estaba luchando o entrenando para la batalla, y, sin darse cuenta, el tiempo había ido pasando. Decidió volver a intentarlo en cuanto hubiesen conseguido controlar la crisis en curso. Nemiel pensó que, fuera cual fuese el problema, Jonson y la 4a Flota ya estarían manos a la obra.

El strategium de la barcaza de batalla, que daba al puente de mando de la nave de guerra y que actuaba como el centro de control de combate tanto de la *Causa Invencible* como de toda la 4.ª Flota en sí, estaba ya completamente lleno de gente cuando Nemiel llegó. Los oficiales humanos de cubierta inclinaron la cabeza y se

apartaron mientras él y Kohl se reunían con sus hermanos junto al principal tanque hololítico del strategium. El ambiente en cubierta era tenso; los rostros de los astartes y de los oficiales humanos reflejaban inquietud, por mucho que intentasen disimularlo. Algunos procuraban ocultar su preocupación haciendo estúpidas bromas; otros se apartaron y centraron su atención en sus placas de datos o recibiendo informes de sus subordinados por medio de un comunicador, pero la realidad no escapaba a los ojos de un redentor adiestrado.

Unos instantes después de la llegada de Nemiel, los reunidos empezaron a agitarse. Los presentes se pusieron firmes mientras Lion El'Jonson, primarca de la Primera Legión, hacía su aparición en la entrada del strategium.

Como todos los hijos del Emperador, Jonson era el producto de la ciencia genética más avanzada de toda la humanidad. No había nacido, había sido esculpido, desde la fase celular, por las manos de un genio. El brillante cabello color dorado le caía en gruesos rizos sobre los anchos hombros y su piel era suave y pálida como el alabastro. Sus ojos verdes absorbían la luz y parecían brillar desde el interior como esmeraldas pulidas. Su mirada era penetrante e intensa como un láser.

Normalmente, Jonson prefería vestir una sencilla túnica blanca atada con un cinturón de cadenas de oro que acentuaba su imponente presencia física. Sin embargo, esta vez iba preparado para la guerra, envuelto en la intrincada servoarmadura que le había regalado el mismísimo Emperador. En las placas curvas de ceramita se habían grabado unas recargadas volutas de oro que enmarcaban la representación de distintas escenas del distante Caliban. En el peto podía verse una vívida estampa de un Jonson más joven luchando contra un aterrador león calibanita. La espalda del monstruo estaba arqueada y las zarpas se revolvían con furia hacia el cielo mientras los poderosos brazos del primarca lo agarraban por el cuello con la intención de partírselo. En la cadera, Jonson portaba la *Espada de Lion*, una gloriosa hoja forjada en Terra por los maestros armeros del propio Emperador. Una pesada capa verde esmeralda caía sobre la espalda del primarca, que avanzaba solemnemente como un ángel vengador.

Con la llegada de Jonson la cubierta quedó en silencio. Nemiel observó cómo las expresiones de los hombres y de los astartes cambiaban al ver al primarca. Incluso ahora, después de haber luchado junto a él durante tantas décadas, el calibanita se sentía intimidado en presencia del León. En numerosas ocasiones había comentado con Kohl y con los demás que era algo bueno que el Emperador hubiese librado a la raza humana de las supersticiones religiosas. De no ser así habría resultado demasiado fácil mirar a los primarcas y adorarlos como si fueran dioses.

Jonson, sin embargo, parecía completamente ajeno al efecto que causaba en sus subordinados; o tal vez estuviese tan acostumbrado a ello que lo aceptaba como un hecho fundamental, como la luz o la gravedad. Saludó a los oficiales de alto rango y a

los viejos veteranos como Kohl con sombrías inclinaciones de cabeza antes de colocarse junto al proyector hololítico circular del strategium. Jonson introdujo un cristal de datos en la ranura del proyector, se detuvo apenas unos instantes para poner en orden sus pensamientos y empezó a hablar.

—Bienhallados, hermanos —les saludó Jonson. Su voz, normalmente melódica, sonaba apagada, como la de alguien que acaba de recibir un terrible golpe—. Siento haberos hecho abandonar vuestras funciones, pero esta mañana hemos recibido nefastas noticias del Emperador. —El León hizo una pausa y miró a los ojos a los oficiales y a los astartes que tenía más cerca y continuó—: El señor de la guerra Horus y su legión han roto su juramento de lealtad junto con los Devoradores de Mundos del primarca Angron, la Guardia de la Muerte de Mortarion y los Hijos del Emperador de Fulgrim. Han atacado con bombas víricas Isstvan III, el mundo más poblado del sistema, y lo han dejado completamente desierto. Se calcula que se han perdido doce mil millones de vidas humanas.

Muchos de los oficiales de la flota lanzaban ahogados gritos de espanto y de consternación. Nemiel apenas los oía. Sólo sentía sus sienes llenándose de sangre y un terrible escalofrío que parecía extenderse como una herida en el pecho. Las palabras del primarca resonaban en su cabeza, pero no tenían sentido. No podían tenerlo. Su mente se negaba a aceptarlas.

Entonces se volvió hacia Kohl. La expresión del sargento veterano permanecía impasible, pero sus ojos se habían vuelto vidriosos tras recibir aquel duro golpe. El resto de astartes asimilaba la noticia en silencio, pero Nemiel veía cómo aquellas palabras los desgarraban como un cuchillo de tortura. El redentor negó con la cabeza lentamente, como para sacudirse la espantosa información de la cabeza.

El primarca aguardó pacientemente a que los reunidos se tranquilizasen antes de continuar. Presionó una serie de controles que había en un lateral del proyector hololítico y el dispositivo cobró vida. Un detallado mapa tridimensional del sector Eriden apareció ante la asamblea. Los sistemas imperiales aparecían en un vivo color azul y, en el centro, el sistema Isstvan estaba señalado en un brillante rojo. Jonson presionó otra serie de controles y muchos de los sistemas estelares que rodeaban Isstvan cambiaron de color formando una creciente esfera irregular. Nemiel y muchos más estaban espantados al ver la gran cantidad de sistemas que cambiaron de azul a rojo y los muchos otros que cambiaron de azul a un apagado gris.

—Los motivos que han llevado al señor de la guerra a rebelarse son inciertos, pero la magnitud de sus actos no es exagerada. La noticia de la rebelión se ha extendido como un cáncer por todo el sector y más allá —dijo Jonson—, y ha reavivado viejas tensiones y ambiciones territoriales. Algunos gobernadores se han declarado abiertamente a favor de Horus, mientras que otros ven la rebelión como una oportunidad de construir sus propios e insignificantes imperios. En tan sólo dos

meses y medio, la autoridad imperial en el Segmentum Ultima se ha visto tremendamente comprometida y la discordia se está extendiendo también al Segmentum Solar.

Jonson hizo una pausa, analizó el patrón de disturbios representado en el mapa como si albergara secretos que sólo él podía ver.

—Es probable que agentes leales al señor de la guerra estén operando en ambos segmentos para ayudar a extender la creciente discordia. Observad cómo los estallidos de desórdenes se extienden de sistema en sistema por las rutas disformes más estables que llevan a Terra, la dirección desde la que es más probable que se originen represalias a gran escala.

Nemiel tomó aire y recurrió a las técnicas psicolingüísticas que había aprendido durante los entrenamientos para suprimir sus emociones y centrarse en los datos suspendidos en el aire sobre el proyector. A su parecer, los casos de revuelta en el Segmentum Ultima eran muy irregulares, pero Lion El'Jonson era famoso entre la legión (si no en todas partes) por su habilidad estratégica. Tenía una capacidad casi intuitiva para saber cuál era la correlación de fuerzas en un conflicto y para predecir su curso con una precisión extraordinaria. Eso lo convertía en uno de los mejores generales del Emperador, el segundo detrás del mismísimo Horus, y desde el punto de vista de muchos Ángeles Oscuros, quizá fuese incluso mejor que él.

—En cuanto llegó a Terra la noticia de la rebelión del señor de la guerra, el Emperador empezó a reunir una fuerza punitiva para enfrentarse a las legiones rebeldes y detener a Horus —continuó Jonson con gravedad—. Según el parte que hemos recibido, siete legiones, dirigidas por Ferrus Manus y sus Manos de Hierro, se dirigen en estos momentos a Isstvan, pero tardarán al menos entre cuatro y seis meses en llegar. Mientras tanto, Horus ha enviado a sus tropas a Isstvan V y está fortificando el planeta para defenderse del ataque que se le avecina.

Con el rabillo del ojo, Nemiel vio que Kohl cruzó los brazos sobre el pecho. Se volvió hacia el sargento terrano y vio que su rostro, curtido por el paso del tiempo, reflejaba desconcierto.

—Los próximos meses serán cruciales para Horus y las legiones rebeldes —prosiguió Jonson—. El señor de la guerra sabe que el Emperador responderá con todas las fuerzas que tenga disponibles. Ahora estoy convencido de que nos envió a los Mundos Escudo en un esfuerzo por dispersar a los sirvientes más leales del Imperio lo más lejos posible para reducir al mínimo el número de legiones a las que enfrentarse en un momento dado. Aun así, una fuerza de ataque de siete legiones completas supone una seria amenaza para la supervivencia de Horus; sobrevivir a un asedio de tal magnitud, por no hablar de vencerlo, requeriría transformar Isstvan V en un auténtico mundo fortaleza. Eso supondría una inmensa cantidad de suministros y de equipamiento en muy poco tiempo, la clase de material bélico que sólo una fragua

trabajando a pleno rendimiento podría proporcionar.

El primarca ajustó los controles del proyector y centró la imagen en el subsector Eriden y sus vecinos. De repente destacó un sistema muy cercano a Isstvan que permanecía azul en un mar gris y rojo.

—Éste es el sistema Tanagra, situado al borde del colindante subsector Ulthoris. Como podéis ver, está a tan sólo 52,7 años luz de Isstvan y se encuentra en la ruta disforme más estable de camino a Terra. Este sistema es también uno de los más industrializados de todo el sector, con un mundo forja Clase I-Ultra llamado Diamat y con más de dos decenas de minerías y refinerías dispersas por todo el sistema. Tanagra fue redescubierto por la legión de Horus y se sometió relativamente pronto en la Gran Cruzada, y siempre ha sido un importante centro logístico para la región. —Jonson señaló el sistema iluminado con un gesto meditabundo y continuó—: No exagero al decir que quien controle el sistema Tanagra podría decidir el futuro de todo el Imperio.

Los murmullos se extendieron entre los reunidos. La voz del primarca continuó oyéndose sin problemas por encima de ellos.

—La traición del señor de la guerra nos ha cogido a todos desprevenidos, como era su intención —dijo, y su voz adquirió un tono frío e irritado—. A estas alturas, nuestras fuerzas están demasiado enredadas aquí, en los Mundos Escudo, como para responder rápidamente a la felonía de Horus; según los cálculos de mi personal, tardaríamos casi ocho meses en concluir nuestras ofensivas, aun con un plan de emergencia, y en prepararnos para un ataque contra Isstvan. E incluso si pudiésemos avanzar más de prisa, los agentes de Horus alertarían al señor de la guerra a tiempo de organizar un contraataque.

Jonson hizo otra pausa en su discurso y volvió a observar los rostros de espanto que lo rodeaban, y sus labios adoptaron una sonrisa rapaz.

—Sin embargo, una pequeña fuerza seleccionada cuidadosamente podría lograr lo que una legión entera no puede conseguir —continuó al tiempo que señalaba el sistema Tanagra—. Diamat es la clave. Si conseguimos mantener su riqueza industrial lejos de las manos de Horus, sus legiones y él estarían acabados.

Los murmullos entre los reunidos pasaron a convertirse en una creciente agitación. De repente, Nemiel comprendió la actividad frenética que tenía ocupada a la mayoría de la flota y la citación del primarca. Él era uno de los elegidos, junto a los demás astartes que se encontraban a bordo. De repente sintió que un intenso orgullo le inundaba el pecho. Y al mirar a su alrededor vio que muchos de sus hermanos estaban sintiendo lo mismo.

Jonson alzó su guantelete para pedir silencio.

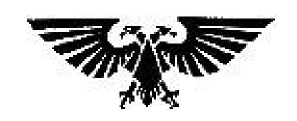
—Como muchos de vosotros ya sabéis, he dado órdenes de que un buen número de nuestras escuadras de reserva se reabastezcan y se preparen para partir

inmediatamente. También he hecho llamar a doscientos veteranos de los capítulos que se encontraban en el mundo a nuestros pies; todos los que he considerado que podíamos permitirnos enviar. Como sabéis, la campaña de los Mundos Escudo está en un momento crítico. Llevamos luchando contra los gordianos y contra sus degenerados aliados xenos desde hace meses, y ésta es nuestra mejor oportunidad de aplastar esa alianza de una vez por todas. Mi personal más experimentado será trasladado a bordo del gran crucero Diezmador dentro de una hora, y se quedará atrás para terminar las operaciones aquí, en los Mundos Escudo, lo antes posible. Dirigiré la expedición a Diamat personalmente, con un grupo de batalla de quince naves de guerra. Viajaremos ligeros. Dejaremos a los buques más lentos y a las naves de abastecimiento atrás y confío en que podamos reabastecernos cuando lleguemos a Tanagra. Nuestro navegante cree que si las actuales condiciones disformes continúan, llegaremos a Diamat en dos meses. —Jonson se cruzó de brazos y observó a los oficiales de la flota—. Una cosa más. Para la flota y, de hecho, para el resto de la legión, la *Causa Invencible* y las naves del grupo de batalla se están retirando para ser reparadas en Carnassus. Llevaremos unas cuantas naves dañadas con nosotros para no levantar sospechas. Es fundamental mantener la misión en secreto. Seguramente Horus haya enviado agentes a la región para vigilarnos, y no deben sospechar en ningún momento hacia dónde nos dirigimos realmente hasta que sea demasiado tarde para que pueda hacer algo al respecto. ¿Está claro?

Los oficiales asintieron con unanimidad. Nemiel y los astartes no dijeron nada. No cabía duda de que seguirían las instrucciones.

El primarca asintió de manera cortante.

—El grupo de batalla levará anclas y partirá hacia el punto de salto del sistema dentro de diez horas y cuarenta y cinco minutos. Todas las reparaciones y los reabastecimientos en curso deberán estar completados a esa hora. Sin excepciones. —Jonson dirigió su atención de nuevo hacia el proyector hololítico—. Calculo que a estas alturas el señor de la guerra habrá enviado una flota de asalto a Diamat para empezar a saquear los suministros que necesitan —dijo—. Cuando lleguemos al sistema Tanagra, dentro de ocho semanas, deberemos estar totalmente preparados para la lucha.



DOS
LA TIRANÍA DEL ABANDONO

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Los minúsculos motores lógicos del holoscriptor de bronce zumbaban ligeramente mientras escribía los datos en la memoria central portátil. Zahariel hizo una pausa mientras la memoria se vaciaba y revisó los datos y las cifras almacenadas en su propia mente. Cuando la luz del indicador instalada sobre el scriptor pasó de ámbar a verde, continuó con el informe.

—La campaña de reclutamiento del hermano Luther por todo el planeta sigue mostrando un constante aumento del veinte por ciento con cada ciclo de entrenamiento; por tercera vez consecutiva hemos tenido que ampliar el tamaño de nuestros capítulos de entrenamiento para incluir a los nuevos aspirantes, y los informes del magos apothecarium indican que nuestro nuevo modelo de revisión médica ha reducido dramáticamente los casos de rechazo de órganos entre los reclutas. De hecho, en los últimos dos ciclos de entrenamiento no hemos tenido que lamentar ni una sola muerte, y el magos confía en que esto continúe de este modo indefinidamente.

Zahariel se puso ligeramente derecho con las manos agarradas fuertemente tras la espalda y la cabeza erguida mientras observaba la lente del scriptor y se imaginaba que estaba hablando directamente con el primarca y con su personal superior.

—De modo que me enorgullece comunicarle que tenemos a cuatro mil doscientos doce nuevos astartes listos para reunirse con sus hermanos en los capítulos de primera línea de la legión. Esto representa un índice de certificación de un noventa y ocho por ciento; un logro extraordinario para cualquier legión del Emperador. También me

complace informarle de que el magos logistum ha certificado un stock de doscientas nuevas armaduras MK-IV, cien unidades del nuevo modelo de armadura táctica Dreadnought y doscientas unidades de retrorreactores del nuevo modelo Thyrsis listo para ser transbordado a la flota desde las forjas de Marte. Las fábricas de Caliban también incluyen dos mil nuevas espadas sierra para el arsenal de la flota y doce millones de cartuchos para bólter. Esperamos recibir un envío de vehículos blindados del Mechanicum en los próximos dos meses, se los haremos llegar en cuanto recibamos su visto bueno. Si todo se desarrolla conforme a los planes, irán acompañados desde Caliban por dos nuevas divisiones de Jaeger, que se encuentran realizando sus últimas maniobras de entrenamiento este mes.

Zahariel se detuvo un momento para repasar todas las cifras en su cabeza y asegurarse de que no se había dejado nada. Satisfecho, asintió hacia el scriptor.

—Con esto termina mi informe. Para cuando lo reciba ya habremos empezado nuestro decimonoveno ciclo de formación. El hermano Luther y los maestros de entrenamiento coinciden en que reducir todavía más el ciclo sólo disminuiría la capacidad de los nuevos reclutas, de modo que hemos alcanzado un tiempo de entrenamiento óptimo de veinticuatro meses y hemos incorporado una implantación quirúrgica acelerada en un continuo régimen de preparación e instrucción. Todo indica que a finales del año 315 tendremos a otros cinco mil nuevos astartes listos para la batalla. El Mechanicum nos ha garantizado que continuarán enviándonos equipo para la guerra de manera acelerada hasta que se les ordene lo contrario.

Su rostro se ensombreció al llegar al asunto final de su informe.

—Como postdata, lamento informarle de que el maestro Remiel ha dejado la legión a la edad de ciento doce años. Me llena de orgullo decir que nos dejó a caballo recorriendo el Camino del Errante lanza en mano. Todos, y especialmente el hermano Luther, lamentamos su pérdida. Dudo que volvamos a ver a otro como él. Espero que cuando reciba este informe se encuentre al frente de la cruzada del Emperador, haciendo retroceder las sombras de la Vieja Noche y aumentando las glorias de nuestra venerable legión. En cuanto a Luther y al resto del cuerpo de entrenamiento, seguimos siendo vuestros léales y diligentes compañeros de armas.

El astartes inclinó la cabeza durante un largo instante ante el scriptor.

—Victoria ut Imperator. Le ha hablado el hermano bibliotecario Zahariel. Corto.

Zahariel estiró el brazo y desconectó el scriptor del sistema. Los motores lógicos zumbaron y repiquetearon mientras transferían el resto del mensaje a la memoria central. Conforme escuchaba trabajar a la máquina deliberó si debía continuar o no. ¿Estaba provocando la ira del primarca? No había manera de saberlo. «Aunque por otro lado, ¿qué es lo peor que podría pasar si así fuera?», pensó con arrepentimiento.

El scriptor terminó su trabajo. Zahariel se detuvo a ordenar sus pensamientos. Después ajustó los discos de la superficie de la máquina. Mientras ésta repiqueteaba y

preparaba un nuevo encabezado de mensaje, Zahariel dio un paso atrás ante la lente. Cuando la luz ámbar parpadeó dos veces, dijo:

—Mensaje adjunto, clasificación cuatro-alfa, código estándar. Destinatario: primarca Lion El'Jonson, I Legión. —Cuando la luz volvió a ponerse verde, Zahariel inspiró hondo y empezó su petición—. Mi señor, le pido perdón de antemano y espero que no considere que mis comentarios están fuera de lugar, pero estaría faltando a mis deberes si no hiciese todo lo que esté en mi mano para mejorar la suerte de nuestra legión en estos duros tiempos. —El astartes vaciló y escogió sus palabras con sumo cuidado—. Nuestro cuerpo de entrenamiento ha trabajado diligentemente durante el último medio siglo y ha perfeccionado el proceso de reclutamiento y de formación para cumplir los desafíos que nos ha impuesto el Emperador. Considero que mis informes, así como la constante circulación de guerreros y de suministros, certifican nuestra dedicación y éxito. Hemos alcanzado un grado de velocidad y de eficiencia que ninguna otra legión podría igualar y estamos muy orgullosos de nuestros logros. A estas alturas, nuestro procedimiento está muy bien establecido y tenemos una infraestructura en funciones muy capacitada para continuar el proceso de reclutamiento. Ahora lo que más necesita la legión es que los guerreros veteranos regresen a casa y compartan la experiencia que han adquirido durante los últimos cincuenta años. Del mismo modo, nuestros hermanos aquí, en Caliban, son perfectamente conscientes de la limitada naturaleza de su propia experiencia y están impacientes por afinar sus habilidades contra los enemigos del Emperador en el frente. Y esto se aplica especialmente al hermano Luther, quien considero que serviría mucho mejor a la legión a vuestro lado que dirigiendo los reclutamientos aquí en Caliban.

Zahariel mantenía una expresión tranquila y serena, aunque por dentro luchaba por encontrar el argumento perfecto para convencer al primarca.

—Opino que es justo decir que hemos hecho todo lo que hemos podido aquí, y que, por el interés de la legión, sería conveniente que regresásemos a la flota con nuestros capítulos. Y me refiero especialmente al hermano Luther, cuya capacidad como guerrero y como diplomático es bien conocida. Si decidiera llamar a alguien para que regresara a su lado, mi señor, escójalo a él.

Sus manos, unidas tras su espalda, se transformaron en un puño. Quería decir más cosas, pero tenía la sensación de que ya había tentado demasiado a su suerte. Zahariel inclinó la cabeza ante la lente.

—Espero que tras revisar mis informes vea que lo que le pido es lógico. Todos tenemos un deber con el Emperador, mi señor; lo único que pedimos es que se nos dé la oportunidad de cumplirlo como se nos formó para hacerlo: venciendo a sus enemigos y sometiendo a los mundos perdidos de la humanidad.

Zahariel esbozó otro golpe, de modo que antes de verse tentado a seguir

hablando, estiró el brazo y apagó el grabador. La pequeña oficina quedó en silencio, interrumpido únicamente por los motores lógicos del scriptor y el murmullo de voces de los centros de operaciones colindantes. Tras lanzar un leve suspiro, el joven bibliotecario le dio la espalda a la máquina y observó el estrecho y ordenado lugar, con la pulida unidad gris del panel hololítico y los ordenados montones de mensajes que contenían informes de todo tipo, desde los horarios de entrenamiento hasta las cuotas de producción de municiones. Al otro lado de la mesa, una alta y estrecha ventana daba más allá de la Torre de los Ángeles, hacia el sector meridional de la vasta extensión de armerías, barracones y campos de entrenamiento de la legión. Altas agujas se elevaban entre la niebla de última hora de la tarde, y sus luces de advertencia de navegación cambiaban de rojo a verde a través de la bruma. El astartes observó la animada actividad, la energética industria de la guerra, y se preguntó qué habría sido del viejo maestro Remiel.

Tras un repiqueteo del engranaje, el scriptor expulsó la memoria central. Zahariel tiró cuidadosamente del pequeño cilindro y lo metió en un elaborado tubo de bronce marcado con la heráldica de la legión. Tras comprobar su chrono interno, vio que tenía el tiempo justo para llegar al destacamento antes de que partiesen hacia el campo de embarque. Presionó su comunicador y llamó a un transporte. Después se colocó la capucha de la túnica y se dirigió hacia los ascensores frente al centro de operaciones. Al montarse en el elevador y descender hasta las profundidades de la gran montaña lo invadió un mal presentimiento.

Zahariel no sabría decir por qué el tiempo había empezado a pesarle en los últimos años. La mayor parte del medio siglo que llevaban allí se le había pasado bastante de prisa con el ritmo de duro trabajo y las interminables iteraciones de las estrategias de reclutamiento, los esquemas de entrenamiento y la expansión industrial. Luther vio desde el principio que no bastaría simplemente con acelerar el paso de los entrenamientos; cumplir los objetivos del primarca exigía crear una inmensa estructura de apoyo que se extendiese por todo el planeta. Era una tarea hercúlea, y al principio Zahariel se dijo a sí mismo que era un honor que Jonson los hubiese escogido a ellos para llevarla a cabo.

Luther se implicó en todos los aspectos de la administración planetaria, desde las pequeñas estructuras hasta las construcciones industriales y arcológicas, y Zahariel seguía sus pasos. Luther contaba con él cada vez más y le dejaba tomar decisiones que afectaban a las vidas de decenas de millones de personas a diario. Al principio, el peso de toda aquella responsabilidad lo aterraba, pero se armó de valor y estuvo a la altura de las circunstancias, decidido a enmendar su error a los ojos del primarca. Los bosques de Caliban cada vez se veían más reducidos y en su lugar se establecían minas, refinerías y complejos industriales. Inmensas construcciones arcológicas se iban elevando como montañas artificiales por todo el paisaje conforme la población

del planeta aumentaba. La civilización se extendía por todo el globo. Las filas de la legión iban aumentando cada vez más de prisa. Luther fue encontrando el modo de reducir los ciclos de entrenamiento de ocho años a dos. Mientras tanto, los informes de las hazañas de Jonson iban llegando a Caliban y henchían sus corazones de orgullo al ver que los Ángeles Oscuros pasaban de una victoria a otra. Naves de transporte procedentes de cientos de mundos distantes trasladaban los honores de batalla y los trofeos de guerra que atestiguaban el valor del primarca y de los capítulos combatientes de la legión hasta Aldurukh. Los miembros del cuerpo de entrenamiento admiraban todos los objetos que enviaban sus hermanos y fanfarroneaban entre bromas sobre cómo ellos lo harían todavía mejor cuando volviesen a llamarlos a la lucha.

Pero las décadas fueron pasando y nadie los llamó. Jonson jamás volvió a Caliban. Las dos visitas que se habían planeado se cancelaron en el último momento argumentando que habían recibido nuevas órdenes del Emperador o que había sucedido algo inesperado en la campaña en curso. A cada año que pasaba, la promesa de Luther en el patio del castillo iba sonando cada vez más vana, pero ni uno solo de los guerreros lo culpaba por ello. Más bien al contrario, su lealtad hacia Luther había aumentado durante su exilio. Él compartía sus cargas, elogiaba sus éxitos y les inspiraba valores como el trabajo duro, la humildad y el carisma personal. Aunque sabía que lo negarían si alguien les preguntase, Zahariel estaba convencido de que muchos de sus hermanos le eran más leales a Luther que al distante primarca, y eso era algo que lo inquietaba cada día más.

Era sus momentos más privados, cuando viajaba por Caliban para realizar inspecciones en las fábricas o durante las largas horas de trabajo junto a Luther en el sanctasanctórum del Gran Maestre, Zahariel veía reflejada la inquietud en los ojos de aquel gran hombre.

Las noticias cada vez tardaban más en llegar a Caliban, ya que las flotas expedicionarias avanzaban inexorablemente por la galaxia. Los transportes que traían los botines y los trofeos los visitaban cada vez con menos frecuencia. Por si fuera poco, recientemente habían recibido noticias de que el Emperador había nombrado a Horus Lupercal como su señor de la guerra y había dejado a las legiones de la cruzada en sus manos para regresar a Terra. Al principio, Luther intentó ocultar la noticia, pero fue una estupidez. Los hermanos de batalla no tardaron en descubrirlo y empezaron a hablar de lo que había sucedido y de lo que este hecho significaba para ellos.

No eran estúpidos. Sabían que la Gran Cruzada estaba entrando en la fase final y que su última oportunidad de obtener la gloria se les escapaba para siempre.

Tras varios largos minutos, el ascensor depositó a Zahariel en la base de la montaña, entre las cavernosas áreas de vehículos blindados de la legión. Las

antorchas de plasma silbaban y chisporroteaban mientras los tecnomarines y los servidores trabajaban para reparar los importantes daños de los tanques Rhino y Predator que habían sido enviados de vuelta a Caliban desde las primeras líneas de combate. Nada más abandonar la cámara del elevador, un transporte personal de cuatro ruedas salió silenciosamente del depósito de vehículos y se detuvo ante el bibliotecario. Zahariel entró en el compartimento para pasajeros, que era lo bastante espacioso como para acomodar a dos astartes con sus armaduras.

—Sector cuarenta y siete, capítulo de entrenamiento número cinco, campos de reunión principales —ordenó al servidor en el compartimento del conductor, y el vehículo partió inmediatamente, ganando velocidad tras llegar a uno de los túneles de tránsito de la caverna.

Zahariel no paraba de darle vueltas a la cabeza mientras pasaban a toda prisa junto a los transportes de tropas, los tanques y los vehículos de asalto estacionados. No paraba de darle vueltas a la memoria central en su mano y se preguntaba a qué vendría esa inquietud presente en los recovecos de su mente. Ni siquiera las técnicas de meditación de Israfael habían conseguido suavizar el terrible presentimiento que tenía. Era como si tuviese una astilla bajo la piel que no cesaba de recordarle dolorosamente su presencia y lo desafiaba a que intentase sacársela.

No sabría decir por qué le parecía tan importante que Luther regresase junto a Jonson. Todos se habían enfrentado a su exilio con estoicismo y dedicación al deber, como lo habría hecho cualquier astartes, y Luther más que la mayoría. Por supuesto, Zahariel sabía por qué; el número dos de la legión buscaba redimirse por lo que había estado a punto de hacer a bordo de la *Causa Invencible*. Luther había descubierto la bomba que la delegación saroshi había conseguido introducir en la barcaza de batalla de los Ángeles Oscuros y no había hecho nada al respecto. Durante un breve espacio de tiempo dejó que sus celos por los logros de Lion El'Jonson se apoderasen de él, pero en el último momento recobró el juicio e intentó hacer bien las cosas. Zahariel y él estuvieron a punto de morir para deshacerse de la bomba saroshi, pero de alguna manera el primarca sospechó el lapso previo de Luther y lo exilió a Caliban. Ahora Luther trabajaba para expiar su culpa, pero sus esfuerzos pasaban inadvertidos.

Pero ¿qué elección tenía Luther? Incluso si decidiera desobedecer los deseos de Jonson, ¿qué opciones tenía? ¿Exigir justicia y regresar a la primera línea? Para hacer eso tendría que abandonar Caliban y salir en busca del primarca, violando directamente sus órdenes, y eso suponía una injuriosa rebelión. Luther jamás haría algo así. Era inconcebible.

Pero si Jonson no hacía nada, si permitía que aquellos leales guerreros permaneciesen allí sentados mientras la cruzada tocaba a su fin, la herida que se abriría entre los de su hermandad jamás cicatrizaría. Ese tipo de heridas tendía a enconarse con el tiempo, hasta que el cuerpo entero llegaba a peligrar. En la

antigüedad, esto ya había sucedido en Caliban frecuentemente.

Zahariel se frotó la frente mientras el transporte salía del túnel hacia la luz de la tarde. No quería ni imaginar que se generase discordia en la legión, pero el pensamiento no dejaba de acosarlo.

El bibliotecario agarró el tubo con el mensaje fuertemente. Si provocaba la ira del primarca, que así fuese. Esto era mucho más importante.

Tardó casi una hora en llegar desde la montaña hasta el centro de entrenamiento del capítulo en el sector cuarenta y siete. Pasaron los controles de varios muros de defensa antes de llegar a una amplia plaza de armas rodeada por tres lados de barracones, campos de tiro y centros de simulación de combate.

Zahariel permanecía sentado, erguido y con gesto preocupado mientras el transporte se detenía. La plaza estaba vacía. Volvió a comprobar su chrono. Según el horario de embarque debería haber mil astartes preparados con su equipo de combate esperando para embarcar en un transporte que los sacaría del planeta.

—Espera aquí —dijo al servidor al tiempo que saltaba del vehículo estacionado para dirigirse a paso ligero hacia el cuartel del señor del capítulo.

Zahariel presionó el código para entrar y corrió hacia la sala de preparativos, donde encontró al señor del capítulo en una reunión de carácter informal con sus líderes de escuadra recién entrenados. Los jóvenes astartes se volvieron al ver que el bibliotecario se acercaba, y sus rostros no consiguieron ocultar su desconcierto.

—Señor del capítulo Astelan, ¿qué significa esto? —preguntó Zahariel con voz sosegada pero severa—. Tus astartes deberían estar reunidos para embarcar en estos momentos, pero la plaza está vacía.

Astelan observó con los ojos entrecerrados al bibliotecario que se aproximaba. Él era uno de los pocos terranos sirviendo con la legión en Caliban y había sido enviado a Aldurukh unos quince años después que Luther y el resto del cuerpo de entrenamiento. Era un veterano guerrero que había ascendido rápidamente al mando de un capítulo pocos años después de que Jonson se convirtiera en primarca, y su repentino nombramiento fue tan desconcertante para Zahariel como el suyo propio. Daba por hecho que Luther estaría al tanto de las circunstancias, pero si Astelan había sido exiliado de las flotas expedicionarias como el resto de ellos, el señor de Caliban no lo había hecho público. En lugar de ello, nada más llegar le asignó al terrano el mando de uno de los capítulos de entrenamiento recién reorganizado y lo trató con el mismo respeto y la estima que mostraba a todos los demás hermanos de batalla. El carisma y las dotes de liderazgo de Luther no tardaron en conquistar a Astelan, y ahora Zahariel no podría señalar a ningún otro miembro de la legión más fiel al señor de Caliban.

—La reunión se canceló hace dos horas —respondió Astelan con voz profunda.

El rostro del terrano era de facciones cuadradas y una prominente frente

ensombrecía sus profundos ojos. Una blanca cicatriz dividía su ceja derecha y se extendía por toda la frente hasta el principio del cuero cabelludo. Cuando llegó a Caliban llevaba el pelo largo, recogido en apretadas trenzas, pero a los pocos días se afeitó la cabeza y decidió mantenerla así.

—¿Quién ha dado la orden? —inquirió Zahariel.

—Luther, por supuesto —respondió Astelan—. ¿Quién si no?

El bibliotecario frunció el ceño.

—No lo entiendo. Tus guerreros tienen permiso para desplegarse. Yo mismo he visto el informe.

Astelan se cruzó de brazos.

—Esto no tiene nada que ver con mis astartes, hermano. Luther ha cancelado todos los despliegues al exterior.

De repente, Zahariel reparó en el tubo con el mensaje que llevaba en su mano izquierda.

—No puede ser —dijo—. Es imposible.

Astelan levantó ligeramente la ceja de la cicatriz.

—Pues parece que Luther opina lo contrario —apuntó.

Uno de los líderes de escuadra se rió, pero el señor del capítulo lo hizo callar lanzándole una mirada de soslayo.

—Él es quien está al mando aquí, ¿no?

Zahariel pasó por alto el tono desafiante de Astelan.

—¿Por qué ha cancelado los despliegues? La flota depende de estos refuerzos.

El señor del capítulo se encogió de hombros.

—Eso tendrás que preguntárselo a él, hermano.

Zahariel se mordió la lengua para evitar responderle y se volvió hacia la entrada.

—Lo haré, Astelan —afirmó mientras se dirigía hacia la puerta—. De eso puedes estar seguro.

Encontró a Luther en la torre más alta de la fortaleza trabajando en las cámaras del Gran Maestre. Jonson y Luther habían compartido ese inmenso espacio de trabajo en tiempos mejores, diseñando primero el futuro de la Orden y después el de la legión. Como siempre, los escribas y los asistentes iban ajetreados de una habitación a otra realizando las incontables tareas diarias del dominio imperial.

El escritorio de Luther era un enorme bastión de roble pulido de los Bosques del Norte, lo bastante sólido como para detener un proyectil de bólter incluso antes de haberle instalado el pesado proyector hololítico y los cogitadores. Solía bromear diciendo que era una fortaleza que mantenía la distancia física entre él y los burócratas que lo visitaban.

Justo detrás de la mesa había un estrecho arco que daba a un pequeño balcón al

aire libre. Zahariel vio a Luther fuera, bajo la luz del sol, mirando pensativamente hacia el despejado cielo. El astartes dio la vuelta a la mesa y se quedó en la entrada del balcón, reacio a importunarlo incluso en esas circunstancias.

—¿Podemos hablar un momento, hermano?

Luther volvió la cabeza por encima del hombro e hizo un gesto a Zahariel para que se acercase.

—Imagino que ya te has enterado de lo de los despliegues —dijo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Zahariel—. ¿Hemos recibido noticias del primarca?

—No —respondió Luther—. Y es una lástima. Ha habido… novedades aquí, en Caliban.

—¿Novedades? ¿Qué significa eso? —Zahariel frunció el ceño.

Luther no respondió de inmediato. Se apoyó en la barandilla de piedra del balcón y observó el complejo industrial a miles de metros bajo sus pies. Zahariel se dio cuenta de que estaba preocupado.

—Hemos recibido informes de disturbios en Stormhold y en Windmir —dijo—. Huelgas de trabajadores, protestas, e incluso algunos casos de sabotaje en las fábricas.

—¡¿Sabotaje?! —exclamó Zahariel, incapaz de ocultar su sorpresa—. ¿Cuánto tiempo hace que está pasando esto?

—Varios meses —respondió Luther con tristeza—. Puede que hasta un año. Empezó con unos cuantos incidentes aislados, pero el problema se ha ido abriendo paso como una enredadera y se ha colado por todas las rendijas y todas las grietas. Ahora está saliendo por cien sitios diferentes. Las huelgas en el trabajo han reducido la producción de municiones un quince por ciento.

Zahariel negó con la cabeza y levantó el tubo con el mensaje.

—Eso no puede ser. Yo mismo preparé los informes. Estamos por encima de nuestra cuota.

Luther sonrió con arrepentimiento.

—Eso es porque he estado compensando el déficit con la munición de las reservas de emergencia de la fortaleza. Ahora estamos peligrosamente por debajo de la cuota.

El bibliotecario inspiró profundamente. Las reservas de emergencia se guardaban para defender a Caliban de un posible ataque enemigo. Jonson se pondría furioso si supiera que habían desaparecido.

—¿Y por qué no ha detenido esto la policía?

—La policía ha sido menos que efectiva —afirmó Luther, indicando la obviedad de la cuestión con la mirada a Zahariel.

—¿Quieres decir que está ayudando a esos… a esos rebeldes?

—Indirectamente, sí —respondió Luther—. No tengo pruebas, pero no encuentro

otro modo de explicarlo. Ha habido pocas detenciones y muy pocos progresos en los intentos de descubrir quién está organizando a los insurrectos.

Zahariel consideró las consecuencias.

—La alta esfera policial está repleta de guerreros de órdenes de caballería que han desaparecido —caviló.

Una vez más, el mal presentimiento latía en su mente y se presionó la frente con la punta de los dedos de la mano derecha.

—Yo estaba pensando lo mismo —dijo Luther—. Hay bastantes antiguos nobles y poderosos guerreros que abandonaron la Orden cuando juramos lealtad al Emperador. Muchos de ellos poseen una riqueza considerable y una gran influencia en sus viejos dominios.

—Pero ¿qué es lo que quieren?

Luther se volvió hacia Zahariel. Esta vez, sus oscuros ojos brillaban fríamente.

—Todavía no lo sé, hermano, aunque pretendo descubrirlo —afirmó—. Pero voy a necesitar guerreros en los que poder confiar, de modo que he cancelado todos los despliegues hasta recibir nuevas noticias.

Zahariel se apoyó contra el balcón. La decisión tenía sentido, pero temía que Luther estuviese caminando al borde del abismo.

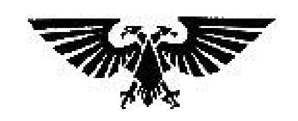
—El primarca necesita a esos guerreros en los Mundos Escudo —dijo—. Retrasarlos podría ocasionar desastrosas consecuencias.

—¿Peores que dejar que Caliban se convierta en una anarquía? —respondió Luther—. No te preocupes, hermano, lo he pensado mucho. Enviaremos a los Jaeger en primer lugar. Si comunican que la flota tiene problemas, enviaré a los nuevos astartes allí de inmediato.

Zahariel asintió, todavía inquieto.

—Tenemos que eliminar a los cabecillas —dijo—. Debemos desenmascararlos y hacer que se enfrenten a sus crímenes. Eso pondrá fin a este desorden.

—Ya estamos en ello —respondió Luther—. Lord Cypher los está buscando mientras hablamos.



TRES
YUNQUE Y MARTILLO

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

—Hemos recibido una transmisión del escuadrón destructor número doce —informó el capitán Stenius, que se había reunido con el primarca junto a la principal pantalla hololítica del strategium—. Los radares de largo alcance detectan treinta naves ancladas en órbita alta sobre el mundo forja. Las emisiones de los reactores y los sensores hacen suponer que se trata de un grupo formado por naves insignia y cargueros pesados.

Lion El'Jonson apoyó las manos en el bruñido borde de metal del tanque. Una leve sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios.

—¿Las han identificado?

Stenius negó con la cabeza. El capitán era otro veterano de las primeras campañas de la legión y lucía sus cicatrices de servicio con orgullo. Sus ojos eran unas lentes de color gris humo con armazón de plata encajadas en unas cuencas cargadas de cicatrices. El daño neuronal causado por las afiladas astillas de cristal de una pantalla hololítica que había estallado había transformado su rostro en una máscara adusta e inescrutable.

—Ninguna de las naves en órbita está enviando códigos de identificación —respondió el capitán—. Pero el comandante Brachius a bordo de la *Estoque* asegura que el rastro de los reactores desde las dos naves más grandes coincide con los perfiles de los grandes cruceros *Forinax* y *Leonis*.

El primarca asintió.

—Son unas naves formidables, pero no son precisamente nuevas. Esperaba algo

así. Horus ha enviado una flota de segunda línea compuesta de naves imperiales renegadas y de efectivos del ejército para saquear Diamat y ha dejado a sus astartes protegiendo Isstvan V.

Stenius observaba con preocupación cómo la imagen hololítica sobre la mesa se actualizaba y mostraba nuevos datos. Diamat aparecía en el centro de la pantalla, manchado con tonos color ladrillo, ocre y hierro quemado. Pequeños iconos rojos salpicaban la cara del mundo hacia la que se dirigía el grupo de batalla de los Ángeles Oscuros e indicaban el tamaño aproximado y la situación de las naves enemigas en órbita. Dos de los iconos se habían catalogado provisionalmente como los dos grandes cruceros rebeldes, mientras que los demás se habían clasificado basándose en su tamaño y en las emisiones de su reactor. De momento parecía haber al menos veinte naves del tamaño de un crucero ancladas en Diamat, agrupadas alrededor de otros diez transportes pesados.

Nemiel, que se encontraba a la izquierda de Jonson al otro lado del panel hololítico, advirtió la preocupación en los ojos del capitán. Mediocres o no, los rebeldes tenían el doble de naves que ellos. De momento, los Ángeles Oscuros tenían a su favor el factor sorpresa, y sorprenderían al enemigo con poco espacio para maniobrar, pero nadie sabía cuánto duraría aquello.

La tensión y la incertidumbre se respiraban en la débilmente iluminada cámara; Nemiel llevaba semanas sintiéndola en los hombros encorvados y en los largos silencios de los oficiales de la flota. Durante los dos meses de viaje desde el sistema Gordia, la noticia de la traición de Horus y la naturaleza de su misión clandestina habían afectado profundamente al estado de ánimo de la tripulación.

«Han perdido su fe», pensó Nemiel. ¿Y cómo no iban a hacerlo? Lo inimaginable había sucedido. El señor de la guerra Horus, el hijo predilecto del Emperador, le había dado la espalda, y los hermanos se habían vuelto contra sus hermanos. Observó los rostros de los hombres presentes en el strategium y vio el mismo miedo oculto en la profundidad de sus ojos. Ya nadie sabía en quién confiar. Si alguien como Horus había caído, ¿quién sería el siguiente?

Los doscientos astartes a bordo de la nave insignia se ocupaban de sus propias incertidumbres como siempre: afinando sus habilidades y preparándose mental y físicamente para la batalla. Al principio del viaje, Jonson estableció unas directivas, organizó a los seleccionados en dos pequeñas compañías y estableció un riguroso régimen de entrenamiento para convertirlos en una unidad de combate unida.

Como único capellán a bordo de la barcaza de batalla, Nemiel tuvo que encargarse por órdenes de Jonson de supervisar el régimen de entrenamiento de los astartes y de certificar su buen estado físico y psicológico. Y, puesto que todo el personal superior de la legión se había quedado en Gordia IV, sus responsabilidades pronto se vieron ampliadas y también incluyeron operaciones logísticas y de la flota.

Nemiel aceptó las tareas extra con orgullo, pero al mismo tiempo sentía cierta inquietud, porque cuanto más trabajaba junto a Lion El'Jonson menos sentido le veía a la misión de Diamat. Una fuerza tan relativamente pequeña no podría resistir mucho tiempo contra cuatro legiones rebeldes, y Nemiel no podía creer que el Emperador le hubiese ordenado a Jonson que llevase a cabo tal intento. Cuanto más lo pensaba, más seguro estaba de que el primarca había ordenado la expedición a Diamat por motivos totalmente personales.

Nemiel centró su atención en la táctica e intentó dejar de lado su mal presentimiento.

—Los rebeldes nos superan en número, mi señor —señaló. Jonson lanzó a Nemiel una mirada de soslayo.

—Puedo realizar cálculos espaciales en mi cabeza, hermano —respondió con ironía—. Creo que sé contar hasta treinta sin ayuda.

Nemiel se sintió incómodo.

—Sí, por supuesto, mi señor —se apresuró a contestar—. No pretendía señalar lo obvio. Sólo quería saber más sobre la estrategia…

—Tranquilo, hermano. —Jonson sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro—. Sé lo que querías decir.

El primarca señaló el grupo de transportes sobre Diamat.

—Éste será su punto débil —continuó—. El éxito o el fracaso de su misión depende de la supervivencia de esas grandes y pesadas naves, y estarán pegadas como una soga alrededor del cuello del almirante. —Jonson se volvió hacia Stenius —. ¿Alguna nave de vigilancia?

—Bracchius ha informado sobre tres escuadrones de escoltas en formación de guardia —asintió Stenius—. Han detectado a nuestros exploradores y están a punto de entablar combate. Harán contacto en una hora y quince minutos si siguen el mismo rumbo y a la misma velocidad. —El capitán se irguió con las manos agarradas por detrás de la espalda—. ¿Qué ordena, mi señor? —inquirió formalmente.

El grupo de batalla había llegado a un punto sin retorno. A más de una unidad astronómica y media de Diamat, el grupo de batalla todavía tenía tiempo y espacio para maniobrar y retirarse del sistema. Si Jonson decidía continuar avanzando, estaría enviando a su pequeña flota a una batalla irrevocable.

El primarca no vaciló ni un instante.

—Pon en marcha el plan de ataque Alfa —dijo tranquilamente—, y da la señal para lanzar todas las Stormbird. Bracchius debe mantener la velocidad y entablar combate en cuanto las naves estén a nuestro alcance. Tendrá el honor de lanzar el primer golpe contra los rebeldes de Horus.

Stenius asintió, se volvió y empezó a dar una serie de órdenes al personal de mando de la nave insignia. Jonson centró su atención de nuevo en la táctica.

—Hermano redentor Nemiel, avisa a los comandantes de la compañía de que preparen a sus escuadras para un combate orbital —dijo—. Calculo que estaremos en posición de atacar en unas tres horas.

—Ahora mismo, mi señor —respondió Nemiel. Y empezó a transmitir la orden a través de su comunicador.

La imagen sobre el tanque del hololito volvió a actualizarse, y ahora mostraba el lugar aproximado de los tres pequeños escuadrones de exploración del grupo de batalla. Por delante de ellos, tres escuadrones mucho más grandes aparecían en rojo brillante, y se movían lentamente mientras se colocaban en una creciente e irregular formación. Los extremos de la formación estaban orientados hacia los exploradores imperiales que se acercaban, como un par de brazos que los rodearan. Los datos numéricos azules y rojos que marcaban la distancia, el rumbo y la velocidad de las dos formaciones cambiaban cada vez a mayor velocidad.

Lion El'Jonson analizó los coloridos datos y se cruzó de brazos con una expresión distante y pensativa. Nemiel advirtió que otra indescifrable sonrisa se dibujaba en el rostro del primarca mientras ambas fuerzas formaban para la batalla y volvió a reprimir otra punzada de inquietud. En ese momento habría dado cualquier cosa por saber qué veía Jonson en aquella terrible imagen que él no lograba ver.

En cuanto el grupo de batalla de los Ángeles Oscuros llegó al sistema estelar Gehinnon se dividió eficazmente en dos fuerzas. Seis de las dieciséis naves del grupo eran veloces y elegantes destructores que el primarca envió inmediatamente al frente de la división principal junto a un trío de cruceros ligeros de apoyo. Los escuadrones de exploración no tardaron en adelantar a los cruceros más grandes y más lentos y sus radares de largo alcance escanearon el vacío ante ellos e intentaron determinar el tamaño y la disposición de la flota enemiga.

Ahora que el enemigo había sido avistado no paraban de intercambiarse comunicaciones entre los dos escuadrones destructores y el trío de cruceros ligeros que los seguían. Mientras las naves de vigilancia rebeldes (un grupo de al menos quince destructores enemigos organizados en tres grandes escuadrones) se desplegaban en una creciente formación, los cruceros ligeros de Jonson encendieron sus reactores y formaron una línea de combate con el resto de los exploradores.

A miles de kilómetros a sus espaldas, el principal cuerpo del grupo de batalla de Jonson también estaba modificando su formación. La Causa *Invencible* y los cruceros de asalto *Amadis* y *Adzikel* se colocaron por delante de los dos grandes cruceros y de dos naves que transportaban al resto de la fuerza principal. Al mismo tiempo, las compuertas blindadas que cubrían los hangares de proa de las tres naves se elevaron pesadamente y, una tras otra, las Stormbird salieron despedidas como flechas hacia la oscuridad. En cuestión de minutos, siete escuadrones de la nave de asalto con mayor

potencial avanzaban a gran velocidad al frente de la formación para unirse a los distantes exploradores antes de que los destructores rebeldes los tuviesen demasiado a tiro.

A cuatro minutos de entrar en contacto, las naves rebeldes empezaron a acelerar repentinamente. Quizá el comandante de la flotilla había detectado a las Stormbird que se aproximaban; o tal vez las ganas de que empezase el combate en cuanto antes se apoderaron de él, pero ya era demasiado tarde. Las Stormbird de Jonson ya habían iniciado un ataque entre la línea de fuego de los escuadrones de los exploradores al tiempo que los destructores enemigos empezaban a disparar.

Las naves rebeldes iniciaron el combate tal y como Jonson esperaba: abriendo los tubos de proa y lanzando una ráfaga de mortales torpedos hacia los exploradores que iban en su dirección. Treinta de los enormes misiles (todos lo bastante potentes corno para volar en pedazos una nave del tamaño de un destructor) avanzaron a toda velocidad hacia los exploradores trazando un amplio círculo que cerraba a las naves imperiales cualquier vía de escape.

Los radares de las Stormbird detectaron los lanzamientos de inmediato, y los pilotos astartes se desplegaron lo máximo posible para interceptar los torpedos. En cuestión de segundos acabaron con la lluvia de misiles. Los cañones láser escupieron abrasadores rayos de luz que atravesaron el revestimiento de los torpedos e hicieron estallar sus enormes tanques de combustible. Inmensas explosiones iluminaban con furia la oscuridad tras las Stormbird, levantando nubes de restos y de gas incandescente que se desvanecían rápidamente en el vacío. Casi la mitad de los torpedos fueron destruidos; el resto avanzaban a gran velocidad hacia su objetivo, demasiado de prisa como para que las naves de asalto alterasen su curso y se apartasen para dejarlos pasar. Los astartes mantuvieron su rumbo y empezaron a escoger sus objetivos entre las naves que se acercaban.

Los escuadrones de exploradores abrieron fuego contra los misiles en cuanto se pusieron a tiro. Los macrocañones y los megaláser de ciclo rápido llenaron el vacío ante las pequeñas naves con una auténtica barrera de fuego. Lanzas de energía (inmensos rayos de energía voltaica) trazaron ardientes arcos por encima de los cruceros ligeros. Nuevos círculos de fuego iban estallando tras los veloces exploradores y se fundían en un furioso campo de metal vaporizado y de gas radiactivo.

Cinco torpedos escaparon a la vorágine. Atravesaron el espacio que los separaba de su objetivo en menos de un segundo. Las baterías antiaéreas de los destructores abrieron fuego de inmediato y provocaron una segunda y más pequeña nube de escombros. La artillería de las naves de los servidores consiguió destruir dos de los misiles que quedaban.

De treinta que habían lanzado, tres torpedos lograron dar en el blanco. Uno de

ellos impactó contra la proa del destructor *Audaz*, pero no estalló. Sin embargo, la *Temerario* y la *Aguja* no tuvieron tanta suerte. Las ojivas de plasma de los torpedos destrozaron los ligeramente armados destructores y los transformaron en expansivas nubes de gas y de escombros en un instante. Los rebeldes de Horus fueron los primeros en derramar sangre.

Las naves que sobrevivieron atravesaron los gases que habían liberado los torpedos interceptados. Sus escudos de vacío se vieron envueltos en restos de plasma y las lecturas de sus auspex quedaron bloqueadas temporalmente. Sedientos de venganza, los equipos de mantenimiento agudizaron la vista para extraer de los motores cualquier tipo de dato en medio de una tormenta de interferencias. Pasaron unos instantes. Los puntos de calor aumentaban como estrellas en una bruma radiactiva. Se calcularon las distancias y los vectores y se enviaron a los encargados del lanzamiento de torpedos, que introdujeron los datos en sus cargas mortales. Mientras las naves de exploración enemigas seguían intentando cargar sus cañones, los exploradores lanzaron su propia salva de torpedos.

A estas alturas, las dos formaciones se encontraban muy a tiro, y las escuadras enemigas se enfrentaban a un dilema: disparar a las Stormbird que se aproximaban, a la ráfaga de torpedos o a los escuadrones de exploradores que tenían tras de sí. El comandante de la flotilla se vio obligado a tomar una decisión en un segundo, y ordenó que todas las baterías de artillería apuntasen a los exploradores y la artillería antiaérea al resto.

Fue una táctica valiente pero costosa. Las Stormbird alcanzaron al enemigo primero. Cada uno de los escuadrones apuntó a un objetivo distinto y cargó a toda potencia. Proyectiles explosivos y rayos láser múltiples impactaban incesantemente contra las naves de asalto, pero las blindadas Stormbird continuaron avanzando a pesar de la descarga. En ocasiones, los disparos consiguieron impactar en algunas de las naves. En algún caso los motores explotaron, y algunos puentes de mando volaron al recibir un golpe directo, pero el resto continuaba con el ataque. Sobrevolaron a corta distancia y a gran velocidad las cubiertas superiores de los destructores y laceraron su casco y su superestructura a cañonazos y con misiles de fusión. Cuatro de los piquetes abandonaron la formación con los puentes hechos añicos y las cubiertas en llamas.

Segundos después, los torpedos imperiales impactaron. Siete de ellos alcanzaron sus objetivos y volaron los destructores rebeldes. Las cuatro naves supervivientes continuaron hacia adelante intercambiando golpes con los escuadrones de exploradores obstinadamente. Sus escudos de vacío centelleaban bajo la lluvia de explosivos y de voraces rayos mientras avanzaban hacia la formación imperial. A tan poca distancia, era imposible que los artilleros fallasen; uno tras otro, los escudos de las naves rebeldes empezaron a fallar y el concentrado fuego imperial los abrió de

proa a popa.

Pero las naves de Horus y su veterana tripulación no se rendían fácilmente y concentraron su fuego en los supervivientes del escuadrón destructor número doce, y se ensañaron con el *Estoque* y el *Valeroso*. Los escudos de vacío de los dos destructores sucumbieron ante aquella arremetida. El *Valeroso* fue destruido un momento después de que un proyectil se abriese camino hasta su reactor principal. El *Estoque* aguantó unos segundos más y acabó con uno de los piquetes tras lanzarle su última ráfaga de disparos antes de que un misil enemigo detonase en su cámara de torpedos.

Habían pasado cuarenta minutos desde que los rebeldes lanzaron su primera salva. El capitán Ivers, al mando del crucero ligero *Formidable*, envió un seco mensaje a la nave insignia: el camino hacia Diamat estaba despejado.

—Aumentad la velocidad —ordenó Jonson al observar una reveladora actualización en la pantalla.

Ahora estaban a menos de doscientos cincuenta mil kilómetros de Diamat, dentro del alcance de los radares del grupo de batalla, y seguían recibiendo actualizaciones de la posición de la flota enemiga a tiempo real.

Había pasado más de una hora desde que había comenzado el combate contra los exploradores rebeldes. Las Stormbird se habían recuperado y estaban siendo rearmadas para otra misión de combate. Nemiel esperaba que se retirase también a las escoltas supervivientes, pero, en lugar de esto, Jonson envió a la debilitada fuerza a realizar una ronda que amenazaba con hacer virar al lejano flanco izquierdo de los escuadrones enemigos que había levado anclas y estaba formando una línea de combate entre las fuerzas de Jonson y el planeta. Los transportes rebeldes continuaban en la órbita alta de Diamat, rodeados de un cordón protector de ocho cruceros.

Nemiel sintió el estruendo de los reactores retumbar a través de las placas de la cubierta mientras la *Causa Invencible* pasaba a máxima velocidad. La barcaza de batalla y sus cruceros de asalto de flanqueo se habían formado en cuña y se exponían como principales objetivos ante las naves rebeldes. Las naves astartes, diseñadas para abrirse paso a través de la red de defensa de un planeta hostil y desplegar sus compañías de desembarco, estaban mucho más blindadas que las típicas naves de la línea. Jonson calculó que las naves enemigas centrarían la mayor parte de su fuego en la barcaza de batalla, lo que proporcionaría a sus otras naves unos preciosos segundos para acercarse hasta una efectiva distancia de tiro.

—¿Hemos recibido alguna respuesta? —preguntó Jonson al capitán Stenius.

Habían estado intentando contactar con las autoridades imperiales de Diamat desde el momento en que estuvieron lo bastante cerca como para que llegasen sus

mensajes.

—Aún no. —Stenius negó con la cabeza—. Pero hay signos de una fuerte ionización en la atmósfera, de modo que podríamos no recibir ninguna señal hasta que alcancemos la órbita.

—¿Atómicas? —inquirió el primarca.

El capitán asintió.

—Parece que los rebeldes han lanzado decenas de ataques orbitales para intentar alcanzar a las concentraciones de tropas y a las instalaciones de defensa.

—¿Y han conseguido atacar las forjas? —preguntó Nemiel.

—Si no lo han hecho deben de estar a punto —respondió Jonson—. De no ser así, esos transportes habrían abandonado la órbita en cuanto nos detectaron. —El primarca indicó con la cabeza los signos que representaban a los cruceros escolta—. Y tampoco habrían dejado atrás a una fuerza de reserva tan poderosa para protegerlos a menos que ya contuviesen algo valioso, de modo que debemos asumir que el enemigo ha conseguido al menos irrumpir en algunas de las forjas secundarias del planeta. Si todavía hay alguna fuerza de defensa en acción, estará concentrada alrededor del complejo de la forja principal y de la fundición de titanes.

—¿Titanes? —se sorprendió Nemiel—. ¿Hay una legión de titanes con base en Diamat?

—La Legio Gladius —asintió Jonson—. Por desgracia, sus naves se encuentran destinadas con la 27.ª Flota Expedicionaria, que se halla en el extremo sur de la galaxia. Por órdenes de Horus, por cierto.

—Entonces, ¿con qué cuentan los defensores?

El primarca hizo una pausa para pensar.

—Ocho regimientos de Dragones de Tanagran, dos regimientos acorazados y varios batallones de artillería pesada.

Nemiel asintió. Era un importante despliegue de fuerzas. Se preguntaba cuántos habrían conseguido sobrevivir hasta el momento.

—¿Qué fuerzas pueden reunir las forjas?

Jonson se encogió de hombros.

—Un número desconocido de tropas del Mechanicum. Los hijos de Marte no están obligados a revelar los secretos de sus defensas. —El primarca estudió durante unos instantes la pantalla antes de erguirse y negar con la cabeza—. Es poco probable que los rebeldes destaquen a alguna de sus unidades de su cuerpo principal para intentar interceptar a nuestros escoltas. Confiarán en los cruceros de reserva para mantenerlos a raya, lo que significa que tendremos que enfrentarnos al menos a doce naves de la línea.

—Diez minutos para contacto —anunció Stenius—. ¿Qué ordena, mi señor?

—¿Están las Stormbird listas para otra misión? —preguntó Jonson.

—Tenemos dos escuadrones listos para el lanzamiento y *Amadis* ha informado de que tienen un escuadrón en estado de alerta. *Adzikel* tiene un incendio en su hangar debido a una Stormbird que se ha estrellado contra ella. Calculan que tardarán otros catorce minutos en poder realizar operaciones de vuelo.

—La batalla habrá terminado en diez minutos —gruñó Jonson—. Muy bien: ordena a los exploradores que tengan listos los torpedos y que se preparen para cambiar de rumbo cuando yo lo ordene. Transmite el mismo mensaje a la fuerza principal y añade que ninguna nave debe disparar hasta que reciban la orden.

Stenius asintió de manera marcial y empezó a transmitir órdenes por todo el strategium. En la pantalla, la distancia entre las dos flotas se acortaba a gran velocidad. En unos instantes estarían a tiro. Nemiel recordó la ferocidad del primer combate y se preparó para la tormenta que se avecinaba.

El cuerpo principal de la flota enemiga se centraba en cuatro grandes cruceros; a esa distancia, los oficiales a bordo de la nave insignia las habían identificado como los grandes cruceros de clase Vengador *Forinax* y *Leonis* y las naves de clase Venganza *Castigador* y *Vindicare*. A ambos lados de este poderoso grupo había un escuadrón de cuatro cruceros: una mezcla de Cruzados con los cascos repletos de baterías de armas y de veloces Armigers con lanzas láser. Contra semejante fuerza, los Ángeles Oscuros contaban con su barcaza de batalla y dos cruceros de asalto, además de los grandes cruceros de clase Vengador *Duque de Hierro* y *Duquesa Arbellatris* y los cruceros pesados de clase *Infernus Flamberga* y *Lord Dante*. Aunque los rebeldes tenían superioridad numérica y armamentística, ya no contaban con ninguna nave capaz de lanzar torpedos, una pequeña ventaja de la que Jonson pretendía sacar provecho.

Los segundos pasaban. El capitán Stenius observaba la lectura en la pantalla táctica.

—Los tenemos a distancia de torpedo —anunció.

—Todavía no —dijo Jonson. El primarca observaba cómo la fuerza de exploradores atravesaba sin problemas el cuerpo principal de la flota rebelde y seguía acelerando hacia Diamat y hacia los vulnerables transportes.

—En dos minutos estaremos a tiro —asintió Stenius.

—¿Hemos recibido alguna señal desde la superficie del planeta? —preguntó Jonson de nuevo.

—Negativo —respondió el capitán.

—Muy bien. —El primarca se volvió hacia Nemiel v le dijo—: Si todavía no sabemos nada del gobernador o de sus fuerzas de defensa cuando lleguemos a la órbita, enviaré una fuerza de desembarco al complejo de la forja principal. Vuestras órdenes serán salvaguardar la forja y eliminar a las tropas rebeldes de la zona. ¿Entendido?

—Entendido, mi señor —respondió Nemiel inmediatamente.

El grupo de combate continuó avanzando directo hacia la artillería de las naves rebeldes que los esperaban. Dos minutos después, el oficial del Aegis gritó:

—¡Nos han disparado!

—¡Que todas las naves se preparen para el impacto! —ordenó el primarca.

Las proas de los cruceros rebeldes empezaron a escupir lanzas láser que impactaban contra las proas de la *Causa Invencible* y de los dos cruceros de asalto, haciendo que sus escudos centelleasen con incandescente furia. La luz violeta resplandecía al otro lado de los miradores blindados del puente y un fuerte golpe resonó por todo el casco de la gran nave.

—¡Han abierto una brecha en el casco, cubierta doce, armazón sesenta y tres! —gritó el oficial del Aegis—. No ha habido heridos.

El capitán Stenius aceptó la información con un seco asentimiento.

—¿Disparamos? —preguntó al primarca.

—Todavía no —respondió Jonson con la mirada fija en la lectura de la pantalla—. Ordena a los exploradores que cambien de rumbo a uno-dos-cero y que comiencen a disparar torpedos contra los grandes cruceros rebeldes.

Las naves astartes se abrieron camino a través de relucientes nubes de plasma y de metal vaporizado de la cubierta y continuaron avanzando hacia las naves rebeldes. Cuando se posicionaron en su campo de tiro óptimo, la fuerza enemiga empezó a virar a estribor lentamente para poder descargar su temible andanada sobre las naves imperiales. Pero en cuanto empezaron a girar, Nemiel vio cómo los exploradores iniciaban su cambio de rumbo. Los ágiles escoltas viraron formando un arco directamente detrás de las naves enemigas, cuya presencia quedó oculta tras las emisiones de sus propios reactores.

Habían caído en la trampa. Jonson sonrió fríamente.

—Ordene a la *Amadis* y la *Adzikel* que apunten a los grandes cruceros enemigos y que lancen los torpedos. Capitán Stenius, pueden disparar a discreción.

Más lanzas salieron disparadas de las naves rebeldes, pero ahora las baterías de artillería enemiga también habían entrado en acción y arrojaban ráfagas de brillantes proyectiles a las naves imperiales que se aproximaban. Al mismo tiempo, los tubos de los cañones de las naves astartes y de los exploradores escupían torpedos que impactaban de proa a popa en los grandes cruceros rebeldes. Potentes descargas aporreaban la barcaza de batalla a babor y a estribor. Las alarmas aullaban.

—¡Hemos recibido varios impactos desde la cubierta cinco hasta la veinte! —gritó el oficial del Aegis—. ¡Fuego en la cubierta doce!

—Ordena a la fuerza principal que cambien el rumbo a tres-cero-cero —dijo Jonson con calma—. Que todas las unidades apunten a babor de los cruceros enemigos. Fuego a discreción.

Envueltas en una vorágine de fuego, las naves imperiales viraron pesadamente a babor y apartaron su objetivo del centro de la formación para dirigirlo a los cuatro cruceros rebeldes del flanco enemigo. A lo largo de las cubiertas dorsales de la barcaza de batalla unas enormes torretas asomaron lentamente y apuntaron con sus enormes cañones hacia los cruceros de clase Armiger. Al mismo tiempo, las baterías de estribor entraron en acción y cargaron contra los escudos de vacío de la nave rebelde con una lluvia de proyectiles que salió despedida de los macrocañones. Los escudos del crucero enemigo centellearon ferozmente bajo la implacable descarga antes de ceder por completo. Al mismo tiempo, las lanzas azotaban la *Causa Invencible* barriendo sus escudos de vacío de proa a popa. Rayos de fuerza penetraban el campo de defensa y arañaban el blindado casco de la nave insignia.

Unos segundos después, la barcaza de batalla respondió con otra salva de sus cañones de bombardeo. Los cañonazos retumbaban por el casco como tambores de guerra, y se volvían más estruendosos a medida que la descarga se aproximaba al puente. Los proyectiles resplandecían mientras aceleraban a través del vacío e impactaban en los flancos de la nave rebelde. Nemiel observaba sobrecogido cómo una serie de inmensas explosiones atravesaron las cubiertas del crucero hasta que finalmente lo hicieron estallar en una llamarada de plasma.

Más lejos, los grandes cruceros en el centro de la formación enemiga se tambaleaban bajo los impactos de los torpedos imperiales. El Forinax abandonó la formación con el puente en llamas, mientras que las cubiertas de artillería de estribor del *Castigador* quedaron aplastadas bajo un trío de poderosas explosiones. Los exploradores redujeron la velocidad y continuaron tras los rebeldes arremetiendo contra las naves enemigas con su artillería y sus lanzas de energía.

Las naves Imperiales atravesaron la formación rebelde intercambiando atronadoras andanadas con el enemigo. Los cruceros más pequeños sufrieron grandes daños bajo los letales ataques de las naves de Jonson. Uno de los Cruzados recibió una andanada por parte del *Amadis* y del *Duque de Hierro* que lo redujo a restos en llamas, mientras que el segundo Armiger se transformó en una inmensa bola de fuego tras abrirse una brecha en el centro de su reactor. Sin embargo, las lanzas y los proyectiles también alcanzaban a las naves imperiales. La nave insignia y los cruceros de asalto se llevaron la peor parte del fuego enemigo. Sus cascos blindados recibieron múltiples impactos y mostraban el brillante rastro de los disparos de las lanzas. El *Duquesa Arbellatris* se tambaleó bajo una ráfaga de disparos, y su casco, que había sido reparado a toda prisa, cedió bajo la arremetida, sacudiendo a la orgullosa nave con devastadoras explosiones internas que la lanzaron a la deriva fuera de control. El *Flamberga* y el *Lord Dante* también resultaron malparados. Sus cubiertas superiores y la superestructura quedaron aplastadas bajo una lluvia de proyectiles enemigos, pero los maltrechos cruceros siguieron su curso y devolvieron

el fuego con toda la artillería que les quedaba.

El intercambio duró apenas quince segundos, aunque a Nemiel le pareció una eternidad. El vacío estaba plagado de fuego y de torrentes de restos incandescentes. Naves y hombres fueron destruidos en un instante antes de que las dos fuerzas se alejasen la una de la otra en direcciones opuestas. Los exploradores continuaron hostigando a los rebeldes, que se alejaban a toda prisa, y empezaron a virar lentamente para reunirse con el grupo de batalla imperial.

—¡Informe de daños! —ordenó Jonson.

La *Causa Invencible* daba sacudidas como una bestia herida mientras avanzaba a gran velocidad hacia Diamat. El aire en el strategium estaba cada vez más nublado por el humo conforme los incendios se extendían por toda la nave.

El capitán Stenius estaba inclinado sobre el puesto del oficial del Aegis y sus lentes augménticas reflejaban la luz verde de las parpadeantes lecturas.

—Todas las naves han sufrido daños severos o moderados —respondió—. El *Duquesa Arbellatris* no responde a las llamadas. El *Flamberga* y el *Lord Dante* han informado de varias víctimas. El *Duque de Hierro* y el *Amadis* han sufrido daños en sus reactores. Las baterías antiaéreas del *Amadis* no funcionan. Ya se han iniciado las reparaciones.

—¿Y qué hay de nosotros? —preguntó el primarca—. ¿Qué daños hemos sufrido?

Stenius hizo una mueca.

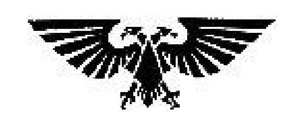
—Nuestro blindaje detuvo los peores golpes, pero tenemos varias brechas en el casco por toda la nave y un incendio que está arrasando tres cubiertas. La cubierta torpedera ha informado de que los tubos de los cañones están obstruidos. Están trabajando para despejarlos. —El capitán se encogió de hombros—: La situación no es buena, pero podría haber sido mucho peor.

Jonson sonrió forzadamente.

—No tentemos a la suerte, capitán. Esto aún no ha acabado. Ordena a la fuerza principal que altere el rumbo a tres-tres-cero y que lance a las Stormbird. Iremos directos a por esos transportes y veremos si podemos obligarlos a levar anclas. Estoy seguro de que las fuerzas de reserva preferirán retirarse antes que arriesgar esas naves.

El primarca se volvió hacia Nemiel.

—Hermano, ha llegado el momento de que te dirijas a las cápsulas de desembarco. Sobrevolaremos Diamat dentro de diez minutos.



CUATRO
LEALTADES INCIERTAS

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Una terrible ventisca recorría los pasillos de Aldurukh, y Zahariel temía ser el único que la sentía.

El patio estaba prácticamente igual que cuando él había sido un joven aspirante; los blancos adoquines se habían mantenido impolutos, lo cual resaltaba todavía más la roca gris oscuro de la espiral que se había instalado allí cientos de años atrás. La Orden la había utilizado como un instrumento de entrenamiento y había incorporado su curvilíneo trazado en las prácticas con espada y en los ejercicios de formación cerrada, pero el hermano bibliotecario Israfael aseguraba que su importancia venía de mucho más atrás.

—Recorred el Laberinto y meditad a diario —les decía a sus estudiantes—. Mantened los ojos fijos en el camino y éste os ayudará a concentraros.

Zahariel recorría la espiral con pasos lentos y pausados, con la cabeza cubierta con un ancho hábito de lana y con las manos ocultas bajo las mangas de su túnica. Su mirada seguía la interminable línea curva de piedra oscura y había dejado de ver todo lo demás que estaba ante él. La mente del bibliotecario pasó a un modo de introspección, sacudida por una tormenta invisible.

El astartes sentía cómo las energías de la disformidad lo azotaban como una brisa furiosa y turbulenta. Israfael le había advertido en su viaje de regreso desde Sarosh que los vientos de la disformidad eran mucho más fuertes en Caliban que en ningún otro mundo que jamás hubiese visitado, y el bibliotecario superior había pasado un tiempo considerable estudiando el fenómeno desde que habían regresado. Por las

propias observaciones de Zahariel, parecía que las energías que rodeaban a la inmensa fortaleza se habían agitado cada vez más durante los últimos meses. Durante su formación aprendió que la disformidad era sensible a las emociones intensas y, especialmente, a las pasiones más oscuras, como el miedo, la tristeza y el odio. Dadas las problemáticas circunstancias que estaban teniendo lugar al otro lado de las murallas de Aldurukh, el creciente viento era como un mal presagio de algo que estaba por venir.

Los disturbios civiles que se extendían por Caliban desconcertaban y preocupaban a Zahariel, y más teniendo en cuenta que era evidente que llevaban mucho tiempo fraguándose. Le afligía pensar que las pistas habían estado allí todo el tiempo. Desde que Luther lo informó del problema destinaba todo su tiempo libre a pasar por el tamiz la ingente cantidad de archivos de mensajes en la biblioteca de la fortaleza. El Imperio controlaba y mantenía las crecientes emisiones de voz y de datos, y todo el tráfico de mensajes, desde llamadas personales a transmisiones de noticias, se registraba y se archivaba mediante un procedimiento estándar. Hasta el momento había conseguido revisar datos de incluso varios años atrás, y gracias a su entrenamiento astartes sabía exactamente qué estaba buscando. Los patrones eran obvios para alguien formado en la miríada de modos de hacer la guerra.

Una insurrección se extendía por Caliban. Estaba bien organizada, bien equipada y cada día que pasaba se estaba volviendo más osada. No había empezado hacía tan sólo unos meses o un año, como decía Luther, sino que posiblemente había estado cociéndose durante por lo menos una década.

Quienquiera que estuviese tras esa revuelta había sido muy prudente y había empezado con pequeños disturbios en distintos asentamientos que poco a poco fueron expandiéndose conforme aumentaba su habilidad y su experiencia. En el pasado, los informes de los accidentes industriales en las fábricas de armas y en otros emplazamientos fabriles se habían registrado como consecuencias desafortunadas de un agresivo programa de expansión, pero ahora Zahariel se preguntaba cuántos de estos accidentes habrían sido realmente preparados para encubrir el robo de armas y de otro tipo de equipamiento militar. Las investigaciones llevadas a cabo por los oficiales del Munitorum y por la policía local habían sido superficiales como mucho, pero la burocracia imperial de Caliban estaba saturada de trabajo, estaba falta de personal, y había buenas razones para creer que la organización encargada de imponer el cumplimiento de la ley del planeta se había visto comprometida. No cabía duda de que había bastantes pruebas que indicaban que la policía estuvo encubriendo la gravedad del problema durante mucho tiempo, pero aun así…, ¿cómo era posible que Luther no se hubiera dado cuenta?

La fantasmal presión de la disformidad se desvaneció como una vela que se apaga de un soplido. Zahariel se detuvo un momento, inspiró hondo e intentó concentrarse

de nuevo. Le resultaba inconcebible pensar que Luther había pasado por alto estos signos durante tanto tiempo. Precisamente era famoso por su intelecto, y era uno de los pocos de Caliban que podían conversar con Jonson prácticamente en igualdad de condiciones. Zahariel sabía que Luther tenía como norma controlar los informes del Administratum, la milicia local y la policía, lo que formaba parte de sus deberes como señor de Caliban. Si la amenaza le resultaba obvia a él, debería haberle saltado a la vista a un hombre como Luther. Las implicaciones de aquello eran alarmantes, por no decir más.

Zahariel deseaba tener a alguien con quien poder compartir su inquietud. Más de una vez se había visto tentado a hablar del asunto con el hermano Israfael, pero la conducta severa y distante del bibliotecario le habían hecho cambiar de opinión. El único otro miembro de la legión con el que sentía que hubiera podido hablar había sido el maestro Remiel, y ahora había desaparecido.

El joven bibliotecario alzó la vista al cielo y se sorprendió deseando, una vez más, que también hubiesen enviado a Nemiel a casa. Zahariel pensaba que en ocasiones su primo podía ser demasiado cínico, pero en estos momentos lo que más necesitaba era una perspectiva pragmática. Por mucho que quería creer que en el fondo Luther seguía siendo un caballero noble y virtuoso, el astartes tenía un deber sagrado para con su legión, su primarca y, por encima de todos, con el mismísimo Emperador. Si había corrupción entre las filas, estaba obligado a hacer algo al respecto, independientemente de quién estuviese involucrado, pero tenía que estar totalmente seguro antes de actuar. La moral entre los hermanos ya estaba bastante baja de por sí.

Una vez más, Zahariel inspiró hondo e intentó concentrarse de nuevo en su meditación. Cerró los ojos y recordó las técnicas mentales que Israfael le había enseñado, aunque sólo fuera para suprimir las preocupaciones que atormentaban su corazón. Apartó su pensamiento consciente a un lado y dejó la mente en blanco.

El fantasmagórico viento volvió a soplar y lo sorprendió con su fuerza. Aunque era invisible e insustancial, lo empujaba bruscamente. Su intensidad le hizo perder el equilibrio. Sin pensar, abrió los ojos y se encontró mirando de cara a la tormenta.

Como si fuera la luz de la luna, un pálido resplandor tiñó de azul el patio, pero era una luz turbia como el aceite. Las violentas corrientes se arremolinaban a su alrededor con tonos negros y grises. Si se paraba a observarlas, adoptaban formas que tiraban incómodamente de su mente. Un leve lamento discordante inundó su cabeza. El realismo de la visión sobresaltó al joven bibliotecario por un instante. Perdió la concentración, pero las sensaciones se volvieron todavía más intensas.

Unas oscuras y encapuchadas figuras se movían en el marco de su vista y, entonces, una voz ajena pero escalofriantemente familiar resonó en su mente.

Recuerda el juramento que nos hiciste.

Zahariel dejó escapar un grito de sobresalto y se dio la vuelta para buscar de

dónde procedía la voz. Los recuerdos de la caza del león calibanita hacía más de quince años le volvieron a la mente en un instante. Se vio a sí mismo recorriendo una remota zona del bosque más fantasmagórico y más terrible que había pisado jamás, y recordó a las extrañas criaturas encapuchadas que se le habían manifestado allí.

Sus dos corazones palpitaban intensamente mientras Zahariel buscaba entre las sombras del patio a los Vigilantes en la Oscuridad. De repente, el resplandor azul y el furioso viento desaparecieron, y cuando su vista se aclaró se encontró a sí mismo mirando al otro lado del patio, hacia la pensativa figura de Luther. El señor de Caliban observaba a Zahariel atentamente.

—¿Te pasa algo, hermano? —le preguntó Luther. Su voz estaba llena de preocupación, pero la expresión del caballero era inescrutable.

Zahariel se recompuso rápidamente, controlando el flujo de adrenalina y reduciendo el ritmo de su corazón con unas cuantas inspiraciones profundas.

—El hermano bibliotecario Israfael me reprendería por haber dejado que me cogieran desprevenido mientras meditaba —respondió. Le sorprendió lo rápido que improvisó la mentira.

Hubo un silencio entre los dos guerreros. Luther observó a Zahariel durante unos instantes y después sonrió con arrepentimiento.

—Todos tenemos muchas cosas en las que pensar últimamente, ¿verdad?

—Más que nunca —consiguió decir Zahariel.

Luther asintió. El señor de Caliban atravesó el patio a grandes zancadas. Su actitud era formal, pero su expresión seguía siendo de cautela.

—Te he estado buscando por toda la fortaleza —dijo.

—¿Por qué no me has avisado por el comunicador? —Zahariel se extrañó.

—Porque algunas conversaciones no deben mantenerse a través de la red —respondió Luther en voz baja—. Estoy a punto de asistir a una reunión muy importante, y quiero que vengas conmigo.

El bibliotecario frunció todavía más el ceño.

—Por supuesto —respondió de inmediato. Después, tras vacilar un instante, dijo—: Pero ya es muy tarde, hermano. ¿A qué viene esa reunión? ¿Ha pasado algo?

El rostro de hermosos rasgos de Luther se ensombreció.

—Hace una hora, los insurgentes lanzaron varios ataques en las fundiciones, las fábricas y los edificios del Administratum de todo Caliban —dijo—. Desde entonces ha habido disturbios en varias arcologías, incluida la nueva en los Bosques del Norte. —El hombre hizo una mueca de enfado—. La policía ha sido incapaz de controlar la crisis, de modo que he enviado a diez regimientos de Jaeger para restablecer el orden.

Las noticias dejaron a Zahariel sin palabras. De repente, la decisión de Luther de retener a los refuerzos de la legión le resultaba casi profética. La sublevación en Caliban había entrado en una nueva fase. Sus pensamientos se aceleraron y empezó a

recordar datos y datos sobre preparación para el combate, tiempos de despliegue y requerimientos logísticos para los capítulos astartes y las unidades de apoyo presentes en el planeta.

—¿Se trata de una reunión operativa o estratégica? —preguntó—. Necesitaré unos minutos para reunir los archivos de datos adecuados.

—Ninguna de las dos —respondió Luther, y su expresión se volvió cautelosa—. Los líderes rebeldes se han puesto en contacto con lord Cypher. Quieren reunirse conmigo bajo bandera de parlamento y he accedido. Llegarán en una hora.

La lanzadera, de diseño imperial estándar, pasó desapercibida entre los cientos de naves que iban y venían en las pistas de aterrizaje que rodeaban Aldurukh. Dos horas justas después de medianoche, el transporte tocó tierra y bajó la rampa de aterrizaje. El estruendo de sus motores pasó a convertirse en un ocioso zumbido mientras cinco individuos descendían con paso rápido y decidido por la rampa y cruzaban el permacemento hacia la entrada abierta del hangar más cercano. Entraron en el cavernoso espacio con cautela, explorando las oscuras sombras para comprobar que no hubiese posibles amenazas. Al no ver ninguna, los líderes rebeldes y su único escolta cruzaron hasta el centro del edificio, donde Luther y Zahariel los esperaban bajo el brillo de una de las muchas luces artificiales del hangar.

Zahariel observó cómo los traidores se aproximaban e intentó aparentar tranquilidad. Estaba totalmente confundido, dividido entre la indignación y la obediencia. La decisión de Luther de encontrarse con los líderes de la insurrección lo había escandalizado. Aquello iba en contra de todo lo que le había enseñado la legión. Desafiar la ley imperial exigía medidas rápidas e implacables, sin piedad ni acuerdo alguno. Cualquier tipo de negociación era impensable y amenazaba con minar la autoridad del Emperador. Mundos enteros habían sido devastados por mucho menos.

Pero aquél no era un planeta extraño y aislado como Sarosh. Se trataba de Caliban. Aquélla era su gente, y Zahariel sabía en el fondo de su corazón que no era ni mala ni corrupta. El joven astartes pensó que tal vez eso mismo fuese lo que estaba pensando Luther. No beneficiaba a nadie, y menos al Emperador, que se perdiesen millones de vidas inocentes a causa de los insensatos actos de unos pocos. Y si alguien podía convencer a aquellos hombres de que abandonasen su causa, ése era Luther. Zahariel se convenció a sí mismo e intentó dominar las dudas que lo atormentaban.

Las cinco figuras vestían las túnicas con capucha de los aspirantes y ocultaban sus rostros entre las sombras. Ninguno de ellos iba armado, como exigía la antigua tradición de la bandera de parlamento. A medida que se acercaban al círculo de luz, Zahariel empezó a sentir un terrible dolor en la parte de atrás de la cabeza. La vista se

le nubló un instante. Las figuras encapuchadas parecían desdoblarse ante sus ojos y la luz parpadeaba de manera extraña. El bibliotecario cerró con fuerza los ojos y empleó las técnicas que Israfael le había enseñado para intentar despejar la mente. Cuando volvió a abrirlos, su vista era clara, pero el dolor se negaba a abandonarlo.

Los líderes rebeldes se quitaron las capuchas uno tras otro. Lord Cypher iba a la cabeza con un semblante inexpresivo. Zahariel reconoció al resto con una mezcla de rabia y consternación.

El primero de los líderes rebeldes era lord Thuriel, descendiente de una familia noble de las tierras del sur que seguía testarudamente aferrado a sus últimos vestigios de riqueza y de poder. Tras él estaba lord Malchial, hijo de un famoso caballero que adquirió un gran renombre durante la cruzada de Jonson contra las bestias. El hecho de que él y Thuriel hubiesen sido enemigos implacables durante décadas hizo que Zahariel se preguntase qué podría haberlos unido tanto.

Después de Malchial llegó otra sorpresa. El tercer líder rebelde era una mujer. Lady Alera heredó su título después de que sus cuatro hermanos varones muriesen asesinados en los Bosques del Norte, y bajo su liderazgo su casa prosperó hasta la llegada del Emperador. Ahora su fortuna había entrado en decadencia, como la de todas las familias nobles de Caliban, pero ella seguía disfrutando de un poder considerable.

El último de los rebeldes fue el que más le sorprendió de todos. Zahariel reconoció aquel rostro avejentado de inmediato: hacía más de medio siglo, Sar Daviel había sido uno de los caballeros que había participado en el asalto a la fortaleza de los Caballeros de Lupus, y fue uno de los guerreros que luchó contra las terribles bestias que sus enemigos habían lanzado sobre la Orden. La garra de un enorme monstruo le había aplastado el lado derecho de la cara, hundiéndole el pómulo y reventándole el ojo. Las zarpas de la criatura se hundieron en la carne de Daviel hasta el hueso en cinco arcos irregulares que iban desde su oreja derecha hasta la barbilla. Había sobrevivido a la terrible herida de milagro, pero cuando llegó el Emperador y la Orden pasó a formar parte de la legión, su solicitud para unirse a las filas de los astartes fue denegada. El joven caballero abandonó Aldurukh poco después, y nadie supo jamás qué había sido de él. Ahora Daviel era un anciano; tenía el pelo cano y su rostro reflejaba las décadas de malvivir al otro lado de las cada vez más reducidas fronteras de Caliban, pero su cuerpo seguía enjuto y fuerte para ser un hombre de casi setenta años.

Thuriel advirtió la presencia de Zahariel, y los angulosos y aristocráticos rasgos del noble se oscurecieron de rabia. Al instante se acercó a Cypher.

—Nos aseguraste que Luther vendría solo —dijo bruscamente.

Lady Alera y Lord Malchial miraron con desconfianza a la alta e imponente figura del bibliotecario.

—Eso no es decisión de lord Cypher —respondió Luther con tono severo—. El hermano bibliotecario Zahariel es mi lugarteniente; cualquier cosa que me digáis a mí podéis decírsela a él también. —El señor de Caliban se cruzó de brazos y lanzó una mirada intimidante a los rebeldes—. Vosotros solicitasteis este parlamento, de modo que escuchemos lo que tenéis que decir.

La fría amenaza en la voz de Luther hizo que lord Thuriel palideciese ligeramente. Malchial y Alera se miraron con inquietud, pero ninguno parecía dispuesto a hablar. Finalmente, Sar Daviel dejó escapar un impaciente gruñido y dijo:

—Hablamos en nombre de las gentes libres de Caliban, mi señor, y declaramos que la ocupación imperial debe terminar.

—¿Ocupación? —repitió Luther con un tono ligeramente incrédulo—. Ahora Caliban es un mundo imperial, gobernado y protegido por la ley del Emperador y el poder de la I Legión.

—¿Protegido? Más bien conquistado —interpuso Malchial—. Fue Lion El’Jonson quien recibió al Emperador, quien según los rumores resulta ser su padre, y dejó Caliban en sus manos.

—Por lo que tenemos entendido, ése había sido su plan desde el principio —intervino lady Alera—. A mí me resulta demasiado oportuno que Jonson llegase a Caliban en aquellas extrañas circunstancias y que después, justo cuando consiguió hacerse con el control de las órdenes de caballería del planeta, el Emperador apareciese y lo encontrase.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida —interrumpió Zahariel—. ¡No tenéis ni idea de lo que estáis hablando! Si supieseis lo inmenso que es el Imperio…

Luther mandó callar al bibliotecario levantando una de sus manos y lanzándole una mirada de advertencia.

—Mi lugarteniente ha hablado con cierta vehemencia —dijo suavemente—. Sin embargo, vuestras sospechas, lady Alera, son totalmente infundadas. Y en cuanto a usted, lord Malchial, ¿cómo defiende la afirmación de que mi primarca entregó Caliban al Emperador? Nuestra leyenda habla de los lazos que unen a nuestro planeta con la distante Terra. Ahora, gracias al Emperador, esos vínculos se han restablecido y nuestro planeta ha entrado en una nueva era de prosperidad.

—¿Prosperidad? —gruñó lord Thuriel—. La inicial palidez de la nobleza ha desaparecido bajo una creciente marea de ultraje. ¿Es así como llamas al saqueo de nuestro mundo? ¡Tal vez si sacases la cabeza de las murallas de ese creciente cáncer al que llamas fortaleza verías cómo sufre Caliban! ¡Nuestros bosques y nuestras aldeas han desaparecido! ¡Han abierto nuestras montañas como si fueran nueces y las han lijado con inmensas máquinas! Los nobles que lucharon y sangraron por sus tierras y por su gente durante generaciones se han visto desheredados. Les han arrebatado a sus súbditos feudales para que trabajen en las fábricas y las minas

imperiales. Y las órdenes de caballería que podrían habernos protegido de todo esto se han disuelto o… —El hombre señaló con la mirada la gigantesca figura de Zahariel y continuó—: O han alterado tanto a sus miembros que han quedado irreconocibles.

Las manos del joven astartes se transformaron en puños ante el insulto implícito. Pero la firme actitud de Luther hizo que el bibliotecario controlase su ira y que respetase las normas de la bandera de parlamento.

A diferencia de él, el señor de Caliban se cruzó de brazos y rió suavemente.

—Por fin llegamos al fondo del asunto —dijo con una amarga sonrisa. Luther señaló a los líderes rebeldes con un movimiento de mano—. Vuestras quejas son personales, no colectivas; no os estáis rebelando por el bien de vuestros súbditos feudales, como vosotros los llamáis, sino porque habéis perdido la riqueza y el poder que vuestras familias habían acaparado durante siglos. ¿Creéis que la mayoría de nuestra gente desea realmente volver a convertirse en pequeños agricultores? El Emperador ha completado el proceso que Jonson comenzó con la Orden: proporcionar seguridad y, sobre todo, igualdad para todos, independientemente de su clase o su condición social.

Lady Alera clavó la mirada en Luther, después la desvió hacia Zahariel y volvió a mirar al señor de Caliban lanzando una clara indirecta.

—Está claro que algunos son más iguales que otros —le espetó.

Luther negó con la cabeza y se resistió a caer en la trampa.

—Las apariencias engañan —respondió sin alterarse.

—Desde luego —asintió Sar Daviel poniéndose al frente del grupo—. Mírame, hermano. Yo no soy el hijo mimado de ningún conde. Me hice estas cicatrices a tu lado, en los Bosques del Norte, sirviendo a la visión de Jonson. ¿Y cómo me lo agradecieron?

—Hermano —suspiró Luther—, no fue más que el cruel destino lo que impidió que entrases en las filas de la legión. Tus heridas eran demasiado graves como para permitir el proceso de transformación, del mismo modo en que mi edad era demasiado avanzada. Tú decidiste marcharte, pero tenías un puesto en Aldurukh.

—¿Haciendo qué? —estalló Daviel—. ¿Puliendo las armaduras de aquellos mejores que yo? ¿O corriendo por los pasillos como un paje? —El ojo que le quedaba empezó a humedecérsele—. Soy un caballero, Luther. Eso antes significaba algo. Y también significaba algo para ti, en su momento. Tú eras el mejor de entre nosotros y, sinceramente, me duele ver cómo Jonson te ha estado utilizando todos estos años.

Zahariel y Luther se pusieron ligeramente tensos. El golpe de Daviel había dado en el blanco.

—Mide tus palabras, hermano —replicó Luther con voz apagada—. Te estás extralimitando. Jonson unió a este mundo. Él nos salvó de la amenaza de las bestias.

Yo jamás habría podido hacerlo.

Pero Daviel no flaqueó. Mantuvo la mirada de Luther sin titubear.

—Pues yo creo que sí podrías haberlo hecho —respondió—. Jonson jamás habría convencido a las demás órdenes de caballería para que apoyasen su cruzada contra las bestias. Eso lo hiciste tú. Puede que el plan fuese suyo, pero fuiste tú quien unió a todo un mundo para llevarlo a cabo. Lo cierto es que Jonson te lo debe todo. Y mira cómo te lo ha pagado. Te ha apartado, como me apartó a mí.

—¡No sabes lo que dices! —gruñó Luther con voz estremecida por la rabia.

—Sí lo sé —respondió Daviel moviendo la cabeza con tristeza—. Yo estaba allí, hermano. Vi lo que pasó. De niño, mi mayor ambición era convertirme en caballero y cabalgar a tu lado. Sé lo grande que eres, incluso aunque nadie más en Caliban lo recuerde. Y Jonson también lo sabe. ¿Cómo no iba a saberlo? Después de todo, tú lo criaste como si fuera tu hijo. Y ahora te ha dejado atrás, como al resto de nosotros.

Lady Alera dio un paso adelante.

—¿Qué nos ha dado realmente el Imperio? Sí, los bosques han desaparecido, y con ellos también las bestias, pero nuestra gente vive apiñada en arcologías y trabajan en fábricas o son reclutadas para servir en el Ejército Imperial. Hora tras hora, día tras día, vemos cómo nos van arrebatando un poco más de nosotros mismos para llevárselo a las estrellas a servir una causa que no nos beneficia en lo más mínimo.

—Desprecia el pasado todo lo que quieras, Luther —añadió lord Thuriel—, pero antes de la creación de la Orden, la nobleza proporcionaba caballeros que luchaban y morían por los campesinos. Sí, puede que los explotásemos, pero también les dábamos algo a cambio. Pero ¿en qué nos sirven Jonson y el Emperador? Se llevan lo mejor de nuestro planeta y nos dan muy poco, por no decir nada, a cambio. Seguro que toda tu gente es capaz de verlo.

—No estoy de acuerdo —respondió Luther, pero su expresión se había ensombrecido todavía más—. ¿Qué hay de las medicinas y de las mejoras en la educación? ¿Qué hay del arte y de la civilización?

Malchial se rió con sorna.

—¿Te refieres a las medicinas y a la educación que nos convierten en mejores trabajadores? ¿Y de qué nos sirven el arte o el entretenimiento si estamos demasiado ocupados trabajando como esclavos en una fábrica para apreciarlo?

—¿Creéis que éste es el único mundo llamado a contribuir a la Gran Cruzada? —respondió Luther—. Zahariel tiene razón. No entendéis la magnitud de la empresa del Emperador.

—Lo que sabemos es que nos estamos empobreciendo por una gente que no conocemos y que jamás hemos visto —contraatacó Thuriel.

—Nos han arrebatado nuestra cultura y nuestras tradiciones —intervino David—. Y ahora nuestra gente corre más peligro que antes.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Luther frunciendo el ceño. La ira había vuelto a su voz.

Daviel empezó a contestar, pero Malchial lo interrumpió.

—Significa que el sufrimiento de Caliban continuará empeorando bajo el gobierno imperial. La cuestión es si tú te mantendrás al margen y permitirás que ocurra.

—Tú no eres nuestro enemigo, Sar Luther —intervino lady Alera—. Sabemos que eres un hombre valiente y honorable. Nuestra lucha es contra el Imperio, no contra ti ni tus guerreros.

Zahariel dio un paso hacia adelante.

—Nosotros somos sirvientes del Emperador, señora.

—Pero también sois hijos de Caliban —respondió la noble—. Y ésta es la época más oscura de nuestro mundo.

—Únete a nosotros, hermano —pidió Sar Daviel a Luther—. Has negado tu destino durante demasiado tiempo. Acéptalo de una vez. Recuerda lo que significaba ser un caballero y cabalgar para defender a tu gente.

—¿Defenderla? —replicó Zahariel—. Sois vosotros quienes habéis levantado las armas contra el resto de los ciudadanos. Mientras hablamos, vuestros rebeldes se están enfrentando a los oficiales de policía y a los Jaeger por todo el planeta, y gente inocente está sufriendo los disturbios que vosotros habéis provocado. —El joven astartes se volvió enojado hacia Luther—. Está claro lo que pretenden, ¿no? Si actuamos rápidamente nuestros hermanos de batalla podrían acabar con esta revuelta en cuestión de horas. No dejes que jueguen con tus celos…

Luther se volvió bruscamente hacia Zahariel.

—Ya es suficiente, hermano —lo interrumpió con una voz tan dura como el hierro. El tono cortante hizo que el bibliotecario se detuviese. El señor de Caliban mantuvo su mirada puesta en él y después se volvió de nuevo hacia los rebeldes—. La reunión ha terminado —declaró—. Lord Cypher os llevará de vuelta al lugar de donde habéis venido. Después, tendréis veinticuatro horas para ordenar a vuestras fuerzas que cesen todas las operaciones y que se entreguen a las autoridades locales.

Los líderes rebeldes miraron con enojo a Luther; todos excepto David, que negó con la cabeza con tristeza.

—¿Cómo puedes hacer esto? —dijo.

—¿Cómo has podido pensar que no lo haría? —respondió Luther—. Si crees que renuncio a mi honor tan fácilmente es que no eres mi hermano. Tenéis veinticuatro horas. No las desaprovechéis.

Thuriel se volvió hacia lady Alera y lord Malchial.

—¿Lo veis? Os dije que esto no serviría para nada. —Y lanzó una ponzoñosa mirada a lord Cypher—. Estamos listos para marcharnos —le escupió. El noble se dio

la vuelta y se dirigió a gran velocidad hacia la lanzadera estacionada.

Uno tras otro, los líderes rebeldes siguieron a Thuriel y desaparecieron entre la oscuridad que antecedía al amanecer.

Zahariel sintió cómo la tensión abandonaba los músculos de su cuello y el dolor empezaba a aliviarse. Tomó nota mentalmente para preguntarle a Israfael acerca de aquellos episodios. Fuese lo que fuese lo que los estuviese ocasionando, no cabía duda de que estaban empeorando.

Luther caminó tras los rebeldes que se marchaban con expresión pensativa. Un momento después, Zahariel lo siguió. Parte de él quería insistir en que Luther arrestase a los líderes rebeldes en el acto, la bandera de parlamento era un convencionalismo de las normas de bienestar de Caliban, no del Imperio, de modo que la legión no tenía ninguna obligación de respetarla. Pero otra parte de su mente le decía que ya había sobrepasado sus límites con Luther, y el bibliotecario no sabía qué podría suceder si continuaba presionando.

Los motores de la lanzadera empezaron a rugir mientras los rebeldes se acercaban a la rampa. Zahariel se detuvo justo fuera del hangar, pero Luther continuó y escoltó a los líderes por el permacemento.

Daviel fue el último en embarcar. A los pies de la rampa se volvió para mirar a Luther. Zahariel vio cómo el viejo caballero le decía algo al señor de Caliban, pero su voz se perdió entre el chirrido de las turbinas de la lanzadera.

Cuando Daviel hubo desaparecido de su vista, Luther se volvió y regresó al hangar. Tras él, el transporte despegó entre una nube de polvo y se dirigió al oeste a gran velocidad en una carrera contra el alba. Zahariel vio que Luther se acercaba y se preparó para recibir una dura reprimenda. La expresión del caballero reflejaba una profunda preocupación. Cuando llegó junto al bibliotecario, se volvió para observar las menguantes luces de los reactores de la lanzadera y suspiró.

—Deberíamos regresar al strategium —dijo—. Tenemos mucho trabajo por hacer.

El joven astartes asintió.

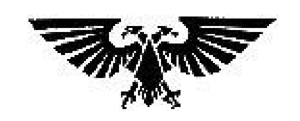
—¿Crees que tendrán en cuenta tu advertencia?

—No, por supuesto que no —respondió Luther—. Pero tenía que decirlo de todos modos. —Al cabo de un momento añadió—: Será mejor que mantengamos esta reunión en secreto, hermano. No me gustaría que ningún malentendido afectase a la moral general.

Zahariel sabía reconocer una orden cuando la oía. El bibliotecario asintió con un gesto energético y observó cómo la lanzadera desaparecía de su vista.

—¿Qué te ha dicho Sar Daviel antes de marcharse? —preguntó intentando que su voz sonase totalmente neutral.

—Ha dicho que Jonson nos traicionó a todos. —Luther miró hacia la oscuridad —. Que los bosques han desaparecido, pero los monstruos siguen aquí.



CINCO
EN LA CALDERA

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Nemiel llegó a la cubierta de artillería de crujía a toda prisa, con el yelmo asegurado en su sitio y contando los segundos que le quedaban para que la barcaza de batalla entrase en la atmósfera de Diamat. Ya sentía el rítmico estruendo de las baterías de la nave retumbar a través de las placas de metal bajo sus pies, lo que significaba que el grupo de batalla estaba intercambiando fuego con el escuadrón de reserva enemigo. Jonson avanzaba con sus naves todo lo rápido que podía para desplegar a sus astartes en aquel mundo forja asediado, y Nemiel no tenía ninguna intención de hacer esperar al primarca.

Gruesas escotillas de acero se cerraban en rápida sucesión a lo largo de la grande y tenebrosa plataforma de desembarco conforme las cápsulas de asalto pasaban a sus herméticos tubos de lanzamiento como si fueran descomunales torpedos. Sólo una de las cápsulas seguía en su espacio de carga, suspendida sobre el último tubo de lanzamiento de babor. Sólo una escotilla seguía abierta, y la luz roja bañaba la rampa de acero desde el ovalado compartimento de reingreso.

De repente, un único y fuerte golpe resonó a través de los mamparos; un proyectil enemigo había atravesado el blindaje de la nave y había detonado en una de las cubiertas superiores. El personal de artillería esperaba a Nemiel a los pies de la cápsula abierta; lo siguieron por la rampa, comprobaron que estuviera bien seguro en el arnés de reingreso y conectaron una serie de cables de datos en los enchufes de la interfaz de su casco y de su generador de energía. Completaron sus tareas en unos segundos y se apartaron de la cápsula sin decir ni una palabra. Nemiel apenas advirtió

su presencia; y se conectó inmediatamente con la red de mando de la flota a través del dispositivo de comunicación de la cápsula.

Las lecturas parpadeaban fríamente ante las lentes de su casco. Iconos rojos y azules cobraban vida perfilados sobre la curva de un planeta. Al principio le costó asimilar el torrente de información, pero en unos segundos la coherente imagen de la batalla orbital tomó forma. El escuadrón de reserva había formado una muralla de acero entre los pesados transportes de carga y las naves de Jonson, que avanzaban a toda velocidad. Sin embargo, las Stormbird de los Ángeles Oscuros habían atravesado el cordón rebelde y estaban bombardeando a los indefensos transportes. Con el *Duquesa Arbellatris* averiado, Jonson sólo contaba con seis naves contra ocho cruceros enemigos intactos. Sin embargo, las naves rebeldes estaban todavía ancladas, lo que les dejaba poco espacio para maniobrar contra los rápidos transportes astartes. Una salva de torpedos avanzaba hacia los flancos de los cruceros enemigos, y la barcaza de batalla y sus cruceros de asalto estaban en buena posición para abrir fuego con sus devastadores cañones de bombardeo. Mientras continuasen protegiendo a los transportes, los cruceros eran prácticamente objetivos fijos para el combinado arsenal del grupo de batalla.

En cuanto la rampa se cerró sobre el compartimento de reingreso de Nemiel, la cápsula dio una chirriante sacudida y empezó a descender por su tubo de lanzamiento. La voz áspera de Kohl resonó a través del comunicador de Nemiel en la red de la escuadra.

—Ya era hora, hermano —dijo sarcásticamente—. Empezaba a pensar que te habías perdido.

—No todos podemos permitirnos perder el tiempo holgazaneando en una cápsula, sargento —respondió Nemiel entre risas. La cápsula se detuvo con un fuerte sonido metálico, seguido del ruido sordo de la escotilla al cerrarse herméticamente—. Algunos tenemos que trabajar para que otros podáis llevar esta vida de ocio —continuó.

Un coro de profundas risas resonó a través del comunicador. Nemiel sonrió y comprobó la lectura del estado de los astartes de Kohl. Los nueve guerreros aparecían en verde, y no esperaba menos de ellos. Había luchado a su lado durante tanto tiempo que ya los consideraba como su propia escuadra, y desde luego prefería sus bromas al deferente respeto que le profesaban la mayoría de los demás miembros de la legión.

Kohl empezó a gruñir una respuesta, pero lo interrumpió una señal prioritaria desde el canal de la flota de mando.

—Fuerza de combate Alfa, al habla control —dijo el capitán Stenius a través del comunicador—. Faltan treinta segundos para entrar en órbita… —Un hueco estallido resonó por todo el casco de la barcaza de batalla y la señal se convirtió en un chirrido por un segundo—… están en contacto con las fuerzas imperiales en tierra. Estamos

modificando las coordinadas de desembarco y los datos tácticos de vuestras cápsulas. Estad alerta.

Segundos después, el esquema de la batalla orbital desapareció y en su lugar se veía un mapa detallado de una ciudad devastada por la guerra y los distritos periféricos de un inmenso complejo de forjas. La ciudad, identificada en la imagen como Xanthus, la capital de Diamat, estaba construida a lo largo de la orilla de un agitado océano de color gris pizarra y se extendía decenas de kilómetros al norte y al sur por la costa rocosa. A veinte kilómetros al este de la ciudad, en el interior, a lo largo de una desolada llanura de roca negra y de montones de óxido rojo, se elevaban las inclinadas laderas de un inmenso volcán que yacía en el centro de la forja principal del Adeptus Mechanicum de Diamat. Muchos cientos de años atrás, los hijos de Marte accedieron al núcleo del durmiente volcán y explotaron su energía geotérmica para abastecer a los inmensos altos hornos, fundiciones y fábricas que lo rodeaban. Al otro extremo de la gran llanura, se encontraban los complejos de almacenes de la forja. Sórdidos barrios y malolientes distritos crecieron pegados a una elevada muralla de permacemento que separaba el disciplinado mundo del Mechanicum de las irregulares vidas de los humanos corrientes.

Nemiel asimiló todos estos detalles en su entrenada mente. Los iconos cobraron vida sobre la zona gris entre la ciudad en sí y la gran forja: el azul representaba a las unidades de los Dragones de Tanagran y el rojo a los traidores de Horus. El redentor tardó sólo un instante en darse cuenta de que la situación en tierra era realmente desesperada.

Xanthus había estado sufriendo prolongados bombardeos orbitales durante varias semanas. El centro de la ciudad era un amasijo de ruinas chamuscadas, y el gran muelle artificial del distrito del puerto estaba repleto de cascos de cientos de barcos destruidos o volcados. Al sureste de la ciudad, conectado tanto a la ciudad como al complejo de la forja mediante un ferrocarril, se encontraba el principal puerto estelar del planeta. El puerto estaba ya en manos de los rebeldes. Nemiel contó hasta seis pesados transportes de carga que aterrizaban en el emplazamiento, rodeados de unidades de apoyo rebeldes y al menos un regimiento de soldados mecanizados.

Las fuerzas terrestres enemigas avanzaron por las vías hacia el complejo de la forja con cuatro regimientos de infantería y aproximadamente un regimiento de unidades blindadas pesadas, y por lo visto habían conseguido penetrar en una fortificación imperial que cubría la entrada sur de la forja. No había datos sobre la fuerza de la tropa enemiga o sobre las fuerzas de defensa del Mechanicum en el interior del complejo. Nemiel sospechaba que todos los datos procedían de las fuerzas imperiales presentes en el planeta, y ellos no tenían ni idea de lo que sucedía tras las murallas de la reserva del Mechanicum.

Los iconos azules se desplazaban hacia el sur y el este a través de la zona gris

hacia los rebeldes que recorrían las vías; se trataba de dos regimientos con pocos efectivos respaldados por un batallón de unidades blindadas que intentaban golpear a los rebeldes en el flanco y alejarlos de la forja. Era un intento atrevido, pero los rebeldes ya habían obstaculizado el contraataque imperial a unos cinco kilómetros al norte de las vías.

—Diez segundos para inserción orbital —informó el capitán Stenius por el comunicador—. Fuerzas de combate Alfa, preparaos para el desembarco.

Brillantes círculos azules que mostraban la zona de aterrizaje aparecieron en el mapa táctico. Las dos compañías descenderían en unas estribaciones montañosas que bordeaban el extremo meridional de la llanura, a unos dos kilómetros al sur de las vías ocupadas por los rebeldes. La estrategia era obvia: los astartes avanzarían hacia el norte y atacarían a los rebeldes desde su otro flanco, cortándoles el acceso a las vías y arrinconándolos contra las fuerzas imperiales más al norte. El elevado terreno al sur de las vías proporcionaba un excelente campo de tiro y una amplia cobertura para los Ángeles Oscuros, lo que les permitía disparar a las fuerzas rebeldes a discreción. Una vez que la resistencia en las vías se hubiese eliminado, Nemiel consideró que una compañía debería quedarse para proteger la carretera contra los refuerzos que pudiesen aproximarse desde el puerto estelar, mientras que la otra penetraría en la forja y acabaría con los rebeldes que operasen en su interior.

—Cinco segundos. Cuatro… tres… dos… uno. Comienza la secuencia de desembarco.

Un tremendo impacto golpeó a babor de la Causa Invencible lo bastante fuerte como para empujar a Nemiel contra su arnés de reingreso, y todo quedó a oscuras.

Jonson había introducido a su grupo de batalla en Diamat en un ángulo bastante cerrado con la intención de llegar hasta los rebeldes lo antes posible y desplegar su fuerza de aterrizaje. Puesto que los cruceros y los transportes que vigilaban estaban en órbitas geosincrónicas sobre el complejo de la forja principal de Diamat, esto hizo que ambas fuerzas se disparasen a quemarropa. Las baterías y las torretas de las lanzas dispararon sin tregua contra las naves imperiales, que respondieron con una salva de torpedos y con un mortífero bombardeo desde los cañones de la nave insignia y de los cruceros de asalto.

La barcaza de batalla se vio envuelta en una granizada de explosivos mientras continuaba acercándose a la línea de batalla enemiga. En el último momento, la *Causa Invencible* y sus cruceros de asalto viraron a estribor y se colocaron casi en paralelo con los cruceros enemigos mientras la nave insignia se preparaba para liberar las cápsulas de desembarco.

A menos de cincuenta kilómetros a babor (una distancia terriblemente corta para una batalla naval), un crucero de clase Armiger barrió el flanco de la barcaza de

batalla con sus lanzas pesadas. Los impactos de los torpedos habían abierto profundos cráteres en el casco del Armiger, lo que había provocado incendios en las tripas del maltrecho crucero.

Los cañones de bombardeo de la nave insignia lanzaron una salva de torpedos hacia el Armiger. A tan corta distancia todos dieron en el blanco. Los proyectiles gigantes (cinco veces más grandes y con más carga explosiva que el proyectil de un macrocañón estándar) atravesaron el blindaje del crucero y desencadenaron una serie de catastróficas explosiones en el interior del casco que sobrecargaron el reactor de plasma de la nave. La inmensa nave de guerra se desintegró en una tremenda explosión y arrojó restos fundidos en todas direcciones.

Una pieza del siniestrado crucero, un trozo de superestructura blindada tan grande como una manzana urbana, impactó contra la nave insignia a babor en el momento en que iniciaba su secuencia de desembarco. La *Causa Invencible* dio una sacudida a estribor con el tremendo impacto, lo que interrumpió las precisas maniobras dirigidas por el oficial de artillería de la nave. Pero era demasiado tarde para abortar el plan; la secuencia automática se había activado y las cápsulas salieron despedidas a razón de dos de ellas por segundo. En diez segundos los doscientos astartes habían sido lanzados, y sus cápsulas se dispersaron a través de la atmósfera sobre la zona de guerra.

El generador de energía a bordo de la cápsula de desembarco se reinició un segundo después del lanzamiento. Las pantallas de datos volvieron a encenderse y los reactores de posición se activaron y corrigieron el avance en espiral de la cápsula a través de la atmósfera. Temblaba y se sacudía como un juguete entre las rudas manos de un gigante. El aire pasaba aullando junto a los rudimentarios estabilizadores de la cápsula de desembarco, pero por fin el vertiginoso descenso en círculos cesó.

Nemiel sabía que la nave insignia había recibido un tremendo golpe, lo que significaba que probablemente se habían salido de la zona de despliegue planeada. Sin perder tiempo, el redentor comprobó las lecturas mientras los motores lógicos de la cápsula leían su trayectoria y proyectaban su nuevo punto de aterrizaje.

Un círculo amarillo parpadeaba en el mapa táctico. Nemiel frunció el ceño. Ahora iban a descender a unos cuantos kilómetros al norte de las vías, justo en medio de las fuerzas rebeldes que se encontraban resistiendo el contraataque imperial. Aquello iba a complicar las cosas. Nemiel comprobó la frecuencia de control, pero sólo oía ruido. Entre la ionización atmosférica y los gruesos cascos de las cápsulas de desembarco no conseguiría hablar con el comandante de la fuerza hasta que los astartes hubiesen llegado a tierra.

El redentor conectó la red de la escuadra.

—¿Seguís todos ahí? —preguntó.

—¿Esperabas que fuésemos a alguna parte, hermano? —respondió Kohl al instante.

—No sé vosotros, pero yo ya tengo ganas de estirar las piernas —terció Askelon, el tecnomarine, entre risas—. Estar tanto tiempo tumbado es malo para la circulación.

—Y lo dice precisamente el que se pasa la vida con la cabeza y los hombros apoyados sobre una plataforma de mantenimiento —replicó Kohl.

—Lo que me convierte en un experto en el tema, ¿no crees? —respondió Askelon.

—El sargento Kohl sólo dejará de discrepar de todo el día que se muera —rió el hermano Marthes, artillero de fusión de la escuadra.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida —refunfuñó Kohl, y el resto de la escuadra soltó una carcajada.

Las turbulencias de reingreso fueron aumentando hasta que les temblaba todo el cuerpo, y se mantuvo así durante unos largos nueve minutos y medio, hasta que un icono de advertencia se iluminó en la pantalla y los retrocohetes se activaron. La división de artillería a bordo de la nave insignia había programado las cápsulas para que activaran sus cohetes en el último momento posible, por si hubiese alguna amenaza antiaérea importante en la zona de desembarco. La sacudida fue como recibir una patada de un titán en el trasero.

Bajo sus pies se oyó un estruendoso rugido cuando los reactores se pusieron a toda potencia durante tres segundos, directos hacia el punto de impacto. Nemiel sintió otra sacudida mucho más leve y oyó a lo lejos un desgarrador estrépito; después, una serie de pequeños impactos resonó a través del casco de la cápsula antes de llegar a detenerse.

La pantalla de Nemiel se quedó en blanco y en ella parpadeó una luz roja de advertencia.

—¡Soltaos y desplegaos! —gritó por la red de la escuadra, y presionó el botón de liberación rápida en su arnés de reingreso.

Con un silbido, la rampa ante él empezó a desplegarse y dejó entrar una corriente de aire caliente y hediondo. A unos sesenta grados la rampa se detuvo. El sistema hidráulico chirriaba con insistencia y casi levantó el cuerpo de la cápsula antes de que los bloqueos de seguridad se activasen y abortasen el proceso.

Nemiel tenía la sensación de que la cubierta a sus pies estaba ligeramente inclinada. Soltó un gruñido de irritación, dio un paso adelante y golpeó la rampa con el pie. Se oyó un crujido de mampostería; la rampa rebotó ligeramente y bajó medio grado más.

El humo acre y las olas de calor empezaban a penetrar en la cámara de reingreso. Nemiel oyó sordas maldiciones a través del comunicador mientras los demás miembros de la escuadra intentaban salir de sus propias cápsulas. El redentor se

agarró con una mano del marco de la entrada y del borde de la rampa con la otra, se impulsó para salir y, una vez fuera, vio lo que había sucedido.

La cápsula había aterrizado justo sobre una unidad de habitáculos de varias plantas y había atravesado por lo menos cuatro o cinco pisos antes de detenerse en el ruinoso sótano del edificio.

Una leve luz solar entraba por el agujero abierto en el piso superior, pero las nubes de espeso humo la ocultaban prácticamente en su totalidad. Los retrorreactores de la cápsula habían incendiado las plantas superiores del edificio.

Varias de las cápsulas habían conseguido abrirse por completo, mientras que otras, como la de Nemiel, estaban bloqueadas por montañas de escombros. El hermano sargento Kohl estaba apoyado contra el lateral de una de las cápsulas ayudando a salir al hermano Vardus y a su voluminoso bólter pesado.

El hermano Askelon se aproximó a la cápsula que estaba más cerca de Nemiel y levantó su servobrazo por encima del hombro con un leve chirrido mientras ponía los pies cuidadosamente entre los escombros.

—¡Apartaos! —gritó.

Después abrió la garra de su brazo y la apoyó contra el lateral de la cápsula. Los servomotores zumbaron mientras acumulaban potencia. Askelon se deslizó hacia atrás unos centímetros; Nemiel dio un paso hacia adelante e intentó ayudarlo agarrándolo. Entonces, con el crujido de mampostería hecha añicos y el chirrido del metal, la cápsula se colocó ligeramente en posición vertical.

—Buen trabajo, hermano —lo felicitó Nemiel dándole al tecnomarine unos golpecitos de aprobación en el hombro mientras las rampas de la cápsula se desplegaban por completo—. Sargento Kohl, sácanos de aquí.

—Por supuesto, hermano redentor —respondió Kohl, esta vez con tono formal. El sargento dio unas cuantas órdenes a su escuadra y los astartes se pusieron a trabajar.

Nemiel ya podía oír el sonido del fuego láser en el exterior, seguido de un hueco ladrido de bólters.

En cuestión de segundos la escuadra estaba abriéndose paso y escalando una losa de permacemento para llegar a la planta baja del edificio. Restos en llamas caían entre los astartes como descarriados meteoritos. Pequeñas piezas repiqueteaban sobre sus armaduras sin causarles daños. En la planta baja, el sargento Kohl se sacó un auspex del cinturón y empezó a inspeccionar el terreno entre la humareda.

—¿Cuáles son tus órdenes? —preguntó a Nemiel.

—Iremos hacia el norte —le respondió.

Kohl comprobó la lectura una vez más y asintió. Después se dirigió hacia la oscuridad. El astartes no se molestó en buscar una entrada, cuando se encontraba con una pared, la embestía sin apenas detenerse. Al cabo de unos momentos la escuadra vio un gran cuadrado de luz brumosa por delante. Kohl dirigió a la escuadra a través

de la abertura a toda prisa y salieron al exterior bajo una lluvia de brillantes fragmentos de cristal y una nube de humo sucio y gris.

Estaban en una estrecha avenida irregular que iba de este a oeste a través de la zona gris. Montañas de escombros y decenas de cuerpos carbonizados plagaban la carretera hasta donde les alcanzaba la vista. La mayoría de los edificios no eran más que estructuras vacías, y sus ennegrecidas fachadas estaban acribilladas de agujeros de armas de fuego de pequeño calibre. Un siniestrado transporte militar de seis ruedas yacía volcado sobre uno de sus lados a unas pocas decenas de metros a la derecha de la escuadra. Sus ruedas todavía ardían. El aire resonaba con el crujido y los estallidos de las armas de fuego y el ominoso silbido de los proyectiles de mortero que dibujaban un arco por encima de sus cabezas.

El rugido de los motores petroquímicos resonaba por una estrecha calle perpendicular a tan sólo veinte metros a la izquierda de la escuadra.

Nemiel reconoció el sonido al instante: eran TBT, y avanzaban de prisa. Por lo que parecía, había cuatro vehículos; un pelotón mecanizado completo.

—¡Táctica de emboscada Épsilon! —gritó para enviar a la mitad de la escuadra al otro lado de la calle.

Kohl cruzó detrás de sus guerreros buscando posibles amenazas. El hermano Marthes se arrodilló tras una montaña de ennegrecidos escombros a la izquierda de Nemiel, y apoyó su bólter pesado por encima de ella. El redentor sacó su bólter y apretó el botón de activación de su crozius aquilum. El águila bicéfala sobre el cayado resplandeció con una crepitante energía azul.

Los TBT llegaron a la esquina en cuestión de segundos y avanzaron con un ruido sordo por la calle perpendicular hacia la primera línea, a unos pocos kilómetros más al norte. Eran transportes blindados de tropas modelo Testudo, armados con un cañón automático y capaces de transportar a toda una escuadra de soldados. Los conductores avanzaban a toda máquina y expulsaban espesas y negras nubes de gases por el tubo de escape.

Los Ángeles Oscuros habían llegado a sus puestos con admirable velocidad y precisión y se habían ocultado detrás de montones de escombros o en las entradas de varios edificios en ruinas. Justo cuando los TBT aparecieron, uno de los astartes salió de su escondite y levantó la boca de su grueso rifle de fusión. El hermano Marthes sacó su arma antitanque y la apoyó en el flanco del Testudo que iba en cabeza. Presionó el disparador y desató un estallido de microondas de alta intensidad que convirtieron la estructura metálica del vehículo en plasma sobrecalentado. Los tanques de combustible explotaron haciendo un ruido atronador y el Testudo estalló en una lluvia de fragmentos incandescentes.

El hermano Vardus abrió fuego un segundo después y barrió al último Testudo con una ráfaga de fuego bólter. Los proyectiles, sensibles a la masa, explotaron contra

el blindaje de los TBT y abrieron boquetes en sus sólidos neumáticos. Encontraron varias grietas en la chapa de blindaje y consiguieron penetrar en el TBT causando sangrientos estragos en los hombres apiñados en su interior. El Testudo dio varias sacudidas hasta detenerse. Un espeso humo salía de los agujeros de su costado.

Los dos TBT del centro giraron bruscamente e intentaron evitar los ardientes restos del vehículo de cabeza y escapar a aquella matanza. Sus torretas apuntaron a la derecha y escupieron una ráfaga de proyectiles altamente explosivos por la calle, abriendo todavía más agujeros en los chamuscados edificios y levantando nubes de permacemento de las pilas de escombros. El hermano Marthes cambió de objetivo y disparó al siguiente TBT de la línea, pero esta vez su disparo se desvió ligeramente hacia arriba, impactó contra la pequeña torreta del vehículo y la desgarró. Los proyectiles del autocañón se recalentaron con el calor del estallido y adornaron la cubierta superior del Testudo con furiosos y rojos fogonazos. El TBT perdió velocidad de manera brusca. El segundo Testudo, que iba demasiado rápido para parar, golpeó contra la parte trasera del vehículo dañado y lo hizo girar noventa grados a la derecha sin llegar a volcarlo.

Vardus niveló su pesado bólter hacia los dos TBT inmovilizados y disparó contra ellos con cortas y precisas ráfagas. Nemiel observó cómo la rampa trasera del segundo Testudo descendía y levantó el bólter. Mientras la aterrada escuadra huía del vehículo siniestrado, él y el resto de astartes los detuvieron con una salva de fuego bólter. El último de los rebeldes todavía no había caído al suelo cuando Marthes disparó una vez más al TBT dañado. Esta vez dio en el blanco e inmoló a los hombres atrapados en su interior.

Al observar aquella matanza fríamente, Nemiel pensó que todo aquello era muy distinto a las viejas historias de caballería que había escuchado en Caliban. La guerra era una carnicería, así de simple. Ahora se daba cuenta de que la noción de gloria llegaba mucho tiempo después, en la imaginación de aquellos que nunca habían visto la realidad con sus propios ojos.

El comunicador del redentor crepitó.

—A todas las unidades, informe de situación y estado —dijo lacónicamente el comandante de la fuerza Lamnos.

El hermano sargento Kohl y otros dos miembros de la escuadra corrieron por la calle para inspeccionar los vehículos siniestrados y comprobar que no había supervivientes. Nemiel abrió un mapa de la zona de aterrizaje en su pantalla táctica y comprobó las coordenadas. Habían caído un kilómetro y medio al norte de las vías, cerca de la entrada meridional de la forja.

—Aquí escuadra Alfa Seis. Estado verde. Esperamos órdenes —respondió, y proporcionó sus coordenadas.

—Afirmativo, Alfa Seis. Seguid alerta —respondió Lamnos al instante.

Menos de un minuto después, el comandante de la fuerza volvió a hablar.

—Alfa Seis, recibimos la señal de que la cápsula de Eco Cuatro ha llegado a tierra pero no se ha desplegado. Las fuerzas enemigas se están acercando a su posición por el sur. Contactad con Eco Cuatro y comprobad su estado inmediatamente. Estad alerta para recibir las coordenadas.

Nemiel comparó las coordenadas en su mapa táctico. Eco Cuatro había caído a medio kilómetro al sureste, todavía más cerca del complejo de la forja.

—Aquí Alfa Seis. Vamos de camino. Corto —respondió.

Kohl y sus guerreros volvieron de la zona del siniestro.

—Un destacamento de infantería mecanizada con TBT Testudo se acerca por las vías —informó.

—Tendrán que esperar —dijo Nemiel—. Vamos al este. Eco Cuatro tiene problemas. Probablemente su cápsula también cayó en un edificio y sus rampas no se despliegan. Tenemos que llegar hasta él antes de que lo hagan los rebeldes.

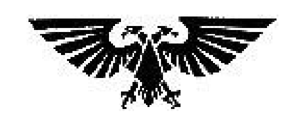
Kohl asintió con la cabeza y se dirigió a la escuadra.

—Askelon, ¿no querías dar un paseo al sol? Pues que no te oiga quejarte cuando no puedas seguirnos el ritmo. Hermanos Yung y Cortus, vosotros estáis preparados. ¡Vamos!

Sin pronunciar palabra, la escuadra salió de su escondite y empezó a dirigirse al este por la calle, apuntando con sus bólters el terreno en busca de objetivos. Nemiel se acomodó al paso del tecnomarine Askelon y el hermano Marthes lo siguió, mientras que Kohl y los otros tres miembros de la escuadra cerraban la marcha. Más al este, la muralla gris del complejo de la forja se elevaba por encima de las humeantes ruinas de la zona gris. Altas torres intermitentes formaban un bosque de metal al otro lado de la imponente barrera y rodeaban los flancos del volcán en el centro del dominio del Mechanicum. Jirones de humo naranja y negro envolvían el complejo y proporcionaban al lugar un aspecto de pesadilla.

—¿Y hemos venido hasta aquí para defender eso? —dijo Nemiel para sí en el interior de su casco.

No parecía precisamente un lugar por el que mereciese la pena morir.



SEIS
ÁNGELES DE LA MUERTE

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

—¡Aquí Épsilon Tres-Nueve despegando de la zona cuatro! ¡Nos están disparando!

La aterrada transmisión se oyó a través del frenético murmullo de conversaciones del strategium de la fortaleza e hizo que Zahariel apartase su atención de los paneles de cristal que mostraban el informe de acción sobre su escritorio. El astartes apretó los dientes, apagó la pantalla hololítica y fue a toda prisa desde su despacho hasta la ajetreada cámara que había enfrente.

Era media tarde del decimocuarto día desde que la campaña global de los insurgentes había comenzado, y de momento la violencia no mostraba signos de empezar a disminuir. El strategium había permanecido en constante actividad desde entonces y estaba repleto de una mezcla de oficiales de la legión y asesores y comandantes superiores de los regimientos de los Jaeger que estaban de servicio en Caliban. Los hombres y mujeres de los Jaeger luchaban para hacer frente a la cambiante naturaleza de los ataques del enemigo y a la presión de mantener el orden civil al tiempo que intentaban entender a las células insurgentes, que evitaban el combate directo en la medida de lo posible. Consumían tazas de té amargo y cápsulas estimulantes sin parar e intentaban igualar la estoica calma de los astartes que se alzaban imponentes entre ellos, pero Zahariel sintió su frustración cuando el mensaje de angustia del piloto del transporte de carga se oyó a través del comunicador por toda la estancia. El joven astartes vio que Luther se encontraba junto al comunicador y escuchaba atentamente. Que él supiera, el señor de Caliban no había salido del strategium desde hacía varios días.

Una nueva voz se oyó a través del comunicador mientras Zahariel avanzaba por la cámara. Esta vez era un control de la defensa aérea de la legión.

—Atención Épsilon Tres-Nueve. Una patrulla aérea de combate está sobre aviso y se dirige hacia vuestra posición. Llegarán en treinta segundos. ¿Qué estáis viendo?

El piloto civil del Épsilon respondió de inmediato.

—Mi copiloto dice que ve fogonazos rojos al norte, fuera del perímetro. Nuestro motor de estribor ha recibido un impacto. ¡La temperatura aumenta muy de prisa! ¡Tengo que desviarme y efectuar un aterrizaje de emergencia!

—Negativo, Tres-Nueve —respondió el controlador—. Aumente la velocidad y la altitud. Repito: no intente aterrizar.

Zahariel movió la cabeza en un gesto de irritación. Los pilotos civiles siempre intentaban aterrizar sus transportes ante el menor problema y no se daban cuenta de que girar y reducir la velocidad para aterrizar sólo los volvía más vulnerables en el campo de batalla. Los estruendos resonaban por el habitáculo mientras la patrulla aérea de combate sobrevolaba a gran velocidad las agujas de Aldurukh en dirección norte.

—¿Qué quieren los rebeldes esta vez? —preguntó Zahariel al llegar junto a Luther.

—Un carguero tipo II cargado con diez mil toneladas de promethium —respondió Luther en tono grave y con los ojos fijos en la rejilla del comunicador—. No podían haber escogido un objetivo mejor.

Zahariel abrió los ojos de par en par. El Épsilon Tres-Nueve era, a efectos prácticos, una bomba voladora. Un golpe directo en uno de los tanques presurizados de promethium que transportaba en uno de sus compartimentos convertiría la nave en una inmensa bola de fuego y esparciría sus restos y el ardiente combustible por todas las zonas septentrionales de aterrizaje. El astartes pensó en todas las subestaciones y almacenes de combustible que había en ese sector e intentó calcular la devastación que originaría semejante explosión.

El comunicador crepitó de nuevo. Esta vez, una profunda voz astartes se oyó a través de la rejilla.

—Aquí León Cuatro; ya veo a Épsilon Tres-Nueve. Estad alerta. —Al cabo de unos instantes el piloto volvió a hablar—. ¡Contacto! He divisado a un grupo de rebeldes manejando un cañón láser desde la parte de atrás de un camión civil dos kilómetros fuera del perímetro. Vamos a entablar combate.

—¡Daos prisa, León Cuatro! —aulló el piloto del Épsilon Tres-Nueve—. ¡Nos han dado otra vez!

León Cuatro no respondió. Los segundos pasaban, y Zahariel advirtió que el strategium se había quedado en completo silencio. Entonces, instantes después, el comunicador crepitó de nuevo.

—Aquí León Cuatro. Objetivo destruido. Repito. Objetivo destruido. Épsilon Tres-Nueve está fuera de peligro.

Los oficiales Jaeger y los asesores de la legión emitieron unos gritos de alivio; cualquier victoria, por pequeña que fuese, era digna de celebrarse en aquellas circunstancias. Los astartes de la cámara recibieron la noticia sin inmutarse y continuaron con su trabajo. Zahariel dio un largo suspiro y miró a Luther.

—Los rebeldes se están volviendo cada vez más audaces —observó—. Éste ha sido su tercer intento en las últimas doce horas.

El señor de Caliban frunció el ceño en un gesto pensativo.

—Tenemos que ampliar el perímetro unos cinco kilómetros más y aumentar nuestras patrullas móviles. Antes o después se darán cuenta de que esos cañones son muy fáciles de ver y pasarán a utilizar lanzamisiles de hombro, lo que nos complicará mucho el trabajo.

Zahariel asintió. Hasta ahora habían tenido suerte. Habían derribado dos lanzaderas en las últimas dos semanas, pero ninguno de los grandes transportes había sufrido más que daños menores. Estaba claro que los rebeldes pretendían obstaculizar todo el tráfico orbital desde Aldurukh hasta las naves de suministro que esperaban sobre Caliban, pero Luther estaba decidido a continuar con las operaciones a pesar de las protestas, cada vez más enérgicas, de los pilotos encargados de los cargueros. Lo que más le preocupaba a Zahariel era el hecho de que ya no llegaban más suministros para reponer los que se habían lanzado a órbita.

—Tenemos cuatro regimientos de Jaeger en formación que están lo bastante avanzados como para realizar patrullas de combate básicas —sugirió el bibliotecario—. Podríamos enviarlos a patrullar el perímetro de inmediato.

—¿Y qué hay de los regimientos de infantería de línea? —preguntó Luther.

Zahariel negó con la cabeza.

—Todas nuestras unidades capacitadas para el combate han sido desplegadas. Ahora mismo los Jaeger andan muy justos. —Zahariel hizo una pausa—: Tenemos casi un capítulo de exploradores entero preparado para la acción, hermano. Podemos enviarlos en parejas a patrullar la campiña que rodea Aldurukh para perseguir a los equipos de artillería rebeldes, en lugar de enviar a los reclutas.

Luther pareció considerar la opción por un momento.

—Si el ritmo de los ataques rebeldes aumenta, lo tendré en cuenta —dijo finalmente—. Mientras tanto, establece un sistema de rotación de patrulla para los regimientos de entrenamiento.

—De acuerdo —respondió Zahariel.

El astartes intentó ocultar cualquier signo de exasperación en su voz. La encarnizada violencia había azotado Caliban durante dos semanas, y los Ángeles Oscuros todavía no habían salido de Aldurukh. No entendía la reticencia de Luther a

implicar a la legión. Zahariel decidió creer que el señor de Caliban los estaba reservando para lanzar un golpe rápido y decisivo contra los insurgentes.

La otra alternativa posible era que Luther no tenía claro a quién debía lealtad, pero esta idea era demasiado terrible como para tenerla en cuenta.

—La situación es absolutamente intolerable.

Los dedos cubiertos de metal de la magos administratum Talia Bosk cortaron el aire con un gesto de despecho. Estaba sentada, apoyada en el borde de una silla alta semejante a un trono, en las cámaras del Gran Maestre, y el volumen de las diferentes capas de sus vestiduras parecía engullir su menuda figura.

—Nuestras cuotas de producción han descendido un sesenta y tres por ciento. Debemos hacer algo contra estos ataques de una vez, o no podremos hacer frente a nuestras obligaciones con la cruzada del Emperador.

Por el terror que se percibía en la voz de Bosk, parecía estar describiendo el final de la vida tal y como ella la conocía, lo cual, desde su perspectiva, probablemente no era del todo incierto.

Bosk y la mayoría de personal procedían de Terra, y el Administratum los había enviado a Caliban para supervisar el crecimiento de la burocracia del planeta y su vertiginoso programa de industrialización. Unos relucientes cables revestidos de metal iban desde unos puertos de datos hasta la base de su cráneo y se le enrollaban en el cuello hasta desaparecer bajo la amplia gorguera de su vestimenta. Su cabeza afeitada estaba adornada con tatuajes realizados con tinta holográfica que utilizaban su propio campo bioeléctrico para proyectar resplandecientes imágenes del Aquila Imperial a unos pocos centímetros sobre su piel. Las interfaces hápticas que cubrían las puntas de sus dedos estaban decoradas con minúsculas joyas y delicadas volutas, como huellas dactilares grabadas en la superficie de platino. Sus ojos augménticos brillaban con una fría luz azul mientras observaba a Luther al otro lado de la inmensa mesa de roble.

Eran las últimas horas de la tarde y la luz se escapaba por el suelo de la cámara desde las altas ventanas que daban al oeste. La estancia, que a Zahariel normalmente le parecía bastante espaciosa, estaba repleta de oficiales de regimiento, de asesores de personal y del inquieto séquito de burócratas de Bosk. Él permanecía pacientemente junto a la ventana, el perfil de sus anchos hombros se recortaba contra la luz del sol que se ocultaba, y en las manos tenía una placa de datos. La reunión, que en un principio se había convocado para que los oficiales imperiales de alto rango informasen a Luther del estado del planeta, no iba bien.

Luther estaba sentado en el enorme sillón del Gran Maestre. Construido para el inmenso físico de Lion El’Jonson, hacía que el caballero pareciese un niño al sentarse en él. El número dos de la legión apoyaba los codos en los amplios brazos del sillón y

observaba a Bosk con frialdad.

—Puede estar segura, magos Bosk, de que no hay nadie en este planeta que conozca las obligaciones de la legión más que yo —respondió Luther.

Sólo alguien que lo conociera bien podría detectar la subyacente tensión en su voz.

—General Morten, tal vez pueda usted ponernos al corriente de la actual situación de seguridad.

El general Morten, vestido con el uniforme verde oscuro de los Jaeger de Caliban, se aclaró la garganta y se levantó de su silla. Al igual que Bosk, Morten era un condecorado soldado terrano con muchos años de servicio que tenía la misión de dirigir las fuerzas de defensa del planeta. Era un hombre bajo y robusto; los carrillos le colgaban a ambos lados de la cara y le habían roto la nariz tantas veces que ahora era poco más que un bulto deformado en el centro de su curtido rostro. Su voz se había vuelto áspera y fría tras haber pasado un año entre columnas de cenizas tóxicas en Cambion Prime.

—Las principales arcologías de Caliban siguen bajo la ley marcial, con toques de queda obligatorios —empezó el general—. Los disturbios parecen seguir su curso, al menos por el momento, pero sigue habiendo ataques rebeldes aislados en puntos de control, zonas comerciales e infraestructuras como depósitos de agua y subestaciones de energía. —El general suspiró y prosiguió—: La presencia de una importante tropa en las arcologías ha reducido considerablemente el número de ataques, pero todavía no hemos conseguido eliminarlos por completo.

Luther asintió.

—¿Y qué hay de las zonas industriales?

—Allí hemos tenido mucha más suerte —continuó Morten—. Hemos asignado una pequeña guarnición de seguridad a las fábricas más grandes y a las minas, y las fuerzas móviles de reacción están alerta para proporcionar refuerzos en caso de ataque. De modo que hemos conseguido frustrar varios ataques importantes en los últimos días.

—Aunque parece que los rebeldes se sienten bastante seguros como para empezar a disparar a los transportes y las lanzaderas que van y vienen de Aldurukh —protestó Bosk.

Apenas media hora después del incidente con Épsilon Tres-Nueve, la lanzadera de Bosk fue objetivo de un cañón automático mientras se acercaba a la fortaleza.

—¿Quiénes son estos criminales y cómo han conseguido hacer tanto en tan poco tiempo?

Luther respiró hondo y escogió sus palabras con mucho cuidado.

—Hay signos de que la mayoría de los cabecillas rebeldes son nobles que han perdido su poder y antiguos caballeros. Creemos que llevan sentando la base para

esta campaña desde hace varios años, almacenando armas y organizando sus fuerzas.

—Su disciplina es impresionante —reconoció Morten de mala gana—. Y su organización está altamente descentralizada. No tengo pruebas, pero estoy convencido de que uno o más de sus líderes han recibido entrenamiento militar imperial en algún momento. No hemos conseguido reunir ninguna información útil sobre su red de mando y de comunicaciones, y mucho menos identificar a alguno de sus líderes.

Zahariel miró a Luther atentamente, preguntándose si delataría a Lord Thuriel y al resto de líderes rebeldes, pero el caballero no dijo nada.

—¿Qué quieren estos criminales? —inquirió Bosk.

Luther se volvió hacia la magos con una mirada inescrutable.

—Quieren volver a ser relevantes —respondió.

—Podrían ir a trabajar a una planta de suministros —dijo Bosk bruscamente—. Este planeta tiene unas obligaciones muy estrictas para con las fuerzas del Emperador, y mi deber es asegurarme de que esas obligaciones se cumplen. ¿Qué se ha hecho para detener a estos cabecillas y tomar medidas?

—Es más fácil decirlo que hacerlo, magos —suspiró Morten—. Mis tropas ya están al límite intentando mantener el orden y proteger vuestros emplazamientos industriales.

—De modo que están sentadas sin hacer nada porque no hay trabajadores para encargarse de las cadenas de montaje —replicó Bosk—. No pueden abandonar sus habitáculos mientras la ley marcial esté en vigor.

Las capas de tela rozaron entre sí mientras la magos cruzaba sus delgados brazos y miraba a Luther.

—¿Y dónde está la legión, maestre Luther? ¿Por qué no han salido a detener a los rebeldes?

Zahariel se puso tenso. Bosk había llegado al quid de la cuestión. Tal vez ahora oyesen la verdad.

Luther se inclinó hacia adelante, apoyó los brazos sobre la inmensa mesa de roble y mantuvo la mirada de la administradora estoicamente.

—Administradora, mis hermanos de batalla son capaces de grandes hazañas, pero cazar criminales no es una de ellas. Los Ángeles Oscuros entrarán en acción cuando llegue el momento y cuando se presenten los objetivos adecuados, pero no antes.

La magos Bosk se puso tensa ante la respuesta de Luther.

—No será suficiente, maestre Luther —replicó con tono cortante—. Estos disturbios deben terminar inmediatamente. Debemos cumplir con nuestras obligaciones sin demora. Si no actúa ya, me veré obligada a informar de la situación al primarca Jonson y al Adeptus Terra.

El ambiente en la cámara se cargó de tensión. La mirada de Luther se volvió dura

y fría. Zahariel se disponía a intervenir para intentar distender la situación cuando la puerta de la cámara se abrió y uno de los asesores de Morten entró a toda prisa. Inclinó la cabeza a modo de disculpa hacia Luther, se volvió hacia el general y le susurró con urgencia al oído. Morten frunció el ceño y empezó a formular al asesor un montón de preguntas. La magos Bosk observaba la conversación cada vez más alarmada.

—¿Qué ha pasado? —Sus dedos revestidos de metal chasquearon mientras agarraba los brazos de madera de su silla—. ¿Qué está sucediendo, general Morten?

Morten hizo un gesto a su asesor para indicarle que podía retirarse. Después miró de manera inquisitiva a Luther, que le dio la palabra con un gesto seco de la mano. El general inspiró hondo y se dirigió a la magos.

—Ha habido… un incidente en Sigma Cinco-Uno-Siete —informó.

—¿Un incidente? —repitió Bosk levantando la voz—. ¿Quiere decir un ataque?

—Posiblemente —respondió el general—. En estos momentos todavía no estamos seguros.

—Bien, ¿y qué es lo que saben?

Morten no lograba ocultar por completo lo mucho que le irritaba el tono exigente de la administradora. El general relató lo que sabía de un modo abreviado y formal:

—Hace aproximadamente cuarenta y ocho minutos, nuestro cuartel general ha recibido un mensaje indescifrable de la guarnición en Sigma Cinco-Uno-Siete. El operador de comunicación ha confirmado que el encargado de señales había utilizado los indicativos y el código cifrado correcto de la guarnición, pero no lograba entender lo que intentaba decir. La transmisión ha durado treinta y dos segundos y se ha cortado de repente. Nadie ha vuelto a saber nada de la guarnición desde entonces.

—¿Pueden ser interferencias? —inquirió Luther.

—No, señor. —Morten negó con la cabeza—. La transmisión simplemente se ha interrumpido en medio de una frase.

El señor de Caliban centró su atención de nuevo en la magos Bosk.

—¿Qué es exactamente Sigma Cinco-Uno-Siete?

—Una planta de procesamiento de materiales en los Bosques del Norte —respondió—. Entró en funcionamiento el mes pasado, y todavía no estaba completamente activa.

—¿Cuántos trabajadores hay en ella?

—Cuatro mil por turno en condiciones normales, pero, como acabo de decir, todavía no estaba en pleno funcionamiento. —Bosk frunció los labios mientras accedía a sus mecanismos de datos corticales—. Había problemas con el centro de energía térmica de la planta. Un equipo de ingenieros había acudido a la instalación para intentar averiguar la fuente del problema, pero eso fue todo.

Luther asintió.

—¿Y la guarnición?

—Era un pelotón de Jaeger y llevaban con ellos una escuadra de artillería pesada —respondió Morten—. Suficiente para defender el emplazamiento contra cualquier cosa, menos un ataque rebelde importante.

—Bien, está claro que eso es lo que ha sucedido —espetó Bosk—. Ha dicho que había soldados móviles para reforzar la guarnición en caso de ataque. ¿Por qué no los han enviado?

El general fulminó a Bosk con la mirada.

—Lo hemos hecho, magos. Aterrizaron en la instalación hace cinco minutos.

—Bien, ¿y con qué se han encontrado? —inquirió Bosk. La expresión de Morten se ensombreció.

—No lo sabemos —dijo a regañadientes—. Perdimos todo contacto con ellos en el momento en que tomaron tierra.

Luther se irguió en el sillón del Gran Maestre. Zahariel sintió que una ola de inquietud lo invadía. Algo muy extraño estaba sucediendo. Por la oscura mirada en los ojos de Luther, estaba claro que el señor de Caliban también lo sentía.

—¿Cómo de grande era la fuerza de apoyo? —preguntó Luther.

—Era una compañía de refuerzo —respondió Morten—. Unos doscientos hombres, artillería pesada y diez transportes de asalto Condor.

La inquietud que sentía Zahariel se acentuó. Una fuerza de tal tamaño debería haber sido más que suficiente para acabar con cualquier ataque rebelde.

—Tal vez la primera transmisión fuese una trampa y la fuerza de apoyo cayese en una emboscada.

—Es posible —dijo Luther algo dudoso—. Pero ¿por qué no han enviado ninguna transmisión? Deben de haber oído algo. —Se volvió de nuevo a Morten—. ¿Hay alguna otra fuerza de reacción en la zona?

—La más cercana se encuentra a más de dos horas de distancia —respondió el general—. Puedo enviarlos al emplazamiento, pero el sector de las Colinas Rojas se quedaría sin refuerzos en caso de que hubiese otro ataque.

—Esto es vergonzoso —declaró Bosk enfurecida—. Maestre Luther, con todos mis respetos, lo siento pero tengo que informar al primarca Jonson y a mis superiores en Terra de esto. La situación empeora por momentos y es obvio que no está dispuesto a enviar a sus astartes a luchar contra su propia gente. Tal vez puedan enviar fuerzas de otra legión para poner fin a este levantamiento.

El bien parecido rostro de Luther palideció de rabia. El general Morten temió su reacción y empezó a tartamudear una respuesta, pero Zahariel lo interrumpió:

—La defensa de Caliban no es asunto del Adeptus Terra —dijo con voz severa—. Y nuestro primarca tiene asuntos más importantes en los que centrar su atención en estos momentos. El maestre Luther ha dicho que estaba esperando el momento

oportuno para ordenar la intervención de nuestros hermanos de batalla, y es obvio que ese momento ha llegado.

Luther se volvió hacia Zahariel mientras el bibliotecario hablaba, y los ojos de los dos guerreros se encontraron. Por un instante, el señor de Caliban fulminó al joven astartes con sus oscuros ojos brillantes de rabia. Zahariel mantuvo la mirada del caballero con firmeza.

Al instante, Luther controló su ira y asintió lentamente, aunque su expresión seguía reflejando una tremenda preocupación.

—Bien dicho, hermano. Reúne a una escuadra de veteranos y partid hacia Sigma Cinco-Uno-Siete de inmediato. Eliminad cualquier resistencia y asegurad la instalación. Mantenedme al tanto de todo. ¿Entendido?

Zahariel suspiró con alivio para sus adentros. Sentía haber obligado así a Luther, pero estaba convencido de que, con el tiempo, el señor de Caliban lo perdonaría. El bibliotecario inclinó la cabeza ante Luther y saludó con respeto al general Morten y a la magos Bosk antes de salir con determinación de la estancia.

Su conciencia estaba tranquila. Por el Emperador y por el honor de la legión, los Ángeles Oscuros de Caliban se estaban preparando para la guerra.



SIETE
HERMANOS DE ARMAS

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

La escuadra de Nemiel corrió a toda prisa por la estrecha calle hacia la ubicación donde había caído la cápsula Eco Cuatro esperando tropezarse con más tropas rebeldes en cualquier momento. El sonido de la lucha entre las escuadras de astartes y las fuerzas enemigas resonaba por toda la zona gris cada vez con más intensidad conforme los rebeldes empezaban a responder al peligro que se hallaba entre ellos. Nemiel oyó el ladrido de los cañones láser y, cada dos por tres, el fuerte estallido del cañón de un carro de combate se sumaba al barullo.

—Girad al sur en la siguiente esquina —gritó a su escuadra—. La Eco Cuatro debería estar a otros cuatrocientos metros por esa calle perpendicular y luego a la izquierda.

—Entendido —respondió el hermano Yung, uno de los dos guerreros que iban delante.

Nemiel vio cómo los astartes doblaban la esquina y apoyaban la espalda contra la fachada de una tienda calcinada con los bólters sujetos sobre el pecho. Uno de los dos guerreros, el hermano Cortus, se deslizó hasta el final de la pared y asomó la cabeza. Nemiel oyó el disparo del cañón y vio cómo la esquina del edificio en el que Cortus estaba apoyado se desintegraba en un instante. Los dos astartes desaparecieron en una tormenta de piedra y de fragmentos de acero pulverizados. Una inmensa nube de polvo y humo envolvió la intersección y bajó por la calle hacia el resto de la escuadra.

Los hombres se pusieron a cubierto de manera instintiva, agachados tras

montañas de escombros o pegados a la pared de un edificio. Nemiel consultó la pantalla de su casco y vio que el icono del estado del hermano Cortus había pasado de verde a ámbar. Estaba herido, tal vez de gravedad, pero seguía activo. Las paredes del edificio debían de haber protegido a los astartes de la peor parte del impacto.

Menos de un minuto después, el hermano Yung apareció de entre la nube de humo. Su armadura negra estaba cubierta de polvo marrón. Iba medio cargando medio arrastrando al hermano Cortus. Nemiel salió de su refugio y corrió hacia ellos mientras Yung colocaba al guerrero herido en el suelo, junto a la entrada en ruinas de una unidad de habitáculos.

Cortus levantó la mano e intentó quitarse el casco. Un lado del yelmo de ceramita estaba parcialmente aplastado, hecho añicos sobre el ojo derecho y abierto desde la coronilla hasta la nuca. Yung le echó una mano y ayudó al astartes herido a librarse de él.

—¿Estado? —preguntó Nemiel.

El hermano Cortus lanzó el casco destrozado a un lado, y éste rebotó sobre el suelo. La piel del lado derecho de su rostro había quedado destrozada con el impacto. En algunas partes la carne había desaparecido hasta el hueso. Su ojo derecho estaba totalmente ensangrentado, pero la herida cicatrizaba rápidamente gracias a la capacidad aumentada de curación de Cortus.

—Un carro de combate y cuatro TBT a trescientos metros al sur —dijo con la voz ronca a causa del dolor—. Aproximadamente un pelotón de infantería en posiciones de defensa; puede que más.

—Me refería a tu cabeza, hermano.

Cortus miró aturdido al redentor, parpadeando con su ojo sano.

—Ah, eso —dijo quitándole importancia—. No es nada. ¿Sabe alguien dónde está mi bólter?

—Aquí —respondió Yung lacónicamente mientras le pasaba a Cortus el arma cubierta de polvo.

El rostro del guerrero herido se iluminó.

—Gracias, hermano —respondió—. Kohl me habría despellejado si lo hubiese perdido.

—No lo dudes —gruñó el sargento Kohl mientras se agachaba junto a Nemiel—. Parece que los rebeldes han llegado a la Eco Cuatro antes que nosotros. Puede que ya sea demasiado tarde.

—O puede que hayamos llegado justo a tiempo —replicó el redentor—. Trescientos metros son demasiados para conseguir nada con el rifle de fusión. Tenemos que acercarnos más.

Nemiel se volvió para mirar la ruta por la que habían venido en busca de un camino que pudieran seguir para flanquear la posición enemiga, pero no había

ninguno.

—Tendremos que atravesar los edificios —dijo—. Sargento, Askelon y tú iréis por delante.

Kohl asintió y le hizo una seña al tecnomarine. Nemiel ayudó a Cortus a ponerse en pie y después siguieron al sargento por el agujero de la entrada de la unidad de habitáculos.

Tardaron diez minutos en atravesar la estructura medio derruida. Kohl y Askelon se abrían paso a través de cualquier montón de escombros que se cruzase en su camino. En algunas ocasiones, el tecnomarine tuvo que utilizar su servobrazo para reforzar los soportes dañados de las construcciones para que la escuadra pudiese avanzar sin provocar un derrumbamiento. Salieron del edificio a través de un ventanal roto, cruzaron un estrecho callejón lleno de basura y entraron en el esqueleto de otra estructura que había al otro extremo.

El segundo edificio estaba hundido casi por completo, lo que obligó a los astartes a escalar inmensas montañas de escombros para llegar al otro lado. Ahora Nemiel podía oír el ocioso rugido de los motores petroquímicos y los distantes gritos de órdenes.

Llegaron a la cumbre de una pila de ruinas cerca del otro extremo del edificio y se agacharon. Nemiel se unió a Kohl y Askelon y se asomó por encima de la montaña. Para entonces, su armadura estaba tan cubierta de polvo que era casi imposible verlo entre los desechos.

A través de los marcos de las ventanas rotas de las esquinas de la arruinada estructura veía las posiciones enemigas. El tanque estaba aparcado en el centro de otra intersección con los flancos envueltos en gases del tubo de escape. Los cuatro TBT estaban desplegados tras él en formación irregular; tenían las rampas bajadas y los soldados se habían puesto a cubierto a ambos lados de la calle. En una de las esquinas más alejadas de la intersección había una unidad de habitáculos en ruinas que presentaba un inmenso agujero a un lado de una de las plantas superiores. Las llamas asomaban ávidamente por el agujero.

—Hemos encontrado la Eco Cuatro —anunció Nemiel por el comunicador—. Vardus, prepara tu arma. El resto, preparaos para avanzar.

El hermano Vardus escaló la montaña de escombros y apuntó su rifle de fusión hacia el tanque a través del marco de la ventana. El resto de la escuadra subió a ambos lados de la pendiente con las armas preparadas.

El artillero con el rifle de fusión miró a Nemiel y asintió.

—¡Fuego! —gritó el redentor.

El rifle de fusión lanzó un chirrido de aire sobrecalentado y alcanzó el lateral del tanque, justo al lado del motor. Trozos fundidos de placas de blindaje y segmentos de oruga volaban por los aires.

Nemiel se puso de pie.

—¡Lealtad y honor! —gritó el redentor—. ¡A la carga!

Con un grito, los Ángeles Oscuros se dispersaron por la pila de escombros y saltaron por las ventanas abiertas mientras sus bólters escupían fuego. Los soldados rebeldes cayeron al suelo, ya que sus ligeras armaduras no estaban preparadas para los poderosos impactos de bólter, pero los supervivientes devolvieron el ataque inmediatamente. Los disparos de rifles láser zumbaban a través del aire y detonaban contra los laterales de los ennegrecidos edificios con un entrecortado chisporroteo.

Nemiel corrió por la calle a toda prisa hacia los estacionados TBT. Los Testudo ya estaban desplazando las torretas, pero el astartes ya estaba demasiado cerca como para que los vehículos usasen su artillería de manera efectiva. Los rayos láser atravesaban el aire a su alrededor. El redentor sacó su bólter y lanzó dos rápidos disparos que alcanzaron a un soldado que estaba agachado en la entrada de un edificio al sur de su posición.

—¡Cruzad la intersección! ¡Dirigíos al edificio de enfrente! ¡Ahí es donde cayó la Eco Cuatro! —gritó Nemiel mientras dejaba atrás el tanque en llamas.

Askelon y Kohl le pisaban los talones e intercambiaban fuego con los soldados rebeldes. Corrieron entre los TBT estacionados y el sargento lanzó sendas granadas de fragmentación al interior de los compartimentos de soldados de los dos vehículos que pudo alcanzar. Vardus apuntó y disparó mientras avanzaba y alcanzó a uno de los Testudo que estaba un poco más alejado. El rayo acertó en el frontal inclinado del TBT y atravesó sin problemas el blindaje provocando una enorme explosión.

Nemiel llegó al otro extremo de la intersección en tan sólo unos segundos y se encontró recibiendo fuego de tres direcciones diferentes. Otra escuadra se había puesto a cubierto alrededor del edificio en el que la Eco Cuatro había caído y disparaba a quemarropa hacia los astartes que corrían a toda prisa. Un rayo láser estalló contra el pecho de Nemiel; otro le hizo un brillante agujero en la hombrera izquierda, pero su armadura de ceramita aguantaba hasta el peor de los impactos. Askelon también recibió varios golpes, pero su elaborado arnés, forjado por los maestros artesanos del mismísimo Marte, repelía los impactos sin dificultad.

A la derecha de Nemiel, el hermano sargento Kohl disparó a un soldado rebelde a quemarropa con su bólter y después atravesó a otro con la espada de energía. Nemiel divisó a un sargento enemigo a la izquierda que cambiaba a toda prisa las células de energía de su pistola láser. El redentor le disparó dos veces; después corrió entre el resto de soldados y acabó con todos los rebeldes que tenía al alcance de los terribles golpes de su crozius. Un rayo láser destelló desde la entrada del edificio y lo alcanzó cerca de la cadera; Nemiel sintió un dolor punzante cuando el rayó halló un punto débil en su armadura, pero las placas de ceramita consiguieron desviar la mayor parte de la energía.

Con un rugido desafiante, el redentor corrió hacia el edificio y dejó a los supervivientes de la escuadra enemiga para sus hermanos. Aquella estructura también estaba quemada y en ruinas; el techo de la unidad de habitáculos y tres pisos más se habían derrumbado hacía tiempo, de modo que sólo quedaba en pie la maltrecha fachada. En un rincón del edificio, justo al otro lado de la entrada, estaba la Eco Cuatro. La cápsula de desembarco había caído en un ángulo de casi cuarenta y cinco grados y se había enterrado en un montículo de restos de planchas endebles y mampostería. No había ni una sola rampa que pudiese abrirse en ese ángulo, lo que dejaba al ocupante atrapado en su interior.

Unas figuras se dispersaron y empezaron a disparar sus pistolas y rifles láser hacia Nemiel. Un rayo lo golpeó en el muslo derecho, y otros dos le impactaron en el pecho. Las señales ámbar de advertencia parpadeaban en la lectura de su armadura, pero su integridad seguía dentro de los parámetros aceptados. Corrió hacia la cápsula y sus poderosas piernas lo condujeron de manera implacable sobre las pilas de escombros. Su bólter ladró un par de veces, y ambos disparos alcanzaron su objetivo y acabaron con un soldado rebelde mientras salía de su escondite e intentaba cambiar de posición para flanquearlo.

Había llegado a la cumbre de la pila más alta de restos, a sólo diez metros de la cápsula de desembarco, cuando vio el parpadeo de un campo de energía por debajo a su izquierda. Sin pensárselo dos veces, se apartó hacia el lado contrario y bajó su crozius para bloquear un golpe que a punto estuvo de seccionarle la pierna a la altura de la rodilla. Sin embargo, la espada de energía del teniente rebelde le hizo un profundo corte en la pantorrilla izquierda e hizo que se tambalease. El dolor era tan intenso que lo dejó sin aliento. Incluso a pesar de las rutinas autohipnóticas de que disponía, la herida estuvo a punto de llevarlo a un estado de shock. Su armadura detectó el daño y actuó de inmediato tensando la pseudomusculatura de su pantorrilla izquierda e inmovilizándola, como una tablilla de ceramita. El repentino cambio de movilidad hizo que Nemiel cayese hacia adelante y se deslizase de cabeza por la montaña de escombros hasta el centro de la pequeña sección de la escuadra enemiga.

Los rebeldes se acercaban a Nemiel por todas partes al tiempo que disparaban sus pistolas láser. Le dieron en la cabeza, los hombros y el pecho. La armadura detenía los disparos, pero los sensores de integridad empezaron a pasar de ámbar a rojo. El redentor oyó el distintivo crepitar de la espada de energía del teniente enemigo que descendía la pendiente tras él.

Nemiel se detuvo al chocar con un amasijo de soportes de acero a los pies de la pila y se dio la vuelta justo cuando el oficial rebelde llegaba hasta él. La espada de energía iba directa hacia su pecho, y en el último momento logró apartarse lo suficiente como para pararla con el crozius. Con un gruñido, el teniente movió la espada para lanzar otro golpe rápido, pero Nemiel desenfundó el bólter y disparó

atravesándole el corazón.

Otro soldado rebelde se acercó corriendo por detrás del cadáver del teniente e intentó atravesar la garganta de Nemiel con su bayoneta. El redentor bloqueó la estocada con el crozius y mató al soldado de un revés en la cabeza. Los soldados restantes se dispersaron mientras el hermano sargento Kohl llegaba a la cresta de la montaña de escombros y abría fuego con su bólter. Los supervivientes se ocultaron tras otro montón de permacemento hecho añicos.

Kohl enfundó su arma y descendió con agilidad y a toda prisa por la pendiente.

—¿Estás bien, hermano? —preguntó al tiempo que le tendía la mano.

Nemiel rechazó su ayuda.

—Estoy bien —respondió, y se puso inmediatamente de pie.

Estaba a punto de preguntar por el hermano Askelon cuando el tecnomarine apareció en la cumbre de la pila y bajó para unirse a ellos. Sin embargo, en lugar de interesarse por Nemiel, su mirada estaba fija en la cápsula de desembarco.

Askelon señaló una caja abierta que había a pocos metros de distancia. Habían sacado cuidadosamente cuatro cargas de fusión con forma de disco y las habían colocado en fila sobre una pequeña placa de metal.

—Yo diría que hemos llegado justo a tiempo —apuntó al tiempo que le lanzaba a Kohl una mirada significativa.

—Bien, ¿pues sabes qué es lo que yo digo, Askelon? —empezó a decir Kohl con su característico humor.

Pero el resto de su respuesta se perdió en una atronadora explosión cuando el tanque, desde el exterior, disparó su cañón de combate contra el edificio en ruinas. El estallido pulverizó una sección de diez metros de amplitud de la entrada del edificio y roció a los astartes con una granizada de piedra y de metal. Cuando la nube de polvo y humo se despejó, Nemiel miró a través del agujero que había abierto el cañón y vio que el tanque enemigo seguía donde Marthes le había disparado. El estallido de fusión había destrozado el motor del vehículo, pero sus ocupantes seguían muy vivos.

—¡Marthes! —gritó Nemiel por el comunicador.

—¡Lo sé, hermano, lo sé! —respondió Marthes—. Estoy en el extremo meridional del edificio con media escuadra. Dame un minuto para que me posicione.

—¡Puede que no tengamos otro minuto! —respondió Nemiel.

Pero no era su integridad física o la de sus compañeros lo que le preocupaba. La cápsula de desembarco era un objetivo mucho más tentador.

—¡Askelon, tenemos que abrir esa cápsula! —gritó.

El tecnomarine asintió con la cabeza.

—¡Primero tenemos que nivelarla para que las rampas puedan desplegarse! —dijo, y su mirada se centró en las cargas de fusión—. ¡Ayúdame con esto!

El tecnomarine se inclinó y agarró dos de los discos.

Nemiel y Kohl cogieron una de las cargas cada uno y siguieron a Askelon hasta el otro lado de la cápsula. El tecnomarine estudió la pila de escombros, activó su servobrazo y empezó a abrir profundos boquetes en puntos específicos bajo la ladeada cápsula.

—¡No conseguirás quitar todos estos escombros a tiempo! —ladró Kohl.

—No es eso lo que pretendo, hermano —respondió Askelon. Cogió una de las cargas de fusión, fijó el temporizador y la lanzó en uno de los boquetes. Después colocó la segunda.

Nemiel oyó el aullido de los servos al tiempo que la torreta del tanque rotaba para apuntar a su nuevo objetivo. Después llegó el chillido del aire supercalentado y un estallido de fusión golpeó el lado derecho del tanque. La detonación resonó por toda la calle, pero cuando el humo se despejó, Nemiel vio que Marthes había disparado desde demasiado lejos y que el estallido de fusión no había penetrado del todo en el blindaje del tanque. Es posible que los ocupantes del vehículo estuviesen aturdidos por el impacto, pero eso tan sólo duraría unos segundos.

Askelon agarró la carga de las manos de Nemiel.

—Yo de vosotros me pondría a cubierto —dijo mientras fijaba el temporizador y la colocaba en la pila de escombros.

Los tres astartes se apartaron a toda prisa de la cápsula y se agacharon a los pies de la montaña de ruinas. Apenas habían apoyado una rodilla en el suelo cuando las cargas detonaron en una sucesión perfectamente orquestada.

Los estallidos se sucedieron en tan poco tiempo que el sonido se fundió en una única y atronadora explosión. La piedra fundida y la tierra vaporizada salieron despedidas de la pila y liberaron la cápsula justo donde el tecnomarine había colocado las cargas. De un solo golpe, Askelon eliminó diez metros cúbicos de escombros de debajo de uno de los lados de la cápsula de desembarco. Poco a poco al principio y ganando velocidad después, el extremo más elevado de la cápsula empezó a asentarse hasta que se detuvo produciendo un hueco sonido metálico. El flanco de la cápsula golpeó la esquina del edificio y produjo una alarmante serie de grietas en las ya arruinadas paredes del edificio.

Al instante, Nemiel oyó el golpe sordo y metálico de los arneses soltándose seguido del chirriante zumbido de los servos mientras las cuatro inmensas rampas de la cápsula se desplegaban por fin, liberando al único pasajero de la Eco Cuatro.

La inmensa figura en el centro de la cápsula tenía una forma casi humanoide, con dos poderosas y gruesas piernas y un par de potentes armas por brazos unidos a un enorme cuerpo de barril. Una torreta sensora de forma similar a una cabeza cubierta con un casco giró hacia la izquierda y la derecha desde un cuello acorazado que arrancaba un poco por encima de la mitad del torso. La impresión general que daba era la de un descomunal y jorobado gigante envuelto en negra y mate ceramita.

Ambos hombros presentaban el emblema de la espada alada de la I Legión, y una veintena de honores de batalla pendían de las placas frontales del dreadnought. Un artesano del Mechanicum había añadido unas volutas doradas al frontal, justo por debajo de lo que se suponía era la cabeza del dreadnought, y en ellas se leía el nombre de Titus.

Los engranajes y los servomotores del hermano Titus chirriaron mientras salía de su cápsula de desembarco justo cuando el tanque disparaba su cañón una vez más. El proyectil entró en la cápsula que Titus había ocupado un momento antes y la hizo añicos.

La metralla incandescente repiqueteaba como gotas de lluvia sobre los hombros del hermano Titus. El dreadnought bajó la rampa en tres largos pasos y se abrió camino a través de la pila de escombros hacia el tanque rebelde. Su torreta giró hacia la derecha buscando desesperadamente la máquina de guerra mientras sus ocupantes se apresuraban a colocar otra carga en la recámara del cañón.

El hermano Titus estaba armado con una configuración de armas dreadnought estándar. Su brazo derecho acababa en un gran cañón de asalto múltiple capaz de disparar ráfagas de proyectiles de alta velocidad letales para soldados y vehículos ligeros, pero era poco probable que atravesasen el denso blindaje de un carro de combate. Sin embargo, su brazo izquierdo terminaba en una poderosa mano de cuatro dedos que crujía con energías acumuladas como un puño de combate astartes. Nemiel y sus hermanos vieron cómo Titus avanzaba por el ruinoso agujero abierto en la fachada del edificio y aplastaba con su tremendo puño la parte superior de la torreta del tanque. Las placas de blindaje se arrugaron como hojalata. Cuando la torreta se partió con el golpe, saltaron unas brillantes chispas de color violeta y hubo una violenta sacudida. Las llamas empezaron a asomar por las grietas abiertas.

Nemiel asintió con la cabeza fascinado ante el poder del dreadnought.

—Hermano sargento Kohl, reúne a la escuadra —dijo, y salió cojeando a toda prisa del edificio. El dolor de su pierna había pasado a convertirse en una leve molestia gracias a las inyecciones analgésicas de su armadura y a su propia capacidad de curación aumentada. Después, cambió a la red del mando de la compañía—. Comandante de la fuerza Lamnos, aquí Alfa Seis —dijo—. Hemos llegado a la Eco Cuatro y hemos liberado al hermano Titus. No tenemos ninguna fuerza enemiga en nuestra área inmediata. ¿Cuáles son las órdenes?

—Buen trabajo, Alfa Seis —respondió Lamnos—. Titus era el único que faltaba. El resto de la fuerza de desembarco ha entablado combate con unidades rebeldes a lo largo de las vías y nos han informado de que elementos avanzados de los Dragones de Tanagran avanzan hacia el sur para unirse a nosotros. —Lamnos hizo una breve pausa mientras consultaba con sus otros líderes de escuadra—. Todavía hay unidades enemigas presentes en la entrada al complejo de la forja, aproximadamente a un

kilómetro en dirección sureste. Llevad a Titus con vosotros y entablad combate con los rebeldes.

—Afirmativo —respondió Nemiel—. Alfa Seis, corto.

El redentor cojeó hasta Kohl y Askelon, que estaban de pie a la sombra del hermano Titus. Askelon estaba claramente fascinado por el poderoso dreadnought; Kohl observaba la torreta sensora de Titus, con la cabeza ladeada como si estuviera conversando. Probablemente estaban hablando por un canal privado. Los dreadnought se veían pocas veces entre las legiones. Puesto que requerían una mente humana para operar, sólo a los astartes gravemente heridos se les ofrecía la oportunidad de seguir sirviendo al Emperador siendo instalados en una de aquellas máquinas de guerra. A aquellos a quienes se les ofrecía la tarea solían ser guerreros que habían demostrado un gran heroísmo en combate y que poseían la suficiente fuerza mental como para soportar estar sepultados en un sarcófago dreadnought. Por ende, estos personajes eran tremendamente respetados por sus hermanos.

La cabeza de Titus se volvió ligeramente al ver que Nemiel se acercaba.

—Os doy las gracias a ti y a tu escuadra, hermano redentor —dijo a través del canal de la escuadra. La voz de Titus era profunda, intensa y totalmente sintética, carente de cualquier inflexión humana—. El comandante de la fuerza Lamnos me ha ordenado que acompañe a tu escuadra de momento. ¿Cuál es el objetivo?

—Los rebeldes han tomado la entrada meridional del complejo de la forja —respondió Nemiel volviéndose hacia el sureste—. Vamos a recuperarla.



OCHO
OSCUROS DESIGNIOS

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Unos grises y agitados nubarrones se cernían sobre las torres de Sigma Cinco-Uno-Siete; absorbían los rayos del sol del ocaso y sumían a gran parte de la planta de procesamiento en sombras mientras Zahariel y sus guerreros llegaban al extrarradio del emplazamiento.

Los hombres se aproximaban por la principal carretera de acceso de la planta produciendo un estruendoso traqueteo de pasos de acero y dejando una inmensa nube de humo negro y grasiento producida por los inmensos motores petroquímicos del Land Raider. Sentado en el compartimento para la tropa del tanque de asalto, Zahariel ajustaba la configuración de la pantalla táctica del mamparo que estaba justo frente a su puesto y cambió el modo de luminosidad mejorada a visión térmica. Al instante, los contornos de los bloques de los principales edificios de la planta y sus enormes torres se convirtieron en crudas siluetas resaltadas sobre un fondo de un vivo color verde con los flancos salpicados de brillantes puntos blancos que indicaban la situación de las luces químicas. Observando atentamente la pantalla podía distinguir un ligero halo blanco que coloreaba el aire en el centro de la planta; por lo que sabía de la distribución de la instalación, sospechaba que se trataba del calor que salía de las plantas motopropulsoras de los diez transportes Cóndor de las fuerzas de refuerzo. Según los planos, la instalación tenía una amplia zona de aterrizaje central para descargar los pesados cargueros. Los refuerzos podían tomar tierra allí y descargar a escondidas sin tener que preocuparse de los ataques de las fuerzas rebeldes que se encontrasen en el perímetro del emplazamiento.

Pero por lo que veía Zahariel, allí no había ninguna tropa rebelde. En las oscuras estribaciones, convertidas en roca desnuda gracias a los tractores imperiales, no había ruidos ni movimientos. Lo que más extrañaba al bibliotecario era la total ausencia de algún signo de ataque. No había ningún agujero en la alta muralla que rodeaba la planta, ni señales térmicas de armas pequeñas o de artillería ligera en los edificios. Cada vez estaba más convencido de que la amenaza había sido más interna que externa. Zahariel había accedido a los informes de estado y a los registros de trabajo de la instalación durante el vuelo desde Aldurukh y había averiguado que el equipo de ingeniería que trabajaba en la planta térmica de Sigma Cinco-Uno-Siete estaba constituido por veinticinco ingenieros terranos y cien peones calibanitas. Zahariel pensó que era posible que los insurgentes se hubiesen infiltrado en la sección de los trabajadores. Desde allí habría sido fácil introducir armas de manera clandestina y ocultarlas en los niveles subterráneos de la planta hasta que llegase el momento de usarlas. Con la ventaja del factor sorpresa, la fuerza en cuestión podría dominar con facilidad al resto de los ingenieros y a la desprevenida guarnición y preparar una efectiva emboscada para los refuerzos imperiales. Zahariel sabía cómo podían haber hecho algo así, pero no entendía el porqué. Un ataque de este tipo no encajaba con las tácticas que los insurgentes habían empleado hasta la fecha y parecía una inversión desproporcionada de tiempo y de fuerzas en un objetivo que estaba muy alejado de los principales centros poblados del planeta. Hasta ahora, los rebeldes estaban haciendo un trabajo muy efectivo paralizando la base industrial de Caliban, fomentando revueltas en las arcologías y llevando a cabo ataques relámpago con pequeñas guerrillas bien armadas. Y esta planta en particular ni siquiera estaba activa. Al bibliotecario se le ocurrían decenas de objetivos que habrían sido mejores candidatos para una toma de poder. Había algo en todo aquello que no cuadraba, y no pensaba regresar a Aldurukh hasta que obtuviese respuestas.

La voz del piloto del Land Raider le llegó a través del comunicador.

—Estamos llegando a la puerta principal de la instalación —informó—. ¿Cuáles son las órdenes?

—Aumenta la velocidad —contestó Zahariel—. Avanza por la carretera principal hacia la zona central de aterrizaje.

Los motores del tanque de asalto rugieron en respuesta, y los astartes que viajaban en el compartimento para soldados se balancearon en sus asientos mientras el Land Raider avanzaba a toda prisa. El vehículo golpeó la pesada puerta principal de la planta y la arrancó con desprecio. Zahariel oyó el leve ruido metálico del impacto y el chirriar del metal de la puerta derribada bajo las orugas del tanque, pero aquel obstáculo apenas ralentizó al Land Raider. Mientras el tanque avanzaba estruendosamente por la carretera principal, el bibliotecario conectó con la frecuencia de mando de la legión y dio parte a Aldurukh de la situación.

—Seraphim, aquí Angelus Seis —dijo—. Hemos llegado al objetivo Alfa y vamos a proceder a asegurar el área.

La respuesta llegó de inmediato. A Zahariel le sorprendió oír la voz de Luther a través del comunicador en lugar de la del oficial de servicio del strategium.

—Recibido, Angelus Seis. ¿Algún rastro de la guarnición o de los refuerzos?

—Negativo —respondió el joven astartes—. Y tampoco hay signos de combate. Espero averiguar más cuando lleguemos a la zona central de aterrizaje.

—Recibido —dijo Luther—. El escuadrón Sable está preparado y listo para despegar en caso de que necesitéis más ayuda, Angelus Seis. No dejes de estar en contacto.

El bibliotecario giró un dial en la pantalla táctica hasta localizar un mapa regional del sector de los Bosques del Norte. Un diamante verde que representaba la nave de transporte que había cargado hasta allí el Land Raider desde Aldurukh aparecía en el área de salida hacia el sur. También había un pequeño galón rojo que parpadeaba sobre las montañas al noroeste del emplazamiento, volando en círculos entre Sigma Cinco-Uno-Siete y la recién establecida arcología de los Bosques del Norte. El código alfanumérico bajo el galón indicaba que el escuadrón Sable consistía en tres Stormbird, todas cargadas con todo tipo de artillería aire-tierra. Luther había puesto suficiente arsenal a su disposición para destruir todo un regimiento acorazado. Zahariel estaba más agradecido por los obvios signos de apoyo de Luther que por las Stormbird en sí.

—Recibido, Seraphim —respondió—. Os mantendremos informados. —Zahariel volvió a configurar la pantalla en modo auspex para inspeccionar lo que había delante del tanque, después se apartó de ella y se inclinó en su asiento para recoger su casco del suelo del Land Raider—. Estamos llegando al borde de la zona objetivo —dijo alzando la voz para que se le oyera sobre el rugido del motor del tanque—. Preparaos para desplegaros. Hermano Attias, encárgate del bólter de asalto de la torreta.

En silencio y con determinación, los veteranos miembros de la escuadra se colocaron los cascos y comprobaron la carga de sus armas. Enfrente de Zahariel, el señor del capítulo Astelan preparaba su bólter y su espada de energía. Cuando recibieron la orden de reunir una patrulla de combate para inspeccionar la instalación, Astelan fue de los primeros en prestarse voluntario. Después de pasar casi medio siglo acuartelados, todos los miembros del cuerpo de Luther estaban ávidos de acción, y Zahariel se alegraba de que un guerrero tan capaz como Astelan formase parte de su escuadra.

Al otro extremo del compartimento de tropa, el hermano Attias se levantó y se abrió paso por el estrecho pasillo entre sus compañeros. Attias había sido aspirante a la Orden al mismo tiempo que Zahariel y Nemiel, y de joven sufrió lo suyo debido a su naturaleza nerviosa y excesivamente curiosa. Pero todo eso cambió en Sarosh,

cuando un monstruo alienígena le derritió el casco con un torrente de baba cáustica. Attias tuvo suerte de sobrevivir, pero los apotecarios de la legión no pudieron hacer nada para curar el daño infligido por el ácido del monstruo. Al final, se vieron obligados a retirar la mayor parte de la carne y los músculos y tuvieron que injertarle placas pulidas de acero directamente sobre el cráneo, lo que transformó su rostro en una brillante máscara de la muerte. Después de más de un año recuperándose de sus heridas se unió al cuerpo de Astelan, donde era temido por los novicios del capítulo. Zahariel apenas había hablado con él desde que habían regresado a Caliban. Fuera de los entrenamientos, Attias casi nunca hablaba con nadie. El bibliotecario lo observó mientras pasaba por delante de él y se hacía con los controles remotos del bólter de asalto en afuste exterior del Land Raider. Los servomotores aullaron en el techo del tanque mientras el arma se elevaba y empezaba a cubrir los tejados de los edificios exteriores de la planta conforme se acercaban al centro del emplazamiento. El Land Raider blindado era inmune a todo excepto a las armas antitanque más poderosas, pero en los confines de la planta industrial, un equipo rebelde con bombas de fusión (o peor, con rifles de fusión), podría suponer una seria amenaza.

Durante varios minutos no pudieron hacer nada más que esperar. Zahariel alargó el brazo y soltó su cayado del mamparo del tanque donde estaba colgado y agarró el frío mango adamantino con ambas manos. El cayado era tanto un arma como un foco de atención para las habilidades psíquicas del bibliotecario, y Zahariel se tomó un momento para meditar sobre él, tal y como Israfael le había enseñado a hacerlo. Empezó con una serie de respiraciones lentas y regulares mientras conectaba primero con el dispositivo de capucha psíquica instalado en su servoarmadura. El sistema, instalado en un armazón de metal que iba desde la parte trasera de su coraza hasta cubrir la parte de la cabeza, actuaba como un importante amortiguador que le protegía el cerebro de las terribles energías de la disformidad. Sin él, se enfrentaba a la locura (o a algo peor) cada vez que desataba sus poderes psíquicos en combate.

La interfaz de cables que conectaban a Zahariel con la capucha se calentó contra la parte trasera de su cráneo mientras accedía al dispositivo y centraba su conciencia en el cayado. Sólo entonces, una vez que estuvo bien concentrado, extendió su conciencia más allá para medir las energías psíquicas que rodeaban a Sigma Cinco-Uno-Siete.

La sorpresa fue como si un helado vendaval azotase su piel. Zahariel sintió que le picaba la carne. Los músculos se le tensaron y un hambriento viento huracanado atravesó su mente. Sintió que el dispositivo de cristal detrás de su cabeza se calentaba cada vez más mientras el torrente psíquico amenazaba con inundar los amortiguadores de la capucha. Era como la terrible tormenta que había experimentado en Aldurukh, sólo que esta vez era mucho más fuerte y más violenta. Y lo peor de todo es que el bibliotecario sentía una presencia negativa de otro mundo

en aquella tempestad, una mancha que parecía tirar de su propia alma.

Zahariel hizo marcha atrás ante la avalancha de la tormenta psíquica. Cerró los ojos con todas sus fuerzas y recuperó la conciencia lo más rápido que pudo, pero la vileza del éter tiraba de él como avariciosos zarcillos. Durante un terrible segundo, sintió que había una conciencia tras aquella fuerza psíquica, y recordó el espectáculo de pesadilla que había presenciado en Sarosh.

Tras lo que le pareció una eternidad, consiguió liberarse de aquella mancha. Se retiró y lo dejó abatido.

—¿Te encuentras bien, hermano?

Zahariel alzó la vista y vio a Astelan con gesto preocupado. El bibliotecario asintió y contuvo la respiración.

—Por supuesto —respondió—. Sólo estaba ordenando mis pensamientos.

El señor del capítulo levantó una de sus oscuras cejas.

—Pues deben de ser pensamientos muy serios. Veo el latido de tus sienes desde aquí.

Zahariel no sabía muy bien cómo responder. ¿Debía compartir lo que acababa de experimentar? ¿Influiría aquello en Astelan o en el resto de la escuadra? Se trataba de una situación que no había vivido nunca en los entrenamientos. Pero el momento se vio interrumpido cuando el conductor les habló a través del intercomunicador.

—Hemos llegado a la zona central de aterrizaje. Veo diez transportes aéreos Condor en formación táctica de aterrizaje a ciento cincuenta metros de distancia.

El bibliotecario dejó a un lado sus vacilaciones y sus preguntas. Si de algo estaba seguro era de que la duda en combate solía resultar fatal.

—¡Detén el vehículo y despliega la rampa! —respondió a través del intercomunicador. Después se levantó de un salto, sacó el bólter de su funda y se dirigió a su escuadra—. ¡Patrón táctico delta! Tratad a todos los contactos como hostiles hasta que os indique lo contrario. —Zahariel levantó su cayado y advirtió por primera vez la escarcha que se había formado en el cuerpo de metal del bastón—. ¡Lealtad y honor!

Tras un gran estruendo, el Land Raider se detuvo y la rampa de asalto delantera se desplegó con un silbido del potente sistema hidráulico. Astelan se puso de pie y encendió el campo de energía de su espada.

—¡Por Luther! —gritó a sus hombres.

Todos a una, los Ángeles Oscuros respondieron al grito de Astelan. Zahariel no tuvo tiempo de pensar en el extraño juramento del señor del capítulo, puesto que ya se encontraba descendiendo a toda prisa la rampa de asalto y esgrimía la doble águila dorada del mango de su cayado ante él como si de un talismán se tratase.

El campo de aterrizaje era una llanura oscura y gris de permacemento de quinientos metros cuadrados rodeada de enormes refinerías minerales de varios pisos

y plantas de almacenamiento. Unas torres cilíndricas se alzaban sobre las refinerías rodeadas de parpadeantes luces rojas de emergencia. Éstas proyectaban largas sombras por todo el campo, dividiendo las ordenadas filas de transportes Cóndor posados en silencio sobre sus amortiguadores.

Zahariel barrió el campo con su bólter en busca de blancos mientras la escuadra se desplegaba a su alrededor. Las rampas de asalto de los transportes tocaban el suelo y todas las naves que veía tenían una o más de sus escotillas de mantenimiento abiertas, pero no había ningún signo de actividad.

El bibliotecario sintió que un escalofrío recorría su cuero cabelludo mientras empezaba a ser cada vez más consciente de la calma mortal que se cernía sobre la planta. Miró a uno de los guerreros de su escuadra que estaba ocupado barriendo el campo con una unidad de auspex portátil.

—¿Detectas algo? —preguntó.

—No hay movimiento ni signos de vida —respondió el astartes—. Veo el calor de los motores de los transportes, pero eso es todo.

Zahariel frunció el ceño con recelo. Eso no era todo. El bibliotecario sintió la tensión en la voz del guerrero. Había algo más, algo invisible ante el auspex o el resto de su equipo. Era algo que ya había sentido antes, muchos, muchos años atrás, cuando se adentró en el bosque en busca del último león calibanita.

Zahariel sabía que aquél era un lugar funesto. El aire estaba cargado de maldad y de una lenta y detestable corrupción, y sabían que él estaba allí.

Una terrible sensación de *déjà vu* se apoderó de él. Zahariel levantó la cabeza, miró más allá de los descomunales edificios y de las torres silenciosas y buscó pistas en el horizonte. Observó la recortada línea de montañas que comprendían los Bosques del Norte más cercanos y se dio cuenta de que estaba muy cerca del mismo punto en el que había luchado contra el león hacía décadas. Los terribles y retorcidos árboles habían desaparecido, y los resonantes huecos estaban ahora desnudos, pero el aura del lugar seguía estando allí.

—No muy lejos de aquí —dijo una voz apagada al oído de Zahariel.

Sobresaltado, se volvió hacia Attias y se quedó observándolo, a sólo dos metros de distancia. Las lentes de los ojos augménticos de Attias se veían lisas y sin profundidad en su pulido y cadavérico rostro.

—¿Qué decías, hermano? —preguntó Zahariel.

—El castillo —respondió Attias. Sus palabras eran monótonas y carentes de emoción y resonaban desde la pequeña rejilla plateada instalada en su garganta. El hermano levantó su espada sierra y señaló al nordeste—. La fortaleza de los Caballeros de Lupus estaba a unas pocas decenas de kilómetros en esa dirección. ¿Te acuerdas?

Zahariel siguió la zumbante punta de la espada y miró hacia la creciente

oscuridad. Tan sólo podía divisar el distante flanco de la Cabeza de Lobo, el viejo pico que daba nombre a los deshonrados caballeros. Ellos habían sido la última de las órdenes de caballería en desafiar el plan de unificación de Jonson contra las grandes bestias, y habían aterrorizado a la gente de Caliban hasta que su intransigencia acabó desencadenando un conflicto abierto. El bibliotecario recordó el terrible asalto a la fortaleza como si hubiese sucedido ayer. Aquél había sido su primer contacto real con la brutalidad de la guerra.

Sin embargo, la peor sorpresa se la llevó una vez que los caballeros de la Orden abrieron una brecha en los muros exteriores y se abrieron paso hasta el castillo. El patio exterior de la fortaleza estaba lleno de cercados, la mayoría de ellos repletos de retorcidas monstruosidades. Zahariel y sus hermanos descubrieron horrorizados que los Caballeros de Lupus habían estado reuniendo todas las bestias que habían podido y las habían protegido de la ira de las fuerzas de Jonson. Éste se enfureció tanto al enterarse que ordenó que se destruyese la fortaleza por completo. No quedó ni una piedra encima de otra, y todo rastro de los Caballeros de Lupus fue borrado.

Excepto su biblioteca. La biblioteca de los caballeros renegados era inmensa, incluso más grande que la de Aldurukh, y contaba con una amplísima colección de tomos antiguos y esotéricos. Para sorpresa de todos, Jonson ordenó que la biblioteca se catalogase y se transportase a la Roca. Nadie sabía por qué, y Zahariel nunca supo qué fue de los libros después de aquello.

Los Bosques del Norte siempre habían sido la región más vieja, más salvaje y más peligrosa de Caliban. Ahora el bosque había desaparecido casi en su totalidad; pero ¿era posible que de algún modo hubiese permanecido allí algo antiguo y hostil?

La voz de Astelan sacó a Zahariel de su ensueño.

—¿Funciona tu comunicador, hermano? —le preguntó. Después, el señor del capítulo señaló con la cabeza el Land Raider estacionado y prosiguió—: He intentado contactar con el equipo, pero nadie responde.

Zahariel se volvió y observó preocupado el inmenso vehículo. Después presionó los botones de su comunicador.

—Raider dos-uno, responde.

Nada. Ni interferencias ni ruido. Sólo silencio.

El bibliotecario empezó a caminar hacia el tanque de asalto justo cuando la escotilla del conductor se abría con un silbido del sistema hidráulico y la cabeza acorazada del guerrero asomó.

—Llevamos un minuto intentando contactar contigo —dijo el conductor por encima del ruido de los motores—. Nuestro comunicador no funciona bien.

Frunciendo el ceño bajo su casco, Zahariel intentó contactar con Luther. En teoría, los potentes comunicadores del sistema de comunicaciones orbital y de la Roca deberían recibir la señal sin problemas pero, una vez más, lo único que se oía

era silencio. La unidad funcionaba bien y no había signos de interferencias. Era como si simplemente las transmisiones desaparecieran, aunque no entendía cómo era posible que sucediese tal cosa.

—El comunicador funcionaba bien en el perímetro de la planta —apuntó Astelan, que claramente estaba pensando lo mismo—. Podríamos enviar al Land Raider de vuelta para mantener el contacto con Aldurukh mientras aseguramos la instalación.

Zahariel negó con la cabeza. El propósito de haber transportado el Land Raider hasta allí en primer lugar había sido para proporcionar una base de arsenal de fuego a la escuadra y servir de fortificación móvil a la que los astartes pudieran regresar en caso de emergencia. Hasta que no tuviese más información quería que el tanque permaneciese cerca.

—Cierra bien y no dejes de observar el sistema del auspex —ordenó al conductor —. Y asegura la rampa de asalto hasta que demos la señal.

El conductor asintió secamente y volvió al interior del tanque. En cuestión de segundos la escotilla circular y la pesada rampa se cerraron con un golpe metálico y sellaron el vehículo herméticamente. Zahariel se volvió hacia Astelan.

—Llévate a dos hermanos contigo y acercaos a ver qué encontráis en la sala de control de la planta —dijo—. Debería haber al menos un registro de las últimas transmisiones de voz. —Después indicó el campo de aterrizaje con su cayado—. Nosotros inspeccionaremos los transportes e intentaremos averiguar qué les sucedió a los refuerzos.

Astelan asintió.

—Jonas, Gideon, venid conmigo —dijo, y empezó a atravesar el campo de aterrizaje corriendo a toda velocidad con los dos guerreros tras él.

Zahariel indicó al resto de la escuadra que se acercasen.

—Desplegaos —ordenó—. Pero manteneos a la vista en todo momento. Si veis algo extraño informadme de inmediato.

Con las armas preparadas, los Ángeles Oscuros avanzaron a través del campo de aterrizaje hacia el Cóndor más cercano. El permacemento crujía bajo sus pies. Zahariel miró al suelo y vio profundas grietas por todo el pavimento. Por todas partes, finos rabillos de raíces marrones y negras se abrían paso hacia la superficie a través de las grietas. Los bosques de Caliban no iban a rendirse tan fácilmente ante las máquinas del Imperio. Zahariel sabía que su planeta era un mundo de muerte, y era casi imposible dominar este tipo de lugares. Aun así, le sorprendía ver lo deteriorado que estaba un emplazamiento construido apenas hacía ocho meses. El permacemento reforzado estaba diseñado para resistir a los elementos durante siglos.

Llegaron al primero de los transportes y se acercaron a él por babor. Zahariel vio de inmediato que el puente de mando del Cóndor, instalado entre dos toberas de toma de aire, estaba vacío. El bibliotecario se acercó a la popa mientras la escuadra

rodeaba el vehículo. Con el bólter preparado, se asomó por la rampa de asalto abierta que daba al compartimento de tropa iluminado con una luz roja. Estaba vacío, salvo por una caja de herramientas en el centro de la plataforma.

—Los paneles de acceso están abiertos a estribor —dijo Attias asomándose al fuselaje de la nave.

Zahariel dio una vuelta alrededor del transporte y estudió las escotillas abiertas.

—Auspex y dispositivos de voz —dijo pensativamente—. Imagino que los equipos estaban analizando sus sistemas e intentando averiguar por qué no funcionaban sus comunicadores.

—¿Y bien? —preguntó Attias con su voz sepulcral.

—No lo sé. —Zahariel se encogió de hombros—. No hay signos de lucha ni daños evidentes en el transporte. Es como si simplemente se hubiesen marchado.

—Como en Sarosh —apuntó Attias.

—No. Como en Sarosh no —respondió Zahariel—. La gente de Sarosh se volvió loca. Esto tiene que ser algo distinto.

Attias permaneció callado, con sus ojos inexpresivos y sin vida en una fría máscara de acero.

El sonido de las zancadas de alguien corriendo resonó por la planicie de permacemento. Zahariel se volvió y vio que el hermano Gabriel se acercaba a toda prisa.

—Astelan dice que vayas de inmediato —gritó Gabriel—. Hemos encontrado algo.



NUEVE
HACIA LA BRECHA

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

—Veo que los Dragones construyeron algunas fortificaciones para los rebeldes —refunfuñó Kohl.

Nemiel y el sargento estaban agachados en la esquina de un edificio calcinado a unos doscientos cincuenta metros de la entrada al complejo de la forja y miraban más allá del mar de escombros y de vigas retorcidas que en su día habían sido el habitáculo de alguien. Desde aquella posición podían observar aproximadamente hasta quinientos metros de las vías y la alta y ancha puerta que conducía hacia los distritos exteriores de la gran forja. A ninguno de los astartes le preocupaba lo que veían.

En algún momento en el pasado reciente, la guarnición imperial había fortificado bien la entrada y había erigido dos bastiones de permacemento a ambos lados de la puerta. También se habían construido emplazamientos de artillería pesada para crear un fuego cruzado mortal que cubriese el acceso al complejo, y también se había levantado un muro de contención para proteger los vehículos blindados. Los edificios se habían construido más allá de una franja de doscientos metros en el interior de las fortificaciones, lo que creaba un campo de muerte desprovisto de lugares donde ponerse a cubierto u ocultarse. Era una fortificación formidable en cualquier aspecto, y Nemiel se habría sentido alentado por su presencia de no ser porque ahora eran las tropas rebeldes las que controlaban las fortificaciones en lugar de los Dragones de Tanagran.

—Lo que parece es que los de Tanagran al menos se resistieron —observó

Nemiel. Su visión aumentada le permitía examinar los bastiones tan bien como lo haría cualquier hombre con un par de magnoculares—. La mayoría de esos emplazamientos de artillería han sido derribados, y hay un tanque calcinado en cada uno de los muros de contención. Por eso los rebeldes dejaron sus vehículos cerca de las vías.

Kohl emitió un gruñido pesimista. Había cuatro Testudo alineados a lo largo del arcén, desenfilados, y sólo se veían las torretas achaparradas de sus cañones automáticos.

—¿No te preguntas por qué no hay ningún tanque?

—Probablemente los llamaron para reforzar otra parte de la línea —sugirió Nemiel.

El sargento asintió.

—Apuesto lo que sea a que esos campos están llenos de minas —dijo señalando con la cabeza la amplia extensión de tierra quemada que conducía a los bastiones.

—Eres una auténtica fuente de esperanza, hermano. —El redentor negó con la cabeza pesaroso.

—La esperanza es responsabilidad tuya —declaró Kohl—. La mía es, entre otras cosas, mantener a los jóvenes e inexpertos oficiales alejados de los campos de minas.

—Y te estamos todos muy agradecidos por ello —respondió Nemiel.

Después inspiró profundamente, centró de nuevo su atención y siguió estudiando los bastiones. Veía muchos signos de que las fortificaciones habían sido incendiadas, pero no podía extrapolar cómo los rebeldes habían conseguido invadirlas. No había cuerpos en los campos que sugiriesen un eje de avance, ni armazones calcinados de vehículos siniestrados que indicasen un ataque blindado. Si conseguía averiguar cómo había logrado el enemigo conquistar la fortificación, ellos podrían utilizar los mismos puntos débiles.

—¿Qué te parece, hermano sargento? —preguntó Nemiel—. ¿Cómo vamos a ocupar esos bastiones?

Kohl analizó las fortificaciones durante unos instantes más.

—Bueno, supongo que tendremos que subir hasta allí y pedirles que nos dejen pasar.

Nemiel lanzó al sargento una mirada fulminante, un gesto que se perdió en los confines de su casco.

—Eso no tiene mucha gracia, sargento.

—Es que no estaba bromeando —respondió Kohl.

—¡No tan deprisa! —gritó Nemiel por encima del rugiente motor del Testudo—. Lo último que necesitamos ahora es provocar a algún francotirador rebelde para que dispare contra los de su propio bando.

Los dos TBT avanzaban por las vías a una velocidad constante hacia la entrada de la forja, envueltos en espesas columnas de polvo ocre y humo petroquímico. Askelon había usado su servobrazo y su cortador de plasma para eliminar del vehículo todo lo innecesario, desde los bancos hasta las canastas de munición para la torreta del cañón automático, y aun así sólo había espacio para un astartes en la parte delantera y tres en el compartimento de tropa. El hermano Marthes, que conducía el Testudo en el que iba Nemiel, tendría que salir arrastrándose sobre las manos y las rodillas del compartimento del conductor por la rampa de asalto trasera. Por centésima vez, Nemiel se sorprendió a sí mismo preguntándose cómo había dejado que el hermano sargento Kohl lo convenciese para hacer aquello.

—¡El sargento me ha ordenado que parezca como que estamos huyendo de algo! —replicó Marthes también a gritos—. Si vamos demasiado despacio podrían intentar detenernos.

—¡Pero si vamos tan de prisa puede que nos disparen!

Marthes guardó silencio un instante.

—He de admitir que tenía más sentido cuando lo explicaba el hermano sargento Kohl —respondió.

Nemiel negó con la cabeza irritado. Al menos Kohl había tenido la decencia de ser el primer miembro de la escuadra en prestarse voluntario para llevar a cabo el plan. Estaba en el segundo TBT con Askelon, Yung y el hermano Farras. Nemiel iba a acompañado del hermano Cortus y del hermano Ephrial en aquel compartimento tan reducido. Iban apretados hombro con hombro en el ruidoso espacio y completamente cegados por el humo y los gases del tubo de escape. Nemiel, que iba sentado junto al conductor, estiró el cuello para intentar ver a través de uno de los bloques de visión avanzada, pero no lo consiguió.

—¿A qué distancia estamos de los bastiones? —preguntó.

—A ciento cincuenta metros —respondió Marthes—. Nos han visto llegar hace un minuto. Varios Testudo están dirigiendo sus cañones hacia nosotros.

Nemiel asintió para sí mismo. Estaba claro que el comandante al frente de la guarnición estaba intentando contactar con ellos a través del comunicador para averiguar por qué se estaban acercando a su posición. Askelon se había molestado en arrancar la antena del TBT con un disparo de su bólter, pero ¿convencería eso a los rebeldes? ¿Se darían cuenta, o simplemente decidirían no arriesgarse y abrir fuego? Eso es lo que él haría en su lugar.

El redentor tecleó su comunicador.

—Hermano Titus, ¿estáis tú y el resto de la escuadra en posición? —preguntó.

—Afirmativo —respondió el dreadnought con su voz metálica—. Os tengo en mi radar.

—Muy bien —dijo Nemiel—. Fuego a discreción.

A doscientos metros al norte, justo en el mismo sitio donde Kohl y Nemiel habían reconocido las fortificaciones media hora antes, el hermano Titus asomaba por la esquina del edificio calcinado y preparaba su cañón de asalto. Los seis cañones del arma empezaron a girar con el ominoso silbido cada vez más fuerte de los motores eléctricos hasta que se convirtieron en un borrón gris metálico. El dreadnought observó las posiciones enemigas con un barrido de su torreta de sensores y lanzó una larga y rugiente ráfaga de disparos.

Proyectiles de punta de diamantita capaces de perforar blindajes ligeros barrieron el bastión norte y después los TBT aparcados. Los proyectiles abrían agujeros en el permacemento. Las tropas enemigas expuestas y desprotegidas salieron literalmente por los aires a causa de la intensidad de la descarga. Los disparos atravesaron el fino blindaje de las torretas orientales de uno de los TBT y alcanzaron el dispositivo de alimentación de munición. Al instante estalló en una bola de fuego amarilla e inundó el vehículo con una tormenta de metralla mortal.

Los demás guerreros de la escuadra veterana de Kohl se abrieron en abanico alrededor del dreadnought y empezaron a avanzar por la tierra de nadie hacia el bastión disparando a su paso. Su fuego se sumaba a la tormenta de proyectiles y obligaba a los aturdidos rebeldes a ponerse a cubierto.

Las torretas de los tres Testudo supervivientes giraron rápidamente para apuntar a la amenaza que se cernía sobre ellos desde el norte.

—¡Está funcionando! —gritó el hermano Marthes—. ¡Van a por Titus!

—No le dejemos sin cobertura más tiempo del necesario —respondió Nemiel—. ¡Aumenta la velocidad!

Los dos TBT rugieron junto a las vías a toda velocidad, compitiendo aparentemente por ponerse a salvo en las fortificaciones que rodeaban la puerta. Cuando se acercaron a los vehículos rebeldes aparcados, un sargento se agachó y empezó a hacerles señas con urgencia para que aparcasen a lo largo del arcén, pero ambos Testudos pasaron volando por su lado.

—Esto… hermano redentor Nemiel —dijo Marthes—, no habíais dicho nada de que hubiese una barricada entre las dos fortificaciones.

—No podíamos ver lo que había entre las fortificaciones durante el reconocimiento —respondió Nemiel—. ¿Podemos atravesarlas?

—Estamos a punto de descubrirlo —contestó el astartes con tono grave—. ¡Preparados para el impacto!

Un segundo después, el Testudo chocó contra un par de barreras de permacemento que se habían levantado en la entrada de la forja. Hubo un tremendo choque. El metal chirrió contra la piedra y el TBT de cuarenta toneladas de peso se levantó hacia el cielo como una ballena saltando mientras el morro inclinado lo arrastraba sobre el borde de la barricada.

Y ahí se habría quedado de no ser porque el segundo TBT chocó contra él por detrás. El impacto empujó al Testudo hacia adelante, ayudándolo a saltar la barricada e impulsándolo hacia el hueco que había junto a los dos bastiones. El vehículo se detuvo arrastrando el morro por las vías después de que sus dos ruedas delanteras quedasen totalmente destrozadas.

—¡Baja la rampa! —gritó Nemiel.

Fuera se oían los gritos de los rebeldes y el crepitar de los rifles láser.

El redentor oyó un sordo estallido en la parte trasera del compartimento de tropas y después el chirriar del metal mientras el hermano Ephrial forzaba la rampa parcialmente bloqueada para abrirla del todo. El sonido de la batalla inundó el compartimento: gritos furiosos, el crepitar de los láseres, el rugido distante del cañón de asalto del dreadnought y el sordo ladrido de los bólters. Los rayos láser empezaron a alcanzar el lateral del TBT en una granizada entrecortada de pequeñas explosiones.

Ephrial salió como pudo del Testudo siniestrado y abrió fuego, lanzando cortas y controladas ráfagas hacia las murallas del bastión norte. Cortus fue el siguiente, y logró salir mucho más rápido debido a que tenía suficiente espacio para lanzarse contra la rampa y acercarla un poco más al suelo. Un rayo láser golpeó la parte trasera de su casco mientras salía al exterior; el guerrero sacudió la cabeza como un oso furioso y se puso de pie al tiempo que con su bólter escupía la muerte contra los rebeldes.

—¡Marthes! ¡Vamos! —gritó Nemiel.

El redentor se abrió paso hacia adelante sujetando su crozius en el puño. Emergió a una auténtica tormenta de fuego desde ambos lados de la puerta y se encontró de frente con el TBT del hermano sargento Kohl. El vehículo yacía volcado sobre su lado derecho sobre los restos de la barricada derruida. Los Ángeles Oscuros habían conseguido desplegar su rampa y estaban ahora intercambiando disparos con los rebeldes de la barricada sur desde detrás del destrozado vehículo.

Nemiel sacó su pistola bólter y se dirigió hacia la derecha lanzando disparos al bastión norte mientras avanzaba. La fortificación era como una pirámide escalonada de tres pisos, con una muralla y puestos de tiro en todos los niveles.

Por desgracia para los rebeldes, sólo una estrecha fachada daba al espacio entre las fortificaciones; las defensas estaban diseñadas principalmente hacia fuera para cubrir la zona de muerte y el largo y amplio recorrido de las vías. Las tropas rebeldes estaban ahora aglomeradas a lo largo de esas estrechas murallas, lanzando fuego láser sobre los astartes, pero los Ángeles Oscuros estaban causando una tremenda cantidad de bajas entre los soldados agrupados.

—¡Empezad a moveros, hermano sargento Kohl! —gritó Nemiel por el comunicador—. ¡Ephrial! ¡Cortus! ¡Conmigo!

El redentor corría con la pierna entumecida hacia el otro extremo del bastión, más

cerca de la puerta real. Tal y como esperaba, encontró una rampa que llevaba hacia la fortificación en sí.

—¡Granadas! —ordenó.

Ephrial y Cortus sacaron inmediatamente un par de granadas de fragmentación de sus cinturones, activaron las espoletas y las lanzaron por encima de la muralla del primer nivel. Nemiel empezó a subir por la rampa, bólter en mano.

Las granadas estallaron con un par de sordas explosiones y provocaron un coro de agonizantes gritos. El redentor llegó a la parte superior de la rampa; ésta giró bruscamente hacia la derecha y vino a dar sobre la primera muralla. Era una fortificación imperial estándar, sacada del manual de campo, y Nemiel conocía bien su distribución, de modo que dobló la esquina disparando su pistola bólter y cargó contra los aturdidos rebeldes lanzando un fiero grito de guerra.

La muralla se convirtió en el escenario de una carnicería. Los muertos y los heridos yacían desplomados en el suelo del estrecho pasillo trinchera, destrozados por los impactos del cañón de asalto del dreadnought o despedazados por los proyectiles de bólter sensibles a la masa. Los supervivientes se fueron retirando por la muralla, disparando salvajemente mientras tropezaban con los cuerpos de sus camaradas. Los rayos láser seguían lloviendo desde las murallas de los niveles superiores y detonaban contra las amplias hombreras de su armadura o contra la curvatura de su casco. Nemiel siguió avanzando al tiempo que disparaba de manera metódica y mataba a un soldado con cada tiro. Ephrial y Cortus se reunieron con él instantes después mientras cargaban contra las murallas superiores para sofocar el fuego enemigo.

La muralla se extendía quince metros hacia el oeste y después torcía repentinamente hacia el nordeste. En la esquina, Nemiel se detuvo y lanzó una de sus propias granadas; después avanzó hacia el estallido. Varios metros a su espalda oyó el chillido de un rifle de fusión y supo que Marthes se había reunido con ellos por fin.

Al doblar la esquina, la muralla continuaba más de cuarenta metros en línea recta, y los emplazamientos de artillería daban al campo de muerte por el que el hermano Titus y el resto de la escuadra avanzaban en ese momento. El cañón de asalto del dreadnought y el bólter pesado del hermano Marthes habían destrozado salvajemente el parapeto de ese lado, y había muchos más rebeldes muertos que vivos protegiendo la trinchera. Quince metros por delante, otra rampa conducía al segundo nivel.

Los rebeldes se replegaron ligeramente ante el avance de Nemiel, pero se mantuvieron firmes en lugar de dejarlos tomar la siguiente rampa. Sus rifles láser escupían fuego sobre los astartes que continuaban avanzando, pero los lásers estaban diseñados para humanos ligeramente acorazados, no para gigantes andantes como los Ángeles Oscuros. Nemiel siguió avanzando obstinadamente bajo el remolino de fuego que lo aporreaba. Los iconos de advertencia parpadeaban insistentemente en la pantalla de su casco, pero él los anulaba uno tras otro. Reuniendo sus fuerzas, avanzó

los últimos diez metros hasta que estuvo a distancia de combate cuerpo a cuerpo. Entonces fue cuando dio comienzo la auténtica matanza.

El resplandeciente crozius trazó sibilantes arcos y aplastó a su paso los cascos y los huesos de los rebeldes. En aquel angosto espacio no había adónde huir o manera de maniobrar o de intentar colarse por los flancos de Nemiel. Los enemigos se vieron obligados a permanecer allí y a enfrentarse a su ira, y él les daba muerte sin piedad. Cuando finalmente el valor los abandonó y se volvieron para retirarse por lo que quedaba de muralla, Nemiel vio que había dejado la rampa del segundo nivel treinta metros atrás y que su armadura estaba cubierta de sangre hasta mitad del muslo.

Había estado pisando cadáveres acribillados y chamuscados durante más de diez minutos. En las vías, otro TBT explotó en una lluvia de acero fundido. El hermano Titus y el resto de la escuadra de Kohl estaban casi en el arcén y los soldados rebeldes que quedaban se retiraban a pie todo lo rápido que podían por las vías en dirección al puerto estelar bajo su control. Tras Nemiel, Cortus, Ephrial y Marthes intercambiaban disparos con los rebeldes del segundo nivel. El redentor insertó un nuevo cargador en su bólter y se reunió con ellos.

Los rebeldes lucharon obstinadamente y obligaron a los astartes a pelear por cada metro que ascendían, pero los Ángeles Oscuros eran implacables. Nemiel tomó la delantera una vez más y disparó su bólter hasta que estuvo lo bastante cerca como para usar su crozius mortal. Lo hirieron media docena de veces. Los rayos láser atravesaban puntos debilitados de su armadura y le abrasaban la piel. En un momento dado, un soldado rebelde cargó contra él con un rifle láser con bayoneta y le clavó la hoja en la articulación de su cadera izquierda. La punta se le hundió en la carne y se partió cuando Nemiel aplastó al hombre contra el suelo con un revés de su crozius, pero la herida apenas consiguió detenerlo. La victoria estaba cerca.

Los astartes lanzaron sus últimas granadas por encima de la tercera rampa y avanzaron para librar la última batalla. Ephrial cayó al suelo durante la carga tras recibir un tiro en la rodilla derecha. Aterrizó sobre el permacemento con la pierna herida extendida tras él y continuó disparando al enemigo con su bólter. En lo alto de la pirámide, los astartes pudieron desplegarse y atacar al enemigo de inmediato.

La violenta refriega duró casi tres minutos hasta que el último de los rebeldes cayó bajo el crozius de Nemiel. El redentor buscó entre los cuerpos al comandante del destacamento, pero no encontró a ningún oficial.

—Bastión norte, seguro —informó por el comunicador—. Un herido.

—Bastión sur, seguro —respondió el hermano sargento Kohl un minuto después —. No hay heridos.

—Entrada, segura —informó el hermano Titus—. Hermano redentor Nemiel, detecto movimiento en el interior del complejo de la forja; son aproximadamente seis contactos y vienen en esta dirección.

—Muy bien —respondió Nemiel—. Voy a bajar. Hermano sargento Kohl, deja a un miembro de tu sección ahí para vigilar y reuníos conmigo en la entrada.

Nemiel dejó al hermano Ephrial atrás para vigilar el bastión norte y se dirigió al primer nivel. Al noroeste podía oír el ruido de los motores petroquímicos y el chirrido de las orugas del tanque. Las nuevas señales recibidas por la red de mando de la compañía indicaban que los Dragones de Tanagran habían conseguido atravesar las defensas enemigas y estaban ya cerca de las vías.

Kohl y sus guerreros llegaron a la entrada al mismo tiempo que Nemiel. El hermano Titus permanecía en la brecha apuntando con su humeante cañón de asalto hacia una amplia avenida que se extendía en dirección nordeste hacia el vasto complejo.

—¿Dónde están ahora los contactos? —preguntó Nemiel al dreadnought.

—A doscientos metros al nordeste. Estoy recibiendo datos extraños en mis radares. Sean lo que sean, saben esconderse y evitar la línea de mira. —Titus hizo una pausa—. Creo que no se trata de soldados rebeldes.

—Podría tratarse de la tecnoguardia —aventuró Askelon—. Tiene que haber una guarnición de algún tipo aquí para defender la forja.

—Esperemos que sea eso —respondió Nemiel—. Aunque, por lo que parece, el enemigo consiguió penetrar en los distritos exteriores justo antes de que llegásemos, al menos en los distritos exteriores. De todos modos tenemos que averiguar de qué se trata. —Entonces el redentor se volvió hacia el dreadnought—. Defiende la entrada, hermano Titus. No tardaremos demasiado.

Nemiel dirigió al grupo por la entrada hacia el recinto del Mechanicum. La carretera bajo sus pies no era de permacemento, sino de una especie de revestimiento liso de metal gris. Sonaba suavemente bajo sus pasos y continuaba hasta el nordeste siguiendo una línea perfecta hacia las distantes pendientes del gran volcán. A ambos lados se elevaban altas y oscuras estructuras. Parecían almacenes o fábricas que habían quedado parados en algún momento durante el ataque rebelde.

El redentor avanzaba observando atentamente las sombras que rodeaban los silenciosos edificios. Sabía más o menos dónde debían de encontrarse los seis individuos, pero por mucho que lo intentaba no conseguía verlos.

—Deben de estar ocultos tras la esquina de alguna de estas estructuras —dijo en voz baja—. De ser así, probablemente no sepan que estamos aquí.

El tecnomarine Askelon negó con la cabeza.

—Yo no contaría con ello —respondió—. Si se trata de la Tecnoguardia podrían tener radares similares a los del hermano Titus.

A Nemiel no le gustaba la idea de algo que pudiese ver más lejos y mejor que él.

—Estad alerta —les dijo a sus guerreros, y continuó avanzando.

Al cabo de quince minutos, el hermano Titus llamó por el comunicador.

—Los contactos se están moviendo —informó—. Están a treinta metros norte cuarta nordeste y se dirigen hacia vosotros.

Los astartes se orientaron siguiendo los datos del dreadnought, con las armas bajas pero preparados. Irónicamente fue el hermano Cortus, el astartes que sólo tenía un ojo, quien los vio primero.

—¡Allí! —exclamó señalando con la cabeza un angosto callejón a la izquierda.

Las seis figuras salieron del callejón y se desplegaron en formación semicircular mientras se dirigían hacia los astartes. Cuando salieron de entre las sombras de los edificios, Nemiel vio que se trataba de individuos inmensos, fácilmente igual de grandes que un astartes, e igual de poderosos. Placas articuladas de armadura cubrían sus cuerpos hipermusculados, e incluso desde la distancia el redentor vio con claridad que sus extremidades y cabezas habían sido considerablemente aumentadas con implantes biónicos y químicos. Sus brazos estaban completamente armados, con un surtido de temibles armas de proyectiles y de energía y otros letales accesorios de combate. Nemiel oía cómo se comunicaban entre ellos mediante códigos binarios conforme avanzaban. Sus ojos augménticos brillaban con un pálido color verde desde el interior de unas bruñidas monturas de metal.

Nemiel se volvió hacia Askelon.

—¿Qué se están diciendo? —preguntó.

—No lo sé. —El tecnomarine negó con la cabeza—. Está todo muy cifrado. Pero los sistemas de sus armas y sus radares de combate están totalmente activos.

Nemiel se volvió hacia las figuras que se acercaban.

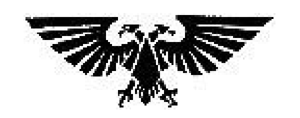
—¿Los reconoces?

—Sí —respondió Askelon—. Son skitarii; concretamente, una unidad de Pretorianos. Son la guardia de élite del Mechanicum.

Los pretorianos continuaron avanzando al tiempo que intercambiaban extraños gritos y sonidos entre ellos en un siniestro código. Nemiel dio un paso hacia adelante y bajó sus armas.

—Ave, pretorianos —empezó—. Soy el hermano redentor Nemiel y pertenezco a la I Legión del Emperador. Hemos venido para ayudar a defender la forja…

El resto del saludo se vio interrumpido cuando los pretorianos alzaron sus armas y abrieron fuego.



DIEZ
MALES OCULTOS

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

La pequeña guarnición de la planta había convertido el centro de control de Sigma Cinco-Uno-Siete en un improvisado cuartel. El bajo y ancho edificio de paredes gruesas era un puesto de defensa perfecto con acceso al comunicador de la planta y a una completa red de radares que emitían datos a tiempo real y que cubrían todo el complejo. Todo esto hacía más incomprensible la carnicería que estaban presenciando.

Zahariel permaneció en la única entrada del centro de control e intentó comprender el destrozo que se observaba en la amplia estancia de techo bajo. Tres cuartas partes del espacio lo ocupaban ordenadas filas de mesas de trabajo y motores lógicos destinados a los supervisores y los ingenieros superiores una vez que la instalación estuviese operativa. El resto de la habitación la había ocupado al menos una de las escuadras Jaeger de la guarnición. El bibliotecario veía despedazados y ensangrentados sacos de dormir y montones de mochilas de racionamiento y de cajas de células de energía de recambio tirados por el suelo. Marcas de quemaduras manchaban las paredes color ocre y las mesas de trabajo estaban rayadas y agujereadas por el fuego láser.

Zahariel inspiró hondo y saboreó el humo y el amargor de la sangre. Astelan estaba en el centro de la carnicería y analizaba la escena con gravedad.

—Los atacantes entraron por la puerta principal —dijo el señor del capítulo en voz baja. Después señaló a la pared a ambos lados de la cabeza de Zahariel y continuó—: La mayoría de las marcas de quemaduras indican que los Jaeger estaban

disparando hacia la puerta desde aquí, junto a sus sacos de dormir.

—No intentaron ponerse a cubierto tras las mesas, sólo se apartaron un par de metros —observó el bibliotecario.

—Está claro que no tuvieron tiempo. Estos Jaeger no estaban de guardia y probablemente estuviesen durmiendo cuando llegaron los atacantes. —El señor del capítulo señaló hacia la entrada al otro extremo de la habitación—. La segunda escuadra del pelotón acampó en la habitación contigua, que no está en absoluto destrozada.

Zahariel frunció la boca pensativamente, recreando la escena en su mente.

—La segunda escuadra estaba de guardia cuando los comunicadores dejaron de funcionar. Los atacantes se encargaron antes de ellos y después se acercaron al centro de control y sorprendieron a la primera escuadra. —Zahariel miró a Astelan con el ceño fruncido—. Pero esto es imposible, dado que los atacantes habrían tenido que acabar con toda una escuadra de soldados frente a los radares de la planta y después habrían tenido que abrirse paso a estos edificios a través de la puerta reforzada.

El señor del capítulo asintió.

—Hemos encontrado mucha sangre arriba, en la sala de control —dijo.

—Llévame hasta allí.

Astelan guió a Zahariel hacia el interior del edificio a través de las oficinas vacías y los resonantes pasillos del centro de control. Las energías malignas que rodeaban el emplazamiento se arremolinaban a su alrededor conforme caminaban. Era como sentir los ojos de una bestia que los observaba mientras se adentraban en una profunda y oscura zona del bosque, y por la rigidez de los hombros del señor del capítulo, Zahariel sospechaba que Astelan también lo sentía.

Tomaron un ascensor hasta el tercer piso y Zahariel entró en la gran sala de control de la planta. Los motores lógicos zumbaban y traqueteaban desde decenas de terminales de trabajo vacías, y parpadeantes pictovisores verdes mostraban un sinfín de datos que detallaban todos los aspectos de la maquinaria de la planta. El hermano Gideon se arrodilló junto a la estación de seguridad, situada en un hueco oscuro justo a la derecha del ascensor. Había apartado la silla de la terminal, que estaba construida a escala humana y era demasiado frágil para soportar su acorazado volumen, y trabajaba con diligencia en los controles. Su rodilla derecha descansaba en el centro de un amplio charco de sangre prácticamente seca.

Una vez más, Zahariel hizo una pausa y analizó la escena en busca de pistas. La mayoría de las terminales de trabajo estaban operando en modo de espera excepto dos. Sin perder tiempo, el bibliotecario escaneó las lecturas de sus pantallas. Ambas estaban destinadas a controlar la operativa de la planta de energía térmica del complejo. Zahariel observó de nuevo el charco de sangre.

—Alguien se acercó lo suficiente como para degollar al oficial de guardia —dijo.

—Era media tarde, de modo que posiblemente se trataba del comandante del pelotón o del sargento superior —añadió Astelan. Zahariel asintió con gesto pensativo.

—Él sería el primero en morir. Después eliminaron a las patrullas del perímetro. —Astelan señaló la pantalla de seguridad—. El asesino probablemente controló las emboscadas desde aquí, tal vez incluso las coordinó con los equipos que estaban en el exterior. Entonces, en el momento oportuno, bajó y abrió la puerta para dejar que terminasen el trabajo.

El bibliotecario apretó los puños acorazados. Había sido un ataque bien organizado y llevado a cabo de manera despiadada. Pero ¿con qué objetivo?

—¿Qué hay de los registros de transmisiones? —preguntó.

Astelan indicó a Zahariel que lo siguiese hasta otro espacio situado en la parte trasera de la cámara. En su interior, el comunicador de la planta seguía operativo. Zahariel oyó cómo el leve zumbido de corriente recorría la carcasa, pero el altavoz permanecía en un ominoso silencio.

El señor del capítulo se volvió hacia una pantalla y presionó una serie de interruptores. Al instante, una larga relación de lecturas inundó la pantalla.

—Hoy sólo ha habido una transmisión. La hora se corresponde con la señal que recibimos en Aldurukh. —Astelan se cruzó de brazos—. Basándome en el estado de la mancha de sangre en la sala de seguridad, calculo que la señal se envió aproximadamente entre treinta minutos y una hora después de que el oficial de guardia fuese asesinado.

—Puede que obtuviesen los códigos del equipo del operador. Lo único que tenían que hacer era distorsionar la voz de la persona que llamaba y esperar a que nosotros procediésemos.

Las últimas piezas del rompecabezas empezaban a encajar, y a Zahariel no le gustaba la imagen que mostraba.

—Luther tenía razón. Tendieron una emboscada a la fuerza de reacción.

—Parece que los rebeldes consiguieron infiltrarse en el sector laboral —asintió Astelan.

—Pero ¿con qué objetivo? —inquirió Zahariel—. Está claro que no pretendían destruir la planta.

El señor del capítulo miró al bibliotecario y arqueó una ceja.

—Consiguieron acabar con toda una compañía de Jaeger. ¿No te parece suficiente?

—¿Cómo sabemos que los Jaeger están muertos? —preguntó Zahariel—. ¿Habéis encontrado algún cadáver?

Astelan apartó la vista. Por primera vez, el astartes parecía sentirse ligeramente incómodo.

—No —respondió.

El pensamiento puso los pelos de punta a Zahariel.

—Hemos encontrado mucha sangre, pero eso es todo —continuó el señor del capítulo.

—Y quien fuese que envió la señal también sabía cómo controlar la fuerza que está interrumpiendo nuestras transmisiones —prosiguió el bibliotecario—. Sea cual sea, es algo que los rebeldes no habían utilizado antes. —Zahariel se apartó del transmisor y atravesó la estancia para estudiar las dos terminales de trabajo activas—. ¿Qué sabemos de los trabajadores? —preguntó.

Astelan se encogió de hombros.

—Según los registros de mantenimiento, llegaron hace una semana como parte de una rotación trimestral. El Administratum los envía en una lanzadera desde la arcología de los Bosques del Norte y los aloja en un par de residencias en el extremo norte del emplazamiento.

—¿Tampoco hay rastro de ellos? —preguntó Zahariel.

—Todavía no hemos inspeccionado las residencias, pero no creo que encontremos nada.

Zahariel negó con la cabeza con preocupación.

—Tienen que estar en alguna parte, hermano —dijo con gravedad—. Trescientos cuerpos no se esfuman sin más.

—¡Señor del capítulo Astelan! —gritó Gideon—. ¡He encontrado algo!

Zahariel y Astelan avanzaron rápidamente hacia la estación de seguridad. Todos los pictovisores de la terminal de trabajo parecían estar apagados.

—¿Qué es esto? —preguntó el bibliotecario.

—He estado comprobando todos los radares y los dispositivos de imágenes que cubren la instalación —dijo Gideon—. Todas las unidades han respondido sin problemas, pero las del nivel B6 parecen estar desconectadas.

Zahariel miró a Astelan de soslayo. Todos habían memorizado la distribución de Sigma Cinco-Uno-Siete hasta el más mínimo detalle.

—Ahí es donde está situado el respiradero térmico —señaló el señor del capítulo.

Zahariel se dio cuenta de que el recuerdo de Sarosh merodeaba en la mirada de Astelan. Todos recordaban la inmensa caverna subterránea repleta de millones y millones de cadáveres ofrecidos al abominable dios saroshi.

«Aquí no. Esto es Caliban. Esas cosas no pasan aquí», le hubiera gustado poder decir. Pero en lugar de hacerlo, Zahariel agarró su báculo psíquico con fuerza y se dirigió al señor del capítulo.

—Reúne a la escuadra —dijo sin permitir que su voz delatase su desesperación.

Astelan asintió secamente.

—¿Cuáles son las órdenes?

Zahariel volvió a mirar las oscuras pantallas.

—Vamos a bajar ahí y averiguar quién es el responsable de todo esto —respondió el bibliotecario—. Y después, juro por el primarca que van a pagar por lo que han hecho.

Los astartes formaron junto al Land Raider mientras el sol se ocultaba tras las montañas al oeste. Un denso grupo de nubes grises avanzaba a toda velocidad hacia el emplazamiento desde el sur llevando consigo la amenaza de tormenta. El tiempo se había vuelto cada vez más salvaje e impredecible con los años a medida que el Imperio transformaba la superficie del planeta y llenaba los cielos de columnas de humo generadas por sus fábricas. La magos Bosk y el resto del Administratum insistían en que no había que preocuparse por estos cambios. Zahariel observaba con recelo la nubosidad que se avecinaba y se preguntó si la magos Bosk había dirigido alguna vez una refriega en medio de un rugiente vendaval. Admitió para sí mismo que las probabilidades eran extremadamente escasas.

Los hombres se metieron en el tanque de asalto y atravesaron el amplio campo de aterrizaje en dirección a las profundas sombras que inundaban los callejones y las vías de acceso hacia el este del emplazamiento. La inmensa unidad térmica de la planta era una torre negra de amplia base que se estrechaba ligeramente en el centro para volver a abrirse mientras se alzaba de manera vertiginosa hacia el cielo sobre Sigma Cinco-Uno-Siete. Las luces de emergencia rojas y azules parpadeaban insistentemente por toda su altura para advertir a las naves en vuelo rasante que no se acercasen. Con la planta operando a pleno rendimiento, la torre se vería envuelta en sibilantes nubes de vapor teñidas del horrible color naranja de los reflectores químicos.

El conductor del Land Raider rodeó la base de la inmensa torre hasta llegar a una amplia entrada de techo bajo abierto al sureste. Bajo las órdenes de Zahariel, el tanque se detuvo a una docena de metros del acceso y la escuadra desmontó en la creciente oscuridad. Inmediatamente, Astelan señaló tres contenedores de carga dispuestos de menor a mayor con los extremos cerrados en dirección a la entrada de la torre. Zahariel los reconoció de inmediato, incluso antes de ver las familiares formas de las ametralladoras pesadas dirigidas hacia la entrada de la unidad térmica.

Los astartes se acercaron a las improvisadas armas con cautela, peinando las sombras con sus bólters. La sangre seca teñía el permacemento que rodeaba los emplazamientos. Un transmisor portátil manchado de sangre yacía cerca de la ubicación central de las armas con el panel de control hecho añicos.

Zahariel observó las ametralladoras pesadas. Ninguna mostraba signos de haber sido disparada.

—Por lo visto la fuerza de reacción intentó establecer un cordón de seguridad

alrededor de la entrada de la planta térmica —declaró—. Seguramente tendieron una emboscada a los artilleros después, cuando los demás se marcharon.

Astelan asintió.

—¿Crees que se dieron cuenta de lo que estaba pasando?

El bibliotecario negó con la cabeza.

—Sólo sabían lo que el enemigo les había dicho —respondió Zahariel—. Imagino que el comandante de la compañía bajó de su Cóndor y se encontró con un hombre o con una mujer en pleno ataque de nervios vestido con un mono de trabajo que le dijo que los rebeldes habían tomado la unidad térmica y que estaban planeando volarla. De modo que el capitán entró a toda prisa con todo lo que tenía a su disposición con la intención de detener al enemigo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y nosotros vamos a hacer lo mismo? —preguntó Astelan mirando inquisitivamente al Bibliotecario.

Zahariel asintió gravemente y levantó su báculo psíquico.

—Sea lo que sea lo que espera el enemigo, no está preparado para oponentes como nosotros.

Los miembros de la escuadra dispusieron sus armas en mudo asentimiento. Attias se acercó hasta Zahariel. Su plateada máscara de la muerte parecía flotar de manera inquietante en la oscuridad.

—Lealtad y honor —bramó.

—Lealtad y honor, hermanos —respondió Zahariel, y dirigió a su escuadra al interior.

El aire en la unidad térmica era caliente y húmedo y soplaba como el aliento de una enorme y hambrienta bestia. Las luces rojas de emergencia teñían el interior de color carmesí, resaltaban las nubes de vapor y se reflejaban en las gotas del fluido condensado que pendían de las tuberías y los conductos que había por encima de sus cabezas. Zahariel olió el amargo hedor a metal corroído y a sangre recién derramada.

—Pensaba que el intercambiador térmico todavía no estaba activo —dijo en voz alta.

—Y no lo está —respondió Gideon—. Yo mismo he comprobado las lecturas.

El astartes cogió su auspex del cinturón y lo probó. La pantalla parpadeó un instante y se llenó de una cascada de datos. Intentó varios modos de detección diferentes y después negó con la cabeza con impaciencia y guardó la unidad.

—No hay lecturas —informó—, o al menos ninguna que tenga sentido. Recibo muchas interferencias de algún lugar cercano.

—Algún lugar —intervino Attias—, o alguna cosa.

—Patrón táctico Épsilon —ordenó Zahariel secamente, que no estaba dispuesto a permitir que ese tipo de especulaciones llegasen más allá—. Manteneos alerta y

buscad posibles puntos de emboscada.

Al cabo de unos instantes la escuadra estaba dispuesta en una tosca formación octogonal, con un guerrero en cada esquina del octágono y con Zahariel y Gideon, el portador del auspex, en el centro. Era una formación sólida inspirada en las antiguas enseñanzas de la Orden y estaba diseñada para enfrentarse a ataques cercanos desde cualquier dirección. De pronto, Zahariel se sorprendió a sí mismo deseando haber equipado a la escuadra con un lanzallamas o dos antes de salir de Aldurukh, pero ya no podía hacer nada al respecto. Una vez satisfecho tras comprobar que todos sus guerreros estaban en posición, el bibliotecario ordenó a la escuadra que avanzase.

Basándose en los mapas que había memorizado, Zahariel guiaba a sus hombres a través de los retorcidos pasillos que rodeaban la base de la torre térmica. La visibilidad era limitada; incluso a pesar de contar con los sentidos aumentados de los astartes, la niebla y la tenue luz roja formaban ilusorios patrones de movimiento e impedían la visión a más de dos metros. Zahariel no podía evitar admirar el valor de los Jaeger que los habían precedido. Los soldados humanos debieron de haber avanzado totalmente a ciegas hasta los niveles inferiores de la torre, aunque no creía que hubiesen llegado demasiado lejos.

El terrible calor y el hedor a corrupción iban en aumento conforme avanzaban hacia el interior, y la sensación de malevolencia se intensificaba y se concentraba cada vez más sobre Zahariel y la escuadra. El bibliotecario sentía que el peso del mal lo oprimía como una asfixiante nube y analizaba su armadura en busca de un modo de traspasarla. Los cables que conectaban su mente con la capucha psíquica se enfriaron terriblemente y una capa de negra escarcha se condensó en el mango de su báculo psíquico a pesar del pegajoso calor. El astartes estuvo tentado, muy tentado, de utilizar su poder psíquico para hacerse una idea del enemigo que se ocultaba en alguna parte sobre sus cabezas, pero sus años de entrenamiento con el hermano bibliotecario Israfael le advirtieron que no lo hicieran. «No malgastes tus energías dando palos de ciego», le había dicho en numerosas ocasiones. O peor: «Ábrete a un ataque sorpresa. Conserva tu fuerza, mantén tus defensas y espera a que el enemigo se muestre». Y eso hizo. Dirigió la escuadra hacia adelante con decisión y esperó a que llegasen los primeros golpes.

Había cuatro ascensores industriales que proporcionaban acceso a los niveles inferiores de la torre, pero Zahariel pensó que eran trampas mortales. Si el enemigo tenía acceso a rifles de fusión (y la fuerza de reacción de los Jaeger llevaba dos consigo), una sola ráfaga en un espacio tan limitado podría acabar con la mitad de su escuadra. Él y el hermano Gideon desactivaron sus controles para que el enemigo no pudiera utilizarlos y empezaron a descender por una de las cuatro largas escaleras de la torre.

Las escaleras no volvían sobre sí mismas como en la mayoría de las estructuras;

en vez de ello, descendían formando una larga y arqueada espiral que se adentraba cada vez más en la tierra. La terrible presencia que impregnaba el aire se intensificaba a cada paso. Zahariel se concentró en poner un pie delante del otro, recordando los laberínticos escalones que se adentraban en la vieja roca bajo Aldurukh. Los recuerdos invadían su mente mientras avanzaba; recordaba su iniciación en la Orden y su largo camino a través de la oscuridad junto a Jonson. Imágenes incompletas iban y venían: escalones de piedra y luz de antorchas, el susurro del roce de la tela, la presencia de Nemiel a su lado mientras descendían un tramo de escaleras hacia… ¿dónde? No lograba recordarlo. Los recuerdos eran vagos y borrosos como escenas de un sueño. Mientras trataba de concentrarse en las imágenes, sintió un dolor sordo en la parte trasera de la cabeza hasta que se vio obligado a dejar sus pensamientos a un lado.

Más alarmantes todavía eran las grietas que empezaban a aparecer en las paredes exteriores de la escalera mientras descendían cada vez más bajo el suelo.

Las negras raíces se habían abierto paso a través del cemento de más de un metro de espesor y se extendían por la superficie interior de las paredes curvas vertiendo una tierra negra y hedionda sobre la escalera. La luz roja se reflejaba en los cuerpos segmentados de los insectos que se arrastraban y se retorcían entre las raíces. Fantasmagóricas y cavernosas arañas blancas del tamaño de la mano de Zahariel salían de sus nidos y blandían en desafío sus largas patas hacia los astartes que pasaban.

Cuando llegaron a los niveles más bajos, la escalera era poco más que un túnel de tierra y de materia vegetal empapada plagada de vida rastrera y chirriante. Extraños insectos deformes, grandes y repugnantes se retorcían entre densas redes de raíces en estado de descomposición. Un largo y segmentado milpiés, casi tan largo como el antebrazo de Zahariel, se desenroscó como un muelle desde un amasijo de raíces y saltó sobre su hombro golpeando salvajemente la armadura de metal con su aguijón. El astartes se quitó aquella abominación de encima con su báculo psíquico y lo aplastó bajo su pie.

La escuadra continuó avanzando por el dificultoso túnel hasta que Zahariel empezó a pensar que se iban a ver obligados a abrirse camino utilizando sus espadas sierra. Finalmente, Astelan y el guerrero que iba a su lado al frente de la formación se detuvieron. El aire era sofocante y denso debido al calor y al hedor a podredumbre. Hacía ya rato que habían dejado las luces rojas de emergencia atrás. Zahariel divisaba un tenue brillo verdoso a la derecha, más allá del hombro de Astelan.

—Hemos llegado al final de la escalera —anunció el señor del capítulo en voz baja mirando con recelo los enjambres de insectos que se movían incesantemente por encima de sus cabezas—. ¿Qué ordenas?

No había manera de saber con qué se iban a encontrar al otro lado de la entrada al

nivel B6. A Zahariel le sorprendía que el enemigo los hubiese dejado llegar hasta tan lejos. Había actuado dando por hecho que encontrarían resistencia casi de manera inmediata, lo que al menos le habría proporcionado una idea de contra qué se enfrentaban. Se acercaba el momento en que tendría que utilizar sus poderes psíquicos, quisiera o no. Lo que más necesitaba en esos momentos era información.

—Seguid avanzando —dijo—. Dirigíos al núcleo térmico. Es la cámara más grande de este nivel.

El señor del capítulo asintió y penetró en la verdosa oscuridad sin vacilar. Zahariel lo siguió con el resto de la escuadra bólter en mano. Sus botas pisaban espesas raíces y largas enredaderas que se extendían por el suelo más allá de la escalera. Bocanadas de aire fétido soplaban y azotaban su casco, y el ruido de los insectos que rodeaban a los guerreros se convirtió en un sonido frenético.

Los astartes continuaron avanzando por un pasillo de techo bajo durante más de cien metros y dejaron atrás numerosos cruces en el trayecto. La vegetación continuaba invadiendo con furia el corredor, y Zahariel vio que el pálido resplandor verde procedía de colonias de gruesas larvas que se aferraban tenazmente a las retorcidas raíces. El sonido del incesante movimiento resonaba a su alrededor y aumentaba a cada instante que pasaba. En un momento dado, Zahariel oyó el traqueteo de unas garras tras un grupo de cañerías ocultas entre una maraña de enredaderas que se extendían por una de las paredes, pero no logró ver a la criatura que producía el ruido.

—¿Cuánto falta? —preguntó Gideon en voz baja.

La voz del guerrero denotaba tensión. Los continuos gritos y susurros tenían a toda la escuadra con los nervios a flor de piel.

—Cincuenta más… —empezó a decir Zahariel, pero su respuesta se vio interrumpida por un terrible chillido que inundó el aire y unas oscuras siluetas acorazadas emergieron de entre la vegetación que los rodeaba.

El bibliotecario estaba mirando a Gideon justo cuando una criatura segmentada atacó a los astartes desde la maraña de gruesas cañerías del techo. Era tan rápida como una víbora arborícola, pero tan gruesa como el brazo de Zahariel, con cientos de patas revestidas de quitina y una amplia cabeza con media docena de ojos compuestos. En un instante se había enroscado alrededor del torso de Gideon, había levantado al inmenso guerrero del suelo y arremetía y mordía la parte trasera de su casco con sus mandíbulas curvas.

Los bólters y las espada sierra aullaban en el reducido espacio mientras la escuadra era atacada desde todas partes. Gideon se retorcía bajo el abrazo del monstruo mientras lo acuchillaba con su vibrante espada. Con un único disparo de bólter, Zahariel le voló la cabeza a la criatura justo en el momento en que algo impactaba enérgicamente contra la parte trasera de su casco y lo levantaba del suelo.

Zahariel intentó darse la vuelta mientras caía, pero la criatura lo tenía agarrado del casco con sus mandíbulas y era incluso más fuerte que él. El monstruo lo lanzó de cara contra el suelo tras sacudir la cabeza a izquierda y derecha con la intención de romperle el casco. Algo afilado traspasó la placa trasera como una daga e intentaba una y otra vez atravesar la ceramita. Los iconos de advertencia parpadeaban ante sus ojos y le informaban de la pérdida de integridad de su armadura.

Con los codos y las rodillas en el suelo, el bibliotecario flexionó sus músculos potenciados y consiguió girarse hacia la derecha. Su báculo psíquico estaba atrapado debajo de él, pero consiguió apuntar con su arma al cuerpo de la criatura, que no paraba de revolverse. Tuvo que disparar tres veces seguidas el bólter para conseguir hacerla estallar, lo que provocó una lluvia de fragmentos de quitina y de icor. Con los destellos de la boca de su arma, Zahariel vio tres monstruos más que se erguían por las paredes como serpientes, haciendo sonar sus mandíbulas mientras se preparaban para atacar. Sin vacilar, reunió toda su fuerza de voluntad y desató la furia psíquica de la disformidad.

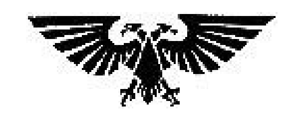
Había practicado el ataque innumerables veces bajo la tutela de Israfael, pero la mera intensidad de la energía que corría en su interior pilló a Zahariel por sorpresa. Rugía a través de él como un torrente, mucho más potente y más fácil de dominar de lo que había experimentado anteriormente. Un halo de crepitante energía rodeó al bibliotecario; sintió como todas y cada una de las venas de su cuerpo se transformaban en hielo, que irradiaba desde los cables de la capucha psíquica conectada a la parte trasera de su cráneo, y las tres criaturas se vieron envueltas en un torrente de iracundo fuego que se fusionaba con el mismísimo aire.

El intenso calor las hizo explotar, y sus caparazones reventaron por el estallido interior.

Zahariel emitió un grito triunfal y se puso de pie. Unos pequeños rayos continuaban crepitando en la superficie de su báculo y un polvo helado cubría sus extremidades. Por un instante su conciencia se agudizó hasta un nivel sobrenatural, alcanzando dimensiones más allá de la comprensión humana. El permacemento y el metal del pasillo se fueron desvaneciendo hasta volverse casi invisibles, mientras que la materia viva se distinguía con perfecta claridad. Veía las capas de raíces y de enredaderas cubriendo las paredes y el techo, y a todos y cada uno de los miles de insectos que habitaban en ellas. También veía las veintenas de gusanos que rodeaban a su escuadra y que se enroscaban sobre los guerreros e intentaban roer sus figuras acorazadas.

Pero lo peor de todo era que veía la terrible y antinatural mancha que impulsaba todo aquello. Estaba presente en todas las criaturas del pasillo que rodeaban a los astartes y las corrompía corno un cáncer. Un cáncer que hervía de una terrible presencia sobrenatural.

Aquella visión sacudió a Zahariel. Se le quedó grabada en el cerebro. Aquello era mucho peor que los horrores que había presenciado en Sarosh. Allí también se había encontrado a varios metros bajo tierra rodeado de muerte y de corrupción, pero en Sarosh la inmunda criatura gelatinosa a la que se habían enfrentado procedía claramente de la terrible locura de la disformidad. Este mal, esta mancha que teñía todas las raíces y las enredaderas formaba inextricablemente parte del mismísimo Caliban.



ONCE
CONVERSACIONES A LA LUZ DE LAS ESTRELLAS

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El ataque fue tan rápido que pilló a Nemiel momentáneamente por sorpresa. En sólo un instante los pretorianos se volvieron borrosos en un movimiento mortal, apuntando con sus armas y cargando a través de los escasos metros que los separaban de los astartes. Lanzaproyectiles de cañón múltiple disparaban contra los Ángeles Oscuros y sus cargas explosivas detonaban en una serie de fuertes estallidos sobre la superficie de ceramita de sus armaduras. Los guerreros se tambalearon bajo la lluvia de disparos y la sangre brotó de las heridas de sus brazos, torsos y piernas. Indicadores rojos de advertencia parpadeaban frenéticamente en la pantalla del casco de Nemiel; el dolor inundaba su pecho y, de repente, los brazos le pesaron casi el doble de lo normal. Un proyectil pretoriano había atravesado con toda seguridad un grupo de fibras musculares sintéticas bajo el peto de su armadura.

El hermano sargento Kohl fue el primero en reaccionar. No había tiempo para preguntas o recriminaciones; los pretorianos se acercaban a ellos a la velocidad del rayo blandiendo garras de combate y mazas de energía que ridiculizaban sus armaduras modelo Cruzado. El terrano se tambaleó un poco hacia atrás bajo la potente ráfaga de explosivos rugiendo una maldición en alguna lengua olvidada y devolviendo el fuego con su bólter. Los proyectiles alcanzaron a uno de los skitarii en el pecho y en la cabeza y se aplastaron contra las placas de la armadura del aumentado guerrero sin causarle daños graves, pero el gesto de resistencia fue suficiente para lograr que el resto de la escuadra entrase en acción.

Los bólters disparaban contra los pretorianos y la potencia de fuego entorpecía su avance. La sangre y otros fluidos brotaba de las leves heridas; las salpicaduras de líquido se transformaban en vapor con un silbido al chocar contra la biónica sobrealimentada de los pretorianos. Nemiel percibía el agrio hedor de los compuestos de adrenalina y de los agitadores de hormonas.

A la derecha de Nemiel se oyó el silbido del aire sobrecalentado cuando el hermano Marthes disparó a quemarropa con su rifle de fusión a un skitarii que se acercaba. El arma antitanque voló al enemigo en una lluvia de chispas y de trozos de carne carbonizada.

El pretoriano que cargaba contra Nemiel era una bestia enorme más parecida a una máquina que a un hombre, con una mezcla de articulaciones biónicas, musculatura sintética, derivaciones de adrenalina y placas de armadura. Su cabeza estaba oculta tras un caparazón de metal sin rostro cargado de nodos de auspex de espectro múltiple en lugar de orejas, nariz y boca. Su peto estaba decorado (por decirlo de alguna manera) con símbolos de códigos de barras y pequeñas placas de reluciente e iridiscente metal. Posiblemente se tratase de una especie de paladín, o del líder del destacamento; Nemiel no estaba seguro. La mano izquierda del pretoriano había sido sustituida por una inmensa garra de combate de tres dedos, con las puntas curvas forradas de adamantium y tan afiladas que uno podía verse reflejado en ellas. El guerrero arremetió contra Nemiel a una velocidad apabullante y le dio un zarpazo en plena cara.

El redentor sabía que no tenía sentido intentar detener a algo tan grande. Su garra de combate se desharía de su crozius sin problemas, o peor aún, lo partiría en dos. De modo que se limitó a agacharse, dejando que el pretoriano le pasase por encima sin causarle ningún daño, y golpeó al guerrero en el codo con su cayado. El campo de energía del crozius impactó contra la articulación biónica y la fundió con un estallido de luz actínica, pero el gigante apenas pareció darse cuenta. El inmenso guerrero giró sobre su talón izquierdo y propinó un golpe a Nemiel en la frente con el codo derecho.

La ceramita crujió fuertemente en los oídos de Nemiel y el impacto le hizo perder el equilibrio. Aterrizó sobre su espalda y las lecturas de su casco crepitaron. Sin pensar, el astartes disparó rápidamente en dirección al pretoriano, y su gesto se vio recompensado con el sonido de los proyectiles que golpeaban su armadura. El skitarii no era más que una forma borrosa que aparecía y desaparecía como un monstruoso fantasma ante los dañados sistemas ópticos del casco. El pretoriano se acercó más y estiró el brazo para agarrar la pierna derecha de Nemiel.

Hubo un nuevo estallido de luz y otro aullido de aire torturado azotó a Nemiel. El disparo de Marthes vaporizó la garra del pretoriano desde el codo y cubrió de ampollas los hombros y el pecho acorazados del guerrero. El skitarii se tambaleó

hacia atrás con los autosentidos momentáneamente sobrecargados.

Nemiel bajó su arma y desactivó el seguro del casco. Desabrochó los cierres con gran habilidad y se lo arrancó de la cabeza, parpadeando ante la tenue luz roja del distante sol de Diamat. A su alrededor se libraba una salvaje refriega mientras sus hermanos de batalla luchaban contra los exhaustivamente armados pretorianos. El hermano Yung yacía en el suelo con el peto de su armadura partido en dos como si fuera papel y cubierto de sangre. El tecnomarine Askelon agarró a otro de los pretorianos de la garganta, levantó a la bestia del suelo con su servobrazo y aplastó la columna vertebral revestida de metal del skitarii.

Nemiel volvió su atención rápidamente hacia el pretoriano de un brazo que estaba a unos pocos metros de distancia. El aumentado guerrero estaba agachado; el aire brillaba alrededor de su armadura chamuscada y su cuerpo permanecía inquietantemente inmóvil mientras reconfiguraba los nodos de su auspex. Nemiel apuntó cuidadosamente con su bólter y se preparó para atravesarle la garganta de un tiro.

De repente, un extraño bramido de código binario atravesó como una cuchilla los sonidos de la batalla y los pretorianos se alejaron de los Ángeles Oscuros. Retrocedieron una docena de pasos y bajaron sus armas. Sus pechos palpitaban por el esfuerzo y las sustancias de combate que hervían en sus venas. Los astartes se detuvieron sin dejar de apuntar a sus adversarios. Kohl miró a Nemiel esperando instrucciones.

Pero la atención del redentor estaba centrada en una gran fuerza skitarii acorazada que avanzaba a toda prisa por la carretera desde el nordeste. Estaban dirigidos por una figura alta y encapuchada ataviada con las túnicas carmesí de los Mechanicum que iba montada sobre un disco suspensor.

Nemiel se puso rápidamente de pie conforme la figura se acercaba.

—¿Qué significa esto, magos? —gruñó casi dominado por la cólera.

—Error. Parámetros de amenaza incorrectos. Error de identificación —respondió el magos en gótico clásico. Su voz era áspera y atonal y sus palabras estaban extrañamente moduladas, pero se entendían. El magos se detuvo y levantó una mano que brilló con el color a herrumbre del sol—. Pido disculpas —continuó, modulando esta vez mejor su voz sintética—. Os pido disculpas a ti y a tu escuadra, noble astartes. Los skitarii estaban en modo aniquilación buscando a los soldados enemigos que habían penetrado en el complejo. Vuestra presencia en Diamat es… inesperada. No he podido anular los protocolos de combate de los pretorianos hasta que ya era demasiado tarde.

—Ya veo —dijo Nemiel secamente—. «De modo que es culpa nuestra por haber venido tan pronto a protegeros» —pensó. Después miró al hermano sargento Kohl y adivinó por la postura beligerante del terrano que él estaba pensando lo mismo—.

¿Cómo está el hermano Yung?

—Inconsciente —gruñó Kohl—. Sus lesiones son graves.

—Lo llevaremos al apotecarium de la forja —se apresuró a decir el magos—. Repararemos su cuerpo y su dañada armadura.

Por alguna razón, la oferta del magos desconcertó a Nemiel.

—Eso no será necesario —respondió rápidamente—. Lo llevaremos de vuelta a nuestra nave cuando termine la batalla y dejaremos que lo atiendan nuestros hermanos. —Después observó a la encapuchada figura con recelo—. Soy el hermano redentor Nemiel y pertenezco a la I Legión del Emperador. ¿Quién eres?

—Soy Archoi, magos de la forja y ex sirviente del archimagos Vertullus —respondió.

—¿Ex?

—Por desgracia —asintió tristemente Archoi—, nuestro estimado archimagos fue asesinado hace doce coma ocho horas mientras coordinaba la defensa de la forja —explicó—. Como miembro superviviente de mayor rango del personal de Vertullus, ahora hago las funciones del archimagos de Diamat.

Al sur, un intenso y ensordecedor estruendo sacudió el aire. Fue aumentando de intensidad, y la fuente se elevó lentamente hacia el cielo. Nemiel se dio la vuelta y vio un par de naves ascendiendo pesadamente hacia la órbita sobre unas columnas de luz azul verdoso.

—Los rebeldes ya han tenido suficiente —declaró Kohl con un deje de tono triunfal en la voz—. Se están retirando.

—Así es —confirmó Archoi—. Vuestro primarca contactó con nosotros hace seis coma treinta y siete minutos y anunció que las fuerzas rebeldes en órbita se están batiendo en retirada. —El magos alzó los brazos como si los bendijese—. La victoria es vuestra, nobles astartes. Diamat está a salvo.

La voz sintetizada de Archoi guardó silencio y dio paso al lejano rugido de los transportes que huían y al distante estruendo de los vehículos imperiales. Un traqueteo de armas de fuego de pequeño calibre resonaba en la distancia. Los pretorianos miraron en silencio a Nemiel y a los Ángeles Oscuros con sus aumentados cuerpos inmóviles como estatuas. La sangre y los lubricantes brotaban lentamente de sus heridas.

Nemiel no podía evitar pensar que Archoi estaba cantando victoria antes de tiempo.

—Por supuesto, os estamos muy agradecidos de que aparecieseis cuando lo hicisteis —dijo Taddeus Kulik, aunque la mirada en los ojos de párpados caídos del gobernador sugería todo lo contrario.

El sanctum del primarca a bordo de la Causa Invencible era una gran cámara

única que se extendía de un lado a otro de la superestructura de la nave de guerra y se subdividía en espacios más pequeños y más íntimos mediante columnas estriadas de acero estructural. Altas y arqueadas ventanas a babor y a estribor proyectaban sombras alargadas y afiladas sobre los mosaicos incrustados en la cubierta y resaltaban las angulares formas del mobiliario que había alrededor. Fragmentos de placas del casco sumían a las ventanas de babor en un patrón caótico y reflejaban la luz roja del sol de Diamat como desperdigados y pulidos rubíes.

Jonson solía mantener baja la luz del sanctum, y prefería trabajar sólo con la luz de las estrellas siempre que le era posible, pero por consideración a sus invitados encendió los apliques de luz de las columnas que rodeaban el amplio espacio hexagonal de reuniones en el centro de la gran cámara. Al gobernador, que había recibido un disparo láser en la pierna durante el contraataque de los Dragones, se le ofreció un trono de campaña de madera tallada. Un cirujano del palacio imperial y un servidor médico lo acompañaban a una discreta distancia, listos para administrarle analgésicos en caso de que Kulik los necesitase. El gobernador, un hombre de mediana edad, todavía vestía la destrozada armadura con la que había estado luchando tan sólo unas horas antes. Un vendaje de compresión manchado envolvía su muslo derecho, y una vieja espada de energía pendía de una vaina atada a su cadera. Sus pálidos ojos grises brillaban de dolor y de fatiga, y aunque intentaba relajarse contra el respaldo de la silla, sus hombros estaban tensos.

El magos Archoi permanecía a unos cuantos pasos a la derecha del gobernador, con las manos metálicas cruzadas sobre la cintura. Para su audiencia con el primarca se había vestido con una sencilla túnica del Mechanicum, el atuendo formal de su predecesor. Las pesadas túnicas de oficio estaban tejidas con hilos de oro y platino, trazando complicados patrones que recordaban los dibujos de los circuitos integrados. Las mangas eran anchas y terminaban justo por debajo del codo, revelando el complicado trabajo artesanal de los brazos biónicos de Archoi. El magos se había quitado la capucha y exponía el pulido metal de la parte inferior de su cráneo y su cuello. Los cables de datos y los tubos refrigerantes estaban agrupados a ambos lados de su garganta de acero; los nodos de auspex y los receptores estaban dispuestos alrededor de la rejilla de voz instalada en el espacio donde en su día había estado su boca. El magos tenía un par de ojos augménticos en la parte superior del rostro que brillaban con débiles puntos de luz azul. Su cráneo calvo era pálido y estaba cubierto de cicatrices que apenas se veían. Nemiel no podía detectar emoción alguna en el magos; el cuerpo de Archoi no revelaba más que el hermetismo de una máquina. Un par de acólitos permanecían a seis pasos justos detrás de él con la cabeza inclinada y murmurando entre ellos con silenciosos diálogos de jerga binaria.

Lion El’Jonson, con las manos unidas en forma de pirámide, observó a los dos oficiales por encima de las puntas de los dedos. Estaba sentado en una especie de

trono de alto respaldo tallado en madera de roble calibanita que magnificaba su inmensa presencia física de porte confiado y totalmente sereno. Al mirarlo nadie diría que había estado luchando a vida o muerte en un combate espacial hacía tan sólo un rato.

—Los problemas de Diamat todavía no han terminado, gobernador Kulik —respondió Jonson gravemente—. El planeta posee unos recursos que Horus necesita para prevalecer en el conflicto que se avecina con el Emperador. En cuanto los supervivientes de su flota de asalto regresen a Isstvan, el señor de la guerra empezará a reunir una nueva fuerza, y esta vez no estará compuesta de naves renegadas y de antiguos soldados del Ejército Imperial. —Su mirada se dirigió hacia las ventanas teñidas de rojo de babor con expresión pensativa—. Calculo que pasarán unas dos semanas y media, tres como mucho, antes de que vuelvan. Tenemos que sacarles el máximo partido posible.

Kulik miró a Jonson con recelo.

—¿Y qué sugiere que hagamos exactamente, primarca Jonson? —preguntó.

El tono cínico en la voz del gobernador sorprendió a Nemiel. El redentor estaba de pie a la derecha de Jonson, situado de lado para poder dirigirse tanto al primarca como a los dos oficiales si era necesario. Al regresar a la nave insignia se había encargado de las necesidades de su escuadra y después había pasado más de una hora en el Apothecarium mientras le sacaban trozos de acero del cuerpo. Los apotecarios entregaron su maltrecho equipo a los armeros de la nave para que lo reparasen y se vistió con una sencilla túnica con capucha antes de presentarse ante el primarca. Sus manos se cerraron en sendos puños como acto reflejo ante el casi insolente tono del gobernador.

Kulik actuaba como si Jonson fuese igual de peligroso que Horus. ¿Y por qué no había de serlo? Cuatro legiones ya habían roto sus lazos con el Emperador y todo el segmento se estaba desmoronando. Llegados a este punto, cualquiera podía ser motivo de sospecha. Aquella realidad lo dejó frío.

El tono de Kulik tampoco pasó desapercibido para Jonson, quien se volvió hacia el gobernador con una expresión gélida.

—Sugiero que continuéis cumpliendo con vuestro deber, señor —respondió fríamente—. Debemos defender este planeta a toda costa. El futuro del Imperio podría depender de ello.

El gobernador Kulik hizo una mueca y se revolvió incómodamente en su asiento. Se frotó el vendaje de la pierna, pero Nemiel se preguntaba qué era realmente lo que le dolía.

—Mi gente no tiene mucho más que dar —dijo con gravedad—. Los rebeldes han destrozado todos los pueblos y ciudades desde órbita. Ni siquiera estamos seguros de cuántas personas siguen con vida. No hemos tenido tiempo de contar todos los

cuerpos, y mucho menos de enterrarlos.

—¿Y qué hay de los Dragones? —preguntó el primarca.

Kulik suspiró.

—Usamos todo lo que nos quedaba en el contraataque cuando supimos que la compañía que cubría la entrada sur de la forja había sido derrotada.

De joven, el gobernador había sido militar. Cuando el comandante de los Dragones murió asesinado en un bombardeo atómico al comienzo de los ataques rebeldes y el palacio imperial fue bombardeado hasta convertirse en escombros, se puso una armadura de los Dragones y se hizo cargo de la defensa del planeta. Kulik era un hombre que se tomaba sus deberes con el Imperio muy en serio.

—Puede que me quede un regimiento de soldados procedentes de media docena de unidades distintas y la mayor parte de un batallón acorazado —dijo. Después lanzó una mirada ponzoñosa al magos Archoi y continuó—: Por otro lado, las tropas del Mechanicus apenas actuaron durante el ataque, de modo que deben conservar toda su fuerza.

Jonson se volvió hacia el magos y arqueó una ceja de manera inquisitiva.

—¿Es eso cierto? —preguntó. Su tono era suave, pero Nemiel advirtió un atisbo de ira en la mirada del primarca.

El magos Archoi inclinó la cabeza en señal de culpabilidad.

—El archimagos Vertullus ordenó que la tecnoguardia se emplease únicamente para defender nuestros complejos de forja del planeta —dijo—. Muchos de nosotros intentamos convencerlo para que cambiase de opinión, pero dijo que sus órdenes provenían de Marte.

—Tampoco es que aquello influyese mucho en el resultado —escupió Kulik—. Los rebeldes saquearon todas las pequeñas forjas y fábricas.

—Pero no consiguieron apoderarse de más del doce por ciento de nuestro principal complejo fuera de Xanthus —señaló el magos Archoi.

—Y si nosotros no hubiésemos sangrado para evitarlo estoy convencido de que ese porcentaje habría sido mucho mayor —replicó cada vez más iracundo el gobernador.

—Éste no es momento de recriminaciones, amigos —declaró Jonson levantando la mano para impedir que siguieran haciéndose reproches—. Hemos luchado duro y hemos ganado un poco de tiempo, pero eso es todo. Ahora, díganos, magos Archoi, ¿cuántos soldados puede reunir el Mechanicum para la defensa de Diamat?

El mago hizo una pausa. Uno de sus acólitos levantó ligeramente la encapuchada cabeza y dejó escapar un graznido de código atonal. Archoi borboteó una respuesta en binario y después dijo:

—Como señalaba el gobernador Kulik, el enemigo ocupó todas nuestras forjas menores y asesinaron a sus defensores. La lucha alrededor de la entrada meridional

de la forja principal también fue muy intensa, y nuestra guarnición sufrió grandes pérdidas. En este momento podemos reunir sólo a mil doscientos doce skitarii.

Nemiel vio cómo Kulik rechinaba los dientes al escuchar el cálculo realizado tan a la ligera, pero el gobernador eligió, inteligentemente, contener su cólera.

—Gracias, magos —dijo Jonson retomando el control de la conversación—. Por mi parte puedo reunir a ciento ochenta y siete astartes veteranos para la defensa del planeta. Sigo esperando el cálculo de los daños de mis comandantes del grupo de combate, pero no hay duda de que mis naves supervivientes han sufrido daños medios o moderados y todas andan escasas de combustible, artillería y munición.

El magos Archoi inclinó la cabeza ante el primarca.

—Todos los recursos de nuestra forja están a vuestro servicio, primarca Jonson —dijo—. Podemos empezar a reabastecer vuestras naves y a efectuar reparaciones de inmediato.

—Y una vez reabastecidas y reparadas, ¿podrán vuestras naves repeler el siguiente ataque? —preguntó Kulik.

Jonson meditó su respuesta.

—Es poco probable —admitió—. Las retendremos todo lo que podamos, pero mis naves no están en condiciones de mantener un combate prolongado. Sin embargo, tened en cuenta que el tiempo no está de parte de Horus. Sabe que una inmensa fuerza de astartes va de camino para atacar Isstvan, y podría llegar aquí en cualquier momento en las próximas semanas. Cada día que consigamos resistir nos acercará a la victoria.

—Si lo único que tenemos que hacer es cerrarnos en banda y hacer que esos malnacidos paguen por cada kilómetro es algo en lo que tenemos mucha experiencia —dijo Kulik animosamente.

—Y nosotros estaremos a vuestro lado en todo momento —afirmó Jonson inclinando la cabeza. Después se volvió hacia el magos Archoi y prosiguió—: Tenemos mucho que planificar —dijo—. ¿Puedo hacerle una pequeña petición, magos?

—Por supuesto, primarca —respondió Archoi.

Jonson sonrió.

—Lo que más necesito ahora mismo es información —empezó—. En concreto necesito un cálculo del material que los rebeldes consiguieron llevarse de vuestras forjas, así como un inventario de todo lo que queda y de dónde está almacenado.

Archoi tardó unos instantes en responder. Kulik se volvió para mirar al magos y lo atravesó con la mirada.

—Hay un pequeño problema —respondió al fin—. Las forjas menores fueron prácticamente destruidas y se perdieron gran parte de los datos de almacenaje.

Jonson levantó una mano apaciguadora.

—Por supuesto, magos. Entiendo —dijo—. Con un inventario del material almacenado en la forja principal será suficiente.

El magos inclinó la cabeza.

—Gracias por su comprensión, primarca —respondió—. Ordenaré a mis acólitos que empiecen a recopilar datos de inmediato.

El primarca sonrió, pero su mirada era calculadora.

—Gracias, magos Archoi —dijo—. Ahora, si me disculpan, debo atender las necesidades de mis hermanos. Volveremos a reunirnos mañana para discutir un plan integrado de defensa.

El magos Archoi hizo una reverencia ante el primarca y se retiró rápidamente, intercambiando unos códigos con sus acólitos mientras desaparecía entre las sombras más allá del espacio de la audiencia. El gobernador Kulik se puso de pie como pudo, rechazando la ayuda de sus cirujanos. Después inclinó la cabeza respetuosamente ante Jonson, quien asintió al hombre herido en respuesta y observó cómo cojeaba hacia la oscuridad. Cuando el gobernador se hubo marchado, el primarca se volvió hacia Nemiel.

—¿Qué opinión te merecen? —le preguntó.

La pregunta sorprendió a Nemiel. El redentor hizo una pausa para ordenar sus pensamientos.

—El gobernador Kulik parece un hombre valiente y honorable —respondió—. ¿Cuántos líderes planetarios hemos conocido que se esconden en sus palacios y envían a sus mejores hombres a morir por ellos?

—Bueno, este lugar estaba destrozado —observó Jonson.

Nemiel se rió.

—Podía haber huido a las colinas con su gente, pero no lo hizo. Hizo honor a su juramento, y eso es algo muy loable.

Jonson asintió.

—¿Crees que podemos confiar en él?

El redentor frunció el ceño y observó el rostro impasible del primarca. ¿Estaba Jonson bromeando de nuevo?

—Yo… creo que sí —respondió un momento después—. ¿En qué lo beneficiaría traicionarnos?

El primarca lo miró algo exasperado.

—Nemiel, el gobernador actuó muy bien contra la carne de cañón de Horus, en eso estoy de acuerdo —dijo—. Pero la próxima vez el señor de la guerra no enviará auxiliares. Estamos casi convencidos de que tendremos que enfrentarnos a otros astartes. ¿Cómo crees que reaccionará entonces?

Nemiel frunció el ceño de nuevo. Le costaba asimilar la idea de tener que luchar contra un hermano astartes. Sólo pensar en ello lo horrorizaba.

—El gobernador Kulik no es ningún cobarde —repitió convencido—. Luchará a pesar de las posibilidades. Está en su naturaleza.

Jonson asintió para sí, y Nemiel vio que parecía realmente aliviado ante aquella observación. ¿Era posible que al primarca le costase interpretar a alguien tan directo como Kulik? ¿Era éste el mismo individuo que unió a todo Caliban en una cruzada contra las grandes bestias?

Pero entonces Nemiel cayó en la cuenta; Jonson no había unido Caliban. El plan había sido suyo, pero la persona que convenció a las órdenes de caballería de las casas nobles de que abandonasen sus antiguas tradiciones y se uniesen bajo el estandarte de Jonson fue Luther. Habían sido sus artes oratorias, su carisma personal y su sentido de la diplomacia y, sobre todo, su comprensión de la naturaleza humana, quienes le habían permitido forjar la gran alianza que cambió el rostro de Caliban. Jonson, en cambio, había pasado sus primeros días solo, viviendo como un animal en las profundidades de los Bosques del Norte, uno de los espacios salvajes más imponentes e inaccesibles de todo el planeta.

Durante sus primeros meses en Aldurukh no dijo ni una palabra y se le consideró frío y distante incluso años después. Se decía que era una persona intelectual y erudita, y Nemiel sabía que era verdad, pero ahora también se preguntaba si Lion El'Jonson, el hijo sobrenatural del mismísimo Emperador, era capaz de sintonizar con la gente que lo rodeaba. Sabía predecir cómo reaccionarían en un campo de batalla hasta un punto asombroso, pero no sabía diferenciar a un hombre honrado de un cobarde. «¿Seremos todos un cero a la izquierda para él?», se preguntó el redentor. Si Jonson tenía tan poco en común con la humanidad, ¿en qué lo convertía eso?

De repente, Nemiel se dio cuenta de que Jonson lo estaba observando y se agitó incómodamente.

—Disculpa, mi señor —se excusó—. ¿Decías algo?

—Te he preguntado tu opinión sobre el magos Archoi.

—Ah —respondió Nemiel—. La verdad, no sé qué pensar de él. ¿Cómo puede un hombre quitarse voluntariamente la carne y sustituirla por el frío insensible del metal y el plastek? Me parece totalmente antinatural.

—¿Quieres decir como el capitán Stenius? Yo creo que él agradece tener un par de ojos que funcionen —replicó Jonson irónicamente.

—Eso es diferente, mi señor. Stenius perdió la vista en combate. Se la arrebataron, no la cedió voluntariamente.

Jonson asintió.

—Entonces ¿no crees que podamos confiar en él?

—Lo que digo es que no sé qué pensar de él, señor —suspiró—. Confieso que puede que nuestro primer encuentro influya en mi opinión respecto a él.

—Entiendo. —Jonson asintió de nuevo—. ¿Cómo está el hermano Yung?

—Los apotecarios están atendiéndolo ahora mismo —respondió Nemiel—. Ha sufrido graves heridas internas, y su cuerpo entró en éstasis casi de inmediato.

Como parte de sus extensivas modificaciones físicas y genéticas, todos los astartes poseían la capacidad de sobrevivir hasta a las peores heridas físicas entrando en una especie de coma voluntario que centraba las energías de su cuerpo en la supervivencia básica.

—El cirujano dice que se pondrá bien, pero no podrá volver a la acción en los próximos meses.

—¿Y el resto de la escuadra?

Nemiel se encogió de hombros.

—Varias heridas menores, pero eso era de esperar. Al hermano Ephrial le están curando la rodilla en estos momentos y estará de servicio en las próximas doce horas. —Sonrió—. Aunque será mejor que no nos envíes a luchar al menos en una semana o la mitad de nosotros tendremos que combatir con nuestras túnicas.

Jonson le devolvió la sonrisa.

—Supongo que podremos esperar —dijo antes de ponerse de pie—. Vete a descansar. Dale a tu cuerpo tiempo para recuperarse. Empezaremos a planificar en serio mañana.

Nemiel inclinó la cabeza ante el primarca y se dispuso a retirarse, pero entonces recordó algo que había surgido durante la conversación y se detuvo.

—Mi señor…

Jonson ya había empezado a caminar silenciosamente entre las sombras. Nemiel vio cómo se daba la vuelta, perfilado contra la luz carmesí que penetraba por las ventanas de babor.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Por qué le pediste un inventario al magos Archoi? —dijo sin preámbulos.

El primarca se puso ligeramente rígido.

—Es bastante obvio —respondió—. Si tenemos que idear un plan de combate efectivo contra los rebeldes, necesitamos un recuento exacto de todos los suministros con los que contamos.

—Sí, por supuesto, mi señor —asintió Nemiel—. Es perfectamente comprensible. Pero… —Hizo una pausa—. La petición molestó al magos considerablemente. En estos tiempos difíciles, con el señor de la guerra en plena sublevación y con los ejércitos en camino, es fácil malinterpretar las intenciones que se esconden tras semejante petición.

Jonson tardó en responder. Observó a Nemiel desde las sombras con su poderoso cuerpo completamente inmóvil.

—Yo no soy ningún bandido, Nemiel —dijo finalmente con voz tranquila y fría.

El redentor inclinó la cabeza.

—Por supuesto que no, mi señor —dijo, sintiéndose estúpido por haber sacado el tema en primer lugar—. No quería decir eso en absoluto. Pero Archoi y el gobernador Kulik ya han sufrido bastante a manos de los hombres de Horus. Ya nadie sabe en quién confiar.

Jonson atravesó a Nemiel con la mirada.

—¿Confías en mí, Nemiel? —preguntó el primarca.

—Por supuesto —respondió.

—Entonces vete a descansar —le ordenó Jonson—, y déjame a Archoi y a Kulik a mí.

El primarca se volvió una vez más, deslizándose como un gato salvaje hacia la oscuridad. Nemiel observó cómo se marchaba y, de repente, una sensación de inquietud se apoderó de él.



DOCE

TERRIBLES VERDADES

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El horror y la repugnancia amenazaban con apoderarse de Zahariel. El bibliotecario lanzó un grito de ira al ver la maldad que tenía delante, y sus sentidos cambiaron de nuevo.

Una luz blanca que emergía de los cuerpos de sus hermanos astartes y de las retorcidas monstruosidades contra las que luchaban inundaba el pasillo. En un latido, el mundo redujo su velocidad hasta casi detenerse, y transformó la desesperada batalla en una especie de retablo. Zahariel podía ver a través de los cuerpos de sus amigos y sus enemigos. Veía sus corazones latiendo y la sangre caliente corriendo lentamente por sus venas. Veía el icor que teñía los cuerpos de los terribles gusanos y la inmunda corrupción que se expandía en su interior. Uno de los monstruos se había apoderado del hermano Attias; estaba enroscado alrededor de su rostro y apretaba con sus mandíbulas su cráneo revestido de acero. En la boca de la criatura había una larga púa de hueso cubierta de un potente músculo que la impulsaba hacia adelante con la fuerza de una bala dirigida a la parte trasera de la cabeza de Attias. Un canal en el interior de la aguja ósea rezumaba un hediondo veneno.

El horror de Zahariel se transformó en pura y justificada rabia. El bibliotecario reunió la furia de la disformidad y dibujó un amplio arco con su báculo lanzando letales zarcillos de abrasador fuego blanco hacia todas las criaturas que veía. Éstos atravesaron la carne de los monstruos como rayos e hicieron hervir el líquido de su interior. El astartes sintió que sus venas se congelaban y su corazón se contrajo de dolor. Entonces el mundo volvió a recuperar el movimiento.

Una docena de criaturas explotaron, bañando a la escuadra en trozos de quitina y envolviéndola en una niebla de nauseabundo icor. Zahariel se echó hacia atrás aturdido por la intensidad de su visión. Israfael lo llamaba visión de terror. Sólo la había experimentado una vez previamente, cuando luchaba contra el león calibanita. Durante ese instante extendió su conciencia parcialmente en la disformidad. Los cables de su capucha psíquica estaban tan fríos que le quemaban la piel. El astartes se sobrecogió al pensar en lo que podría haber pasado si se hubiese expuesto ante aquellas terribles energías en el pasillo sin la protección de su capucha.

La oscuridad del corredor se iluminó con los estampidos de las armas de fuego mientras la escuadra se defendía del repentino ataque de los gusanos acorazados. El señor del capítulo Astelan seguía de pie y mandó a dos de los monstruos por los aires con unos tiros certeros de su pistola y partió a otro por la mitad con un tajo de su espada sierra. El hermano Gideon se levantó, se quitó de encima el cuerpo del gusano al que había matado e hizo pedazos a otro que se había agarrado a la espalda de uno de sus compañeros. Attias corrió a ayudar a otro camarada que estaba en el suelo, y su temible máscara se iluminó con las infernales llamas de su pistola.

Lanzando un feroz grito, Zahariel corrió hacia la lucha. El bibliotecario centró su ira en el báculo psíquico que tenía entre las manos, lo que lo envolvió en una crepitante aura de energía psíquica. Todos los gusanos que golpeó fueron incinerados en un fogonazo de fuego azul y un chisporroteante trueno que arrojó su cáscara hecha añicos por el aire. En cuestión de segundos destruyó media docena de gusanos, y después, del mismo modo repentino en que había empezado, la batalla terminó. Los astartes estaban de pie formando un círculo irregular y mirando hacia fuera, inspeccionando el lugar. Sus armaduras estaban llenas de marcas y abolladuras y sus pistolas humeaban. El halo azul del propergol de bólter flotaba en el denso aire que los rodeaba, y los cuerpos destrozados de más de una veintena de gusanos yacían a sus pies. Varios de los astartes habían sufrido heridas leves, pero ninguno de ellos había caído presa de los temibles aguijones de las bestias.

—¿Qué son estas criaturas? —preguntó Zahariel mientras investigaba uno de los cadáveres con el extremo inferior de su báculo.

—Son gusanos dominadores —dijo Astelan empujando suavemente a una de las criaturas muertas con la punta de la bota—. Cuando era pequeño los cazábamos, pero en el lugar del que yo vengo no crecían mucho más de medio metro.

Zahariel había oído hablar de los gusanos dominadores, como la mayoría de los niños calibanitas, pero nunca había visto ninguno. Suponían una amenaza para los emplazamientos humanos de todo Caliban, ya que transformaban a los pequeños animales y al ganado en incubadoras vivientes de sus huevos. Los gusanos se enroscaban alrededor del cuello de sus víctimas y después insertaban su aguijón en la columna vertebral de sus presas y les inyectaban una inmensa cantidad de

neurotoxinas. El veneno destruía las principales funciones cerebrales, pero dejaba las funciones autonómicas intactas y volvía hiperconductor el sistema nervioso de las víctimas. Todavía agarrados a ellas, los gusanos segregaban unas enzimas que introducían en la médula espinal de la presa, lo que les otorgaba un rudimentario control sobre sus funciones motoras. Después, las bestias conducirían literalmente a las víctimas, todavía vivas, hacia su nido comunitario, donde la reina del nido inyectaría los huevos en su interior. Ocasionalmente, los gusanos conseguían profanar tumbas humanas frescas e intentaban apoderarse del cuerpo para horror de los parientes del difunto. Al astartes se le pusieron los pelos de punta al pensar en el gusano que había estado golpeando su casco y en el aguijón con forma de daga que la bestia había intentado clavar en la parte trasera de su cráneo.

—Me temo que ya sabemos lo que les sucedió a los Jaeger —declaró tristemente —. Y probablemente a la mayoría de los trabajadores también.

—¿A la mayoría? —preguntó Astelan.

—Un gusano no pudo mandar la transmisión de radio a Aldurukh —respondió Zahariel.

—Que el Emperador nos proteja —mascculló disgustado entre dientes el señor del capítulo.

—Esto ya había sucedido antes —recordó Attias—. Los Caballeros de Lupus volvieron a sus bestias contra nosotros, ¿recuerdas?

—Pero los Caballeros de Lupus ya no existen —respondió Astelan con acritud—. Y las grandes bestias se han extinguido. De modo que, ¿de dónde proceden estas viles criaturas?

—Ahora eso no importa —contestó Zahariel, ansioso por cambiar de tema—. Si los gusanos se llevaron los cuerpos de los Jaeger significa que tienen un nido y una reina ponedora aquí abajo.

Astelan asintió.

—Pero las reinas son mucho más grandes que los zánganos —advirtió.

—Entonces debe de estar más adelante, cerca del núcleo térmico —declaró Zahariel. El bibliotecario comprobó la carga de su bólter y lo enfundó. Después extrajo una granada de fragmentación de su cinturón—. Primero lanzamos las granadas y después disparamos. Yo iré delante. ¿Alguna pregunta?

Por supuesto, no había ninguna. Los guerreros de la escuadra habían recibido sus órdenes. Los astartes volvieron a la formación y prepararon las armas sin vacilar. Zahariel sustituyó a Astelan a la cabeza del grupo y empezó a avanzar por el pasillo a paso ligero. Mientras lo hacía, reunió de nuevo su poder y lo envió a buscar por el camino que tenían por delante. Sintió que había más gusanos esperándolos en el otro extremo, y sacudió a los monstruos con una ola de energía psíquica. Un terrible chillido inundó el aire, y los poderosos y acorazados cuerpos estallaron entre las

ocultas raíces revolviéndose en la agonía de su muerte. Zahariel golpeó de nuevo canalizando cada gramo de su rabia en el impacto, y los gusanos se convirtieron en chirriantes piras de color morado y añil.

Zahariel preparó la granada que tenía en la mano.

—¡Por el Emperador! —gritó, y la lanzó por el pasillo.

Un instante después, nueve granadas más pasaron volando junto a su cabeza formando precisos arcos y detonaron justo al otro lado de la entrada a la cámara central. Nuevos chillidos inundaron el aire mientras la metralla acababa con las criaturas ocultas alrededor del acceso a la sala. Zahariel respondió con un grito furioso y echó a correr en aquella dirección mientras blandía su báculo en llamas como una tea.

Un enjambre de gusanos dominadores aguardaba para atacarlas, preparados para defender su nido. El bibliotecario lanzó un torrente de llama psíquica al centro de la multitud de bestias, carbonizó a una veintena de criaturas y dejó al resto aturdidas. Sus hermanos y él corrieron al interior de la cámara un momento después y empezaron a pelear en serio.

Zahariel dibujó un nuevo y crepitante arco con su báculo psíquico y mató a dos gusanos que arremetían contra él por la derecha. Otro monstruo lo atacó por la izquierda y clavó sus mandíbulas en la hombrera de ceramita. Con un rápido movimiento, el astartes apuntó con su arma y decapitó a la criatura de un tiro certero. A su alrededor las espadas sierra aullaban y los bólters martilleaban mientras los Ángeles de la Muerte acababan con sus enemigos.

La cámara era una enorme caverna artificial que se elevaba hasta un techo abovedado treinta metros sobre sus cabezas. El inmenso cilindro del núcleo térmico dominaba el centro de la estancia. Se alzaba desde un agujero de más de quinientos metros excavado en el lecho de roca del planeta y se perdía en una abertura en la cúspide de la bóveda, adonde llevaba el calor geotérmico para las unidades de intercambio que a su vez abastecían al resto del planeta.

El ambiente en el cavernoso espacio era denso por el calor y el hedor a podredumbre. El aire alrededor del núcleo térmico resplandecía como un espejismo, y una intensa sensación de trastorno amenazaba con apoderarse de Zahariel. Los cables de su capucha psíquica le ardían en el cerebro, y una punzada de sordo dolor atravesó su cráneo a pesar de los efectos del amortiguador. La barrera entre la disformidad y el mundo físico se había debilitado, y la sensación de locura y de corrupción era casi palpable, como una capa de aceite que le cubriera la piel. Su formación le decía que en aquel lugar se habían practicado hechizos, y el centro de todo aquello yacía a sólo una docena de metros de distancia.

En el centro de la cámara, a los pies de la columna del núcleo térmico, había una inmensa montaña de cadáveres. Zahariel vio que los de la capa superior llevaban

uniformes de color verde bosque manchados de sangre. Se trataba de los refuerzos Jaeger que se habían enviado al emplazamiento. Pero había cientos más. Probablemente todos los trabajadores de la planta estuviesen allí también.

Silbando y chirriando, los defensores del nido de gusanos dominadores atacaron a los Ángeles Oscuros desde todas partes. Zahariel reventó a uno con un par de tiros de su bólter y convirtió a otros dos más en llameantes cáscaras con una barrida de su báculo. Los astartes mantuvieron su formación octogonal, mirando hacia fuera y golpeando a destajo con sus espadas sierra a cualquier monstruo que osase acercarse. El entrenamiento de la legión, y antes los ritos de la Orden, resultaron muy útiles para los guerreros de Caliban, y los cuerpos de sus enemigos empezaron a apilarse a sus pies. Pero cada vez que daban muerte a uno de los monstruos, Zahariel sentía que las energías invisibles que vagaban por la estancia se volvían más y más turbulentas. Fueran cuales fuesen los oscuros designios que se ocultaban allí, sus acciones sólo servían para alimentarlos más.

—¡Continuad avanzando, hermanos! —gritó Zahariel.

La escuadra respondió al instante y avanzó en formación hacia el núcleo térmico a paso acompasado. Los gusanos supervivientes intensificaron su ataque y saltaron hacia los espacios abiertos entre la formación de los guerreros, pero todos sus intentos fracasaron al encontrarse con una afilada hoja o con el estallido de un bólter. Los Ángeles Oscuros avanzaban implacablemente por la cámara, dejando un reguero de monstruos mutilados y sangrantes. Sin embargo, a cada paso el aire parecía volverse más cargado. Extraños centelleos crepitaban a lo largo del núcleo y unos gruñidos sobrenaturales resonaban alrededor de los astartes. Mientras se acercaban a la pila de cadáveres, Zahariel vio que los habían dispuesto en el interior de una vasta espiral. La línea curva estaba constituida por una procesión de runas formadas con mucho esmero que habían sido talladas en el suelo con una antorcha de plasma y rellenadas con sangre coagulada. Los símbolos le golpeaban los ojos y le enviaban punzantes alfileres al cerebro cuando intentaba centrarse en ellos, y el efecto se intensificaba cuanto más lejos en la espiral miraba.

Los gusanos supervivientes habían abandonado su frenético ataque y se alejaban de los astartes en un irregular círculo. Sus rápidas y sinuosas formas se deslizaban por el suelo húmedo mientras se ocultaban lejos del alcance de las espadas sierra. Los miembros de la escuadra de Zahariel continuaban su sangriento trabajo y eliminaban a los monstruos con certeros disparos de bólter. Las energías de cada bestia asesinada se unían a la creciente vorágine y continuaban avivando los invisibles fuegos. Zahariel apretó los dientes ante el intenso dolor que torturaba la parte trasera de su cráneo y ordenó a su escuadra que avanzase paso a paso. Ahora se encontraban a diez metros de la pila de cadáveres y vio que a todos los cuerpos les habían pintado una runa diferente y que estaban cubiertos de una baba translúcida que resplandecía

ligeramente con las extrañas energías que parpadeaban sobre ellos. Mientras el rayo globular destellaba, Zahariel advirtió una especie de señal pintada en un lateral del núcleo térmico, a una docena de metros sobre el montón de cuerpos. Pero antes de poder centrarse en ver qué era, los gusanos se volvieron de manera repentina y avanzaron a toda prisa hacia su escuadra.

Un terrible presentimiento se apoderó de Zahariel. Sin embargo, antes siquiera de que pudiese gritar una advertencia, nueve bólters ladraron y todos los gusanos que quedaban volaron por los aires en una única y simultánea salva. Sus energías de muerte impactaron el éter como un golpe de martillo y las fuerzas contenidas en la cámara estallaron.

Zahariel sintió que su sensación de trastorno se agudizaba dramáticamente a medida que la barrera entre los reinos empezaba a derrumbarse. El bibliotecario se tambaleó mientras su amortiguador psíquico amenazaba con sobrecargarse y enviaba afiladas agujas de dolor a su cerebro. Ante él, la pila de cuerpos empezó a agitarse.

Durante un breve instante, Zahariel pensó que sus nervios cansados estaban fallando y le estaban jugando una mala pasada. Pero entonces, uno de los Jaeger muertos echó los brazos hacia atrás y se puso de pie torpemente revelando las terribles heridas que cubrían su torso y su cuello. El rostro del soldado muerto estaba flácido, con la boca abierta y los ojos brillando con un sobrenatural tono verde.

Después se revolvió otro cadáver, y otro, y otro, hasta que toda la montaña estuvo en movimiento. Bajo los Jaeger estaban los hinchados y putrefactos cuerpos de los hombres y mujeres vestidos con los grises monos de trabajo, con la cara descompuesta y con expresiones de sufrimiento y de horror. Estaban cubiertos de moho y de colonias de larvas que se retorcían. A muchos les faltaban trozos de piel o tenían muñones que mostraban huesos rotos en lugar de extremidades. Pero lo que todos estos horrores ocultaban bajo su putrefacta apariencia era mucho más terrible.

Conforme los cientos de cuerpos empezaban a avanzar tambaleándose y arrastrándose hacia los aturdidos astartes, fueron dejando al descubierto una veintena de hinchadas y retorcidas larvas que en su día habían sido personas. Sus huesos se habían ablandado y sus músculos se estiraban hasta que su forma dejaba de parecer humana; sólo sus débiles extremidades y sus desencajados y agonizantes rostros revelaban lo que habían sido. Zahariel veía claramente las negras formas enroscadas de los gusanos dominadores en los gelatinosos torsos de las larvas mientras se alimentaban lentamente de los cuerpos todavía vivientes de sus huéspedes hasta alcanzar la madurez.

Las larvas rehuían el aire libre e intentaban en vano ocultarse bajo el acorazado y enroscado cuerpo del inmenso gusano que yacía en el centro de la espiral de hechicería de la cámara. Pintada con blasfemas runas y reluciente de babas, el gusano reina irguió su inmenso cráneo y chilló con furia a las larvas que habían invadido su

dominio.

Era una visión que habría acabado con el valor de hombres de menos valía, pero la dura disciplina y los lazos de hermandad mantuvieron a los astartes en su lugar. El señor del capítulo Astelan dio un par de pasos hacia adelante hasta llegar al lado de Zahariel.

—¿Qué ordenas? —preguntó con voz férrea mientras la horda de muertos vivientes se acercaba.

Zahariel recordó las técnicas que Israfael le había enseñado y controló el palpitante dolor de su cráneo antes de que se apoderase de él.

—¡Formad una línea de fuego! —ordenó.

El cadáver más cercano estaba a sólo cinco metros de distancia. Mientras los ocho astartes restantes avanzaban y se colocaban hombro con hombro junto a Zahariel y Astelan, el bibliotecario gritó:

—¡Cambiad los cargadores!

Todos a una, los nueve pares de manos se pusieron en marcha y cambiaron los cargadores casi vacíos de sus bólters e insertaron unos nuevos. Las palancas de carga sacudieron las armas con un traqueteo bien aceitado.

La tambaleante muchedumbre estaba a dos metros de distancia, casi lo bastante cerca como para tocarla.

—¡Escuadra! —gritó Zahariel—. ¡Un paso atrás! ¡Cinco tiros rápidos! ¡Fuego!

Todas al mismo tiempo, diez pares de botas golpearon el permacemento. Los bólters ladraron y escupieron una salva de disparos. Los cuerpos vestidos de verde empezaron a sacudirse y quedaron destrozados bajo la tormenta de proyectiles sensibles a la masa. La primera fila de cadáveres se desintegró bajo la descarga.

—¡Un paso atrás! ¡Cinco tiros rápidos! ¡Fuego!

Los bólters tronaron de nuevo. Todos los disparos acertaron su objetivo y cincuenta cuerpos más fueron reducidos a ensangrentados fragmentos. El resto de la muchedumbre continuaba tambaleándose hacia adelante, con las manos estiradas a poco más de un metro de distancia.

Bajo las órdenes de Zahariel, la escuadra dio otro paso atrás y lanzó cinco nuevos disparos hacia la masa. Los cargadores quedaron vacíos mientras cincuenta cuerpos más se convertían en una sangrienta vaporización. Los muertos vivientes se habían reducido a la mitad en tan sólo veinte segundos, pero los que quedaban avanzaban de prisa. Envuelto en una humareda de propergol, Zahariel levantó su crepitante báculo.

—¡Lealtad y honor! —rugió—. ¡Cargad!

Con un furioso grito, los Ángeles Oscuros corrieron entre las monstruosidades con las aullantes espadas sierra. Blandidas con una fuerza sobrehumana, las espadas partieron torsos y mutilaron extremidades con cada golpe. Los cadáveres caían al suelo con los toques del báculo de Zahariel y su carne en descomposición crepitaba

bajo los azotes del poder psíquico del bibliotecario.

Los muertos vivientes rodeaban a los astartes, que luchaban con determinación, y arañaban y se agarraban a sus acorazadas figuras.

Lo que les faltaba de fuerza y habilidad lo compensaban en número, pero los Ángeles Oscuros eran expertos en el arte de matar, y sus filas se derretían como el hielo sobre un hierro incandescente. En unos momentos, la balanza se inclinó inexorablemente a favor de los astartes, y entonces la reina gusano entró en acción.

Un oportuno relámpago fue la única advertencia. La inconstante luz chisporroteaba por todo el núcleo térmico, y Zahariel vio al inmenso gusano erguirse como una serpiente a punto de atacar. El bibliotecario se apartó hacia un lado justo cuando la criatura se abalanzaba sobre la escuadra con la fuerza de un tren fuera de control.

Con un grito, Zahariel se dio la vuelta para enfrentarse a la bestia mientras la reina se enroscó de nuevo como un muelle y volvió a atacar. Esta vez alcanzó a Gideon y a dos cadáveres con sus amplias mandíbulas. Sus pinzas curvas se cerraron como unas inmensas tijeras. Los dos muertos se partieron de inmediato. La armadura de Gideon resistió medio segundo más antes de ceder también.

Astelan y Jonas se volvieron y cargaron con furia contra la reina, pero sus espadas sierra apenas dejaron unas pequeñas marcas en la gruesa coraza del gusano. Chillando de rabia, la reina arremetió con su coriácea cabeza y apartó a Jonas a un lado. Después embistió contra Astelan con las sangrientas mandíbulas abiertas. El señor del capítulo logró apartarse en el último momento y rebanó un trozo de una de las inmensas pinzas de la bestia antes de hacerse ágilmente a un lado. El gusano aplastó a otra media docena de cadáveres bajo su tremendo volumen mientras enroscaba de nuevo su cuerpo para volver a atacar. Tres astartes cargaron contra el monstruo desde distintas direcciones lanzándole poderosos golpes que sólo dejaban rasguños en la gruesa armadura negra del gusano. Uno de los Ángeles Oscuros permaneció al alcance de la bestia un largo momento y recibió un latigazo trasero de su cola.

El inmenso guerrero cayó al suelo rodando tras el potente golpe y aterrizó sobre su rostro. De repente se escuchó el ladrido de un bólter; Gideon, tumbado en un charco de su propia sangre, había recargado su arma y escupía certeros disparos a los ojos de la bestia. Dos de ellos estallaron en una lluvia de icor y la reina empezó a sacudirse y a chillar de dolor, pero las heridas no parecían detener a la criatura lo más mínimo.

Zahariel soltó la pistola vacía y agarró el báculo psíquico con las dos manos. Tenía que acabar con aquella lucha rápidamente, antes de que el monstruo matase o hiriese a algún otro miembro de la escuadra. El bibliotecario canalizó su voluntad en las matrices psicorreactivas de su arma. Crepitantes arcos de luz violeta envolvieron

el cayado de metal y crearon un llameante halo alrededor del águila bicéfala en la cabeza del báculo. Tras levantar el arma sobre su cabeza, Zahariel gritó un furioso juramento y cargó contra la criatura.

El movimiento y la parpadeante luz del báculo tuvieron el efecto deseado. La reina gusano volvió su sangrante cabeza y embistió contra Zahariel golpeando al bibliotecario en su ataque.

El impacto fue tremendo y aturdió todos sus sentidos. Un momento antes estaba corriendo hacia la criatura y al siguiente estaba caído sobre la espalda con las mandíbulas del gusano cerradas alrededor de la cintura. Zahariel veía una veintena de parpadeantes runas de color carmesí que le advertían de importantes daños en el servomotor y de varias grietas en su armadura. Su vista iba y venía en estallidos de distorsión mientras las pinzas como tijeras de la criatura cortaban los alimentadores de la unidad de energía de su espalda. El bibliotecario oía los crujidos y los leves estallidos de las placas de ceramita que cedían bajo la terrible fuerza de las mandíbulas del gusano. El astartes vio su maltratada armadura reflejada en cuatro de los negros y fríos ojos del tamaño de un plato cada uno que tenía lo bastante cerca como para tocarlos, y hundió el extremo inferior de su crepitante cayado en el cráneo de la reina, justo entre sus monstruosos ojos.

El báculo de energía atravesó el grueso hueso con un destello de luz blanco azulado acompañado de un furioso estruendo mientras el bibliotecario canalizaba cada ergio de fuerza psíquica que podía dominar hacia el cuerpo de la criatura. Sus nervios se frieron y su materia cerebral hirvió. Los ojos que le quedaban al gusano explotaron y las placas de su caparazón crujieron mientras un intenso vapor surgía de su interior. Zahariel absorbió la vida del monstruo en un segundo con los furiosos vientos de la disformidad. La bestia emitió un grito desgarrador y sacudió la cabeza con un espasmo agónico. El estertor lanzó a Zahariel al suelo con tanta fuerza que lo dejó inconsciente.

Cuando volvió en sí estaba tumbado sobre su espalda a pocos metros del humeante cadáver del gusano. Astelan estaba arrodillado a su lado colocándole las piernas en la posición adecuada. Podía sentir débilmente el cosquilleo de los analgésicos que adormecían su mente.

—Quédate quieto unos momentos, hasta que los huesos se suelden —dijo el señor del capítulo mientras orientaba la pantorrilla de Zahariel y empezaba a inspeccionar los servomotores de su rótula—. La mayoría de los actuadores están destrozados, pero deberías ser capaz de moverte.

Zahariel asintió y se concentró en intentar acelerar sus facultades curativas y en hacer un balance del estado de su armadura.

—¿Y la reina? —gruñó.

—Está muerta —confirmó Astelan—. Y los cadáveres se quedaron inmóviles en el mismo instante en que murió. Lo has hecho muy bien, hermano. Luther estaría orgulloso.

—¿Cómo está el hermano Gideon? —preguntó Zahariel.

—Inconsciente. La armadura le mantiene las constantes vitales estables, de modo que podremos llevarlo de vuelta a Aldurukh.

Satisfecho, el bibliotecario apoyó la cabeza contra el suelo y se pasó los siguientes minutos probando la fuerza de sus músculos y huesos. Las placas de su armadura chirriaban y las runas escarlata parpadeaban insistentemente ante sus ojos mientras flexionaba con cuidado primero la pierna izquierda y después la derecha. Continuó débil durante unos minutos más mientras su cuerpo funcionaba para reparar los daños, pero estaba activo. Astelan le ofreció la mano y él la aceptó agradecido mientras se ponía cuidadosamente de pie.

El cuerpo de la reina gusano estaba envuelto en volutas de humo negro. Zahariel se acercó lentamente hacia el cadáver del monstruo y tiró de su báculo insertado en la frente de la criatura. Los cuerpos que momentos antes eran controlados por la criatura estaban desparramados como marionetas a las que les hubieran cortado los hilos.

Un leve movimiento en la cámara captó la atención del bibliotecario. Las larvas de la reina dentro de sus huéspedes se escurrían y se alejaban retorciéndose de la carnicería guiadas por una espacie de instinto primario hacia la ilusoria seguridad del núcleo térmico. Zahariel cojeó lentamente tras ellas y recurrió una vez más al poder psíquico de la disformidad. A la energía le costó salir. Fluyó a través del amortiguador y pasó al báculo. Estaba muy lejos de convertirse en el intenso torrente de energía que había sentido antes, y el bibliotecario se sintió aliviado al darse cuenta de que la sensación de trastorno estaba disminuyendo. Sin embargo, la oleaginosa sensación de corrupción seguía allí, manchando cada una de las rocas de la cámara y sobre las runas cubiertas de sangre talladas en el suelo.

Zahariel eliminó todas y cada una de las larvas. Con su báculo acabó con los huéspedes y segó la vida de los monstruos que albergaban en su interior. La última de las abominaciones llegó a la base del núcleo térmico. Su rostro desencajado y sus finos brazos se elevaban como suplicando ayuda a un nefando y atávico poder.

El bibliotecario levantó la vista hacia el núcleo mientras la última de las larvas fenecía achicharrada. Estaba lo bastante cerca como para ver el símbolo pintado en el lateral de la unidad térmica. La imagen estaba compuesta de cientos de minúsculas runas que le hacían arder los ojos cuando intentaba centrarse en ellas, pero la imagen que formaban era fácil de identificar: una enorme serpiente que mordía su propia cola. «Un ouróboros», pensó Zahariel.

De repente, una voz crepitó a través de su comunicador y lo sacó de su estado absorto.

—Angelus Seis, aquí Raider Dos-Uno. Angelus Seis, contesta.

—Aquí Angelus Seis —respondió Zahariel.

—Me alegro de oír tu voz, hermano —dijo el conductor del Land Raider—. Volvemos a recibir señales del exterior del perímetro. Seraphim solicita urgentemente un informe de la situación.

Zahariel miró una vez más el símbolo del núcleo térmico y se volvió hacia la escuadra. Lo que tenía que decirle a Luther no podía compartirlo por la red de voz.

—Informa a Seraphim de que hemos asegurado el Objetivo Alfa y que vamos a regresar a la base. Yo mismo le informaré de lo ocurrido. Estaremos de vuelta en la superficie en diez minutos.

—Recibido, Angelus. Estaremos alerta.

Astelan estaba de pie en lo que había sido el centro de la espiral de hechicería alejado del resto de sus hermanos. Se había quitado el casco y estaba estudiando las runas talladas en la roca. El señor del capítulo miró a Zahariel mientras éste se aproximaba a él. Su gesto revelaba angustia.

—¿Qué vamos a hacer con esto? —preguntó en voz baja.

Zahariel sabía a qué se refería Astelan. El bibliotecario se llevó las manos a la cabeza y se quitó también el casco haciendo una mueca ante la extraña mezcla de ozono y putrefacción que inundaba el aire.

—Yo me encargaré de ello —respondió—. Reúne a la escuadra. Tenemos que regresar e informar a Luther inmediatamente. —El señor del capítulo asintió y dio media vuelta. Zahariel lo siguió mientras conectaba su comunicador—. Escuadrón Sable, aquí Angelus Seis.

Esta vez la respuesta llegó alta y clara, la sobrenatural interferencia había desaparecido por completo.

—Te recibo —respondió el comandante de la Stormbird.

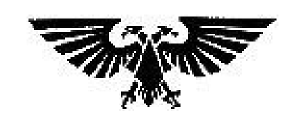
—Objetivo Alfa en peligro. Repito. Objetivo Alfa en peligro —dijo Zahariel—. Nos retiraremos en quince minutos. Ejecutad el plan Damocles en ese momento.

—Afirmativo, Angelus Seis. Plan Damocles en uno cinco minutos —confirmó el líder de la Stormbird sin vacilar.

Zahariel aceleró el ritmo y avanzó a Astelan y al resto de su escuadra. Los astartes quedaron atrás cargando el malherido cuerpo del hermano Gideon entre todos.

Tenían poco tiempo que perder. En quince minutos las Stormbird del escuadrón Sable arrasarían Sigma Cinco-Uno-Siete y destruirían todo rastro de lo que había sucedido en aquel lugar.

Sólo los Ángeles Oscuros conocerían la verdad. De lo contrario, Caliban probablemente moriría.



TRECE
SECRETOS DEL PASADO

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Durante las siguientes dos semanas y media los Ángeles Oscuros y las gentes de Diamat trabajaron día y noche para prepararse para la tormenta que se avecinaba. El gobernador Kulik envió tropas a las zonas rurales para localizar campos de refugiados y para que reclutasen a todos los hombres y mujeres sanos que pudiesen encontrar y los pusiesen a trabajar en la construcción de nuevas fortificaciones bajo el ojo experto de los guerreros veteranos de Jonson. En órbita, sobre la forja, las naves de guerra de Jonson permanecían ancladas, incluida la casi ruinosa *Duquesa Arbellatris*, a la que los cruceros ligeros de los exploradores habían remolcado hasta Diamat, y los mejores tecnoadeptos del magos Archoi trabajaban en ellas a todas horas. Grupos de lanzaderas de carga iban y venían continuamente para reabastecer los reducidos pertrechos de munición y de artillería pesada del grupo de batalla. Otra nave transportaba al gobernador Kulik y al magos Archoi hasta la *Causa Invencible* con regularidad para reunirse con el primarca Jonson y refinar su plan de combate.

Nemiel estaba más ocupado que nunca. Cuando no estaba supervisando reparaciones o programas de reabastecimiento o cumpliendo peticiones de los capitanes del grupo de batalla, bajaba a la superficie del planeta para ayudar a supervisar la construcción de las posiciones de defensa por toda la zona gris e implementando los cambios de organización de las fuerzas de defensa planetaria de Jonson. Comía poco y descansaba menos. Dedicaba enteramente su energía y su atención a todas las tareas que se le ponían por delante. Los oficiales de la flota y los miembros del personal de Kulik hablaban de su dedicación y de su celo y lo

consideraban una inspiración para los hombres que tenían bajo su mando. Nemiel no daba importancia a los elogios. Se limitaba a responder que sólo estaba dando ejemplo, como cualquier capellán debería hacer.

En realidad, se consumía trabajando para contener sus crecientes dudas. No podía dejar de pensar en su conversación con Jonson y en sus evasivas respuestas. Nemiel sabía que el primarca no era un bandido; no había realizado aquel largo camino hasta Diamat para saquear sus forjas, tal y como habían hecho los hombres de Horus. Pero no podía evitar pensar que Jonson no le estaba diciendo toda la verdad, y aquello iba en contra de todo lo que significaba la legión.

Más de una vez se sorprendió a sí mismo deseando que Luther y Zahariel siguieran con ellos. Echaba de menos profundamente el férreo idealismo de su primo.

A últimas horas del día, el primarca convocó a Nemiel en su sanctum. Cuando llegó encontró Jonson sentado en su lugar preferido, bajo los altos ventanales de babor de la cámara. La luz roja iluminaba uno de los lados del rostro de Jonson mientras se inclinaba sobre una serie de imágenes aéreas extendidas sobre una mesa baja de madera. El primarca alzó la vista al oír que el redentor se acercaba.

—Ah, aquí estás, Nemiel —dijo lacónicamente juntando todas las imágenes en un pequeño montón—. Has estado desaparecido últimamente.

—No ha sido algo deliberado, mi señor —respondió Nemiel con cautela—. Hay mucho que hacer antes de que regresen los rebeldes.

Jonson gruñó en señal de asentimiento.

—Tienes razón. —El primarca miró de nuevo a Nemiel y sonrió—. Borra esa cara de culpabilidad, Nemiel. No te estaba acusando de nada. —Jonson se apoyó en el respaldo de su silla y continuó—: ¿Cuál es el estado actual del grupo de batalla?

Nemiel se relajó un poco y se alegró de volver a un terreno familiar.

—El reabastecimiento de nuestros exploradores ya casi está completo y estarán operativos en cinco horas —informó de memoria—. Los tecnoadeptos han terminado las reparaciones más críticas de los cruceros de asalto *Amadis* y *Adzikel* y ya se ha iniciado el abastecimiento de municiones y de artillería. De la superficie han llegado Stormbird de repuesto para sustituir a las que perdimos en combate. Las reparaciones de los cruceros pesados *Flamberga* y *Lord Dante* ya se han completado y su reabastecimiento concluirá dentro de una hora. —El redentor hizo una pausa—. La *Duque de Hierro* ha informado de que todas sus baterías están activas, pero los daños en su casco son tan importantes que necesitará permanecer en dique seco para llevar a cabo las reparaciones pertinentes. La tripulación de la *Duquesa Arbellatris* ha estado trabajando día y noche, y el capitán Rashid insiste en que podrá volver a la acción en unas pocas semanas, pero los tecnoadeptos que le asignaron consideran que la nave es una causa perdida.

—Informa al capitán Rashid de que tiene cuarenta y ocho horas para hacer lo que

pueda; si la nave no consigue estar en la línea de combate para entonces, tendrán que abandonarla y distribuiremos a su tripulación entre las demás naves del grupo —dijo Jonson—. Ése es todo el margen que podemos permitirnos.

—¿Ha habido alguna novedad? —dijo Nemiel, alertado de repente.

—Todavía no. —El primarca negó con la cabeza—. Pero basándome en la distancia entre los sistemas y en el tiempo mínimo que he calculado que Horus necesitaría para reunir otra flota y enviarla de camino, los rebeldes podrían llegar al sistema de forma inminente. El señor de la guerra debe volver a atacar lo antes posible o no tendrá tiempo suficiente para llevarse todos los suministros de la forja y hacer uso de ellos una vez de vuelta a Isstvan. —Jonson levantó el pequeño montón de imágenes—. Lo que nos lleva a esto.

Le pasó las hojas a Nemiel. El redentor las cogió y empezó a ojearlas.

—Esto parecen imágenes aéreas del complejo de la forja —dijo con el ceño fruncido.

—En concreto, se trata del almacén y del depósito del extremo sur de la forja, cercanos a la entrada —confirmó Jonson—. Verás que varios de los edificios están marcados para que pudieran ser localizados más fácilmente.

Nemiel frunció todavía más el ceño.

—No estoy seguro de entender esto, mi señor —dijo, sintiéndose repentinamente inquieto.

Jonson observó a Nemiel en silencio durante un instante.

—El magos Archoi no me ha proporcionado el inventario completo de sus almacenes que le solicité —dijo lentamente—. El tiempo apremia. Puesto que no me facilita la información que necesito, tengo que obtenerla de otra manera.

—Pero… eso no es así —protestó Nemiel—. Archoi ha proporcionado informes detallados de todo el material a su disposición. Yo mismo los he visto.

—Tengo motivos para pensar que esos informes están incompletos. —El primarca entornó los ojos ligeramente.

—¿Qué motivos? —insistió Nemiel. Su inquietud aumentó hasta convertirse en algo parecido a la desesperación—. ¿Por qué estamos aquí, mi señor? Dices que hemos venido a detener a Horus, pero la lógica de la situación y tus propias acciones demuestran que no es cierto. ¿Qué otro motivo te ha traído aquí?

Jonson se puso ligeramente rígido en su silla. Su expresión era tranquila, pero sus verdes ojos tenían un aire duro.

—¿Me estás llamando mentiroso, hermano redentor Nemiel? —preguntó.

Éste se quedó momentáneamente sin respiración. De pronto fue consciente del mortal precipicio que, en sentido figurado, se abría bajo sus pies. Pero estaría condenado si guardaba silencio por sentirse intimidado y faltara a sus juramentos sagrados, aunque se tratase del primarca.

—¿Niegas entonces que tienes un motivo oculto para habernos traído aquí? —inquirió a modo de respuesta.

El redentor se enfrentó con atrevimiento a la imponente mirada del primarca, dispuesto a aceptar las consecuencias. Jonson observó a Nemiel un momento más con expresión calculadora antes de asentir lentamente.

—Lo has hecho muy bien —concedió Jonson—. Creo que tienes madera para ser un buen interrogador. —El primarca extendió las manos—. Diamat es importante para el señor de la guerra por otros motivos además de las municiones y los materiales de construcción —dijo—. Consideré que era mejor mantener esos motivos en secreto por cuestiones de seguridad operativa. La restricción de información no es lo mismo que el engaño, Nemiel.

—Yo no he dicho que nos hayas mentido, mi señor —señaló Nemiel—. Pero ¿qué bien puede hacer ocultar información de carácter vital a tus propios guerreros y aliados?

—Como caballero de la Orden considero que es bastante obvio. —Jonson frunció el ceño—. Todas las facetas de vuestro entrenamiento en Caliban se rigieron por la tradición, el orden y el ritual. Un aspirante no podía pasar a ser novicio si no superaba ciertas pruebas en las que demostrase sus conocimientos, su carácter y su valía. Del mismo modo, un novicio no podía ascender a la categoría de la caballería sin progresar a través de muchos niveles de estudio y de aptitud. E incluso cuando se alcanzaba el codiciado rango de caballero, todavía había niveles de iniciación y grados que abrían a todos los guerreros a nuevos niveles de conocimiento y de pericia, y así hasta llegar al elevado rango de Gran Maestre. ¿Por qué lo hacían así? ¿Por qué los maestres no iniciaban directamente a los novicios en los Altos Misterios?

—Porque un aspirante no sabría qué hacer con el entrenamiento —respondió Nemiel inmediatamente—. No sin antes dominar un gran número de técnicas básicas. Intentar emplear esas técnicas avanzadas sin poseer una base adecuada los llevaría a la muerte.

—Exacto. —El primarca sonrió—. El conocimiento implica poder, Nemiel. No lo olvides nunca. Y el poder en las manos equivocadas puede causar daños terribles.

Nemiel reflexionó un momento.

—Entiendo, mi señor —dijo al fin—. ¿Hay algo en concreto que deba buscar?

—Vehículos —dijo. Jonson lo observó de nuevo unos instantes. Después añadió —: Entre seis y ocho vehículos. Las referencias no especificaban el número exacto. Se construyeron hace más de ciento cincuenta años y deben de estar almacenados en algún lugar del complejo.

—¿Qué tipo de vehículos? —preguntó Nemiel.

—Máquinas de guerra —respondió Jonson—. Máquinas como nunca antes hemos

visto ninguno de nosotros.

Nemiel torció el gesto.

—Pero si el Mechanicum tiene estas máquinas a su disposición, ¿por qué no las utiliza?

Jonson se encogió de hombros.

—Es posible que Archoi no sepa que están aquí. O que el Mechanicum haya decidido retenerlas para su propio uso, como hicieron con los skitarii —respondió, y levantó un dedo a modo de advertencia—. Lo que importa es que el señor de la guerra las necesita, y tenemos que evitar a toda costa que caigan en sus manos.

—¿Y cómo ha sabido Horus de la existencia de estas máquinas de guerra? —preguntó Nemiel.

—¿Cómo va a ser? —dijo el primarca—. Fue él quien las mandó construir.

El camino desde el puerto estelar de Xanthus hasta la entrada meridional de la forja era largo y tortuoso. El Rhino de Nemiel, que acababa de salir de las cadenas de ensamblaje de Diamat y todavía conservaba la capa negra de pintura de base, tenía que dirigirse primero al norte, pasar una serie de controles fortificados y después dirigirse al este a través de un auténtico laberinto de angostas calles. La ruta del tranvía ya no era transitable; durante las últimas dos semanas todo el recorrido de la carretera se había sembrado de minas, se había bloqueado con barreras antitanque de permacemento y se había adornado con kilómetros de alambradas. Los vehículos pesados que intentasen abrirse paso en dirección nordeste hacia la forja se toparían con una infinidad de obstáculos bajo el fuego de los búnkers ocultos tanto al norte como al sur de la ruta. Los campos cubiertos de cenizas al sur de las vías eran accesibles para la infantería pero no para los vehículos y estaban defendidos por las baterías de artillería que habían quedado de los Dragones. La única alternativa era ir al norte y al este, como había hecho el Rhino de Nemiel, pero los rebeldes se verían obligados a atravesar todos los controles y a encontrar después una ruta segura a través de las calles repletas de minas, trampas antitanque y otras emboscadas. Los defensores sabían que ninguna vía era completamente infranqueable, pero atravesarlas les llevaría mucho tiempo, algo que precisamente no le sobraba al enemigo.

La entrada meridional también se había reforzado exhaustivamente desde la última vez que Nemiel había pasado por allí. Los grupos de trabajo habían ampliado las murallas a ambos lados de las vías y habían reacondicionado los derruidos emplazamientos de artillería con nuevas armas pesadas procedentes de la forja. Los adeptos de Archoi también habían instalado armas centinela de control remoto en puntos estratégicos a lo largo de las murallas, y un destacamento de inmensos skitarii vigilaba las almenas junto a los Dragones de Kulik. El magos Archoi había propuesto

enviar unidades de skitarii tanto con los hombres del gobernador como con los Ángeles Oscuros para aumentar su fuerza de combate, y al primarca le pareció una idea inteligente. La mayoría de los skitarii acompañaban a los Dragones, que contaban con menos efectivos y a quienes se les había encargado la responsabilidad de defender las vías y la zona gris. Los Ángeles Oscuros tenían que formar una reserva móvil para reforzar las áreas clave o encargarse de ataques enemigos inesperados. Los Dragones se pasaban sus días trabajando en sus fortificaciones e incluso dormían en ellas. A los astartes se les habían asignado unos cuarteles temporales en varios almacenes vacíos de la forja cercanos a la entrada. Cada una de las escuadras contaba con tres skitarii pretorianos de refuerzo.

El Rhino de Nemiel llegó hasta la entrada y se detuvo en medio de una columna de polvo. Los trabajadores civiles se secaron el sudor de los ojos y miraron a través de la nube mientras el redentor salía del vehículo y se dirigía hacia las barreras de permacemento reforzado que se habían levantado siguiendo un patrón alterno entre los imponentes bastiones. Tanto los Dragones como los skitarii observaban a Nemiel desde las almenas. Él buscó entre ellos las cabezas acorazadas de su escuadra.

—¡Aquí, hermano! —gritó Kohl agitando el brazo desde lo alto del bastión sur.

Nemiel lo saludó en respuesta y se dispuso a reunirse con él.

Kohl y el tecnomarine Askelon estaban en el piso superior supervisando la instalación de unas calculadoras balísticas avanzadas que ayudarían a los Dragones a disparar su artillería hacia los rebeldes atacantes con más eficiencia. Cerca había un trío de skitarii de aspecto aterrador que observaba la escena con una objetividad casi mecánica.

—¿Has venido a vigilarnos, hermano? —gruñó Kohl sonriendo afablemente.

Nemiel observó al equipo de Dragones y de inquietos tecnoadeptos que instalaban la maquinaria sensible y sonrió.

—Todo ha estado muy tranquilo últimamente. El primarca sospecha que estáis tramando algo.

—Vaya —respondió con un tono totalmente inexpresivo—. Dile que su preocupación me ha llegado al alma.

—¿Qué tal vuestros nuevos compañeros? —preguntó el redentor mirando de nuevo a los skitarii.

—No tienen mucha conversación. —Kohl hizo una mueca—. Aparte de esos extraños sonidos que Askelon se empeña en decir que son un modo de comunicación —dijo—. En general siempre están por ahí observándolo todo.

—¿Los ha alojado el magos Archoi con vosotros?

—Desde luego —respondió Kohl. Su tono era suave, pero su mirada delataba lo poco que le gustaba aquella situación.

—La Segunda Compañía está dividida en tres almacenes colindantes

aproximadamente a medio kilómetro de aquí.

Nemiel asintió pensativamente. Aquello iba a complicar las cosas un poco.

—¿Dónde está el resto de la escuadra ahora mismo?

—En el bastión norte —contestó Kohl—, ayudando a enseñar a los nuevos reclutas a usar las armas pesadas. ¿Por qué lo preguntas?

—Voy a llevarme a cinco de vosotros a órbita conmigo dentro de unas horas —respondió Nemiel, y levantó una mano para evitar que Kohl hablase—. No me preguntes por qué, porque no lo sé. El primarca tiene una misión para nosotros.

—No debe de ser nada bueno —dijo con su característico fatalismo. Después miró al grupo de trabajo y continuó—: Habremos terminado aquí, poco después del anochecer. ¿Es lo suficientemente pronto?

Nemiel miró hacia el oeste, donde el sol ya estaba bajo sobre las distantes ruinas de Xanthus.

—Supongo que será una hora —asintió.

Tres horas después, los astartes ascendieron la rampa trasera del Rhino estacionado de Nemiel y se sentaron a lo largo de los estrechos bancos a ambos lados del compartimento de tropas. Cuando la rampa se cerró, el transporte blindado arrancó sus motores petroquímicos y empezó a dar sacudidas para ponerse en movimiento.

El hermano sargento Kohl estaba con el tecnomarine Askelon y con Marthes, Vardus y Ephrial. En cuanto el TBT empezó a moverse, el líder de la escuadra se volvió hacia Nemiel y dijo:

—Bueno, ¿de qué va toda esta tontería de que el primarca nos ha mandado llamar personalmente?

Nemiel hizo una mueca.

—Tenía que pensar en algo más o menos convincente para sacaros de allí sin que los skitarii sospechasen —dijo—. El primarca quiere que llevemos a cabo una misión de reconocimiento dentro de la propia forja.

Conforme el Rhino avanzaba lentamente de vuelta por la carretera de acceso hacia la entrada, Nemiel les mostró las imágenes que Jonson le había entregado y les explicó los detalles de la misión. En cuanto mencionó las máquinas de guerra secretas, la actitud de la escuadra se volvió de preocupación.

—Tenemos que cubrir mucho terreno y muy pocas horas para hacerlo —dijo Nemiel al final de su discurso—. Hermano Askelon, ¿qué tipo de amenazas podemos encontrarnos?

—Habrá una serie de sensores electrónicos cubriendo todos los espacios de almacenamiento —respondió—. También habrá patrullas de skitarii con auspex de espectro completo. Si estas máquinas de guerra son tan valiosas como cree el primarca, es posible que estén protegidas por otras medidas de seguridad adicionales.

—Podemos evitar las patrullas —dijo Nemiel con seguridad—. ¿Puedes hacer algo con los sensores?

El hermano Askelon consideró el problema durante varios segundos y asintió:

—Puedo hacer que lleguemos lo bastante cerca como para determinar el contenido de cada edificio —respondió.

—De acuerdo —asintió Nemiel—. En cuanto salgamos del Rhino debemos guardar silencio; sólo emplearemos señales verbales y manuales. No podemos arriesgarnos a que detecten nuestras transmisiones. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna. Nemiel se levantó del banco y abrió la puerta izquierda del Rhino. Tras inspeccionar rápidamente la oscura carretera de acceso saltó ágilmente del vehículo. Los otros cinco astartes lo siguieron de inmediato y se desplegaron de manera automática en una formación táctica estándar mientras avanzaban de prisa hacia las oscuras sombras que había entre dos grandes almacenes.

Nemiel sacó su bólter y mantuvo su crozius aquilum sujeto a su cinturón.

—Vamos a intentar no tener que volver a luchar contra nuestros aliados —dijo tranquilamente.

Unas silenciosas risas se oyeron en la oscuridad.

—Askelon, tú irás delante. Sé que no es tu posición habitual, pero podrás detectar los sistemas de seguridad de la forja mucho antes que nosotros. Hermano Vardus, tú cubrirás nuestra retaguardia. ¿Está todo claro? Pues manos a la obra.

Avanzaron por el inmenso complejo durante horas mientras la luna de Diamat ascendía en una fina fase creciente y atravesaba el neblinoso cielo ocre. Cada dos por tres los astartes se encontraban con una patrulla de skitarii. Las máquinas mortales de esta tecnoguardia no eran inmensas ni estaban aumentadas biónicamente como las de los pretorianos, sino que eran simples soldados similares a los Dragones de Tanagran, si bien es cierto que poseían una armadura de blindaje fino y portaban rifles láser de gran potencia. En la parte delantera de sus cascos tenían instaladas unidades de auspex compactas que caían sobre sus rostros como extrañas máscaras insectoides. Avanzaban rápido y con destreza, constantemente alerta y vigilantes, pero los sentidos aumentados de los astartes les permitían detectar a las patrullas y ocultarse antes de que los skitarii pudiesen verlos. Aparte de las ocasionales patrullas, los astartes no encontraron ningún otro rastro de vida.

Había cientos de almacenes y de depósitos situados en el sector sur de la forja. La mayoría eran estructuras de una planta, pero otros eran edificios altos y tenebrosos con inmensas puertas enrollables que podían albergar compañías enteras de carros de combate. Sin los mapas proporcionados por Jonson, jamás habrían podido completar su búsqueda en una noche; de hecho, Nemiel empezaba a temer que estarían trabajando hasta el amanecer.

En todas las estructuras señaladas en las imágenes del redentor, la escuadra adoptaba una posición de defensa y dejaba que el hermano Askelon se adelantase para inspeccionar el contenido de los edificios. Cada vez que el tecnomarine regresaba negando con la cabeza, la escuadra continuaba hacia el siguiente almacén.

A medianoche ya habían recorrido la mitad de su zona de búsqueda y estaban girando hacia el este, hacia la zona de almacenes al otro lado de la carretera de acceso. Estaban al norte, lejos de los alojamientos reservados para la fuerza terrestre astartes, y veían las altas fábricas con aspecto de fortaleza, que se extendían formando un círculo irregular desde los pies del inactivo volcán. Altas y estrechas chimeneas y torres de refrigeración más bajas se elevaban hacia el cielo como huesos de dioses muertos, ennegrecidas y picadas por el tiempo. Frías y blancas luces brillaban como estrellas desde las laderas de la montaña, mientras al nordeste las elevadas estructuras monolíticas de la fundición de titanes resplandecían con titilantes puntos de color zafiro, carmesí y esmeralda.

—He estado en ciudades fantasma que no eran ni la mitad de tenebrosas que esto —murmuró el hermano sargento Kohl junto a Nemiel—. Pensaba que las forjas eran como colmenas mecánicas. ¿Dónde están todos?

Nemiel se encogió de hombros y dirigió la mirada al sur en busca de signos de peligro mientras Kohl mantenía su atención fija en el norte.

—El magos Archoi comentó, en una de las reuniones para idear la estrategia, que había enviado a todos los tecnoadeptos y a los acólitos que habían sobrevivido a una serie de refugios profundos cerca del centro del complejo. Sólo unos pocos cientos de voluntarios seguían en la superficie o en órbita trabajando con el grupo de batalla y ayudando a abastecer a nuestras fuerzas terrestres. Archoi dijo que ya habían sufrido bastantes pérdidas durante el último asalto y que no iba a permitir que hubiese más si podía evitarlo.

—Es un campo de batalla terriblemente limpio, ¿no te parece? —gruñó Kohl con recelo.

—¿De qué estás hablando? —Nemiel miró de soslayo al sargento.

El hermano sargento Kohl se encogió de hombros y señaló con la mirada las paredes de los oscuros edificios que tenía a su derecha.

—¿Dónde están los agujeros de los disparos? ¿Y las marcas de quemaduras? ¿Dónde están los edificios calcinados? Si la lucha era tan intensa en este sector, ¿por qué no hemos visto ningún signo todavía?

La observación hizo que Nemiel se detuviese. Algo tiró del fondo de su mente; había otra cosa extraña y fuera de lugar, pero no sabía qué.

—Puede que la batalla se librase más adelante —respondió frunciendo el ceño—. Archoi y sus guerreros vinieron hacia nosotros desde el nordeste. Veamos qué hay por allí.

Pero durante las siguientes tres horas, Nemiel y Kohl sólo vieron más de lo mismo: edificio tras edificio, dispuestos en perfecta línea recta, las paredes de permacemento no presentaban ninguna marca, excepto las de las manchas y los agujeros que el tiempo y la lluvia ácida habían ido originando durante décadas. La inquietud de Nemiel aumentó. Definitivamente, algo no encajaba.

Apenas dos horas antes del alba, Askelon encontró algo. Habían llegado a un inmenso depósito de dos plantas lo bastante ancho como para que un par de tanques superpesados atravesasen la entrada a la vez. El tecnomarine se coló a hurtadillas mientras el resto de la escuadra vigilaba en busca de patrullas del Mechanicum. En menos de cinco minutos ya había regresado.

—Tienes que ver esto —le dijo a Nemiel.

El redentor se levantó e indicó a la escuadra que lo siguiera. Askelon dirigió a los guerreros por una intrincada ruta que los llevó a través del cordón de sensores que rodeaba el perímetro de la construcción. Pronto, Nemiel se encontró en una amplia y tenebrosa estructura sostenida por unos elevados arcos de metal.

—Está vacío —le dijo a Askelon. Su voz resonó débilmente en el edificio desocupado.

—No. No del todo —replicó el tecnomarine dándose la vuelta y señalando la superficie interna de las inmensas puertas de metal del depósito.

Nemiel se volvió y vio que los bloques de metal presentaban salpicaduras y manchas de sangre seca. Se acercó, y su visión aumentada percibió sin dificultad los detalles a pesar de la escasa luz.

—Hay muchas marcas de carbonización —observó—. Parecen de rifles láser de alta potencia.

Kohl asintió mientras se situaba junto a Nemiel. Un dedo acorazado se alzó en el aire y dibujó el contorno de las manchas.

—Yo diría que había entre diez y quince individuos y que les dispararon de cerca —apuntó—. A juzgar por la intensidad del fuego láser debieron de haberlos desintegrado prácticamente. Esto no fue una batalla. Fue una ejecución.

—Yo he pensado lo mismo —dijo Askelon.

El tecnomarine se acercó a las puertas y pasó el dedo sobre una de las manchas de sangre seca.

—No todo es sangre. También hay lubricante biónico y líquido refrigerante.

El hermano sargento Kohl frunció el ceño.

—¿No dijo el magos Archoi que el archimagos Vertullus murió durante la lucha?

—El magos nunca dijo quién había matado a Vertullus. —Nemiel sintió un escalofrío.

—¿Crees que ha habido alguna especie de golpe? —El sargento veterano se dirigió a Nemiel con tono incrédulo.

—Archoi estaba en el área con una gran fuerza de pretorianos —reflexionó Nemiel—. El ataque suponía una excelente oportunidad. Podía matar a Vertullus y a los demás magos superiores y deshacerse de los cuerpos sin que nadie supiera nada. —De repente, los ojos de Nemiel se abrieron de par en par—. Cuerpos. ¡Por el Emperador! ¡Eso era lo que no encajaba! ¡Faltan los cuerpos!

—¿Qué quieres decir? —Kohl negó con la cabeza consternado.

—El gobernador Kulik dijo que había una compañía entera de Dragones cubriendo la entrada sur —explicó Nemiel—. Supuestamente, los rebeldes los superaron. Pero no hemos visto soldados imperiales muertos en ningún lado. ¿Qué pasó con los cuerpos?

—No lo sé. —El sargento frunció el ceño—. Dudo mucho que se levantasen y se marchasen.

—Pues puede que lo hicieran —dijo Nemiel—. ¿Y si la compañía de Dragones que protegía la puerta fue traicionada por la gente que debía defender?

—Eso significaría que el magos Archoi está aliado con Horus. —El rostro de Kohl se tomó sombrío—. ¡Debemos informar al primarca de inmediato!

—Todavía no. —Nemiel alzó una mano—. No hasta que tengamos más pruebas que esto —dijo indicando las salpicaduras de sangre en la pared. El redentor hizo una pausa y contempló las altas puertas. Después se volvió de nuevo hacia el resonante espacio vacío—. Pero ¿qué estaría haciendo Vertullus aquí? —se preguntó—. Tal vez las máquinas de guerra que estamos buscando estaban almacenadas aquí y vino a controlarlas.

—Desde luego el edificio es lo bastante grande como para albergar seis u ocho vehículos enormes —confirmó Askelon—. El polvo y los escombros de los rincones indican que hace tiempo que no ha habido mucha actividad en este lugar. La pregunta es: ¿dónde están las máquinas de guerra ahora?

La mente de Nemiel giraba a gran velocidad mientras pensaba en el misterio.

—Si Archoi está con los rebeldes, estaba en el proceso de intentar entregarles las máquinas de guerra cuando nosotros llegamos —dijo—. Si los vehículos llevaban un siglo y medio aparcados en un depósito probablemente necesitarían algún acondicionamiento. Quizá los llevó a algún sitio donde sus subalternos y él pudiesen trabajar en ellos sin que nadie los molestase…, y posiblemente lo hiciera varias semanas antes del asalto de Horus.

—Las fábricas estarían trabajando a pleno rendimiento en ese momento. —Askelon negó con la cabeza—. No podrían haberlas usado.

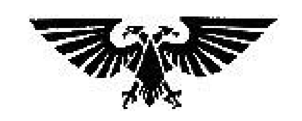
—Bueno, ¿en qué otra parte podrían disponer de las instalaciones que necesitaban? —preguntó Nemiel.

—Aparte de la fundición de titanes no se me ocurre ningún otro sitio. —El tecnomarine abrió los brazos—. Y te garantizo que a los adeptos de la Legio no les

haría ninguna gracia que alguien usase sus instalaciones.

Nemiel miró a Kohl.

—Pero la Legio Gladius no está aquí. Otros deben de haber encendido las luces de la fundición.



CATORCE
CAMINANDO POR LA ESPIRAL

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

—¿Cómo es posible? —inquirió Luther con la voz cargada de tensión en los confines del sanctum del Gran Maestre. Se había levantado de la inmensa silla de roble tras el amplio escritorio y había empezado a pasear por la habitación—. ¿Cómo es posible que nadie se diese cuenta antes?

Los averiados servomotores chirriaron mientras Zahariel se cruzaba de brazos. Astelan y él estaban uno al lado del otro ante el escritorio del Gran Maestre, recién salidos del transporte que los había llevado allí desde Sigma Cinco-Uno-Siete. El sanctum estaba atestado de motores lógicos portátiles y de montones de papeles y de mapas, y tazas medio vacías de cafeína humeaban en pequeños grupos sobre el suelo de piedra. Habían interrumpido una reunión de operaciones de alto nivel para emitirle su informe; la antecámara fuera del sanctum estaba llena de oficiales del regimiento y de miembros del personal que sin duda se estarían preguntando a qué venía tanto secretismo.

Sólo a lord Cypher se le había permitido que permaneciese en la habitación y escuchase el informe de los guerreros. Estaba junto a una de las ventanas de la cámara, en silencio y medio oculto entre las sombras. El hermano bibliotecario Israfael también estaba presente; el señor de Caliban lo había mandado llamar en cuanto escuchó lo que Zahariel y Astelan tenían que decirle.

—Había pistas por todas partes —respondió Zahariel—. ¿Qué si no podría haber creado a las grandes bestias? ¿Qué si no podría haber diseñado una vegetación tan despiadadamente maligna y mortal para la vida humana?

—Caliban es un mundo de muerte, hermano —señaló Israfael—. Como Catachán o Limnos. Eso no significa que esté intrínsecamente contaminado.

—Tal vez no —admitió Zahariel—. Quizá estos dos rasgos no tengan ninguna relación, pero el caso es que Caliban está contaminado de un modo u otro. Lo he visto con mis propios ojos.

Luther detuvo su inquieto paseo y fijó su penetrante mirada en Astelan.

—¿Y tú, señor del capítulo? ¿También has visto esas señales?

Astelan había permanecido en una rígida posición de descanso, con los hombros rectos y las manos agarradas detrás de la espalda mientras Zahariel y él relataban lo que había sucedido. El señor del capítulo mantuvo la fría mirada de Luther estoicamente.

—No había nada de natural en las criaturas a las que nos enfrentamos, mi señor —dijo—. Confieso que yo no vi las señales de corrupción de las que habla el hermano Zahariel, pero yo no soy psíquico. Si él dice que las vio, yo le creo. —Astelan se encogió de hombros y continuó—: Siempre se ha considerado que los Bosques del Norte estaban embrujados, mi señor, como seguramente sabes.

La respuesta no complació a Luther.

—¡Maldita sea! —rezongó.

El señor de Caliban se volvió hacia Israfael.

—¿Cómo es posible que el Imperio no lo viera?

—Porque nadie nos pidió que mirásemos allí —dijo el bibliotecario encogiéndose de hombros.

—Por favor, hermano —gruñó Luther—. No estoy de humor para bromas.

—No pretendo ser impertinente —se excusó Israfael—. No había ningún signo obvio de corrupción cuando la flota llegó aquí; de hecho, nos sorprendimos al encontrar tan pocos psíquicos entre la población del planeta.

—Eso es porque a los brujos y a los mutantes se les dio muerte durante cientos de años —gruñó Astelan.

—Otra característica en común con los mundos que sobrevivieron a la Era de los Conflictos y a la caída de la Vieja Noche —respondió Israfael con un gesto de la mano—. Si alguna de estas grandes bestias hubiese estado viva todavía, cuando encontramos vuestro mundo habríamos visto la necesidad de investigar más a fondo, pero no había nada obvio que suscitase nuestra preocupación. Esta mancha disforme, sea lo que sea, debe de estar enterrada a gran profundidad.

—Estoy de acuerdo —intervino Zahariel—. Y creo que se ha vuelto accesible recientemente, coincidiendo con el comienzo de la insurrección. Sabemos que la disformidad se alimenta de los conflictos y el derramamiento de sangre. Las revueltas de la arcología podrían haber sido el catalizador que inició lo sucedido en Sigma Cinco-Uno-Siete.

—¿Quieres decir que los rebeldes están detrás de todo esto? —Luther entornó los ojos.

—No —respondió Zahariel—. No había ningún signo de actividad rebelde en el emplazamiento. Creo que los ataques y las revueltas crearon un ambiente al que otros han sucumbido.

—¿Otros? ¿Quiénes? —inquirió Luther.

Zahariel meditó su respuesta detenidamente.

—Hallamos los cuerpos de la guarnición Jaeger, de los refuerzos y de los trabajadores que habían sido enviados a la planta térmica. Pero no encontramos a los ingenieros terranos asignados allí por ninguna parte.

—Puede que estuviesen en algún otro lugar del emplazamiento —respondió Israfael—. Habéis dicho que vuestra escuadra no miró en los dormitorios de los trabajadores, por ejemplo. Puede que fuesen asesinados mientras dormían.

—Lo pensé —admitió Zahariel—, pero Astelan y yo coincidíamos en que todo indicaba que la guarnición había sido traicionada desde dentro. Todos los trabajadores calibanitas habían sido asesinados junto con los Jaeger. Eso sólo nos deja a los terranos como sospechosos.

Antes de que Israfael pudiese responder a su argumento, Luther intervino.

—De acuerdo, asumamos por un momento que los terranos fueron los responsables. ¿Para qué llevaron a cabo ese ritual?

—Es difícil de decir —respondió Zahariel—. Lo que está claro es que los gusanos dominadores eran una parte esencial de él. ¿Por qué si no iban a molestarse los terranos en proporcionar cientos de cuerpos a la reina gusano? —El bibliotecario pensó en la situación durante un momento—. Los hechiceros se habían marchado mucho tiempo antes de que llegásemos, de modo que tenemos que asumir que el ritual se completó satisfactoriamente y que consiguieron lo que buscaban. El ritual en sí era complicado y obviamente requería mucha planificación. Puesto que los terranos sólo llevaban unos seis días en la instalación, creo que también es evidente que toda la operación se concibió en otro lugar y se llevó a cabo en el emplazamiento.

—¿De dónde procedían esos terranos? —preguntó Luther.

—De la arcología de los Bosques del Norte —respondió Zahariel. De repente, el bibliotecario se puso tenso al recordar algo que había pasado por alto en las primeras fases de la misión—. Y allí es adonde deben de haber regresado. Justo antes de que llegásemos al perímetro, mi radar detectó una lanzadera civil que se dirigía al oeste, justo en esa dirección. Huyeron de la instalación minutos antes de que llegásemos. —Las piezas empezaban a encajar. Zahariel asintió de manera pensativa—. Creo que ese ritual no era más que un elemento de un plan mucho más grande, hermanos. Lo efectuaron en Sigma Cinco-Uno-Siete, recogieron el fruto de su hechizo y regresaron a la arcología para llevar a cabo la segunda fase de la operación.

Luther empezó a pasearse de nuevo con las manos agarradas fuertemente tras la espalda.

—Hay más de un millar de ingenieros terranos operando fuera de esa arcología —gruñó—. Tendremos que investigar todos los emplazamientos industriales en los que hayan estado trabajando en el último mes, sólo para asegurarnos de que no han realizado ningún otro ritual que no sepamos.

—¡Actúas como si todos los terranos de la arcología se hubiesen vuelto corruptos! —exclamó con disgusto Israfael.

—Muéstrame a un calibanita que se haya vuelto corrupto y cambiaré mis suposiciones —respondió Luther fríamente—. Mientras tanto, tenemos que localizar a todos esos ingenieros lo más rápido y lo más discretamente posible.

—Eso será difícil, mi señor —intervino Astelan—. Esos ingenieros construyeron la arcología de los Bosques del Norte. Hay kilómetros y kilómetros de túneles y de espacios de mantenimiento en los que podrían haberse ocultado a estas alturas, por no mencionar la actividad rebelde que ya tiene ocupadas a nuestras tropas en ese sector.

—¡Que se jodan los rebeldes! —saltó bruscamente Luther—. ¡Por mí como si queman la arcología hasta los cimientos! ¡Tenemos que atrapar a esos malditos terranos sin que nadie se entere!

—No estarás insinuando que mantengamos esto en secreto, ¿verdad? —Israfael abrió los ojos de par en par, alarmado—. ¡Tenemos que informar al primarca y al Adeptus Terra de inmediato!

—Si se enteran de esto en Terra, será el fin de Caliban —declaró Luther—. Se han quemado mundos enteros por mucho menos.

El terrano intentó protestar, pero no pudo.

—Es verdad —admitió apesadumbrado—. No puedo negarlo.

—Entonces entenderás por qué no puedo permitir que eso ocurra —dijo Luther—. No aquí. No bajo mi gobernanza. Las gentes de Caliban son inocentes y no merecen tal destino, y no permitiré que suceda algo así.

Israfael se levantó lentamente y se enfrentó a Luther.

—Lo que quieres hacer va en contra de la ley imperial —sentenció con gravedad—. De hecho, huele a traición.

—Para ti es fácil decirlo —gruñó Luther—. Éste no es tu hogar. Tú no has jurado proteger a esta gente.

—¡Sí que lo he hecho! —respondió Israfael elevando el tono—. ¿Acaso no soy un astartes? El Imperio…

—¡El Imperio nos ha llevado a esto! —rugió Luther. El señor de Caliban se volvió hacia Israfael con gesto angustiado y los puños apretados con fuerza—. ¡Antes de que llegaseis no había rebeliones, ni terribles rituales, ni sacrificios humanos! Había orden, y ley, y hombres de gran virtud que defendían a los inocentes de los

horrores del bosque. Fue tu gente quien hizo esto. ¡Fueron ellos quienes excavaron profundamente y se llevaron cuanto pudieron, y ahora los míos y yo pagaremos el precio!

Israfael se puso tenso y el aire a su alrededor crepitó literalmente con furiosa energía. Astelan se volvió hacia el bibliotecario superior bajando las manos lentamente hacia sus armas. Zahariel recordó el juramento del señor del capítulo en Sigma Cinco-Uno-Siete y entendió hasta qué punto se había vuelto peligrosa la situación. Se apresuró a intervenir y se interpuso entre Luther e Israfael.

—Aquí somos todos hermanos —dijo con firmeza—. No hay calibanitas ni terranos, sino Ángeles Oscuros ante todo. Si lo olvidamos, aunque sólo sea por un momento, estamos perdidos. ¿Quién si no protegerá a nuestra gente, maestre Luther?

Luther fijó la mirada en Zahariel. Durante un largo momento guardó silencio, hasta que su expresión se tornó sombría y sus puños empezaron a relajarse. El señor de Caliban se dio la vuelta y apoyó las manos sobre el pesado escritorio.

—Por supuesto. Zahariel tiene razón —dijo por fin—. Espero que puedas perdonar mi tono tan fuera de lugar, hermano Israfael.

—Por supuesto —respondió el bibliotecario superior, todavía en tensión.

Luther rodeó la mesa y se sentó con gesto cansado en su inmensa silla. Tenía una expresión distante y una mirada de angustia.

—Debo meditar respecto a todo esto —dijo con voz apagada—. Hay demasiadas vidas en juego como para actuar de manera precipitada. Por ahora debemos asegurarnos de que esta putrefacción no se ha extendido más. Zahariel, envía a los exploradores a los Bosques del Norte. Pídeles que reconozcan todos los emplazamientos industriales del sector y que busquen signos de corrupción. Consulta los archivos del Administratum, averigua qué ingenieros se asignaron a Sigma Cinco-Uno-Siete y pasa sus identidades a los regimientos Jaeger de la arcología de los Bosques del Norte. Deben ser capturados y enviados a Aldurukh inmediatamente. —El señor de Caliban suspiró—: Hermanos, sé que esto no encaja en absoluto con nuestro temperamento y con nuestra formación, pero este asunto debe tratarse con la más absoluta confidencialidad. No podemos confiar en nadie más.

Zahariel inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Me encargaré de ello inmediatamente.

—Señor del capítulo —Luther se volvió hacia Astelan—, a partir de este momento estás al mando de las fuerzas de defensa de Caliban. Pon a nuestros hermanos en pie de guerra. Quiero equipos de asalto preparados para desplegarse en caso de que se detecte alguna actividad ritual más, pero nadie debe actuar sin mi autorización. ¿Entendido?

—Entendido —respondió Astelan gravemente—. Estaremos preparados, señor.

—Enviemos al menos algunos equipos de exploradores también a la arcología —

sugirió Zahariel—. Es muy probable que los hechiceros estén llevando a cabo sus rituales cerca del núcleo térmico. Si los localizamos rápidamente podremos…

Luther levantó una mano para hacerlo callar.

—Todavía no. Si empezamos a reunir a todos nuestros guerreros ahora, durante unos disturbios civiles relativamente tranquilos, probablemente nos veremos sometidos a un nuevo escrutinio del Administratum, y eso es algo que no podemos permitirnos en este momento.

—Pero tendremos que informar a la magos Bosk de la destrucción de Sigma Cinco-Uno-Siete —señaló Israfael.

—Si hay que elaborar algún informe, me encargaré de ello personalmente —respondió Luther con tono serio—. Ninguno de vosotros debe hablar de lo que sucedió en el emplazamiento por cuestiones de seguridad operacional, ¿entendido?

Los cuatro astartes asintieron.

—Entonces podéis marcharos —los despidió Luther—. Menos tú, lord Cypher. Tengo que hacerte algunas preguntas.

Israfael se dio la vuelta y abandonó la estancia sin decir ni una palabra. Astelan lo seguía de cerca con expresión ansiosa. Zahariel vaciló un momento, atormentado por la duda. Sólo él vio cómo lord Cypher salía despacio de entre las sombras y se situaba junto al trono del Gran Maestre.

No sabía decir qué lo inquietó más: ver a Luther con la vista baja mirándose las manos con expresión de angustia, o la enigmática sonrisa que se dibujó por un instante en el rostro de lord Cypher.

Los rayos estallaban con furia en el cielo eliminando la oscuridad del espacio momentáneamente y cegando los sensibles ojos de Zahariel. Los truenos resonaban y hacían vibrar sus huesos. Las gotas de lluvia golpeaban sus mejillas. El bibliotecario se detuvo en un intento de apaciguar su mente y eliminar las manchas de color de su vista. Cuando vio de nuevo con claridad se dispuso a recorrer el camino en espiral otra vez.

Había pasado más de una semana desde el encuentro en Sigma Cinco-Uno-Siete. Habían recibido órdenes inmediatas desde la Roca; el capítulo de exploradores de Caliban entró en acción en cuestión de horas e inició una búsqueda edificio por edificio en todas las instalaciones industriales del sector de los Bosques del Norte. Al mismo tiempo, los archivos proporcionaron las identidades del equipo de ingenieros terranos que había sido asignado a Sigma Cinco-Uno-Siete. La información se transmitió a los regimientos Jaeger desplegados en la arcología de los Bosques del Norte, pero después se supo que el llamado «cuartel terrano» de la arcología había sido saqueado e incendiado durante el primer ciclo de disturbios y sus habitantes trasladados por su propia seguridad. El problema era que los detalles del traslado se

habían perdido con todo aquel caos, y ahora nadie sabía a ciencia cierta dónde habían acabado muchos de esos terranos. Los Jaeger estaban intentando localizarlos, pero los regimientos locales contaban con pocas tropas disponibles debido a las continuas amenazas de ataques rebeldes. Aunque Luther parecía dispuesto a quemar la arcología para dar con los hechiceros, no había manera de llevar a cabo esa acción sin provocar un coro de preguntas en la cadena de mando. Zahariel había oído hablar indirectamente del enfrentamiento entre Luther y la magos Bosk respecto a la destrucción de Sigma Cinco-Uno-Siete, y por lo visto había sido algo épico. Bosk se puso furiosa ante la pérdida de una capacidad industrial de tal magnitud, y Luther tuvo que hacer uso de todo su carisma y su autoridad para evitar, una vez más, que la magos rompiese el protocolo e informase de la situación al Adeptus Terra.

Se estaban quedando sin tiempo. Cada hora que pasaba favorecía a los hechiceros fugitivos, que sin duda estarían trabajando en un modo de llevar a cabo su plan en algún lugar de las laberínticas profundidades de la arcología. Aunque los Jaeger coordinaban sus esfuerzos para localizarlos, el hecho era que había grandes áreas de la arcología en las que no podían penetrar debido a la posibilidad de un ataque rebelde. Estas zonas prohibidas suponían innumerables refugios que permitirían a los hechiceros continuar con su trabajo sin miedo a ser interrumpidos.

Zahariel sabía que lo único que se podía hacer era enviar a la legión. Un rastreo nivel por nivel llevado a cabo por sus capítulos de exploradores y con la ayuda de uno o más capítulos de asalto podría acabar con cualquier resistencia rebelde y aislar a la auténtica amenaza en cuestión de horas. Semejante operación, llevada a cabo con la dureza necesaria, podría incluso convencer a los líderes rebeldes de que no tenía sentido defenderse y poner fin a ambas amenazas a la vez.

El problema era que sólo Luther tenía autoridad para poner un plan como éste en práctica, y el señor de Caliban se recluyó a las pocas horas de recibir el informe de Sigma Cinco-Uno-Siete. Nadie sabía a ciencia cierta si todavía estaba allí, excepto el enigmático lord Cypher, quien había jurado guardar silencio. Zahariel había convencido a Cypher para que le entregase urgentemente cerca de una docena de mensajes a Luther en los que solicitaba permiso para enviar a la legión a la arcología, pero no había recibido ni una sola respuesta.

El hecho era que estaba muy tentado de desafiar a Luther y ordenar que los astartes entrasen en acción. Técnicamente tenía la autoridad como número dos de Luther; con el señor de Caliban recluido, era él quien tomaba las decisiones, pero hacerlo supondría faltar a su juramento de obediencia al Emperador y a la legión. Además, ¿y si Luther estaba en lo cierto y el auténtico peligro para Caliban procedía del Imperio en sí? Si eso era verdad, su juramento al Emperador estaba basado en una mentira y no tenía ningún valor. A estas alturas ya no sabía qué pensar. Lo que había presenciado en Sigma Cinco-Uno-Siete había debilitado su fe profundamente.

Zahariel jamás había dudado en toda su vida. Su fe en sí mismo y en su causa había sido inquebrantable. Sin embargo, ahora tenía la sensación de que los cimientos de su mundo temblaban bajo sus pies. Si no iba con cuidado, su próximo paso podría ser el último. Sobre él, la tormenta rugía y reflejaba la agitación de la mente del bibliotecario. El joven astartes inspiró profundamente y canalizó sus frustraciones en un llamamiento mental.

—¡Mostraos, Vigilantes en la Oscuridad! —gritó al furioso viento—. Hace tiempo os ofrecí mi espada y me enfrenté a vuestros mismos males. Ahora veo la verdad. Este mundo está corrompido, y ahora mi gente está en peligro.

Otro virulento estallido respondió a su llamamiento borrándolo todo menos las sombras más profundas y bañando el patio de claridad. Pero esta vez la brillante luz no desapareció; fue adquiriendo color ligeramente, de un cegador blanco azulado a un tono más plateado, como el de la luz de la luna. Zahariel dejó de sentir la lluvia en sus mejillas y el rugido del viento disminuyó repentinamente su intensidad, convirtiéndose en una especie de aullido lastimero. Entonces el bibliotecario vio a las tres figuras encapuchadas de pie en el centro de la espiral. Vestían como suplicantes, con una túnica cuyo color parecía cambiar constantemente de negro a marrón, de marrón a gris y después a marrón de nuevo, y así sucesivamente. Tenían las cabezas cubiertas por voluminosas capuchas que les ensombrecían los rostros, y sus manos permanecían ocultas bajo las mangas de las túnicas ocultando cada centímetro de carne.

Los Vigilantes en la Oscuridad no eran humanos, de eso Zahariel no tenía duda. Ésta era la forma que habían elegido para mostrarse ante él, porque estaba convencido de que si llegase a ver su auténtica naturaleza, probablemente se volvería loco.

Uno de los tres habló. El astartes no estaba seguro de cuál de ellos. Las tres voces eran como una compleja madeja de susurros entretejida para parecerse a las palabras humanas.

—No sabes la verdad, Zahariel —dijo el vigilante—. Si la verdad y la mentira fuesen tan simples, nuestro viejo enemigo jamás habría hallado el camino hacia un alma humana.

—¡Sé diferenciar entre el bien y el mal! —respondió Zahariel—. ¡Conozco la diferencia entre el honor y el deshonor, y entre la lealtad y la traición! ¿Qué más necesita saber un hombre, o un astartes?

—Está ciego —dijo uno de los vigilantes—. Siempre ha sido así. Mátalo antes de que haga más daño del que se imagina.

Aunque los vigilantes eran criaturas diminutas en comparación con un astartes (apenas medían más de un metro), Zahariel sentía el manto de energía psíquica que los rodeaba, y sabía que podían acabar con su vida tan fácilmente como se apaga la

llama de una vela. Pero no estaba de humor para sentirse intimidado por aquellos seres, no cuando el futuro de Caliban estaba en peligro.

—Puede que eso fuese cierto en su día, pero he aprendido mucho desde la primera vez que nos encontramos —respondió Zahariel—. No sois fantasmas ni espíritus malignos, como creían entonces las gentes del bosque. Sois una especie de xenos que ha estado custodiando algo aquí en Caliban desde hace mucho tiempo. ¿De qué se trata?

—Algo con lo que la humanidad no debería jugar —susurró uno de los vigilantes —. Siempre ha sido así. Los de tu especie sois demasiado curiosos, demasiado codiciosos e ignorantes. Y eso os llevará a la ruina.

—Si somos tan ignorantes es porque seres como vosotros nos ocultáis la verdad —contestó Zahariel—. El conocimiento es poder.

—Y la humanidad abusa de su poder a cada momento. Un día, la humanidad encenderá un fuego que no podrá controlar, y todo el universo arderá.

—¡Entonces enseñadnos! —gritó Zahariel—. Mostradnos un camino mejor en lugar de esconderos y esperar a que suceda el desastre. Si no lo hacéis, cuando esto suceda seréis tan culpables como nosotros.

Los tres seres se revolvieron, y una onda de poder psíquico salió de ellos como una fría ola que envolvió a Zahariel congelándolo hasta la médula. Aquel golpe habría detenido el corazón de un hombre corriente; de hecho, los sistemas nervioso y circulatorio del bibliotecario luchaban por mantenerse activos. Pero el astartes estaba decidido a no dejarse amedrentar por su expresión de resentimiento.

—Hace tiempo me dijisteis que se podía luchar contra este mal —les recordó—. Pues aquí estoy, dispuesto a luchar contra él. Decidme qué tengo que hacer.

Al principio los vigilantes no respondieron. Se revolvieron de nuevo y el éter se llenó de ondas y de impulsos de invisible energía. Zahariel sabía que estaban conversando de alguna manera, a un nivel demasiado complejo como para que él lo percibiera.

Al cabo de lo que pareció una eternidad, el éter volvió a apaciguarse y uno de los vigilantes habló:

—Formula tus preguntas, humano. Responderemos a lo que podamos.

La respuesta sorprendió a Zahariel, hasta que recordó que en su momento los vigilantes habían admitido que ellos formaban parte de una conjura más grande, dedicada a combatir los males más antiguos. Por primera vez sintió que estos poderosos seres también tenían límites.

—De acuerdo —empezó Zahariel—. ¿Cuánto tiempo lleva Caliban manchado por este mal?

—Toda la vida —fue la gélida respuesta.

—¿Entonces por qué no ha sucumbido a él ningún calibanita hasta ahora?

—Gracias a nuestros esfuerzos, estúpido humano —respondió otro vigilante.

Zahariel empezaba a reconocer las diferencias tonales entre los tres seres, aunque todavía no tenía muy claro qué voz pertenecía a qué figura.

—E, irónicamente, gracias a las bestias en sí —añadió otro—. Ellas nacían de la mancha, y moraban cerca de los lugares en los que la corrupción llegaba casi hasta la superficie. Mataban a todos los humanos que se acercaban demasiado, y los pocos que sobrevivían acababan siendo asesinados como brujos por vuestra propia gente antes de que su poder aumentase demasiado.

Un repentino escalofrío recorrió la piel de Zahariel al venirle a la memoria un lejano recuerdo del pasado. Recordó estar en la gran biblioteca de los Caballeros de Lupus escuchando las funestas palabras de su condenado señor, lord Sartana: «Lo peor… de todo esto es la matanza de las grandes bestias del León. Ése es el auténtico peligro. Ésa es la parte que todos acabaremos lamentando».

Y ahora los terranos estaban allí, acabando con los bosques y abriéndose paso hacia las zonas más inhóspitas de Caliban en busca de recursos para alimentar la máquina de guerra imperial.

—Los núcleos térmicos —reflexionó—. Hundieron los núcleos térmicos en las profundidades de la tierra y liberaron la mancha en los Bosques del Norte.

—Y ahora otros la alimentan con fuego y muerte —añadió un vigilante.

Zahariel asintió al pensar en la pila de cuerpos de Sigma Cinco-Uno-Siete. No había duda de que muchos de ellos habían sido proporcionados para que la gusano reina pusiera sus huevos en ellos, pero otros, como los trabajadores calibanitas, habían sido ofrecidos en sacrificio para añadir poder al ritual y concentrar las energías que los hechiceros habían desatado. Si habían conseguido intervenir en el horror y el derramamiento de sangre de los rebeldes, ¿qué otras cosas terribles podrían lograr?

Zahariel se dio cuenta tristemente de que, a su manera, los rebeldes eran más peligrosos que los hechiceros en sí. Y lo más trágico es que su causa no era del todo injusta. El Imperio había, de hecho, puesto en grave peligro a Caliban, pero no de la manera en que muchos de ellos sospechaban.

A excepción del viejo caballero Sar Daviel. Él lo sabía. Zahariel recordaba las últimas palabras que le dirigió a Luther: «Los bosques han desaparecido, pero los monstruos siguen aquí».

Zahariel comprendió de repente lo que habría que hacer. Se volvió hacia los vigilantes e inclinó la cabeza en señal de respeto.

—Gracias por vuestro consejo —dijo gravemente—. Tenéis mi palabra de que la sabiduría que habéis compartido conmigo será bien aprovechada. Salvaré a Caliban de la destrucción. Lo juro.

Los vigilantes lo observaron durante un largo instante, mientras los fantasmales

vientos del immaterium aullaban sobre ellos. Entonces, poco a poco, el vigilante del centro negó con su encapuchada cabeza.

—En eso te equivocas, Zahariel de los Ángeles Oscuros —respondió. Su sobrenatural voz era baja y casi triste—. Caliban está condenado, y no puedes hacer nada por evitarlo.

Zahariel parpadeó sorprendido y consternado ante las palabras del vigilante. Cuando volvió a abrir los párpados de nuevo, la imagen del patio iluminado por el rayo desaparecía ante sus ojos. La lluvia golpeaba su rostro y los Vigilantes en la Oscuridad habían desaparecido.

Zahariel irrumpió en el sanctum del Gran Maestre sin avisar. El golpe de la gruesa puerta de roble resonó por las viejas paredes de piedra. Lord Cypher alzó la vista desde detrás del escritorio del Gran Maestre. Su cabeza encapuchada estaba inclinada sobre una serie de placas de datos bien ordenadas y unas copias de informes de preparación. El enigmático rostro cuadrado del astartes no reveló emoción alguna ante la repentina entrada del bibliotecario.

—El maestre Luther continúa recluido, meditando sobre la crisis —le anunció fríamente—. ¿Quieres que le entregue otro mensaje?

—No estoy buscando al maestre Luther —respondió Zahariel avanzando con determinación por la habitación—. Es contigo con quien quiero hablar.

—¿De veras? —Cypher se puso rígido y enganchó los pulgares desenfadadamente en su cinturón de cuero—. ¿Y en qué puedo servirte, hermano bibliotecario Zahariel?

—Quiero reunirme de nuevo con los líderes rebeldes bajo bandera de parlamento —declaró Zahariel—. En concreto con Sar Daviel. Y necesito que sea en las próximas veinticuatro horas.

La petición pareció divertir a Cypher.

—¿Quieres también que baje la luna del cielo mientras lo intento? —se mofó con una leve sonrisa.

—Conseguiste hablar con ellos en su momento —insistió Zahariel tenazmente—. Estoy convencido de que podrás volver a utilizar tus recursos si decides emplearlos.

La tradición de la bandera de parlamento se remontaba a cientos de años en Caliban, cuando la guerra abierta entre las órdenes de caballería era cosa común. Incluso los enemigos más resentidos mantenían vías de comunicación para facilitar las negociaciones o las declaraciones de rendición. Era un medio de evitar muertes innecesarias y de concluir rápidamente un combate abierto antes de que ambos lados acabasen demasiado destrozados como para no poder cumplir con su deber con las gentes de Caliban.

La sonrisa desapareció del rostro de Cypher. Sus labios se apretaron en una fina

línea.

—Sólo el Gran Maestre puede convocar un parlamento —dijo.

—No es cierto —lo rebatió Zahariel—. Astelan y yo hemos sido nombrados sus representantes, y mientras permanezca incomunicado, tenemos autoridad para llevar a cabo la guerra como consideremos conveniente. Y exijo parlamentar con los rebeldes de inmediato.

Lord Cypher vaciló por un momento, pero finalmente asintió.

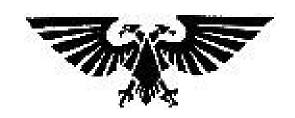
—Los rebeldes no accederán a reunirse en Aldurukh esta vez —le advirtió.

—No tengo ningún interés en hablar con ellos aquí —dijo Zahariel—. Dile a Sar Daviel que me reuniré con ellos en el lugar que elijan en el interior de la arcología de los Bosques del Norte. No aceptaré ningún otro terreno.

Cypher estudió a Zahariel detenidamente.

—Es una petición poco común —dijo—. Los rebeldes querrán saber por qué.

—Porque el destino de nuestro mundo se va a decidir allí —afirmó Zahariel—. Nos guste o no.



QUINCE
MOTORES DE GUERRA

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

La inmensa fundición de titanes de la forja era en realidad un conjunto de ciclópeas estructuras que ocupaban un área de cinco kilómetros cuadrados, no muy lejos de la puerta meridional del complejo. Era una manufactoría autosuficiente con instalaciones para crear todo tipo de instrumentos, desde segmentos esqueléticos de adamantino hasta placas de armadura de plastiacero y todo tipo de cosas por el estilo. Unas amplias vías creadas para acomodar pesados transportes de carga conectaban con las elevadas estructuras en el centro de la fundición: el inmenso edificio de ensamblaje, donde hasta cuatro descomunales máquinas de guerra podían construirse al mismo tiempo. Cuando un titán se completaba, se entregaba a los adeptos de la Legio Gladio con una solemne ceremonia, y el motor daba sus primeros pasos para reunirse con sus hermanos en la fortaleza de la legión, a unos diez kilómetros al norte.

Nemiel y su escuadra se encontraron con la primera de las patrullas skitarii en un extremo del sector de la fundición. Se trataba de tropas bien equipadas en posiciones estacionarias que controlaban cañones láser o ametralladoras pesadas y peinaban el perímetro cada pocos segundos con sus avanzados auspex.

El redentor ordenó a la escuadra que se detuviese a la sombra de una manufactoría parada e indicó al hermano Askelon que se acercase.

—Parece que el edificio de ensamblaje es la única parte de la fundición en funcionamiento —dijo indicando con la cabeza la inmensa e iluminada estructura—. El magos Archoi no quiere correr riesgos. Ha extendido su perímetro de seguridad

hasta los límites externos del sector. ¿Se te ocurre alguna manera de que podamos esquivar esos auspex? Tenemos que averiguar qué es lo que trama Archoi.

El tecnomarine meditó el problema durante un instante y asintió.

—Todas las instalaciones se alimentan gracias a los reactores térmicos instalados en el interior del volcán —dijo—. Los alimentadores de energía pasan por unos túneles que conectan todos los edificios. Es muy probable que estén protegidos por sistemas de seguridad automatizados, pero creo que podré franquearlos.

—Vamos —asintió Nemiel—. Ya queda poco para que amanezca.

Askelon dirigió a la escuadra por donde habían venido, hasta la puerta de acceso al otro extremo de la manufactoría. Mientras Nemiel y el resto de los Ángeles Oscuros hacían guardia por si aparecían más patrullas del Mechanicum, el tecnomarine franqueó el sistema de seguridad de la puerta y se coló dentro. A los quince segundos regresó y le hizo señas a Nemiel.

—Hay varios pequeños centinelas cibernéticos merodeando por el edificio —susurró Askelon—. Siguen rutas bastante predecibles y utilizan sus radares para detectar signos de calor o de movimiento, pero son de muy corto alcance. Quedaos cerca y moveos sólo cuando yo os lo indique.

El tecnomarine dirigió a la escuadra por el oscuro suelo de la manufactoría, deslizándose entre las inmensas troqueladoras y los dispositivos automáticos de soldadura por puntos. Askelon siguió una curva y deliberada ruta a través de la planta, deteniéndose en determinados momentos y escuchando el ultrasónico pitido que indicaba la presencia de un transmisor auspex. Tras varios largos minutos llegaron a una achaparrada estructura en el centro de la manufactoría. Askelon localizó la puerta de plastiacero en un lado de la estructura, desactivó sus sensores rápidamente y dirigió a la escuadra al interior. Una vez dentro, un grupo de inmensos conductos revestidos de metal se elevaban como gruesos gusanos plateados desde un agujero circular en el centro del desnudo suelo de permacemento y conectaban con amplias cajas de empalme en tres de las cuatro paredes. Los paneles de control situados en la cuarta pared controlaban la alimentación de energía de los sistemas de la manufactoría.

Askelon se acercó al borde del agujero y vio una serie de peldaños de metal que descendían hacia el túnel de acceso que había más abajo. Desde las profundidades soplaba un aire caliente y seco con olor a ozono y a sulfuro.

—Seguiremos el túnel hasta el punto de acceso situado bajo el edificio de ensamblaje —indicó a la escuadra—. Mantened los ojos bien abiertos, hermanos. En el túnel también hay muchos centinelas cibernéticos.

—¿Y qué hacemos si vemos uno? —preguntó Kohl.

—Disparadle —respondió el tecnomarine encogiéndose de hombros—, e intentad que no capte ninguna señal antes de ser destruido.

Kohl y Nemiel intercambiaron adustas miradas y siguieron a Askelon por los peldaños. El túnel era alto y ancho, y sus circulares paredes estaban cubiertas de gruesos conductos de metal troquelados con series de códigos binarios. El tecnomarine avanzaba por el túnel en dirección a la fundición, deteniéndose de vez en cuando para leer los códigos de varios de los conductos a su izquierda.

Recorrieron más de dos kilómetros siguiendo las placas en cada intersección. Finalmente, Askelon indicó a la escuadra que se detuviera y se agachó lentamente. Nemiel avanzó en silencio hacia adelante y se arrodilló al lado del tecnomarine.

—¿Qué pasa? —susurró.

Askelon levantó la barbilla ligeramente, como un perro de caza que detecta una presa con el olfato.

—Percibo unas leves señales que proceden del otro extremo del túnel —dijo—. Estamos fuera de su alcance.

—¿Es un centinela? —El redentor alzó su bólter.

—Sí —respondió Askelon—. Es una señal de secuencia sigma, de modo que no se trata de una de las pequeñas unidades de patrulla. Es más bien una unidad estacionaria, como un arma centinela.

—Entonces probablemente esté justo a los pies de la escalera que asciende a la fundición —dijo Nemiel—. ¿Hay alguna manera de flanqueada?

—No lo creo. —Askelon negó con la cabeza—. Pero podría haber un modo de inutilizarla temporalmente.

—Habla.

El tecnomarine señaló los conductos que cubrían las paredes que los rodeaban.

—Este conducto es de categoría nueve; está compuesto del material aislante más potente que existe —explicó—. Pero la energía que lo atraviesa es tan intensa que hay importantes escapes de radiación electromagnética en el túnel.

—¿Y eso en qué nos beneficia exactamente?

—Si atravieso los conductos, puedo utilizar el generador de mi armadura para enviar una oleada de tensión por la línea hacia la unidad de guardia —explicó Askelon—. Una subida lo bastante intensa de radiación electromagnética sobrecargará los receptores de su auspex y la obligará a reiniciarse. Eso la dejará ciega e incapaz de comunicarse durante aproximadamente treinta segundos.

—¿Aproximadamente? —inquirió Nemiel.

—Si pudiera ver de qué tipo de centinela se trata, podría decírtelo en un milisegundo —dijo Askelon—. Hay media docena de modelos. Treinta segundos sería en el peor de los casos.

—Ponte a trabajar —inquirió Nemiel.

El redentor regresó junto a la escuadra y les explicó lo que estaba sucediendo mientras Askelon diferenciaba los conductos a explotar y se ponía manos a la obra.

Con hábiles movimientos sacó una pequeña y potente antorcha de plasma y abrió media docena de tubos de acero. Después abrió un panel de acceso a un lado de la unidad de su generador dorsal y empezó a conectar varios cables gruesos a los contactos internos.

Varios minutos después, el tecnomarine estaba preparado. Miró de nuevo a Nemiel, quien le dio permiso para proceder, y conectó los cables a las líneas de energía del interior de los conductos. De repente, su armadura se tensó. Inmediatamente, Nemiel vio que los indicadores de estado del tecnomarine empezaban a parpadear frenéticamente en la pantalla de su casco. La temperatura del núcleo de su generador rebasaba los límites tolerados y continuaba ascendiendo. Los fisiomonitores de Askelon empezaron a fluctuar también a medida que la respuesta atravesaba las neurointerfaces de su armadura y su propio cuerpo.

—Está saliendo humo de su generador —susurró nervioso Kohl.

—¡Deja que termine! —siseó Nemiel—. Es la única manera.

Los segundos pasaron. Nemiel veía cómo el pulso de los indicadores de Askelon pasaban de verde a ámbar y de ámbar a rojo. Sin previo aviso, una fuente de chispas emergió de la caja protectora de su servobrazo situada entre los hombros del tecnomarine. Askelon empezó a tener espasmos, dejó caer las manos y se apartó de un fuerte impulso de los conductos de energía. El tecnomarine cayó de espaldas, con las piernas dormidas, y aterrizó sobre el otro lado del túnel.

Nemiel y el resto de la escuadra corrieron hacia él. El aire alrededor de Askelon resplandecía con el calor que irradiaba de su sobrecargado generador. El tecnomarine volvió la cabeza; unos graznidos crepitaban desde el altavoz de su casco. Nemiel no necesitaba escuchar sus palabras para saber qué era lo que Askelon intentaba decir.

—Ha enviado la energía —dijo el redentor a la escuadra—. Hermano Marthes, ponte delante. Sargento Kohl, ayúdame a cargar al hermano Askelon. ¡Vamos!

Los astartes se pusieron en acción y avanzaron a toda prisa por el túnel siguiendo a Marthes, quien avanzaba con su rifle de fusión preparado. Kohl y Nemiel iban detrás arrastrando el flácido cuerpo de Askelon entre los dos.

A trescientos metros, el pasillo daba a una amplia estructura cuadrada similar al blocao de permacemento por el que habían entrado en la manufactoría. Había unos escalones de plastiacero que ascendían, supuestamente, hacia el edificio de ensamblaje de la fundición. A sus pies, tal y como había sospechado Nemiel, se encontraba un arma centinela de color negro mate. Provista de un cañón láser acoplado a una torreta, la unidad automatizada se levantaba sobre cuatro achaparradas patas como una hambrienta araña que espera a sus presas. Nemiel oía el zumbido de su generador mientras se aproximaban. Sus armas gemelas apuntaban directamente hacia el túnel, hacia los astartes que se acercaban. Un solo disparo podía atravesar su armadura como si fuera de tela.

—¡Subid por la escalera! —ordenó a la escuadra—. ¡Subid y apartaos de su vista!

Marthes rodeó el arma centinela y empezó a ascender de inmediato. Vardus se detuvo a los pies de los escalones con su bólter sobre el costado.

—¿Y qué hay de Askelon? —preguntó.

—Nos las apañaremos —respondió el redentor—. Date prisa, hermano.

Vardus empezó a ascender y Ephrial lo seguía de cerca. Nemiel consultó su chrono interno: sólo les quedaban doce segundos. Después se volvió hacia Kohl mientras llegaban a los pies de la escalera.

—Tenemos que encontrar el modo de desconectarla —dijo—. Debe de haber un panel de acceso…

Askelon negó con la cabeza bruscamente. Los extremos de ceramita de su casco chirriaron contra su gorguera, lo que indicaba que las fibras musculares de su armadura habían sufrido daños.

—No —dijo, y su voz sonó a través de los dañados altavoces de su casco como un atormentado graznido—. No podemos arriesgarnos. Yo… puedo subir.

—De acuerdo —gruñó Nemiel—. Tú primero. Kohl, tú irás después. Ayúdalo todo lo que puedas.

Él se quedaría allí hasta el último momento; si se quedaban sin tiempo, abriría uno de los paneles de acceso del arma centinela e intentaría desconectarla.

Askelon agarró los escalones de metal y empezó a subir. A cada paso que daba parecía que iba recobrando más fuerza. Kohl estaba justo detrás de él, listo para darle un buen empujón si al tecnomarine le fallaban las fuerzas. Nemiel comprobó los segundos y buscó posibles puntos de acceso en el arma centinela.

Vardus y Ephrial se inclinaron sobre el agujero, agarraron el doblado servobrazo de Askelon y tiraron de su compañero hacia la cámara. Kohl corrió tras él.

—¡Ya está! —advirtió a Nemiel.

El redentor corrió por los escalones y empezó a ascender lo más rápido que podía. El temporizador de su pantalla llegó a cero cuando todavía se encontraba a medio camino. Justo por debajo de él una serie de rápidos chasquidos y de chirridos indicaban que el arma centinela volvía a activarse.

Unas manos desde arriba agarraron los extremos de sus hombreras. Nemiel sintió cómo tiraban de él como si fuera un saco de grano y lo depositaban bruscamente sobre el permacemento del piso superior.

Los astartes se quedaron quietos, escuchando con atención. Bajo ellos, el arma centinela traqueteó y chirrió un momento más y después reanudó su silenciosa vigilancia.

Nemiel observó a Askelon, que estaba tumbado boca abajo.

—¿Alguna señal de alarma?

El tecnomarine alzó lentamente los brazos hacia su casco y desabrochó los

cierres. Askelon se quitó el casco y reveló un rostro cubierto de sudor y salpicado de capilares rotos. De la nariz y de los ojos le caían finos hilos de sangre.

—Ningún cambio —dijo con voz ronca. La sangre cubría los dientes del tecnomarine.

Nemiel corrió y se puso de rodillas a su lado.

—¿Hasta qué punto estás herido? —preguntó en voz baja.

—No soy apotecario, hermano. —Askelon rió débilmente—. El funcionamiento de un cuerpo vivo es demasiado complejo incluso para mí.

El tecnomarine se dio impulso y se sentó con un gruñido.

—La integridad de mi armadura está al sesenta y cinco por ciento. Los niveles de energía están al cuarenta por ciento. El reflejo de las fibras musculares está en peligro, y creo que he derretido los motores de mi servobrazo.

—No me habías dicho que penetrar en esos conductos podía matarte. —Nemiel frunció el ceño.

El tecnomarine consiguió esbozar una sonrisa.

—En ese momento no parecía tener importancia. —Askelon extendió la mano—. Ayudadme a levantarme, por favor.

Kohl y Nemiel tiraron de él. El redentor se asomó con cautela por el borde del agujero.

—¿Puede detectar el arma que estamos aquí arriba?

—Hasta cierto punto, sí —respondió el tecnomarine—. Pero la actividad sobre ella no provocará una respuesta de combate. Está ahí abajo para evitar que alguien se acerque al edificio, eso es todo.

—Bien. ¿Y ahora adónde vamos?

Askelon miró alrededor de la cámara. Era idéntica a la habitación del conducto de la manufactoría, sólo que bastante más grande. Después señalo la puerta de metal al otro lado de la estancia.

—Esa puerta da a un subnivel bajo la planta de ensamblaje principal. Desde allí podremos acceder a casi cualquier parte del edificio.

Nemiel comprobó su chrono de nuevo. Quedaba poco más de una hora para el alba.

—Un edificio como éste debe de tener pasarelas en los pisos superiores, ¿verdad?

—En este caso hay tres niveles de ellas —asintió Askelon—. Podéis mirar por toda el área de ensamblaje a ver si veis alguna.

—Entonces ahí es adonde tenemos que ir —dijo—. Vamos.

Después, Kohl tomó la delantera y dirigió a la escuadra a través de los límites del subnivel, siguiendo las indicaciones que le había susurrado el hermano Askelon, hasta que llegaron a una estrecha escalera que ascendía hacia el edificio de ensamblaje. Con las armas preparadas avanzaron sigilosamente por los escalones de

permacemento, atentos a la más mínima señal de movimiento. Nemiel oía el chisporroteo de las antorchas de arco y el gruñido de la maquinaria que resonaba a través de las paredes, el ruido del acero contra el acero que recordaba a un distante campo de batalla. Subieron varios pisos y pasaron varios descansillos débilmente iluminados hasta que Nemiel les indicó que se detuviesen.

—Ya es suficiente —dijo—. No es necesario que subamos hasta arriba del todo; sólo quiero ver bien qué es lo que está pasando. —Después se volvió hacia Askelon —. ¿Hay riesgo de sensores aquí?

—No —respondió el tecnomarine—. Ya hemos pasado el perímetro de detección.

—Bien. Marthes, tú y Vardus quedaos aquí y cubrid la escalera. Kohl, Askelon, Ephrial, vosotros vendréis conmigo.

Nemiel se agachó junto a la puerta de plastiacero y la abrió lentamente. Al otro lado había un puente iluminado con una luz roja proveniente de la parte inferior. Sus autosentidos captaron el hedor del plastiacero derretido, de las sustancias petroquímicas y del metal sobrecalentado. En la distancia distinguía agudas voces y chillidos de jerga binaria, así como un número indeterminado de sujetos que hablaban en gótico. El redentor se concentró, pero no oía lo que estaban diciendo a causa de los agudos chirridos de la maquinaria.

Inspeccionó el puente detenidamente hasta donde podía ver en busca de alguna señal de movimiento. Después volvió sobre sus pasos y lo examinó de nuevo. Satisfecho al ver que no había nadie en el área inmediata, abrió la puerta del todo y entró sigilosamente en la pasarela de plastiacero.

El edificio de ensamblaje tenía forma rectangular, con un espacio diáfano rodeado de seis enormes hornacinas que se alzaban desde el suelo hasta el techo. A ambos lados de cada una de estas hornacinas había instalados unos servobrazos gigantes capaces de ascender a diferentes alturas por unos raíles anclados en el permacemento, y unas inmensas grúas colgaban de unas vías similares sobre ellos. Los titanes se ensamblaban en el interior de los nichos, empezando por la estructura de los pies y de ahí se iba subiendo hasta la cabeza.

Nemiel se encontraba agachado en una sección del puente de la tercera planta en un extremo del edificio. Las plantas superiores estaban inmersas en la oscuridad, iluminadas apenas por una luz de emergencia. Por debajo, la luz roja ascendía desde la planta de ensamblaje como el resplandor de una forja real. Ráfagas de aire caliente generadas por antorchas de arco industriales azotaban la placa frontal de su rostro. El susurro de los eslabones de hierro, frío y musical, sonaba en el interior de profundas sombras del techo.

Cientos de cadenas colgaban desde los carriles superiores del edificio de ensamblaje, enroscándose y tintineando entre ellas con el movimiento del aire. De cada una de las cadenas, de más de cincuenta metros de longitud, colgaban decenas

de ganchos, y de cada gancho pendía un cadáver reciente. Nemiel vio que se trataba de los cuerpos de los Dragones de Tanagran, de skitarii (incluso los cuerpos destrozados de los pretorianos muertos), y de figuras más pequeñas como tecnoadeptos y magos medio mecánicos. Sus cadáveres estaban acribillados a balazos o destrozados por rayos láser, abiertos con garras de energía o aplastados por puños mecánicos, y sus fluidos goteaban en una lluvia constante sobre los armazones de los enormes vehículos que había más abajo.

Nemiel vio que había seis vehículos. Sus chasis eran tan amplios que sólo podían colocarse en una línea recta que se extendía desde un extremo del edificio de ensamblaje al otro. Sus armazones acorazados se sostenían sobre unos juegos dobles de orugas, uno a cada lado de cada vehículo, y su empinada parte delantera se elevaba como un escarpado montículo de más de dos pisos de altura. Los laterales del vehículo estaban cubiertos con generadores de escudo de vacío y emplazamientos automáticos para lásers cuádruples automáticos y megabólters, pero Nemiel apenas los vio. Su mirada estaba fija en el inmenso cañón instalado en la línea central del armazón del vehículo. La complicada serie de grúas y de abrazaderas gigantes que rodeaba el tubo del cañón indicaba que iba a ser elevado y disparado como una pieza de artillería convencional. La sección trasera de cada vehículo estaba segmentada como el cuerpo de un insecto gigante y parecía estar todavía más acorazada que el resto del casco.

—Por el Emperador, ¿qué son esas cosas? —susurró Kohl. Era la primera vez que el sargento parecía desconcertado.

El tecnomarine Askelon se agachó con sigilo al lado de los dos. Sus ojos se abrieron de par en par al ver las máquinas en la planta de ensamblaje.

—Son armas de asedio —dijo ligeramente sobrecogido—, pero mucho más grandes que las que había visto hasta ahora. Eso parecen ser macrocañones, instalados en un armazón a medida. —Askelon señaló el vehículo más cercano y prosiguió—: ¿Veis esas orugas? Eso no forma parte de una unidad motriz contigua. Son unidades distintas, similares en tamaño y potencia a las que se usaban en los tanques superpesados Baneblade. Hay tres en cada lado, y eso es sólo para formar la base de cada vehículo.

Los tecnoadeptos se movían como hormigas sobre cada una de las máquinas de guerra y trabajaban febrilmente en el acorazado armazón bajo la lluvia de sangre. En los laterales de las máquinas se habían garabateado unos símbolos con sangre a intervalos regulares, pero Nemiel no conseguía verlos a esa distancia. El redentor se dio cuenta de que el vehículo que se encontraba más cerca de ellos tenía una amplia escotilla abierta en la cubierta superior, a la derecha de la inmensa arma.

—¿Qué crees que es eso? —dijo señalando a los dos tecnoadeptos que trabajaban en el hueco bajo la escotilla.

Askelon se inclinó ligeramente hacia adelante y observó detenidamente la abertura. Sus ojos se abrieron de par en par.

—Es el habitáculo de la interfaz de una UIM —respondió—. La conexión a una interfaz neuronal similar a la que utilizamos en nuestros titanes. Parece que están reinstalando los controles y dejándola lista para su uso.

—Entonces ¿un solo operador podría controlar uno de estos mastodontes? —preguntó Nemiel.

—Por supuesto —asintió el tecnomarine—. Son grandes, pero exigen mucho menos que un titán bípedo —respondió—. Y la UIM hace que sean prácticamente imposibles de manejar si alguien se hace con ellos.

Nemiel asintió con gravedad y alzó la vista hacia el conjunto de cuerpos que colgaban en el aire ante ellos.

—Ahora sabemos qué les pasó a los Dragones que cubrían el acceso sur —dijo con la voz cargada de repugnancia—. Por no hablar de la cantidad de trabajadores de la forja. El magos Archoi está loco. Todo esto me huele a algún terrible ritual supersticioso. ¿Cómo podría alguien como Horus Lupercal estar relacionado con un comportamiento tan vil?

De pronto le vinieron a la mente los recuerdos de todas las cosas horribles de las que fue testigo en Sarosh. En un esfuerzo por apartarlos, el redentor movió violentamente la cabeza.

Kohl apartó los ojos de aquel repelente panorama y advirtió algo de movimiento en la planta de ensamblaje.

—Ahí llega el sumo sacerdote en persona —gruñó mientras señalaba la estrecha vía a la derecha de las máquinas de guerra aparcadas.

Nemiel asomó la cabeza y vio al magos Archoi recorriendo la fila de vehículos. Un par de tecnoadeptos lo seguían a una discreta distancia con las manos ocultas bajo las mangas mientras que un grupo de cuatro hombres uniformados le pisaban los talones y observaban las armas de asedio de manera crítica. Uno de los hombres conversaba con el magos con tono urgente. Nemiel tardó unos instantes en reconocer el uniforme que vestía.

—15.ª Compañía de Lanceros de Hesperan —murmuró—. Asignada a la 53.ª Flota Expedicionaria de Horus. Parece que algunos de los rebeldes se quedaron aquí cuando sus fuerzas terrestres abandonaron el planeta. Debían de haberse estado reuniendo con el traidor de Archoi y preparando la entrega de las máquinas cuando llegamos.

—Y han estado aguardando su momento desde entonces, esperando la oportunidad adecuada —gruñó Kohl—. Ese maldito magos ha enviado a sus guerreros con todas nuestras unidades de combate. ¡Tenemos que advertir al primarca o nos enfrentaremos a una masacre!

Justo en ese momento, el hermano Vardus se asomó por la entrada de la escalera.

—¡Hay movimiento en las escaleras! —susurró—. ¡Vienen desde arriba y desde abajo!

—¿Desde arriba y desde abajo a la vez? —Kohl miró a Vardus.

—Avanzan en silencio —asintió Vardus—. Puede que se trate de un par de patrullas.

De repente, Askelon señaló el espacio cavernoso.

—¡Detecto movimiento en la otra entrada del puente! —exclamó en voz baja—. ¡Están transportando algo!

Nemiel sintió que se le erizaban todos los pelos del cuello. Después bajó la vista de nuevo hacia la planta de ensamblaje. El magos Archoi seguía allí, rodeado de un grupo de desconcertados rebeldes. La cabeza encapuchada del traidor estaba vuelta hacia arriba, mirándolo directamente a él.

—¡Saben que estamos aquí! —gritó mientras sacaba el crozius del cinturón—. ¡Es una trampa!

El fuego láser atravesó la entrada del puente al otro lado del edificio; los rayos rojos silbaban en el aire y abrían agujeros en las paredes de permacemento en una cadena de agudos estruendos. Un bólter pesado empezó a disparar escupiendo trazadoras por el espacio que les separaba en una serie de constantes estallidos. Los proyectiles impactaban contra las cadenas que colgaban y rompían sus eslabones, haciendo que su espeluznante carga se precipitase contra el suelo.

Nemiel disparó una vez hacia el bólter pesado y activó su comunicador.

—¡*Causa Invencible*, aquí el hermano Nemiel! —gritó—. ¿Me recibes?

Sólo recibió un pitido cada vez más agudo de ruido como respuesta. El redentor buscó entre una veintena de frecuencias y obtuvo el mismo resultado. Los traidores de Archoi estaban interfiriendo en los canales de comunicación.

El fuego estalló en la escalera detrás de Nemiel. Los rifles automáticos traqueteaban y los rifles láser escupían rayos de luz hacia Marthes y Vardus, quienes respondieron con un par de granadas de fragmentación. Marthes apuntó con su rifle de fusión hacia la escalera y lanzó un estruendoso disparo, después se escabulló fuera de la pasarela.

—¡Una sección completa de skitarii está subiendo la escalera! —gritó.

Unas figuras oscuras corrían hacia ellos por la pasarela desde el otro extremo del edificio escupiendo fuego láser mientras avanzaban. Kohl y Ephrial intercambiaron disparos con ellas y derribaron a unas cuantas con tiros certeros. En respuesta, el estallido de un bólter pesado cosió a los astartes con una ráfaga de proyectiles. Ambos guerreros se tambalearon bajo los disparos, pero su armadura detuvo los golpes.

—¡Marthes! ¡Dispara a esa pasarela! —gritó Nemiel mientras se asomaba por la

fina barandilla de metal y dirigía su pistola hacia el magos Archoi.

El traidor ni siquiera se inmutó cuando el redentor apuntó directamente al centro de la oscuridad bajo su capucha y apretó el gatillo. Los proyectiles salieron despedidos hacia su objetivo y detonaron sin causar ningún daño contra un campo de fuerza a sólo unos centímetros escasos del magos. Los oficiales de Archoi apuntaron con sus rifles láser y respondieron al disparo. Nemiel recibió dos impactos, uno en la pierna y otro en el abdomen.

Marthes se abrió paso hacia la pasarela y disparó su rifle de fusión hacia el distante bólter pesado. El estallido de microondas impactó contra el arma y la pasarela de abajo y sobrecalentó el metal en un segundo, vaporizándolos en una fiera sacudida que arrojó a los ardientes skitarii por el suelo de la planta de ensamblaje.

—¡Nos han cortado el paso! —gritó Kohl mientras derribaba a otro de los skitarii que estaba a punto de atacar—. ¿Y ahora qué hacemos?

Nemiel fulminó a Archoi con la mirada. A varios metros de distancia, uno de los skitarii en llamas se había quedado enganchado en una de las cadenas mientras caía, y ahora se sacudía y se retorcía en el aire mientras el fuego lo consumía. Siguiendo un impulso, el redentor enfundó su pistola.

—¡Seguidme! —dijo.

Nemiel puso un pie en la barandilla y saltó. El fino metal se encorvó bajo su peso y le hizo perder el equilibrio, pero el salto lo impulsó lo bastante lejos como para alcanzar una de las espeluznantes cadenas repletas de cadáveres. Se agarró con fuerza con una mano y se deslizó ligeramente hacia abajo antes de soltar el resbaladizo metal. Nemiel descendió los pocos metros que faltaban y aterrizó sobre el arma de asedio principal. Un tecnoadepto se acercó a él por la espalda levantando una crepitante antorcha de arco, pero parecía que avanzaba a cámara lenta. El astartes apartó al traidor con un golpe de su crozius y empezó a descender a toda prisa por el empinado armazón hacia Archoi y los oficiales rebeldes.

—¡Por el León! —rugió levantando el crozius aquilum mientras se abalanzaba sobre los traidores.



DIECISÉIS

ENTRESIJOS

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El general Morten se movía incómodamente en el inmenso asiento plegable de la lanzadera e intentaba ocultar su cara de enfado fingiendo que estudiaba las vistas a través de la pequeña ventana a su izquierda.

—Si al menos tuviese una idea de qué es lo que busca, tal vez podría organizar una presentación de los oficiales superiores de la guarnición.

—Eso iría en contra del objetivo de la inspección —respondió Zahariel desde su asiento en la cabina de pasajeros de la lanzadera—. De hecho, lo mejor será que las tropas no sepan que he estado allí.

—De acuerdo —bramó Morten, aunque Zahariel notó que su deteriorado rostro seguía preocupado. El oficial terrano miró por la ventana un momento más mientras pensaba qué decir. Al cabo de un instante inspiró hondo y continuó—: Me ha pedido que inspeccione a las tropas de los Bosques del Norte para cubrir sus propias actividades.

—Así es —admitió Zahariel, que no quería mentirle a aquel hombre más de lo necesario—. Nos separaremos en cuanto la lanzadera aterrice, y es muy posible que no regrese a Aldurukh con usted. —El bibliotecario extendió las palmas de las manos —. Siento no poder ser más franco, pero esto es un asunto de la legión. Estoy convencido de que lo entiende.

—Sí, por supuesto —respondió Morten inmediatamente. Pero la mirada de recelo del viejo lo decía todo.

Por un breve instante, Zahariel se preguntó si el general le estaría ocultando algo,

pero pronto descartó la idea algo irritado consigo mismo. No tenía ningún motivo para desconfiar de Morten, se obligó a recordarse. Aquel hombre era, en todos los sentidos, un honorable y dedicado soldado y tenía todos los motivos del mundo para preguntarse por qué Zahariel le había pedido que realizase una inspección imprevista de la guarnición de la arcología de los Bosques del Norte. Pero Zahariel no podía permitir que ni los soldados locales ni los oficiales del Administratum que luchaban por mantener el orden en los sectores devastados por la guerra de la arcología supiesen de su presencia; eso generaría preguntas que no podía responder.

Lo último que quería era que el general Morten, o peor, la magos Bosk, supiesen que un miembro de la legión iba a reunirse en secreto con los líderes rebeldes en medio del núcleo de población donde los disturbios eran más acalorados de todo el planeta. Era poco probable que los terranos se tomasen bien la noticia. Por mucho que detestase la idea de ocultar sus acciones, Zahariel se vio obligado a admitir que a la hora de la verdad Morten y Bosk actuaban en beneficio del Imperio, no de Caliban en sí.

Los rayos de luz de las últimas horas de la tarde penetraban por la ventana a la derecha de Zahariel mientras la lanzadera militar iniciaba un amplio y descendiente giro hacia su destino. El bibliotecario alargó el cuello para mirar por la ventana hacia el nordeste, donde la afilada arcología se elevaba contra el fondo de la erosionada cadena de montañas que había más al norte.

La arcología de los Bosques del Norte se había construido siguiendo el patrón imperial estándar. A pesar de estar en sus etapas iniciales, la base de la irregular pirámide escalonada medía ya cinco kilómetros de ancho y se elevaba más de tres kilómetros hacia el nublado cielo. Las angostas calles salían en forma radial de la arcología y atravesaban la llanura rodeadas de cientos de edificios más pequeños que tenían todavía que subsumirse con la estructura que no dejaba de expandirse.

Todas las arcologías se construían de una forma similar en los mundos imperiales recién sometidos: primero llegaban los trabajadores con sus familias, que procedían de las decenas de miles de pueblos y ciudades de todo el hemisferio. Después se realojaban en una ciudad en el emplazamiento de la nueva arcología, que se extendería en todas direcciones conforme fuese aumentando la población. Una vez que hubiese un número suficiente de trabajadores lo bastante preparados para empezar a trabajar, se empezaban a excavar los cimientos de la arcología. La estructura crecería en varias fases, expandiéndose hacia fuera, hacia arriba y hacia abajo al mismo tiempo. Poco a poco, la arcología iría engullendo la ciudad y sus residentes se irían reasignando progresivamente en los distritos de la estructura en sí. La población también continuaba aumentando, así como los servicios civiles y la burocracia que la acompañaban. En teoría, el crecimiento de la población y de la organización iría tan a la par con la estructura, que para cuando estuviese terminada

la arcología estaría completamente poblada y sería totalmente autosuficiente. Por supuesto, este tipo de cosas pocas veces salían exactamente según el plan.

—¿Cuánta gente hay en los Bosques del Norte actualmente? —preguntó Zahariel.

—¿Se refiere a los civiles? Unos cinco millones en total —respondió Morten—. Cerca de un cuarto de ellos son ciudadanos imperiales de otro mundo: oficiales del Administratum, ingenieros, planificadores industriales y demás.

Zahariel consultó los hechos y las cifras que había grabado en su memoria antes de salir de Aldurukh.

—Una arcología en fase uno se construye para mantener al doble de personas —observó—. ¿Quiere eso decir que la mitad de la estructura sigue desocupada?

Morten se encogió de hombros.

—El plan de industrialización del Imperio incluye veinte arcologías en fase uno por todo Caliban, pero la población del planeta todavía tardará un tiempo en cubrirlas todas.

—Parece una gran cantidad de trabajo extra. —El bibliotecario frunció el ceño pensativamente—. ¿Lo normal no sería construir nuevas estructuras conforme se fuesen necesitando en lugar de levantarlas todas a la vez?

—¿Quién sabe? —Morten extendió las manos nudosas—. Estoy convencido de que el Administratum tendrá sus motivos.

—¿Cómo se distribuye la población por la arcología? —inquirió Zahariel.

—Mantenemos a los nativos recluidos en los niveles inferiores —bufó el general—. La guarnición, la infraestructura del Administratum y los residentes extranjeros se alojan en los niveles superiores, donde podemos garantizar su seguridad.

—¿Nativos? —Zahariel miró al general sin mostrar ninguna expresión.

El fruncimiento de ceño de Morten desapareció.

—Disculpe, señor —dijo enderezándose en su asiento mientras un embarazoso rubor empezaba a extenderse desde su grueso cuello. Su ceño fruncido había desaparecido como por ensalmo—. Es una manera de hablar. No pretendía ofender.

—No, por supuesto que no —respondió el bibliotecario con calma—. ¿Cómo se las apañan para proporcionar los servicios básicos a la población?

—Bueno, no voy a negar que es difícil. —Morten suspiró con fuerza—. Los niveles inferiores fueron los más afectados por los disturbios, de modo que gran parte de la infraestructura está dañada. Enviamos equipos de trabajo a diario con escoltas armados para llevar a cabo las reparaciones y hemos colocado instalaciones médicas en puntos estratégicos para atender a los heridos.

—¿Hasta qué punto están los niveles inferiores sin luz y sin agua corriente en estos momentos? —preguntó Zahariel.

—Sólo el veinte por ciento —informó Morten—. Si conseguimos evitar que haya más disturbios a gran escala disminuiremos esa cifra todavía más en las próximas dos

semanas.

Zahariel asintió sin alterar su gesto impasivo. El veinte por ciento sin luz y sin agua significaba que había cerca de un millón de personas atrapadas en la oscuridad, temblando de frío y viviendo de provisiones militares durante la mayor parte del mes.

—¿No hay ningún modo de realojar a los residentes afectados a otro nivel?

—Señor, debe entender que un número desconocido de nativos… —Morten levantó sus alborotadas cejas—. Disculpe, de ciudadanos, forman parte de la rebelión. Desde un punto de vista militar es más inteligente mantenerlos aislados y restaurar los servicios para ellos que liberarlos en otra parte de la arcología donde podrían ocasionar más daños.

Zahariel se puso de espaldas a la ventana e inspiró profundamente para intentar controlar la rabia que sentía.

—¿Es ésta una táctica normal a la hora de tratar con un disturbio civil? —preguntó.

—Por supuesto —respondió Morten—. Hay que meterles en la cabeza que destruyendo propiedades imperiales sólo van a conseguir que sus vidas sean más duras y más miserables. Antes o después aprenden la lección.

«¿Y cuánta gente se vuelve rebelde en el proceso?», pensó Zahariel.

La lanzadera había descendido a unos dos mil metros y su viraje se volvía cada vez más cerrado conforme se acercaba a su destino final. Zahariel vio columnas de humo que se elevaban desde los flancos de la arcología cerca del nivel del suelo, lo que indicaba que la población estaba muy lejos de aprender la brutal lección de la que hablaba el general Morten. El joven astartes se sobrecogió al sentir una perversa sensación de orgullo ante aquella idea.

Descendieron otros mil quinientos metros más y el piloto de la lanzadera empezó a levantar el morro de la nave y encendió los reactores para realizar una toma de tierra vertical. El transporte descendió sobre una amplia plataforma de aterrizaje, una de las varias decenas que sobresalían de la cara septentrional de la arcología, sin dar apenas sacudidas. Morten gruñó satisfecho mientras se desabrochaba el arnés de seguridad y se ponía de pie con cansancio.

—Mi inspección durará tres horas largas —le dijo al bibliotecario—. ¿Debería prolongarla más?

—No será necesario —respondió Zahariel todavía en su asiento—. Si todavía no he vuelto cuando haya terminado, regrese a Aldurukh sin mí. Ya pediré otro transporte.

Morten se detuvo como si quisiera hacerle más preguntas, pero controló su curiosidad y asintió secamente.

—Le deseo buena suerte —dijo, y se dirigió a la rampa de salida.

Zahariel oyó el ruido metálico de las pisadas del general mientras descendía por

la rampa. Uno de los pilotos de la lanzadera atravesó el compartimento de los pasajeros y se dirigió a popa para comprobar los motores. El bibliotecario esperó un minuto más y se levantó. Se quitó su sencilla túnica blanca y dejó al descubierto el ajustado traje de color negro que llevaba puesto debajo, Los líderes rebeldes habían accedido a reunirse con él con la condición de que fuese desarmado y sin armadura. La estipulación lo sorprendió y lo irritó. ¿Pensaban que iba a solicitar un parlamento con la idea de cometer una traición? A pesar de todo, el astartes se tragó su enojo y accedió. Había demasiado en juego como para discutir por tales nimiedades.

El bibliotecario abrió la trampilla del techo y sacó un fardo de tela perfectamente doblado. Zahariel desplegó la pesada capa y se la colocó sobre los hombros. Cuando abrochó el cierre, la capa externa de camaleolina de la prenda se activó y adoptó los tonos grises del compartimento en menos de un segundo. Se colocó la amplia capucha sobre la cabeza y se dirigió rápidamente hacia la rampa.

Fuera de la lanzadera, el aire era fresco y un fuerte viento soplaba desde las montañas. Irregulares hilos de humo se enroscaban alrededor del borde de la plataforma de aterrizaje; Zahariel hizo una mueca al captar el olor de una mezcla de cenizas y de plastiacero derretido. Al otro lado de la plataforma, una profunda estancia daba a un par de puertas blindadas desde las que se accedía a la arcología en sí. Un técnico de la lanzadera estaba de pie cerca de la estancia de espaldas a Zahariel mientras lidiaba con una pesada manguera de reabastecimiento instalada en la propia plataforma de aterrizaje.

El astartes avanzó rápidamente por la plataforma. El leve sonido de sus pisadas se perdía en el gemido de los motores de la lanzadera estacionada. Pasó tan cerca del técnico que hubiera podido tocarlo; el hombre alzó la vista irritado al sentir el viento del paso de Zahariel sobre su cuello, pero su mirada se perdió sin advertir su presencia.

Acomodando la capa sobre su ancha figura, Zahariel penetró en la amplia y ensombrecida estancia y se detuvo junto a las puertas blindadas. Según sus cálculos faltaban seis horas para su encuentro en el subnivel cuatro.

El bibliotecario se volvió hacia la escotilla de acceso de mantenimiento situada a un lado, a la izquierda de las puertas blindadas. La escotilla se abrió sin hacer ruido y reveló un estrecho espacio débilmente iluminado con la roja luz de emergencia y atestado de conductos de alto voltaje y cables de datos. Un estrecho grupo de escalones de metal ascendían y descendían hacia la oscuridad. Antes de abandonar Aldurukh, Zahariel había memorizado una ruta que recorría la laberíntica arcología y que le permitiría llegar al lugar de su cita sin ser visto. Necesitaba cada segundo de esas seis horas para llegar a su encuentro a tiempo.

El bibliotecario encorvó los hombros y se metió como pudo en el minúsculo espacio de tamaño humano y cerró la escotilla tras él. La oscuridad lo rodeaba por

todos lados cargada con el olor a lubricantes, ozono y aire reciclado. El zumbido de la distante maquinaria retumbaba en sus huesos.

Con un profundo suspiro, Zahariel empezó a descender hacia las profundidades.

Seis horas y diez minutos después, Zahariel se encontraba agachado entre las sombras en la boca de un pasillo de acceso de mantenimiento. A tan sólo unos pasos de distancia, una pasarela de metal recorría la alta pared de una de las muchas subestaciones del generador de la arcología. Desde su posición veía el lugar de su encuentro en el piso del generador, seis metros por debajo.

Algo no iba bien.

El momento de la reunión había llegado y había pasado, y los líderes rebeldes no aparecían. En su lugar, Zahariel sólo veía a un par de hombres que vestían uniformes de trabajo esperando en el lugar establecido. Uno de ellos chupaba con aspecto preocupado una pipa de arcilla, mientras que el otro intentaba calmarse limpiándose la porquería de las uñas con la punta de una pequeña navaja. Parecían dos técnicos del generador tomándose unos minutos de descanso lejos de la mirada de su jefe, excepto por las reducidas carabinas láser que colgaban de sus hombros.

¿Qué les habría pasado a Sar Daviel y al resto? ¿Por qué habrían enviado a aquellos dos hombres en su lugar? Ahora, diez minutos después, los hombres empezaban a impacientarse. Sin duda estaban empezando a pensar que él tampoco iba a aparecer. Zahariel apretó los dientes irritado. Podía dejar que se marcharan e intentar seguirlos hasta sus superiores, pero corría el riesgo de perderlos en los laberínticos pasillos de la arcología. De modo que sólo le quedaba una opción viable. El bibliotecario respiró hondo varias veces e intentó relajar la mente y ordenar sus pensamientos. Entonces salió de su escondite, dio tres pasos rápidos y saltó por un lateral de la pasarela.

Aterrizó sin apenas hacer ruido a menos de tres metros de los dos rebeldes. El hombre que llevaba la navaja emitió un graznido sobresaltado y se apartó del astartes con los ojos abiertos de par en par a causa del temor. El que fumaba en pipa se dio la vuelta y siguió la asustada mirada de su acompañante. Dicho sea en su honor, el hombre guardó la compostura mejor que su compañero.

—Llegas tarde —dijo el rebelde medio oculto tras su pipa.

—No he venido aquí para reunirme con vosotros —respondió Zahariel fríamente —. ¿Dónde está Sar Daviel?

Los rebeldes intercambiaron miradas nerviosas.

—Nos han encargado que te guiemos hasta él —contestó el de la pipa.

—No es eso lo que acordamos —dijo Zahariel con un tono de amenaza.

El portador de la navaja palideció y agarró fuertemente el mango de su minúscula arma blanca. Si la situación no hubiese sido tan seria, el bibliotecario se habría

echado a reír.

El otro rebelde apartó la pipa de sus labios y se encogió de hombros.

—Sólo hacemos lo que nos han mandado —dijo—. Si quieres parlamentar tendrás que seguirnos. Si no, en fin, espero que conozcas la salida.

—Está bien —respondió el astartes con frialdad—. Vamos.

—Lo primero es lo primero —dijo el de la pipa. El rebelde se llevó la mano a uno de los bolsillos de su mono de trabajo y sacó un pequeño auspex. Tras colocarse la pipa de nuevo en la boca, activó la unidad y ajustó su configuración. Después examinó a Zahariel de los pies a la cabeza.

Zahariel sintió cómo aumentaba su ira mientras el rebelde realizaba su reconocimiento.

—Acordamos que vendría desarmado y sin armadura —dijo remarcando cada una de las palabras.

—Es posible. —El rebelde permaneció impasible—. Pero aún así tengo que cumplir mis órdenes. —Una vez terminado el escáner, comprobó la lectura de la unidad y asintió hacia su compañero—: Está limpio.

El segundo rebelde asintió, se guardó la navaja y empezó a caminar hacia la entrada del pasillo débilmente iluminado en el otro extremo de la sala del generador.

—Síguelo —dijo el de la pipa—. Yo iré detrás de ti.

Conteniendo su indignación, Zahariel siguió al rebelde que iba en cabeza. Caminaron durante más de una hora por una larga y tortuosa ruta a través de los espacios de mantenimiento que habrían desorientado por completo a un hombre normal. De hecho, Zahariel sólo tenía una vaga idea de en qué zona de la arcología se encontraban. Estaba convencido de que habían descendido otros dos niveles, lo que los situaba al menos a cien metros bajo tierra.

Al final de la caminata, Zahariel se encontró avanzando por un largo y oscuro pasillo que parecía extenderse por lo menos un kilómetro. Al cabo de varios minutos empezó a ver una leve y gris luminiscencia sobre sus cabezas. Su olfato captó el olor a agua salobre y a piedra húmeda y un bajo y susurrante sonido inundó sus oídos. Pronto la luz gris se transformó en una entrada que daba a una pasarela de traqueteante metal suspendida sobre una catarata artificial. A la derecha de la pasarela, lo suficientemente cerca como para poder tocarla, había una pared de agua que descendía con fuerza y se convertía en espuma a dos metros bajo los pies del astartes antes de correr bajo la pasarela y atravesar una rejilla de metal que había a su izquierda. Habían llegado a una de las muchas plantas de depuración de aguas residuales de la arcología. Al otro extremo de la pasarela, a unos cincuenta metros de distancia, un pequeño blocao de permacemento sobresalía de las paredes de la cámara. Dos rebeldes armados permanecían en la entrada del fortín y agarraban nerviosamente sus rifles láser robados. Los guardias los detuvieron al final de la

pasarela y hablaron con los guías de Zahariel en voz baja y apremiante. El astartes intentó oír lo que decían, pero el ruido de la catarata se lo impedía. Tras un breve intercambio de palabras, los guardias asintieron y se apartaron a un lado. El rebelde de la pipa se volvió hacia Zahariel e indicó la puerta con la cabeza.

—Te esperan dentro —dijo.

La ira de Zahariel aumentó de inmediato. Sin mediar ni una palabra, dejó atrás a toda prisa a los cuatro hombres, le dio un manotazo a la puerta para abrirla del todo e irrumpió en el interior. Se encontró en una pequeña habitación, de unos cinco metros de ancho, repleta de mesas de control y de parpadeantes placas de datos. En el extremo opuesto de la estancia había cuatro rebeldes de pie, muy juntos, que custodiaban una simple puerta de metal. A su izquierda, Zahariel vio a lord Thuriel y a lord Malchial sentados en un par de utilitarias sillas de la sala de control. A Malchial se le veía claramente nervioso. Estaba inclinado hacia adelante con las manos tan fuertemente apretadas que sus nudillos estaban blancos como la tiza. Thuriel, por otro lado, estaba tranquilo y observaba al bibliotecario formando una pirámide con los dedos. Sus oscuros ojos sólo revelaban desprecio.

—Veo que al final has decidido venir —le espetó con desdén—. Empezaba a pensar que no lo harías.

—Si hubieseis estado en el lugar acordado no habríais tenido que esperar —respondió Zahariel secamente—. No tenemos tiempo para jueguecitos, lord Thuriel. ¿Dónde están lady Alera y Sar Daviel?

—Eso a ti no te importa —contestó Thuriel.

El hombre se volvió ligeramente e hizo un gesto de asentimiento a los rebeldes que custodiaban la puerta. Todos a una, los cuatro se volvieron hacia Zahariel y levantaron sus armas. Dos de ellos llevaban pesados rifles de plasma de punta roma. Por un momento el bibliotecario sólo podía mirar a los rebeldes. La idea de violar la consagrada tradición de la bandera de parlamento le horripilaba más que cualquiera de los espantos de la disformidad.

—Después de considerarlo detenidamente, hemos decidido que seas nuestro huésped —dijo Thuriel con una cruel sonrisa—. Espero que un rehén tan valioso convenza a Luther para que se tome nuestras peticiones en serio.

A pesar de todo, Zahariel no estaba nada acobardado. Se cruzó de brazos y miró a los rebeldes.

—Voy a daros sólo una oportunidad para que bajéis las armas —dijo tranquilamente.

—¿O qué? —respondió Thuriel con una carcajada—. He oído muchas historias sobre la legendaria resistencia de los astartes, pero dudo mucho que nadie, ni siquiera tú, sobreviviese a un disparo de rifle de plasma a quemarropa.

—Ninguno de nosotros sobreviviría, estúpido —le escupió Zahariel con desdén

—. En una habitación tan pequeña como ésta, los efectos térmicos nos incinerarían a todos. Ahora voy a repetir esto por última vez: bajad las armas o este parlamento ha terminado.

—¿Parlamento? —inquirió Thuriel, incrédulo—. ¿Es que no has oído nada de lo que he dicho? A menos que hayas venido a acceder a nuestros términos, no tenemos nada de qué hablar.

Antes de que Zahariel pudiese responder, la puerta tras los soldados rebeldes se abrió de golpe. Sar Daviel irrumpió en la sala y pasó bruscamente entre los sobresaltados artilleros. Tras él iba lady Alera, con rostro pálido y expresión furibunda. A ella, a su vez, la seguía una tercera figura enjuta, de hombros encorvados, que vestía una sencilla túnica blanca idéntica a la de Zahariel. El bibliotecario reconoció el destrozado rostro de la figura y sintió que una descarga de energía le atravesaba el cuerpo.

Era el maestro Remiel.

—¡Thuriel!¡Maldito estúpido! —rugió Sar Daviel—. No tienes ni idea de lo que estás haciendo. Di a tus hombres que bajen sus armas ahora mismo o lo haré yo por ellos. —Las manos cubiertas de cicatrices del anciano se cerraron en puños. Parecía totalmente dispuesto a llevar a cabo su amenaza.

El tono desdeñoso de Daviel hizo que lord Thuriel se levantase de la silla.

—Vigila tu lengua cuando hables con tus superiores, perro viejo —le advirtió—, o acabarás compartiendo la misma celda que esta monstruosidad hipermusculada.

—Escúchame —dijo Sar Daviel con voz baja e insistente—. Zahariel ha venido en los términos de la bandera de parlamento. ¿Entiendes lo que eso significa?

—¿Bandera de parlamento? —repitió Thuriel con una áspera carcajada—. Ya he tenido bastante de tus románticas nociones de guerra, Daviel. ¿De verdad piensas que Luther ha cambiado repentinamente de opinión y quiere negociar con nosotros? ¡Piensa un poco, hombre! —El antiguo noble señaló a Zahariel con un dedo acusador —. ¡Que nosotros sepamos, ha convocado este parlamento para obligarnos a salir al exterior y matarnos!

—¡Cállate, Thuriel! —gritó lord Remiel. La voz del viejo maestro se había vuelto áspera con la edad, pero todavía conservaba el mismo tono de autoridad que tenía en Aldurukh—. Ordena a tus hombres que bajen las armas antes de que Zahariel decida que el parlamento es nulo y convierta tus paranoicas sospechas en realidad.

El noble renunció a su postura como si lo hubiesen abofeteado. Los artilleros vacilaban e intercambiaban indecisas miradas con los líderes rebeldes como si no supieran a quién obedecer. Al ver que Thuriel no reaccionaba de inmediato, lady Alera se abrió paso entre los guardias y empujó la boca de sus rifles de plasma hacia el suelo.

—Ya basta de tonterías —dijo. Después se volvió a Zahariel y prosiguió—: Siento este malentendido, Sar Zahariel. Lord Thuriel y lord Malchial han actuado de manera precipitada sin nuestro consentimiento. De hecho —continuó, lanzando una furiosa mirada a los dos nobles—, conspiraron para retrasarnos para que no pudiésemos interferir en su traición.

—Un momento —interrumpió Malchial levantándose nervioso de la silla—. Yo no quería participar en esto. Lord Thuriel dijo que…

—Ya hemos oído suficiente de lo que lord Thuriel tenía que decir —lo cortó Remiel—. Os aconsejo a los dos que guardéis silencio de ahora en adelante. Ahora mismo opino que vosotros sois una amenaza peor para nuestra causa que Luther y sus adláteres, y no hay nada en los términos del parlamento que me impida dispararos a ambos.

La amenaza de Remiel terminó con el enfrentamiento al instante. Los artilleros se retiraron y se situaron junto a la puerta presentando armas tras los líderes rebeldes. Malchial se puso pálido y cerró la boca de inmediato. Thuriel también guardó silencio, aunque su cuerpo temblaba de pura rabia.

Zahariel observaba la situación aparentando calma, pero por dentro su mente no paraba de pensar en las consecuencias que tendría la escena que se representaba ante él. Desde el principio era obvio que los insurgentes tenían mucha información acerca de la estrategia y las tácticas imperiales, pero Luther y el general Morten habían dado por hecho que los desertores de los regimientos Jaeger eran los responsables. Ahora Zahariel sabía que la realidad era mucho peor, y puso en duda muchas de las suposiciones acerca de los rebeldes y de sus motivos.

—Eras tú todo el tiempo —dijo Zahariel. El alma se le cayó a los pies al darse cuenta—. ¿Cuántos años fingiste ser nuestro hermano mientras preparabas el terreno para esta rebelión? ¿Cuándo traicionaste tus juramentos hacia el primarca, maestro? ¿Fue el día en que Luther regresó de la Cruzada? ¿O cuando Jonson decidió escoger a otro como lord Cypher en tu lugar?

—Fue la traición de Jonson la que nos ha llevado a esto —respondió Remiel. La voz del viejo maestro era dura como el acero—. ¡Un juramento nacido de un engaño no es un juramento! Sus mentiras…

—No te esfuerces, mi señor —dijo Sar Daviel apoyando una mano en el brazo de Remiel—. No te hará ningún bien. —El mutilado caballero soltó al viejo maestro y dio un paso hacia Zahariel con expresión severa e implacable—. Solicitaste un parlamento, y en honor a las viejas costumbres accedimos. ¿Qué es lo que quieres?

Con esfuerzo, Zahariel apartó la mirada de Remiel y ordenó sus pensamientos. Había ensayado esta conversación en su mente cientos de veces de camino a la arcología.

—He venido por lo que le dijiste a Luther en Aldurukh justo antes de embarcar en

la lanzadera.

Sar Daviel entrecerró su ojo sano pensativamente. Después lanzó a Zahariel una mirada inquisitiva, y de repente la comprensión se dibujó en su cicatrizado rostro.

—Has visto algo, ¿verdad?

—¿Qué ha pasado? —preguntó Remiel con un tono de preocupación.

Zahariel vaciló y supo que ya no podía echarse atrás. Luther le había prohibido tratar el asunto con nadie, pero si no lo hacía, Caliban estaría condenado. Despacio al principio y ganando velocidad y determinación después, el astartes reveló a los líderes rebeldes lo que había encontrado en Sigma Cinco-Uno-Siete.

Cuando hubo terminado, Zahariel observó los rostros de cada uno de los rebeldes. Daviel y el maestro Remiel intercambiaban miradas entre ellos con una adusta expresión. Lady Alera y lord Malchial estaban totalmente pálidos, mientras que la mandíbula de lord Thuriel se tensó de rabia.

—¿De qué está hablando? —inquirió Thuriel—. ¿Qué es esta… esta mancha que no para de mencionar? —El noble dio un paso hacia los dos caballeros más viejos con las manos en forma de puño—: ¿Cuánto tiempo lleváis ocultándonos esto?

—Eso no es de tu incumbencia, Thuriel. —Daviel miró con severidad al enfadado noble—. Créeme, cuanto menos sepas acerca de esto, mejor.

—¿Ahora te atreves a decirme lo que debo saber y lo que no? ¡Eres igual que los malditos imperiales! —Thuriel se volvió hacia lady Alera y señalando acusadoramente a los viejos caballeros gritó—: ¡Te dije que no podíamos confiar en ellos! Quién sabe qué otros secretos nos están ocultando. ¡Podrían haber estado colaborando con Luther todo este tiempo!

—Thuriel, ¿quieres hacer el favor de callarte? —dijo lady Alera con la voz algo temblorosa. La noble se llevó la mano a la frente. Zahariel veía que estaba intentando asimilar todo lo que había escuchado—. ¿No te das cuenta de todo lo que está en juego?

—Claro que me doy cuenta —gruñó Thuriel—. De hecho, veo las cosas mucho más claras que tú, Alera. Veo que los terranos no tienen suficiente con expoliar nuestro mundo. Ahora alimentan a los monstruos con nuestra gente. Y estos dos viejos locos lo sabían, pero nos lo ocultaron.

—No sabíamos nada de esto, estúpido egoísta arrogante —respondió David—. El maestro Remiel y yo estábamos protegiendo a nuestra gente de los monstruos desde mucho tiempo antes de que tú nacieras, no lo olvides. —El antiguo caballero señaló su arruinado rostro con un nudoso dedo—. ¿Quieres hablar de monstruos? Muéstrame las cicatrices que sufriste luchando contra ellos. ¡De lo contrario, cierra la maldita boca!

—Eso es lo que quieres, ¿verdad? Que nos callemos y que confiemos en ti, del mismo modo en que confiamos en Luther, y en Jonson, y en todos esos buitres del

Administratum —respondió Thuriel llevando la mano derecha hacia la pistola enfundada en su cadera—. ¡Nunca, Daviel! ¿Me oyes? ¡Nunca volveré a caer!

El noble miró a Daviel durante un largo momento. El caballero miró a Thuriel con frialdad y se cruzó de brazos ante la amenaza del otro hombre. Los artilleros rebeldes al fondo de la estancia toqueteaban sus armas nerviosamente. Sin embargo, antes de que la situación llegase a más, lord Malchial se levantó de su silla y agarró a Thuriel por el brazo izquierdo.

—Déjalo, primo —dijo Malchial con temor—. De esto no puede salir nada bueno.

Thuriel apretó los dientes consternado y sopesó sus opciones. Finalmente apartó la mano del arma.

—Por una vez, Malchial, puede que tengas razón —asintió el noble. Después lanzó una altiva mirada a los caballeros, a lady Alera y a Zahariel—. Hemos terminado, ¿me oyes? No te daré ni una sola moneda más para financiar tus engaños. Hallaré otro modo de liberar a nuestra gente de los tipos como Jonson y su calaña. Ya lo veréis.

El noble se volvió y salió bruscamente de la habitación con un nervioso Malchial a sus espaldas.

—Maldito sea ese Malchial —dijo Sar David mientras la puerta se cerraba de golpe tras ellos—. Un momento más y Thuriel habría cometido una estupidez. Entonces podríamos habernos deshecho de ambos.

—¿Es sensato dejarlos marchar? —preguntó Zahariel con el ceño fruncido.

—¿Preferirías que estuviesen aquí consumiendo oxígeno? —dijo Alera, indignada, haciendo un gesto de desdén con la mano—. Thuriel sólo nos proporciona dinero y problemas. No cuenta con ningún apoyo real dentro del movimiento. Dejadlo marchar. Tenemos cosas más importantes de las que preocuparnos.

—Las cosas están mucho peor de lo que nos temíamos —dijo gravemente Sar Daviel mirando a Remiel.

Remiel asintió, pero continuó escudriñando con la mirada a Zahariel.

—¿Por qué nos has contado esto? —preguntó a su antiguo alumno.

—Porque nos estamos quedando sin tiempo —respondió el bibliotecario—. Tenemos que detener a los terranos antes de que lleven a cabo su ritual, pero si enviamos una importante fuerza de astartes a buscarlos nos arriesgamos a levantar sospechas en el Administratum.

—Y si supieran la verdad no dudarían en condenar al planeta y a su gente —concluyó Remiel.

—¿Condenarlo? —inquirió Alera—. ¿Eso qué significa?

—El Imperio considera la marca de la disformidad como… un cáncer, por llamarlo de alguna manera. Un tumor en el alma humana —explicó Remiel—. Y con razón, por supuesto. Nadie en su sano juicio quiere vivir el retorno de la Vieja Noche.

Pero el problema es que la mancha de Caliban no afecta sólo a un puñado de individuos corrompidos, es mucho más profunda; está impregnada en el lecho de roca del planeta.

—¿Y cómo se elimina eso? —preguntó la noble cada vez más exasperada.

—Con fuego, ¿con qué si no? —dijo el viejo maestro con un suspiro, y miró a Zahariel fríamente—. El Imperio trasladaría a la legión y a todos los sirvientes fieles que pudiese. Puede que unos pocos cientos de miles se salvasen. El resto…

—Por eso debemos mantener esto en secreto —dijo Zahariel tranquilamente sin dejar de mirar a Remiel.

—Eso suena a algo muy parecido a la rebelión, joven Zahariel. —El viejo maestro arqueó las cejas.

—Luther y yo juramos proteger a las gentes de Caliban mucho antes de la llegada del Emperador —respondió el bibliotecario negando con la cabeza—. Igual que vosotros.

—De acuerdo. —Sar Daviel asintió lentamente—. ¿Qué quieres de nosotros?

—Una tregua —respondió Zahariel sencillamente—. Ayudadnos a encontrar a los terranos rápidamente y sin levantar sospechas, y nosotros enviaremos un grupo de combate para eliminarlos.

—No lo creo. —Alera negó con la cabeza—. Déjanos a los hechiceros a nosotros. Nosotros nos ocuparemos de ellos.

—Ojalá pudiera ser así, lady Alera —dijo Remiel con pesar—. Pero Zahariel tiene razón. Nuestra gente no tiene nada que hacer contra esas criaturas. Éste es un trabajo para un astartes.

—Pero si ni siquiera sabemos con seguridad qué son estos hechiceros —protestó Alera—. ¡Una tregua en estos momentos beneficia a los imperiales, no a nosotros! Su control de la arcología está en el filo de la navaja; si les damos tiempo para recuperar el aliento y enviar más refuerzos… —La voz de la noble se perdió al observar un silencioso intercambio entre Remiel y Sar Daviel—. Hay algo más, ¿verdad? —preguntó.

—No os lo hemos contado antes por motivos de seguridad —asintió David con gravedad—, pero hemos perdido el contacto con varias de nuestras células de los subniveles durante las últimas dos semanas.

—¿Con cuántas células? —inquirió Alera.

—Catorce —respondió Remiel—. Puede que hasta sean dieciséis. Esta mañana dos de ellas no han enviado su informe a la hora prevista, pero podría tratarse de un fallo en el equipo.

—¿Cuántas células tenéis en los subniveles? —Zahariel sintió un escalofrío al escuchar la noticia.

—Un número bastante importante. —Daviel se revolvió incómodamente—. Los

Jaeger no tienen recursos para penetrar más allá del subnivel dos, de modo que mantenemos a nuestros equipos de combate en los niveles más inferiores entre redadas.

—¿Cuántos hombres habéis perdido hasta ahora? —insistió Zahariel—. ¡Contesta!

—Ciento treinta y dos —respondió el caballero mutilado—. Todos bien entrenados y bien equipados, y todos desaparecieron sin enviar ni una sola transmisión. La verdad, empezábamos a pensar que habíais enviado equipos de astartes a los subniveles para erradicamos.

—Ya ha empezado. —Zahariel negó con la cabeza—. Están reuniendo cuerpos, como hicieron en Sigma Cinco-Uno-Siete.

—Como si los terranos tuviesen problemas para encontrar cadáveres en ese osario. —El rostro de Alera se convirtió en un gesto amargo.

—¿Osario? —repitió Zahariel—. ¿A qué te refieres?

Lady Alera miró con la boca abierta al astartes.

—No finjas que no lo sabes —dijo con los ojos brillantes de ira.

—Juro por mi honor, señora —Zahariel levantó una mano—, que no tengo ni idea de lo que estás hablando.

—¿Entonces quién es el responsable de las atrocidades cometidas en vuestro nombre? —dijo con frialdad—. Cinco millones de personas embutidas en tres niveles construidos para albergar sólo un cuarto de esa cifra. Sin electricidad, con intermitentes abastecimientos de alimento y de agua, sin servicios sanitarios… ¿Qué creíais que iba a pasar? Cientos de personas mueren a diario. Los cuerpos se amontonan en los túneles de mantenimiento o se apilan en los ascensores y se envían a los niveles más inferiores para que los supervivientes no tengan que vivir entre cadáveres.

La noticia dejó helado a Zahariel.

—Aldurukh no tenía constancia de esto —dijo con voz ahogada de rabia—. ¿Hay algún modo de saber cuántos han muerto?

—Decenas de miles, hijo. Puede que más. —Remiel movió la cabeza con pesar.

—Los terranos lo sabían. —Zahariel asintió pensativo—. Por eso regresaron a la arcología. —Después miró a Remiel y continuó—: El incidente en Sigma Cinco-Uno-Siete era una prueba sobre el terreno —dijo como un alumno que soluciona un problema ante su tutor—. Necesitaban perfeccionar el ritual, probar sus efectos a menor escala antes de llevarlo a cabo aquí.

De repente le vino a la mente un ejército de cadáveres emergiendo de las profundidades tambaleándose y arrastrándose para asesinar a los millones de personas que vivían como sardinas en lata en los subniveles superiores.

—No tenemos tiempo que perder —dijo—. Si hay otro brote de violencia aquí,

los terranos tendrán toda la energía psíquica que necesitan para empezar un ritual a gran escala. Tenemos que encontrarlos antes de que sea demasiado tarde. —Zahariel dio un paso hacia adelante ofreciendo su mano vacía a los rebeldes—. ¿Accedéis a la tregua?

Alera y Sar Daviel miraron a Remiel. El viejo maestro observó la mano abierta de Zahariel durante un largo instante con una atormentada mirada en el rostro. Finalmente se enderezó y miró a su antiguo alumno a los ojos.

—Para que el pacto sea vinculante debe ser jurado por ambos líderes —dijo severamente—. Si Luther me ofrece su mano, la tomaré. Hasta entonces no podrá haber tregua entre nosotros.

—Entonces ven conmigo a Aldurukh —respondió Zahariel con voz tensa—. Podríamos estar en la fortaleza dentro de dos horas.

—¿Estás seguro de que accederá? —Remiel entornó los ojos.

—Por supuesto —respondió Zahariel poniendo más sinceridad en su voz de la que sentía en realidad—. ¿Crees que el mejor caballero vivo de Caliban renunciaría a su honor tan fácilmente?

Si Remiel detectó la duda en el corazón de Zahariel no lo dejó ver.

—De acuerdo —asintió secamente—. Sar Daviel nos acompañará para ayudarnos a coordinar nuestras fuerzas. —Después se volvió hacia lady Alera—. Avisa a las células que nos quedan y organiza una búsqueda en los subniveles de inmediato. Si localizáis a los terranos no intentéis entablar combate con ellos, ¿entendido?

Alera asintió. Sin pensarlo, la noble se acercó y posó sus manos sobre las de Remiel.

—¿Estás seguro de esto? —le preguntó—. Juraste que jamás regresarías a la fortaleza. Dijiste que ellos habían traicionado todo en lo que creías. ¿Cómo puedes confiar en ellos ahora?

—Esto no es una cuestión de confianza —suspiró Remiel—. Es una cuestión de honor, y la última posibilidad de redención. Se lo debo, Alera. Me lo debo a mí mismo. —El anciano apartó las manos de la noble con suavidad—. Ve y haz lo que te he pedido. Zahariel tiene razón. No tenemos mucho tiempo —dijo con una suave sonrisa—. Si no regreso acompañado de los caballeros de Caliban no lo haré de ninguna otra manera.



DIECISIETE
FUEGO DESDE EL CIELO

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Los rayos láser silbaban alrededor de Nemiel mientras se abalanzaba sobre el magos Archoi y los soldados rebeldes. Su bólter tronó y dos de los oficiales cayeron al suelo con sendos agujeros en el pecho. Archoi retrocedió ante el ataque del redentor lanzando chillidos binarios, y sus acólitos corrieron hacia adelante cogiendo los rifles láser de alta energía de los cinturones.

Nemiel derribó a otro de los rebeldes con un crepitante golpe de su crozius. Un rayo láser golpeó el lateral de su casco como un mazazo e hizo temblar sus pantallas visuales. Un icono de emergencia le informó de que la integridad de su casco corría peligro. El astartes disparó al oficial a quemarropa y lo hizo volar por los aires. Entonces recibió una granizada de impactos mientras los acólitos desataban una salva de disparos contra su pecho.

Los rebeldes se transformaron en borrones de movimiento. Sin duda, sus músculos se habían energizado gracias a fármacos de combate y estimulantes de la adrenalina. Nemiel sintió que una docena de rayos aporreaban su peto y al instante una explosión de ardiente dolor se apoderó de su corazón principal. Por un instante su vista se oscureció mientras su cuerpo luchaba por controlar los efectos del impacto. De repente, el dolor desapareció y su mente se despejó de inmediato gracias a los analgésicos y los estimulantes de su armadura, que habían penetrado ya en el torrente sanguíneo.

Un bólter dejó escapar un rápido estallido sobre el hombro de Nemiel y uno de los acólitos cayó salpicando sangre y fluidos. El redentor disparó al rebelde que

quedaba dos veces y acabó con él de un revés de su crozius. Antes de que el cuerpo del traidor hubiese tocado el suelo, Nemiel ya corría por el estrecho pasillo para alcanzar al magos Archoi, que se disponía a huir.

El hermano sargento Kohl corría junto a Nemiel desde lo alto del armazón del arma de asedio y disparaba con su bólter a todos los tecnoadeptos que se interponían en su camino. Detrás de Nemiel, Marthes se agachó en lo alto del vehículo y lanzó otra ráfaga a los skitarii que disparaban desde la entrada del puente del que acababan de escapar. La pasarela estalló en una tormenta de fragmentos fundidos y los supervivientes cayeron en picado contra el suelo de permacemento dos pisos más abajo. El tecnomarine Askelon aterrizó con fuerza sobre el suelo de permacemento y continuó hacia adelante a pesar de que los sistemas de su armadura estaban tremendamente dañados. Vardus y Ephrial cubría la retaguardia interceptando a cualquier soldado o tecnoadepto que intentase atacar a la escuadra por detrás.

Nemiel se abalanzó sobre el mago como un león calibanita con los dientes apretados y lanzando un rugido feroz. Aunque fuese la última cosa que hiciera, se aseguraría de que el traidor sintiese la justicia del Emperador. Por detrás y por encima de él, el redentor oyó que Kohl gritaba una advertencia justo cuando los pretorianos cargaban contra él desde el espacio entre dos de las armas de asedio.

El grito le salvó la vida. Nemiel se volvió en su dirección y se agachó en el momento justo para sortear una garra de energía que le habría arrancado la cabeza. Un segundo pretoriano arremetió contra él y le hizo un profundo corte en la cadera con un reluciente cuchillo de energía. Nemiel golpeó con su crozius la mano del cuchillo del skitarii. El golpe le obligó a soltar el arma, y el redentor insertó tres proyectiles en el pecho del pretoriano. El guerrero se sacudía mientras los disparos atravesaban su armadura, pero su sistema nervioso, repleto de sustancias químicas, lo mantuvo en pie.

Los inmensos guerreros modificados genéticamente eran cuatro: el de la garra de energía trató de sujetar el brazo con el arma de Nemiel, mientras que el segundo pretoriano apuntaba con sus sistemas de artillería e intentaba cercar el flanco del redentor. Los otros dos skitarii estaban siendo obstaculizados por el hermano sargento Kohl, que se abalanzó contra ellos lanzando un grito de furia. Su espada de energía golpeó trazando un resplandeciente arco y rebanó el brazo armado de uno de los guerreros provocando una lluvia de chispas y un chorro de fluidos.

El pretoriano a la derecha de Nemiel cayó bajo el fuego del bólter del tecnomarine Askelon; aprovechando aquella oportunidad, el redentor giró sobre su talón izquierdo y golpeó al otro skitarii en la cabeza con su crozius. El guerrero murió justo cuando su mandíbula se cerraba sobre el antebrazo de Nemiel abriendo tres profundos y borboteantes boquetes en las negras placas de la armadura antes de caer al suelo.

Kohl acabó con el pretoriano herido delante de él con un corte brutal que le partió el torso acorazado en dos. El último de los skitarii levantó su brazo armado y apuntó hacia el sargento, pero murió por los tres disparos de bólter que le asestó Nemiel a quemarropa.

Nemiel se volvió y buscó al magos traidor, pero Archoi había desaparecido. Los pretorianos habían cumplido su función: habían entregado su vida para darle tiempo a escapar. Los tecnoadeptos supervivientes también habían huido. Se habían escurrido como cucarachas por las angostas vías del edificio de la planta de ensamblaje. El redentor empezó a perseguirlos, pero el hermano sargento Kohl le indicó que se detuviese.

—No tenemos tiempo de perseguir conejos —dijo mientras llovían los disparos láser desde la pasarela—. Tenemos que advertir de esto a nuestros hermanos y a los Dragones.

Vardus, Ephrial y Askelon lanzaron una abrasadora ráfaga hacia los skitarii; mataron a varios de ellos y obligaron al resto a retirarse. Nemiel vaciló atraído por la seductora llamada de la venganza, pero su sentido común y su entrenamiento ganaron a sus emociones.

—Tienes razón, hermano. Ahora Archoi se verá obligado a actuar. Tendrá que ordenar a sus fuerzas que entren en acción de inmediato. ¡Askelon! —exclamó volviéndose hacia el tecnomarine—. ¿Cuál es la manera más rápida de salir de aquí? ¡No hay tiempo que perder!

De hecho, ya llevaban diez minutos de retraso.

El plan de Archoi había sido precipitado, concebido sin pensar ante el cadáver acribillado a balazos de su ex maestro Vertullus y tras recibir la noticia de que, en el último momento, una desconocida fuerza de astartes había entrado en órbita para salvar al asediado mundo forja. Su toma de poder ya se estaba llevando a cabo, y leales unidades de tecnoadeptos y de skitarii estaban asesinando a los fieles de Vertullus y reuniendo al resto en viejos refugios situados en las profundidades bajo las manufactorías a los pies del volcán. Cuando el almirante a cargo de la flota del señor de la guerra le informó de que tendrían que retirarse, Archoi le prometió que cuando regresasen a Diamat, él y su gente estarían preparados. Era eso o enfrentarse a una ejecución segura una vez que el malnacido de Kulik se enterase de los crímenes. Cuando la última nave rebelde estuvo fuera del alcance de los comunicadores, el magos emitió una serie de códigos binarios comprimidos que resumían su plan, que dependía fundamentalmente de una fecha y de una hora aproximada, dos semanas y media después. Ahora el momento había llegado, y Archoi tenía que confiar en que el señor de la guerra no se retrasaría.

En el sector meridional de la forja, en la puerta sur y en la zona gris de la

fortificación, todos los skitarii asignados a las fuerzas de defensa recibieron una transmisión codificada. Los soldados que estaban durmiendo se despertaron y recogieron sus armas en silencio, mientras que los que estaban de guardia sacaban sus cuchillos o silenciaban sus armas y las levantaban contra sus compañeros. En cuestión de minutos, los disparos inundaron la oscuridad mientras la Tecnoguardia tendía una emboscada a sus supuestos camaradas.

En los cuarteles improvisados en los almacenes de la fuerza terrestre astartes, la mayoría de los Ángeles Oscuros seguían despiertos, ocupándose de sus armas y realizando ejercicios de combate cuerpo a cuerpo preparándose para las próximas batallas. Los pretorianos que estaban con ellos se irguieron cuando la señal llegó a sus implantados protocolos de combate e inundó su torrente sanguíneo con un letal brebaje de fármacos de combate. En un instante, los skitarii se transformaron en enloquecidas máquinas de matar; la virulencia de los fármacos era tan intensa que en quince minutos comenzaría a destruir su tejido muscular; se los comería vivos literalmente. Sin embargo, hasta entonces eran inmunes a todas las lesiones excepto las más catastróficas. Mientras preparaban sus armas implantadas y sus accesorios de combate cuerpo a cuerpo, los pretorianos se lanzaron contra los desprevenidos astartes, y la sangre empezó a correr.

El primer signo de peligro en órbita fue la repentina tormenta de interferencias en los comunicadores que aislaron a todas las naves de Jonson. Las operaciones de reabastecimiento ya habían cesado por ese día, pero todavía había varios cientos de tecnoadeptos y servidores de la forja trabajando en la *Duque de Hierro*, el crucero de asalto *Amadis* y la *Causa Invencible*. Varias de las naves de guerra, particularmente los cruceros pesados *Flamberga* y *Duque del Infierno*, así como las naves escolta del grupo de exploradores, se dirigieron a sus puestos de combate, mientras que las demás en un principio creyeron que el fallo de la comunicación no era más que un accidente producido por las reparaciones que se estaban llevando a cabo.

Los capitanes del grupo de batalla trataban resolver la repentina pérdida de comunicaciones e intentaban retomar el contacto con la nave insignia. Esto distrajo su atención de la amenaza que se cernía sobre ellos desde la oscuridad. Una pequeña pero poderosa flota, compuesta a toda prisa por las fuerzas que tenían más a mano, se reunió y se envió rápidamente a Diamat, y ahora acechaba al planeta con los motores apagados y los radares silenciosos.

Los exploradores fueron los primeros en detectar las tropas enemigas que se aproximaban. Enviándose señales de luz en código básico, los cruceros ligeros y los destructores que los acompañaban iniciaron sus motores y abandonaron la órbita rastreando con sus radares el vacío en caso de que las interferencias antecediesen a un ataque enemigo. Tan sólo unos minutos después detectaron las ocho naves enemigas.

Las señales de luz parpadeaban entre las naves imperiales: «Formad una línea y preparaos para lanzar torpedos». Con una destreza y una precisión extraordinaria, las pequeñas naves avanzaron a toda prisa hasta alcanzar la velocidad de ataque. Bajo sus cubiertas, los servidores y los encargados de los torpedos se esforzaban por cargar los tubos, mientras en el puente el oficial de artillería configuraba la trayectoria en el panel que controlaba las armas de la nave.

Al cabo de cinco minutos, las naves indicaron que estaban listas para cargar. Cuando la fuerza de exploradores se encontró a una distancia óptima para el lanzamiento recibieron la señal: «Por el Emperador. Lanzad todos los torpedos».

Las órdenes fueron transmitidas a la cubierta de torpedos. El encargado superior comprobó la trayectoria y giró las llaves de lanzamiento. Menos de un segundo después estaban muertos.

En cuanto cada torpedo recibió la señal electrónica para salir despedido, sus reactores de plasma se sobrecargaron y detonaron en el interior del tubo. Las aerodinámicas proas de los elegantes destructores estallaron en inmensas bolas de plasma que las transformaron en inmensos restos en llamas. Los cruceros ligeros salieron ligeramente mejor parados. Las cubiertas de torpedos quedaron destruidas y en las cubiertas inferiores las llamas avanzaban de manera descontrolada. El pequeño escuadrón no tuvo más opción que replegarse e intentar salvar sus naves.

Las explosiones indicaron a los rebeldes que su sigiloso acercamiento había terminado. Éstos iniciaron sus propulsores a toda máquina y activaron sus escudos de vacío formando resplandecientes esferas alrededor de sus naves como efímeras burbujas de jabón antes de cargarse por completo y desvanecerse de la vista. Los radares cobraron vida, bañaron a las sorprendidas naves imperiales de energía y alimentaron los datos en los dispositivos de objetivo de los oficiales de artillería rebeldes.

Ocho naves: tres cruceros, dos cruceros pesados y tres grandes cruceros se aproximaban a las maltratadas naves imperiales. Incapaces de comunicarse entre ellos y sin saber si los traidores de la forja habrían amañado su propia munición para que explotase en sus propios cañones, los imperiales se prepararon para la arremetida rebelde.

El alba empezaba a romper cuando Nemiel salió del edificio de ensamblaje de los titanes. El redentor oyó el distante ruido de los disparos al sur y supo que se habían quedado sin tiempo. Lo único que él y su escuadra podían hacer ahora era correr para ayudar a sus compañeros astartes y matar a tantos enemigos como les fuera posible.

—¡Vamos! —gritó a sus hombres—. ¡Que nadie se interponga en nuestro camino!

Los astartes avanzaron a toda prisa por la carretera de acceso hacia el extremo sur del sector de la fundición con las armas preparadas en busca de amenazas. El rugido

de los motores petroquímicos resonaba entre los edificios al sureste, pero no había modo de averiguar de dónde procedían los sonidos realmente. Nemiel pensó que probablemente se tratase de una patrulla mecanizada de skitarii, de modo que centró parte de su atención en esa dirección por si aparecían.

Rifles láser de alta intensidad ladraban tras ellos. El hermano Vardus recibió un potente impacto de rayo en la espalda que lo hizo caer sobre una de sus rodillas. Marthes se pasó el rifle de fusión a la mano izquierda y se inclinó. Agarró a Vardus del antebrazo y lo ayudó a levantarse. El hermano Ephrial se volvió y disparó hacia atrás. El tiro provocó el grito de dolor de uno de sus perseguidores.

Más adelante, los motores empezaron a rugir con furia.

—¡Marthes! —exclamó Nemiel mientras le hacía señas al artillero de fusión.

Justo entonces, un TBT tipo Testudo entró con gran estruendo en la carretera de acceso desde una vía lateral, dio una sacudida y se paró. La torreta de su cañón automático giró y escupió una ráfaga de proyectiles de alta velocidad hacia los astartes, que no paraban de correr. El artillero tenía mala puntería y se pasó de la marca, de modo que los proyectiles pasaron silbando sobre sus cabezas, pero Nemiel vio cómo el cañón iba bajando mientras el hombre ajustaba su objetivo. Varios skitarii con armadura de caparazón aparecieron por la esquina, se tumbaron boca abajo y abrieron fuego hacia los Ángeles Oscuros.

El hermano Marthes se adelantó al resto de la escuadra y apuntó con su rifle de fusión. Un rayo de alta potencia lo golpeó en la hombrera izquierda y dejó una quemadura en la gruesa ceramita. Otro disparo le acertó en la pierna y levantó un chorro de chispas en la junta de la rodilla. El artillero del TBT, advirtiendo el peligro, ajustó su objetivo de nuevo y lanzó una lluvia de proyectiles hacia Marthes justo cuando el astartes apretaba el gatillo de su rifle de fusión. El chorro atravesó el lateral del vehículo como un potente cuchillo e hizo estallar sus células de combustible, lo que lo convirtió en una inmensa bola de fuego que se elevó hacia el cielo encapotado.

Nemiel vio que Marthes se tambaleaba al recibir dos impactos de los proyectiles explosivos del cañón en el pecho. Hubo dos estallidos tan seguidos el uno del otro que el sonido del impacto se convirtió en un único y horrísono trueno. El astartes se tambaleó hacia adelante unos pocos pasos más y después cayó de cara. El indicador de su estado en el casco de Nemiel se volvió completamente negro de repente.

Los skitarii se pusieron de pie con la armadura ardiendo a causa del calor de las llamas del vehículo. Nemiel y los demás los acribillaron con sus bólters, matando a varios y obligando al resto a retirarse. Kohl se acercó a Marthes, se arrodilló, cogió el rifle de fusión de las manos del guerrero y se lo lanzó a Ephrial. Después apoyó una de sus manos en el hombro del compañero muerto a modo de despedida, se levantó y corrió tras la escuadra.

Los astartes interpusieron los ardientes restos del TBT entre ellos y sus

perseguidores y después se desviaron a la izquierda por una calle lateral para intentar deshacerse de ellos. Cuando llegaron a la esquina y giraron hacia el sur de nuevo, Askelon señaló al cielo.

—¡Mirad! —dijo sin aliento.

Nemiel siguió su mirada y vio que una lluvia de abrasadores meteoros atravesaba las nubes en dirección a la costa. Muchos se apagaban mientras caían y dejaban una brillante estela verde y naranja en el aire, mientras que varias piezas más grandes continuaban cayendo hasta que desaparecían en el horizonte. Era un espectáculo impresionante, pero a Nemiel lo llenó de temor. Había visto cosas por el estilo muchas veces antes, en mundos devastados por la guerra como Barrakan y Leantris. Los meteoros eran piezas de una nave de guerra que había estallado en órbita. El ataque a Diamat había comenzado.

Los láseres aullaban en el aire de un extremo al otro de la carretera. Uno de ellos golpeó a Kohl en el pecho y se desvaneció sin causarle daño gracias al peto de su armadura. La escuadra devolvió los disparos y un par de skitarii salieron al descubierto y se ocultaron tras la esquina de un edificio de escasa altura.

—¡Son un equipo de observación! —advirtió Nemiel a sus compañeros de escuadra—. Llegaremos a su perímetro externo en un minuto. ¡Ephrial! ¡Prepara ese rifle de fusión!

Cuando llegaron al final de la carretera de acceso, Nemiel evocó la disposición del perímetro de las fortificaciones en su memoria. Delante, a la derecha, había un puesto de cañón láser, y más allá un puesto de ametralladora pesada. A la izquierda había otra ametralladora pesada. El redentor indicó a Ephrial que corriese a la esquina del edificio más alejado a la derecha mientras él se dirigía a la izquierda.

Nemiel pegó la espalda al muro de la manufactoría y miró a Ephrial al otro lado de la carretera. Después indicó al astartes que atacase el objetivo de su derecha. Ephrial asintió, giró la esquina sin vacilar y disparó con el rifle de fusión. La fuente de alimentación del cañón láser detonó en una inmediata explosión seguida de los gritos de los rebeldes desmembrados y agonizantes.

Sin perder tiempo, la ametralladora pesada a la izquierda de Nemiel abrió fuego y lanzó una larga ráfaga de proyectiles trazadores hacia la espalda de Ephrial. El astartes giró la esquina y apuntó con su bólter a los cuatro hombres del emplazamiento de sacos de arena que estaba a tan sólo cinco metros de distancia. El redentor hizo cuatro disparos rápidos y los skitarii cayeron al suelo.

Nemiel se volvió hacia la escuadra y les indicó que avanzasen. Abandonaron el sector de la fundición y se dirigieron rápidamente hacia el cobijo de los almacenes más al sur, recibiendo disparos desde dos emplazamientos de ametralladoras pesadas. Vardus cojeaba a causa de un desafortunado impacto en la pierna. Askelon avanzaba con firme determinación, pero Nemiel sabía que el astartes estaba luchando contra el

peso de su propia armadura y que estaba al borde del agotamiento. El redentor continuó corriendo. Sacó el cargador vacío de su bólter e insertó uno nuevo.

Estaban a cuatro kilómetros y medio de los barracones del almacén del las fuerzas terrestres. Nemiel todavía oía los sonidos del fuego bólter más adelante, lo que significaba que algunos de sus hermanos continuaban luchando. Intentó comunicarse con ellos varias veces, pero las interferencias seguían interponiéndose. Al otro lado del muro de cerramiento de la forja se veían columnas de humo negro desde más de una docena de puntos distintos, y el astartes temió lo peor para los valientes Dragones de Kulik.

Más cerca de los barracones, Nemiel oyó una ráfaga de fuego de rifles láser y de ametralladoras seguidas del gruñido de un cañón de asalto. Era el hermano Titus. El dreadnought estaba haciendo guardia en el exterior de los barracones de la Segunda Compañía cuando se marcharon para llevar a cabo su misión de reconocimiento aquella noche. Sin pensarlo, dirigió a la escuadra en esa dirección mientras oía cómo aumentaba el ruido de la batalla.

Cuando por fin estuvieron cerca del almacén vieron que una batalla campal estaba teniendo lugar en la calle. Encontraron al hermano Titus, protegiendo la entrada lateral del almacén de un pelotón de skitarii. Decenas de cuerpos desgarrados yacían alrededor de los inmensos pies del dreadnought, denotando un ataque frustrado del enemigo. Veintenas de miembros de la Tecnoguardia se veían desparramados sobre el permacemento destrozados por los tremendos cañonazos del gigante. Sin embargo, los enemigos no paraban de llegar desde la entrada meridional y se posicionaban para disparar y desatar una tormenta de fuego contra el blindaje frontal de Titus.

Nemiel ordenó a la escuadra que se detuviese.

—Es sólo cuestión de tiempo que la Tecnoguardia saque un lanza-misiles o un cañón láser para destruir a Titus —dijo—. Vamos a dar la vuelta y a dispararles por detrás. Askelon, ¿puedes continuar?

Los acorazados hombros del tecnomarine se agitaban con los intensos jadeos provocados por el terrible esfuerzo de la huida. Tenía el rostro pálido y ensangrentado, pero miró a Nemiel y sonrió.

—El hermano sargento Kohl lleva tiempo diciéndome que necesito hacer más ejercicio —dijo sin aliento—. No te preocupes por mí.

—Sólo le preocupa tener que cargar con tu peso muerto por ahí —gruñó Kohl—. Venga, vamos.

La escuadra se dirigió al noroeste, pasando un par de almacenes antes de dirigirse al sur de nuevo. Los astartes oyeron los furiosos sonidos de la batalla a su izquierda, calcularon la relativa distancia que los separaba del enemigo y avanzaron hasta estar a quinientos metros tras ellos. Después giraron de nuevo al este y empezaron a correr mientras se preparaban para girar y sorprender al enemigo por detrás.

Avanzaron sólo unos pocos cientos de metros hasta que justo por delante vieron un pelotón de skitarii corriendo que cargaban cuatro cañones láser montados sobre unas cureñas con ruedas. Ellos descubrieron a los astartes casi en el mismo instante; a trescientos metros de distancia, los soldados enemigos dejaron de avanzar de inmediato y giraron frenéticamente las cuatro armas para dirigirlas hacia la escuadra.

—¡Disparad! —gritó Nemiel, pero a sus compañeros no les hubiera hecho falta la orden.

Sin perder un instante, los hombres salieron corriendo a toda velocidad disparando los bólters al mismo tiempo.

Nemiel observó cómo los proyectiles sensibles a la masa impactaban contra las placas antimetralla de las cureñas y rebotaban sin ocasionarles ningún daño. El equipo enemigo trabajaba rápido y con extraordinaria precisión. Conectaron las armas a sus unidades de energía y las cargaron en cuestión de segundos. Si se estuviesen preparando para atacar a soldados humanos, eso habría bastado, pero los astartes alcanzaron al enemigo con segundos de sobra.

Saltaron sobre los escudos antimetralla de los cañones láser y aterrizaron entre los horrorizados skitarii. Nemiel disparó a dos de ellos a quemarropa, después acabó con dos más con su crozius. El hermano sargento Kohl y el hermano Ephrial mataron a casi una docena más antes de que el resto del pelotón huyese por dónde habían venido. Nemiel se detuvo en medio de la carnicería. Sus sentidos potenciados detectaban más sonidos de actividad al sur, hacia donde seguían dirigiéndose los soldados enemigos. El redentor estaba a punto de ordenarle a Askelon que inutilizase los cañones láser abandonados cuando los cielos se abrieron y regueros de fuego descendieron sobre la forja desde las alturas.

No se trataba de los simples meteoros que caían en finos rayos de luz antes de desaparecer. Nemiel contó ocho estelas de humo y llamas separadas que dibujaban un afilado arco y caían en picado hacia un mismo punto: el centro de la forja, a unos treinta kilómetros de distancia. Cuando alcanzaron su objetivo, todo el horizonte septentrional resplandeció con una terrible luz blanca.

Nemiel había sido testigo de más de un bombardeo orbital, pero aquéllos habían sido regueros de fuego de lanzas que cortaban el suelo como una ardiente espada, o salvas de disparos de macrocañones mal direccionados que saturaron una única área con inmensos proyectiles. Nunca antes había estado tan cerca como para experimentar la furia de una descarga de baterías de bombardeo, y no estaba preparado para lo que siguió después.

Los ocho proyectiles impactaron en el objetivo más o menos a la vez. Sus ojivas de magma detonaron con el calor y la intensidad de una bomba de fusión. Sus sistemas registraron un exceso de presión a causa del estallido y apenas tuvo tiempo de gritar que se echaran al suelo antes de que la onda expansiva los alcanzase.

El redentor se lanzó al suelo y apretó su casco contra el permacemento mientras una rugiente cortina de aire sobrecalentado pasaba sobre él. Sus sensores de temperatura alcanzaron el punto máximo y sobrepasaron peligrosamente la zona roja. La fuerza del viento lo levantó del suelo y lo lanzó como un juguete por la angosta vía. El estruendo del estallido resonaba a través de su armadura y le caló hasta los huesos. Sus autosensores se sobrecargaron y se desconectaron de inmediato para evitar daños permanentes.

En unos momentos todo había terminado. Un instante antes el mundo entero parecía estar viniéndose abajo y al siguiente todo estaba inquietantemente silencioso. Nemiel se tumbó boca arriba e intentó reorientarse. Los iconos parpadeaban en la pantalla de su casco y le informaban de que sus autosensores y su transmisor se estaban reactivando. Cuando su visión se aclaró vio hilos de humo saliendo de su chamuscada armadura.

Despacio y con cuidado se sentó. Había humo por todas partes que salía de los almacenes que se habían incendiado con la onda expansiva. Los cuatro cañones láser abandonados habían desaparecido. Miró por todas partes y encontró uno de ellos hecho pedazos contra el lateral de un edificio, pero el resto simplemente no estaba.

El chirrido de su comunicador, ahora ya activo, en sus oídos le hizo ponerse en movimiento. Se dispuso a apagarlo de nuevo cuando de repente oyó un grupo de voces a través de las interferencias.

—Fuerza de Combate Alfa, aquí Leonis —dijo una voz familiar, vaga y confusa a causa de la ionización atmosférica—. Activad vuestras balizas de teleportación y esperad.

Nemiel se puso de pie. Leonis era el sobrenombre personal del primarca. Buscó por la carretera manchada de humo y vio al hermano sargento Kohl que se estaba levantando, junto con Vardus y Ephrial.

—¿Dónde está el hermano Askelon? —preguntó—. ¡Tenemos que regresar a los almacenes de inmediato!

—¡Estoy aquí! —respondió débilmente una voz desde la vía lateral por la que habían llegado en un principio.

Nemiel y Kohl corrieron a la esquina y vieron a Askelon levantándose trabajosamente. Su cabeza desprotegida había sufrido terribles quemaduras a causa de la onda expansiva, pero, de algún modo, el tecnomarine todavía era capaz de moverse.

El redentor y el sargento ayudaron a su compañero a ponerse de pie. Askelon miró a Kohl e intentó sonreír con los labios ensangrentados.

—Me temo que vais a tener que cargar conmigo de todos modos —dijo jadeando.

Kohl agarró el brazo del tecnomarine y se lo puso por encima del hombro. Después agarró a Askelon por la cintura con la mano izquierda.

—Podría llevar a dos como tú sin derramar ni una gota de sudor —respondió el sargento—. Tú mantente alerta por si ves algún maldito skitarii más y déjame el resto a mí.

Nemiel cogió el otro brazo de Askelon y juntos ayudaron al tecnomarine. Oía señales que iban y venían a través del canal de mando de la fuerza de combate, de modo que sabía que al menos algunos Ángeles Oscuros habían sobrevivido a la terrible emboscada de Archoi. El redentor confió en que quedase al menos un apotecario vivo para tratar a Askelon.

Se reunieron con el resto de la escuadra y se dirigieron hacia los edificios de los barracones lo más rápido que pudieron. Fue entonces cuando Nemiel vio realmente los estragos que había causado el bombardeo.

Una enorme columna de humo y cenizas se elevaba hacia el cielo por el norte, donde antes estaban el volcán y el centro de la forja. El sol que salía teñía la columna de restos con tonos rojo sangre y naranja fuego. Cuanto más se acercaban al terreno, Nemiel veía finas venas de intenso color naranja: ríos de magma real que fluían como sangre desde la destrozada falda del volcán. El fuego ardía descontrolado de un lado al otro del horizonte y consumía las ruinas de los edificios siniestrados envolviendo el epicentro del estallido. A efectos prácticos, la forja había quedado destruida.

Tardaron más de media hora en cubrir los quinientos metros de vuelta a los almacenes. Primero vieron la inmensa forma del hermano Titus. Su armadura estaba chamuscada; en algunas partes la pintura había desaparecido dejando al descubierto el metal desnudo, pero él parecía estar ileso. Los almacenes estaban en llamas y la carretera estaba llena de astartes. Una larga y perturbadora línea de hermanos de batalla muertos se extendía a la izquierda de la carretera; los cuerpos estaban siendo atendidos por uno de los dos apotecarios de la fuerza terrestre, que recogía la semilla genética para el futuro de la legión. El segundo apotecario estaba atendiendo a un número todavía más grande de Ángeles Oscuros heridos que estaban formados en pequeños grupos por escuadras a la derecha de la carretera.

En el centro de la multitud se encontraban los comandantes y los líderes de escuadra de la compañía, reunidos bajo la sombra del gran dreadnought. En medio de ellos se elevaba una inmensa figura que vestía una resplandeciente armadura con la cabeza desnuda y con expresión de fría y justificada ira. Nemiel dejó a Askelon bajo el cuidado del hermano sargento Kohl y corrió para reunirse con el primarca.

Lion El'Jonson estaba recibiendo los informes de los comandantes de la compañía cuando Nemiel llegó. Jonson advirtió la presencia del redentor pero no dijo nada hasta que los dos capitanes terminaron de darle el parte de los muertos y heridos. Por lo que Nemiel pudo escuchar, unos treinta astartes habían muerto en la emboscada, y casi el doble habían resultado gravemente heridos antes de que el último de los frenéticos pretorianos hubiese sido asesinado. El ver a tantos hermanos

muertos lo llenó de pena y de una fría e incomprensible ira.

El primarca escuchó con gravedad los informes de los capitanes y después se volvió hacia Nemiel.

—El día no ha empezado muy bien, hermano redentor —dijo Jonson—. Espero que tú nos traigas mejores noticias.

Sin preámbulos, Nemiel le relató su informe. Le contó a Jonson todo lo que habían descubierto durante la noche, desde el posible escenario en el que Vertullus había sido asesinado hasta el descubrimiento de las inmensas armas de asedio en la fundición de los titanes y la terrible traición de Archoi.

—Lo supuse todo cuando la mayoría de nuestros exploradores fueron destruidos por sus propios torpedos recién instalados —dijo Jonson. El primarca se volvió y observó la inmensa columna de cenizas y humo al norte—. Cuando localizamos la fuente de las interferencias, la duplicidad de Archoi se hizo obvia.

—Los señores de Marte se pondrán furiosos ante la pérdida de una forja tan venerable —dijo Nemiel con aprensión.

Jonson se volvió hacia el redentor con los ojos verdes centelleando.

—¡Ése es el destino de todos los traidores! —exclamó bruscamente. La fuerza de su ira fue como un golpe físico, como si se hubiese acercado y le hubiera dado una bofetada a Nemiel en la cara—. Horus y los de su calaña aprenderán la lección a su debido tiempo.

—Hemos visto restos de una nave cayendo del cielo —comentó Nemiel con prudencia—. Supongo que los rebeldes han regresado.

El primarca respiró hondo e intentó controlar su malhumor. Finalmente asintió.

—Esta vez se trata de una fuerza mucho más pequeña, pero suficientemente grande para lograr sus propósitos —dijo suavemente—. Horus ha actuado mucho más de prisa de lo que esperaba y ha enviado una fuerza no muy distinta a la nuestra. Ya nos habría costado vencerlos de por sí, pero la traición de Archoi ha sido nuestra perdición. Hemos perdido todos nuestros destructores, los dos grandes cruceros y el crucero de asalto *Adzikel*. Tras bombardear la forja y eliminar la fuente de las interferencias, he ordenado al resto del grupo de combate que se retirasen a los confines del sistema y después me he teleportado hasta aquí para reunirme con vosotros.

La noticia de la derrota del grupo de combate sacudió al estoico astartes. Nemiel agarró su crozius y se enderezó mientras recordaba sus deberes con la legión.

—Mientras vivamos, lucharemos, mi señor —dijo con voz desafiante—. Aunque azote la tormenta y el enemigo se cierna sobre nosotros, permaneceremos impasibles. Dejemos que vengan: ¡somos los guerreros de la I Legión, y jamás hemos conocido la derrota!

De repente, los Ángeles Oscuros allí reunidos lanzaron gritos de apoyo. Jonson

sonrió.

—Muy bien, hermano redentor —respondió—. Tienes razón. Hemos sufrido golpes terribles, pero la batalla todavía no ha acabado.

—¿Qué quieres que hagamos, mi señor? —preguntó Nemiel.

Jonson miró al norte, hacia el inmenso y distante edificio de ensamblaje.

—Volvamos a la fundición —dijo—. Mientras tengamos bajo nuestro poder las armas de asedio de Horus, los rebeldes no se arriesgarán a llevar a cabo un bombardeo orbital. —Después se volvió hacia los astartes con expresión adusta—. Una vez allí, tendremos que fortificar el sector lo mejor que podamos y prepararnos para luchar a vida o muerte. Si no me equivoco, los Hijos de Horus no tardarán en llegar.



DIECIOCHO
UNA ESPINA CLAVADA EN LA MENTE

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El ruido de los propulsores de la lanzadera se volvió más intenso a medida que llevaban a cabo un descenso casi balístico hacia Aldurukh, pasando de un furioso silbido a un atronador rugido al atravesar en picado la estratosfera hacia el denso aire a nivel del mar. El armazón de la nave tembló mientras el piloto forzaba la lanzadera al límite. Zahariel le había dicho que volase hacia la fortaleza como si su vida dependiera de ello, y el hombre le tomó la palabra. El bibliotecario sentía las sacudidas de la nave en sus propios huesos y tenía que elevar su potente voz para que lo oyesen por encima del estruendo.

—General Morten, ésta es una orden directa —gritó por su comunicador—. Abra los niveles de los habitáculos de la arcología de los Bosques del Norte y redistribuya a la población por los niveles superiores.

La respuesta del general terrano apenas podía oírse a causa del ruido, pero sí podía distinguirse su tono de exasperación.

—Señor, creo que ya se lo he explicado antes. La situación de seguridad…

—Soy perfectamente consciente de la situación de seguridad —lo interrumpió Zahariel. El bibliotecario se volvió hacia el maestro Remiel y Sar David, sentados en el compartimento de los pasajeros, que fingían no escuchar la tensa conversación—. El cordón sólo está empeorando las cosas. Tiene que sacar a esas personas de allí antes de que sea responsable de una catástrofe.

—Pero señor, los problemas logísticos de trasladar a cinco millones de

personas…

—Requerirá mucho esfuerzo y coordinación de nuestra parte —volvió a interrumpirlo Zahariel—. De modo que espero que usted y su hombres le dediquen al asunto su completa e inmediata atención. Hágalo, general. No me importa lo que cueste.

Zahariel cortó la comunicación sin darle a Morten la oportunidad de responder. No quería discutir el asunto, y no tenía intenciones de explicarle sus motivos a través del comunicador.

—¿Crees que lo hará? —preguntó el caballero mutilado. Daviel apartó la vista de la ventana a su izquierda y lanzó una mirada inquisitiva a Zahariel.

—No todos los terranos son viles y corruptos, Sar Daviel —suspiró el bibliotecario—. Morten es un buen soldado. Cumplirá mis órdenes.

El rostro lleno de cicatrices de David mostró su escepticismo, pero no dijo nada. Zahariel observó al caballero por un momento.

—¿Cuánto hace que lo sabías? —preguntó.

—¿El qué? —Sar Daviel entrecerró su ojo sano.

—Lo de Caliban. Lo de la mancha.

—Ah, eso. —La expresión de enfado de Daviel se tomó en angustia. El caballero se frotó la barbilla con una mano cubierta de cicatrices—. Desde hace mucho tiempo. Tal vez demasiado. —Sar David sacudió la cabeza y continuó—: Al principio pensé que me estaba volviendo loco. Al fin y al cabo, tú veías las mismas cosas que yo y no parecías darle importancia.

Zahariel se puso tenso en su asiento.

—¿Qué cosas? —preguntó mientras se le empezaba a erizar el vello del cuello—. ¿De qué estás hablando?

—De la biblioteca, por supuesto. —Daviel frunció el ceño, consternado—. En la fortaleza de los Caballeros de Lupus. No puedes haberlo olvidado. —Su ojo sano miró hacia arriba como recordando los detalles de una pesadilla—. Todos esos libros. Esos libros terribles…

Al bibliotecario se le heló la piel.

—¿Cómo pudiste ver la biblioteca, Daviel? —le preguntó—. Estabas herido en el patio del castillo.

—Así es. —Daviel bajó la mirada—. Tuve una fiebre terrible durante días después de aquello. Los cirujanos temían moverme en el estado en el que me encontraba, de modo que a mí y a unos pocos heridos más nos dejaron atrás cuando el ejército regresó a Aldurukh. —El viejo caballero guardó silencio por un momento mientras los recuerdos le venían a la mente. Después se miró las manos, curvadas como garras en su regazo—. Más adelante, cuando conseguimos levantarnos y mantenernos en pie durante unas cuantas horas, intentaron encontrarnos cosas que

hacer para animarnos, de modo que a algunos de nosotros nos pusieron a trabajar en esa biblioteca, metiéndolo todo en cajas para transportarlo a casa. —Daviel suspiró —. Hacíamos turnos rotativos, así que sólo estábamos allí unas pocas horas a la vez, y teníamos órdenes estrictas de no abrir ninguno de los libros. —El caballero sonrió tristemente—. Los cirujanos dijeron que no querían que forzásemos demasiado la mente en nuestro estado.

—Pero no hiciste caso.

—No, no lo hice —asintió Daviel apesadumbrado—. Yo y otro caballero sucumbimos a nuestra curiosidad y ojeamos algunos de los libros más viejos mientras los preparábamos para embalar. Y la verdad es que al final pasábamos más tiempo leyendo que trabajando.

—¿De qué eran los libros? —inquirió Zahariel.

—De historia, literatura, arte y filosofía. Había libros de ciencia, de medicina y de… cosas prohibidas. Tomos antiguos y arcanos, muchos de ellos escritos a mano. —El caballero negó con la cabeza—. La mayoría de ellos me resultaban incomprensibles, pero estaba claro que los Caballeros de Lupus llevaban estudiando a las grandes bestias y los Bosques del Norte en sí, desde hacía siglos. Sabían lo de la mancha, aunque no llegaban a comprenderlo del todo. Por lo visto pensaban que era una fuerza que se podía someter y controlar. Vi grimorios que pretendían contener rituales para ese propósito.

Daviel perdió la voz y su rostro palideció ante el recuerdo. Zahariel vio cómo se llevaba una mano a su maltrecha mejilla, como si la vieja herida volviese a dolerle. Un momento después, el caballero se estremeció y negó con la cabeza frenéticamente, como intentando despertarse de un sueño muy real. Parpadeó unas cuantas veces y volvió a centrarse en el astartes.

—Después, cuando los libros estuvieron embalados y se nos permitió realizar el viaje de vuelta a casa, tratamos de olvidar todo lo que habíamos visto —dijo sonriendo levemente—. Es curioso que, a pesar de todos los horrores de los que habíamos sido testigos en aquel lugar, lo que más nos atormentaba era el recuerdo de aquellos libros. En ocasiones, a altas horas de la noche, hablábamos al respecto e intentábamos comprender qué significaba todo aquello. Yo estaba convencido de que los libros presagiaban la siguiente etapa de nuestra cruzada; que una vez que las grandes bestias fuesen destruidas, Jonson dedicaría nuestra Orden a limpiar la mancha de Caliban de una vez por todas. —La expresión de Daviel se volvió solemne —. Entonces llegó el Emperador y todo cambió. Hicimos una cruzada tras otra, y yo no entendía por qué. Si lo que decían los libros era cierto, Caliban seguía estando en grave peligro. Y fue por eso más que nada por lo que me marché.

—¿Por qué? —preguntó Zahariel.

Daviel se esforzó por encontrar un modo de expresar sus pensamientos con

palabras. Después levantó la mano y se frotó distraídamente la frente cubierta de cicatrices.

—Tenía que averiguar la verdad —dijo por fin—. Los libros habían desaparecido, pero los recuerdos de lo que había visto se quedaron en mi interior como… como una espina clavada en mi mente. Intenté convencerme de que no eran más que simples fábulas, mitos de campesinos, como los Vigilantes de los Bosques, pero el sentimiento de culpa me carcomía día y noche. Porque si la mancha era real, las grandes bestias volverían a aparecer, y todo lo que habíamos sufrido habría sido en vano. —El viejo caballero suspiró—. De modo que dejé la Orden y me embarqué en una última misión: encontrar a los miembros supervivientes de los Caballeros de Lupus.

—Pero si no hubo ningún superviviente —dijo Zahariel parpadeando sorprendido—. Lord Sartana había reunido a toda la orden en su fortaleza de los Bosques del Norte. Murieron todos en el asalto final.

—Eso nos hicieron creer —respondió Daviel—. No hay duda de que lord Sartana los convocó a todos, pero los Caballeros de Lupus eran conocidos por enviar a sus caballeros a los lugares más remotos del planeta en extrañas y secretas misiones. Es imposible que todos regresasen a tiempo para el asedio, o al menos eso pensaba yo.

El bibliotecario frunció el ceño e intentó recordar los días que siguieron al asedio. ¿No había dicho Jonson algo sobre perseguir a los miembros fugitivos de los Caballeros de Lupus? No lograba acordarse. Una ligera sensación de desasosiego le revolvió las tripas.

—Durante los primeros años, aguardé cerca de las ruinas de su fortaleza y esperé a que los lobos errantes regresasen a casa —continuó David—. Esperaba que los supervivientes intentasen volver por si podían rescatar algo de su orden. Al ver que no aparecía ninguno empecé a recorrer las fronteras en busca de algún rastro de su paso.

—¿Encontraste algo? —preguntó Zahariel.

—Por lo que llegué a averiguar —asintió Daviel con gravedad—, hubo cinco caballeros de Lupus que no estuvieron presentes en el asedio. Encontré los huesos de tres de ellos en la profundidad de los bosques, donde intentaron sobrevivir durante meses tras la destrucción de su fortaleza. Las pistas del cuarto me llevaron hasta una torre medio en ruinas cerca del Cabo de Piedra, en la otra punta del mundo desde los Bosques del Norte. Luchó contra mí como un animal acorralado, y cuando se dio cuenta de que no podría vencerme prefirió saltar desde lo alto de la torre hacia el mar embravecido en lugar de revelar sus secretos.

—¿Y el quinto?

Daviel hizo una pausa y lanzó una mirada inquisitiva a Remiel. El viejo maestro le indicó que continuase con un gesto de la mano.

—El último resultó ser el más difícil de encontrar. —El viejo caballero suspiró—. Nunca se quedaba en el mismo lugar demasiado tiempo, vagaba como un fantasma de una aldea a otra. Nadie recordaba a ciencia cierta su aspecto, y cambió de nombre varias veces a lo largo de los años. Durante mucho tiempo llegué a pensar que no era real, hasta que me topé con su caballo y sus arreos, que todavía conservaban los símbolos de su orden, en un pueblo de comerciantes en la Punta de las Colinas.

—¿Qué había sido de él?

Daviel entrecerró el ojo sano.

—Según el nuevo propietario del caballo, el hombre aceptó su moneda, le compró ropa nueva a un mercader y se presentó ante un caballero de la Orden que pasaba por la aldea en busca de nuevos aspirantes.

La noticia conmocionó a Zahariel. Después miró al maestro Remiel.

—Alguien debió de darse cuenta…

—¿Cómo? —Remiel levantó una ceja hacia su antiguo alumno—. Era un joven caballero sin reputación y sin sentido del honor. Podría haberse presentado como el hijo de un silvicultor y nadie lo habría dudado. —El anciano posó la mirada en Zahariel—. El caso es que con su técnica y su experiencia logró ascender en los rangos de la Orden a gran velocidad.

—¿Adónde quieres llegar? —inquirió Zahariel frunciendo el ceño.

La expresión de Remiel se volvió amarga, y entonces el bibliotecario lo entendió todo.

Remiel advirtió el gesto de repentina comprensión en el rostro de Zahariel y asintió.

—Ahora empiezas a verlo.

—No —protestó el bibliotecario—. Es imposible. Jonson jamás habría permitido…

—Lo hizo —gruñó Remiel con la voz cargada de una ira que llevaba mucho tiempo contenida—. ¿Nunca te preguntaste por qué Jonson nombró a un joven caballero desconocido como el nuevo lord Cypher y le confió todas nuestras tradiciones y nuestros secretos?

—Pero ¿por qué? —Zahariel negó con la cabeza—. ¿Qué razón podía tener para hacer algo así?

—Piensa, hijo —le dijo Remiel de nuevo como un tutor impaciente que instruye a un alumno obstinado—. Deja a un lado tu maldito idealismo por un momento y piensa de manera táctica. ¿Qué obtendría Jonson con semejante elección?

Zahariel se tragó su sorpresa y su irritación y consideró el asunto fríamente.

—Escogió a alguien sin vínculos hacia los caballeros superiores de la Orden o los maestros, alguien que le rindiese lealtad sólo a él —dijo pensando en voz alta—. Alguien que actuaría en beneficio de Jonson por encima de todo.

—Y que guardaría sus secretos a pesar de las consecuencias que esto pudiese tener para los demás —continuó Remiel.

El astartes consideró lo que todo aquello implicaba y sintió un escalofrío de horror.

—No puedo creerlo —dijo con voz apagada.

—¿No puedes… o no quieres? —inquirió el viejo maestro—. ¿Crees que para mí fue fácil aceptarlo? Yo ayudé a criar a Lion El'Jonson cuando Luther lo encontró en los bosques. Para mí era como un hijo.

—Pero ¿por qué? —protestó Zahariel—. ¿Por qué tantos secretos y tantos engaños? Pronunciamos un juramento de lealtad, Remiel. Ya tenía nuestras promesas. Lo habríamos seguido hasta la Vieja Noche si nos lo hubiese pedido.

Remiel tardó en contestar. Zahariel vio que la ira del viejo maestro se disipaba, como el calor de una brasa que se apaga. Ésta dio paso a una sensación de angustia y, finalmente, a una vacía y estéril tristeza.

—No es que nosotros perdiésemos la fe en Jonson… —dijo suavemente. Sus ojos empezaron a llenarse de lágrimas—… es que, en algún momento, él perdió la fe en nosotros. Sea adónde sea donde se dirigen él y el Emperador, nosotros no estamos invitados a seguirlos. Lo único que podemos hacer es reclamar lo que en su día fue nuestro.

A Zahariel aquella idea le dolió como si le hubiesen clavado un puñal en el corazón. Intentó refutar a Remiel, encontrar algún error en la terrible lógica del viejo maestro.

Los últimos minutos de vuelo transcurrieron en silencio.

Cuando llegaron a Aldurukh, Zahariel se colocó la armadura y cogió su bólter y su báculo antes de acompañar a Remiel y a Daviel a las cámaras del Gran Maestre. Allí encontró a lord Cypher, tal y como esperaba.

Cypher apartó la vista bruscamente de los informes apilados sobre el escritorio. Sus ojos se abrieron de par en par al ver a los líderes rebeldes. Era la primera vez que Zahariel veía al astartes sorprendido.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió Cypher fríamente.

—Llévanos con Luther —exigió Zahariel—. Ahora.

—No puedo hacer eso —respondió Cypher recuperando su porte inescrutable—. Como te he dicho infinidad de veces, hermano, Luther está meditando y no quiere que se le moleste…

—Querrá cuando oiga lo que tenemos que decirle —respondió Zahariel—. La supervivencia de Caliban está en juego. —El bibliotecario apretó las manos contra el báculo—. Si no quieres llevarnos hasta él, dinos al menos dónde podemos encontrarlo.

—No puedo hacerlo —respondió Cypher con frialdad—. Tengo órdenes del señor de Caliban y tú no tienes autoridad para revocarlas.

—Estoy convencido de que Luther espera que se le informe en caso de emergencia —insistió Zahariel.

—Por supuesto. —Cypher sonrió ligeramente—. Dame el mensaje y yo se lo transmitiré inmediatamente.

Zahariel sintió que lo invadía la ira. Sin embargo, antes de que pudiera responder, oyó unas fuertes pisadas tras él. Al volverse vio al hermano bibliotecario Israfael y al señor del capítulo Astelan de pie en la entrada. Israfael miró a Daviel y al maestro Remiel con recelo, mientras que los ojos de Astelan brillaron con irritación al ver a Zahariel.

—¿Dónde estabas? —le preguntó—. ¡Te he estado buscando por todo Aldurukh!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zahariel temiendo ya lo que iba a escuchar.

Si Astelan no había usado el comunicador para contactar con él sólo podía significar una cosa.

—Hace media hora empezamos a oír que había disturbios a gran escala en la arcología de los Bosques del Norte —dijo Astelan en tono grave—. Grupos de civiles histéricos han asaltado las barriadas que rodean los niveles de los habitáculos. Muchos de ellos aseguran que los imperiales están aliados con los hechiceros que pretenden sacrificarlos para la disformidad.

Daviel dejó escapar un furioso gruñido.

—Thuriel está detrás de esto —dijo—. Ese estúpido idiota nos ha condenado a todos.

—¿Y qué hay de los Jaeger? —Zahariel sintió un escalofrío—. Le he ordenado al general Morten que abriese el cordón y que empezase a reinstalar a los civiles.

Astelan sacudió la cabeza exasperado.

—Estamos recibiendo informes que se contradicen enormemente —dijo—. Hemos oído que algunas unidades han abierto fuego contra los alborotadores, mientras que otros han tirado las armas o se han cambiado de bando. Los oficiales del Administratum de la arcología han avisado a la magos Bosk, y ésta exige saber qué estamos haciendo al respecto.

—Os dije que no podíamos ocultárselo —intervino Israfael, enfadado—. Probablemente esté redactando un informe urgente para el primarca en estos momentos acusándonos de negligencia. ¡Y con toda la razón del mundo!

—Eso no es lo peor de todo —dijo el señor del capítulo interrumpiendo a Israfael con una mirada de enojo y mirando a Zahariel—. Hemos recibido transmisiones incompletas de las patrullas de Jaeger que se encuentran en los niveles inferiores de los habitáculos informando de que los están atacando.

—¿Atacando? —repitió Zahariel, y se volvió hacia los líderes rebeldes—.

¿Quién?

—Los muertos —respondió Astelan.

Sus palabras resonaron por toda la cámara.

—Se acabó —dijo Remiel exteriorizando sus pensamientos—. Hemos llegado demasiado tarde.

—No —insistió—. Todavía no. —Zahariel negó con la cabeza testarudamente.

El bibliotecario se volvió hacia Cypher con el rostro pálido de ira. El encapuchado astartes empezó a decir algo, pero al instante empezó a retorcerse y lanzó un grito ahogado cuando Zahariel envió una sonda de energía psíquica a explorar su mente.

—El disimular es cosa del pasado —dijo Zahariel con un tono tan frío como el hielo—. Llévanos hasta Luther. Ahora.

—No… —Cypher apretaba los dientes bajo aquella invasión psíquica.

—Entonces buscaré dónde se encuentra en tu mente —lo amenazó Zahariel—, junto con todos los demás secretos que nos has estado ocultando. Aunque no puedo asegurar que vaya a quedar mucho de ti cuando acabe.

Zahariel hurgó más con su sonda en la mente de Cypher. El astartes se puso rígido. Al instante le cayó un fino hilo de sangre de la nariz.

—¡Basta! —exclamó con un susurro ahogado—. ¡De acuerdo! ¡Os llevaré hasta él! Pero… —Lord Cypher cayó al suelo con un quejido cuando Zahariel lo liberó. Por un instante dejó caer la cabeza mientras respiraba agitadamente. Cuando alzó la vista para mirar al bibliotecario, su expresión era feroz—. No tienes ni idea de con qué estás jugando, estúpido —gruñó—. El primarca…

—El primarca no está aquí —lo cortó Zahariel secamente—. Así que jugaré con lo que tenga que jugar. Ahora, levántate. No tenemos tiempo que perder.

Cypher salió de detrás del escritorio sin decir nada más. Ellos lo siguieron por la estancia rondándolo como cuervos.

Cypher les guió hasta la oscuridad, hasta las profundas entrañas de la Roca.

Desde la Cámara del Círculo descendieron por una escalera secreta que había sobre el estrado del Gran Maestre de la que Zahariel no tenía constancia, pero que al mismo tiempo le resultaba tremendamente familiar. Por mucho que se esforzaba, no conseguía relacionar las dos cosas. Cuanto más se concentraba, más le dolía la cabeza. Finalmente decidió olvidarse del asunto antes de comprometer su ya alterada concentración. El dolor de cabeza disminuyó, pero no desapareció del todo.

La escalera acababa en una habitación de techo bajo que en el pasado podía haber sido un lugar de reunión; ahora, el antiguo enladrillado estaba repleto de modernos pasadizos abovedados de permacemento fundido que se adentraban todavía más en las profundidades. Cypher los condujo a través de aquellos pasillos apenas

iluminados sin vacilar, pasando por un laberinto de túneles que ponía a prueba hasta la memoria genéticamente aumentada de Zahariel. Continuaron adentrándose cada vez más hacia el corazón de la montaña. Llegó un momento en que parecía que llevaban horas caminando. Zahariel calculaba que estaban a más de mil metros bajo tierra. Entonces Cypher giró por un angosto y abovedado pasillo que acababa súbitamente en una alta y arqueada entrada. Zahariel advirtió con sorpresa que las puertas estaban revestidas de adamanthium e instaladas en un marco reforzado. Cualquier arma lo bastante potente como para atravesar aquel portal incineraría también todo lo que se encontrase al otro lado, observó.

De pie ante las puertas, Cypher extrajo una sofisticada llave electrónica de entre sus ropas. Tras lanzarle una última mirada furiosa a Zahariel, levantó la llave ante el portal y presionó el accionador. Los cerrojos se escondieron en el marco con un aceitoso estruendo metálico y las altas puertas se abrieron silenciosamente hacia dentro.

La biblioteca que había en el interior estaba construida verticalmente, y sus estanterías repletas se elevaban en ocho paredes hasta un techo abovedado a cincuenta metros de altura. Largas y finas tiras de lumen instaladas en la piedra en las esquinas de las ocho paredes inundaban el espacio de luz clara. El aire oía ligeramente a ozono y a aceite de máquina. En lo alto de las paredes, Zahariel vio cuatro pequeños logoservidores que esperaban discretamente entre las sombras, colgando de las estanterías con sus largas y delgadas extremidades y observando a los astartes con sus pequeños ojos rojos.

Zahariel calculó que el suelo de la biblioteca medía aproximadamente unos treinta pasos de ancho y estaba cubierto de gruesas alfombras para combatir el frío subterráneo. Mesas de lectura y otras pesadas mesas de madera estaban dispuestas sin ningún orden concreto por la habitación, repletas de libros abiertos y de antiguos y mohosos rollos de pergamino. Otros libros estaban desperdigados en el suelo y por debajo de las mesas. Había tantos que los astartes se vieron obligados a detenerse justo tras pasar el umbral por miedo a pisar los frágiles tomos.

El aire de la biblioteca era completamente tranquilo y denso a causa del polvo acumulado con los años. El único sonido que se oía era el suave zumbido de los servomotores de los pisos superiores. Una débil pero palpable corriente de invisible energía envió unos hilos de hielo que le atravesaron el cráneo. El joven astartes respiró y habló al silencio catedralicio.

—¿Luther? Mi señor, ¿estás aquí?

Una figura se revolvió en las sombrías profundidades de una silla de alto respaldo que se encontraba cerca del centro de la sala. Zahariel apenas podía distinguir la cabeza y los hombros de un hombre iluminados por una débil luz azul plateada.

—Zahariel —respondió Luther. Su voz era ronca, como si hablase tras largas

horas de esfuerzo—. No deberías estar aquí.

Lord Cypher dio un prudente paso hacia adelante, distanciándose del resto de los astartes.

—Te ruego que me perdones, mi señor —dijo, e inclinó la cabeza—. Se negaban a aceptar tus deseos.

—Esto no tiene nada que ver con los deseos de nadie —replicó Zahariel—. Estamos en tiempos de crisis. Caliban está al borde del desastre, mi señor. La legión debe actuar de inmediato o todo está perdido.

Luther se levantó lentamente de la silla y avanzó hacia la luz. Tenía los ojos y las mejillas hundidos, como si una terrible enfermedad hubiese causado estragos en su rostro, y había manchas de tinta negra en sus manos, sus muñecas y su garganta. El señor de Caliban se detuvo. Sus labios agrietados se abrieron al ver las figuras que estaban junto a Zahariel.

—¿Maestro Remiel? —dijo—. ¿Estoy soñando? Pensaba que habías muerto hacía tiempo.

—Sigo desconcertando a mis enemigos, mi señor —respondió Remiel con una débil sonrisa.

—Me alegra oír eso —respondió Luther, pero su expresión se volvió sombría al ver a Sar David—. Pero veo que viajas en compañía de rebeldes. ¿Es a mí a quien pretendes desconcertar ahora, maestro?

—Ningún hijo leal de Caliban es enemigo mío —respondió serenamente Remiel a la acusación.

—Mi señor, ¿cuándo fue la última vez que comiste o que bebiste? —preguntó Zahariel observando a Luther con preocupación.

Aunque un astartes podía pasar muchas semanas sin apenas alimentarse, sabía que el cuerpo de Luther no había recibido todos los aumentos metabólicos. Visto lo visto, Zahariel temía que hubiese estado ayunando durante semanas.

El señor de Caliban obvió la pregunta.

—¿Qué está pasando aquí, hermanos? —preguntó, y esta vez su voz recuperó parte de su fuerza y autoridad.

—Se ha descubierto la verdad. Por los Bosques del Norte se ha extendido el rumor de que el Imperio se ha aliado con los hechiceros —explicó Israfael con enfado—. Los disturbios han estallado y el Administratum está furioso.

Luther abrió los ojos de par en par lleno de ira.

—¿Cómo comenzaron esos rumores? —inquirió—. ¡Ordené que se mantuviese esta información en secreto! ¿Quién es el responsable?

Zahariel respiró hondo y dio un paso hacia adelante.

—Yo —admitió—. La culpa es mía.

—¿Tú? —exclamó incrédulo—. Pero ¿por qué? —La confesión cogió a Luther

por sorpresa.

Todas las miradas se posaron en Zahariel. Con la cabeza erguida, el bibliotecario narró todo lo que había visto y hecho en la arcología. Luther escuchaba atentamente y su expresión se iba endureciendo a cada momento. No mostró ningún tipo de reacción ante la propuesta de tregua con los rebeldes, aunque tanto Astelan como Israfael fruncieron el ceño con enfado al escuchar la noticia.

Zahariel terminó relatando lo que habían oído recientemente de los Bosques del Norte.

—Las cosas penden de un hilo, mi señor —afirmó—. Si atacamos de inmediato puede que todavía logremos controlar la situación.

—No, no podemos —dijo Luther rotundamente. El señor de Caliban sacudió la cabeza con expresión sombría—. Es demasiado tarde para eso. No te culpo por lo que has hecho, hermano, pero ya no hay modo de volver atrás. El destino de Caliban está sellado.

Luther se volvió en el silencio que se formó y se acercó a una de las pesadas mesas de lectura. Se inclinó sobre un inmenso tomo de tapas de cuero y pasó la punta de los dedos por una de sus gruesas páginas de vitela. Zahariel logró ver mejor las manos de Luther y se dio cuenta de que las marcas de tinta eran en realidad símbolos de algún tipo que seguían un patrón geométrico. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

—Querían que lo matase, ¿sabes? —dijo suavemente—. Todavía oigo sus voces como si hubiese sucedido ayer.

—¿Que matases a quién, mi señor? —Zahariel miró a Luther, desconcertado.

El señor de Caliban levantó la vista del libro.

—A Jonson, claro —respondió—. Estábamos allí, en la peor parte de los Bosques del Norte, tan adentrados en sus profundidades que hacía una semana que no veíamos el sol. A esas alturas ya habíamos matado a dos bestias y habíamos perdido a Sar Lutiel en el proceso. La mayoría de nosotros estábamos heridos y con fiebre, pero seguimos adelante. —Luther sonrió débilmente—. Nadie había llegado nunca tan lejos en el bosque, y todos estábamos hambrientos de gloria. —La mirada de Luther parecía perdida mientras lo invadían los recuerdos—. Llegamos a un arroyo a mediodía —continuó—. Un lugar ideal para los depredadores, pero teníamos las cantimploras vacías, de modo que decidimos correr el riesgo. Yo estaba haciendo guardia, sentado en la silla de montar con la pistola preparada. Lo siguiente que supimos es que ese niño pequeño estaba con nosotros. Salió caminando de entre los árboles hacia nosotros en absoluto silencio. —El señor de Caliban rió con tristeza—. Sólo lo miramos con la boca abierta un instante. Creo que al principio todos pensamos que era una especie de alucinación. Iba desnudo como un bebé, y su pelo dorado estaba cubierto de ramitas y de hojas. Y su mirada… —Luther negó con la cabeza—. Su mirada era fría y parecía entenderlo todo, como la de un lobo, y no

reflejaba ningún miedo. Al mirarlo a los ojos, Sar Adriel palideció. Sar Javiel y él tenían las manos ocupadas con las cantimploras, de modo que no podían defenderse. «Mátalo», me dijo Adriel. No lo había visto tan asustado en mi vida. Y estuve a punto de hacerlo —confesó Luther—. No tenéis ni idea de lo cerca que estuve, hermanos. Sabía perfectamente lo que estaba pensando Adriel. Estábamos a más de cien leguas de la aldea más cercana, en el bosque más mortal de Caliban, y allí estaba ese niño, tan pequeño que ni siquiera llegaba a tocar mi silla de montar, sin una sola marca en el cuerpo. Era imposible que hubiese sobrevivido en aquel lugar solo. Recuerdo que pensé que era un monstruo —dijo Luther con lágrimas en los ojos—. ¿Qué otra cosa podía ser? De modo que levanté mi pistola y lo apunté con ella. Sólo haría falta un tiro en la cabeza. Justo cuando estaba tensando el dedo sobre el gatillo, el muchacho se dio la vuelta y me miró. Ni siquiera se estremeció al ver la pistola, ¿y por qué iba a hacerlo? No tenía ni la menor idea de lo que era. —Luther respiró profunda y atormentadamente y continuó su relato—. Fue entonces cuando me di cuenta de lo que estaba a punto de hacer y me sentí avergonzado, de modo que tiré la pistola al suelo.

Las lágrimas corrían libremente por las mejillas de Luther. Zahariel miró a Israfael y a Astelan; los astartes estaban igual de turbados que él ante el extraño comportamiento del señor de Caliban. El bibliotecario se esforzó por encontrar algo que decir, pero Remiel se le adelantó.

—No tiene nada de vergonzoso salvar a un inocente —dijo el viejo maestro con voz pausada.

—¡Pero él no era inocente! —exclamó Luther amargamente—. Él lo sabía. Jonson sabía lo de la mancha desde el principio, y ha derramado océanos de sangre para ocultarnos la verdad.

Zahariel se echó hacia atrás, sorprendido ante aquella vehemencia en la voz de Luther.

—Estoy seguro de que no has querido decir eso, mi señor —protestó, aturdido.

—¿Por qué si no incitó a los Caballeros de Lupus a la guerra para después aniquilarlos? ¿Por qué se llevó todos sus libros… —El señor del capítulo levantó un arcano tomo y se lo ofreció a Zahariel— …y nos los ocultó? Por todo lo que podían decirnos sobre la mancha del planeta. Lion El’Jonson hizo todo lo posible para acallar a aquellos que sabían demasiado, y todo empeoró con la llegada del Emperador.

—¡Ya basta! —gritó el hermano bibliotecario Israfael—. ¡No permitiré que sigas difamando a nuestro primarca de esta manera, y mucho menos al Emperador!

A Zahariel empezó a dolerle la parte trasera de la cabeza tan de repente y con tanta intensidad que estuvo a punto de perder el equilibrio. El astartes gruñó y apretó una de sus manos contra su sien en un pueril intento de empujar el dolor a un lado,

después se volvió y vio a Israfael apartado de los demás apretando los puños. El señor del capítulo Astelan estaba a un lado mirando alternativamente a Israfael y a Luther sin saber muy bien de qué lado ponerse. La habitación parecía cambiar bajo los pies de Zahariel. Sabía que todo estaba fuera de control. Nunca había pretendido que las cosas acabasen así.

—No todo se ocultó —protestó—. ¿Qué hay de Nemiel y de mí? Nosotros fuimos los últimos en hablar con lord Sartana y no nos sucedió nada.

—El hermano Nemiel podría estar muerto en algún mundo distante —dijo Luther con gravedad—. Y tú estás aquí, exiliado en un mundo que pronto será engullido por las llamas. —El señor de Caliban alzó la voz casi al borde de la locura—. ¿Es que no lo ves? Jonson sabía que antes o después el Imperio acabaría destruyendo Caliban. Por eso estamos aquí. No sólo nos abandonó, hermano. Nos envió aquí a morir.

—¡Cállate! —rugió Israfael. Varios aros de energía psíquica ondulaban sobre su cabeza y crepitaban como relámpagos en miniatura—. ¡Mi señor, no te encuentras bien y ya no eres apto para estar al mando! —Israfael se volvió hacia Zahariel—. En el nombre del primarca y por el honor de la legión debes asumir el control y ordenar a Luther que se dirija inmediatamente al Apothecarium.

—Es demasiado tarde para traiciones, terrano —gruñó Luther. El señor de Caliban tiró el libro a un lado y dio la vuelta a la mesa con los ojos centelleantes—. Ahora ya sabes la verdad, ¿verdad, Zahariel?

Una invisible tormenta de energía psíquica inundó la sala. A Zahariel le daba vueltas la cabeza. Vio al maestro Remiel y a Sar Daviel a unos metros de distancia, atrapados entre los dos furiosos guerreros. De repente, un pensamiento le vino a la mente a través de la bruma de dolor.

—¡Esto es un error, mi señor! —le dijo a Luther—. ¡Sar Daviel! Tu amigo, el caballero que también leyó los libros, ¿quién era? ¿Dónde está ahora?

Daviel se volvió hacia el bibliotecario con una mirada de angustia.

—Se llamaba Ulient —dijo el viejo caballero—. Desapareció el día en que el Emperador llegó a Caliban y jamás volvimos a verlo.

Una lanza de puro y ardiente dolor atravesó la mente de Zahariel. El joven astartes lanzó un grito y se apretó las sienes con la mano. Sentía como si un dique hubiese reventado en su cerebro liberando un torrente de recuerdos contenidos.

… Oscuridad. Unas manos acorazadas que lo agarraban y lo sujetaban en alto…

… La voz de Israfael resonando en la oscuridad:

«… El complot falló y el conspirador está siendo interrogado. Pronto descubriremos quiénes pretendían hacernos daño y nos encargaremos de ellos…».

… Otra voz. El hermano Midris.

«… Cuéntanoslo todo y no te olvides de nada o lo pagarás muy caro. Empieza por cómo conocías el plan del hermano Ulient…».

«¿El hermano Ulient? —había respondido él—. ¿Así es como se llama? No lo conocía».

… Pero sí lo conocía. Lo había visto en la estancia secreta bajo la Cámara del Círculo. Nemiel lo había llevado hasta allí para reunirse con los miembros de la conspiración. Recordó a los hombres encapuchados con túnicas blancas hablando de asesinar al Emperador de la Humanidad…

«… El Imperio no es de fiar. Sabemos que planean esclavizarnos y arrebatarnos nuestro mundo…».

… Recordó la reluciente figura que apareció en la puerta de la cámara de interrogación, cuyo rostro era demasiado glorioso como para ser contemplado. La voz del Emperador de la Humanidad lo arrolló como una ola oceánica…:

«… Asegúrate de que no recuerde nada de esto. No debe haber sospecha alguna de discrepancia dentro de la legión. Debemos permanecer unidos o estaremos perdidos…».

Zahariel cayó de rodillas. Su cuerpo temblaba mientras los últimos vestigios de bloqueo psíquico se disipaban. Israfael y Luther se habían quedado en silencio y todas las miradas estaban puestas en él.

La sensación de incumplimiento de una promesa, de traición, era casi demasiado terrible de soportar. Entonces se volvió a Israfael.

—Me bloqueaste la mente, hermano —dijo, su voz era apenas más alta que un susurro.

—Por supuesto que lo hice —admitió Israfael sin disculparse—. Me lo ordenó el Emperador en persona. Tú habrías hecho lo mismo.

—¿No podía simplemente haber confiado en mí? —le increpó Zahariel—. ¿No bastaba con mi juramento? ¿Es que no tienes sentido del honor?

—¡El honor no tiene nada que ver! —gruñó Israfael—. Somos astartes, Zahariel. ¡No somos nadie para cuestionar su voluntad!

—En eso te equivocas, terrano —dijo el maestro Remiel—. Puede que tú y los tuyos os contentéis viviendo como esclavos, ¡pero nosotros jamás lo haremos!

Zahariel sintió venir la ola de poder psíquico un instante antes de que Israfael atacase. El tiempo se detuvo y todo parecía suceder al mismo tiempo.

Bramando de rabia, Israfael se volvió contra el maestro Remiel y extendió su mano acorazada. De las puntas de sus dedos salieron oleadas de abrasador fuego blanco, pero Sar Daviel reaccionó y se interpuso entre Israfael y Remiel. El impacto psíquico se hundió en su pecho, le quemó la carne e incendió sus ropas.

Luther gritó una orden, y Zahariel sintió que su cuerpo respondía incluso antes de que su mente registrase lo que había oído. El joven astartes se puso de pie y centró su voluntad en la capucha psíquica de su armadura. Los amortiguadores de la capucha no eran sólo para su propia protección, también podían utilizarse para combatir el

poder de otros psíquicos que se encontrasen a cierta distancia del dispositivo. Zahariel centró su poder contra el hermano Israfael y las energías del bibliotecario terrano se debilitaron. Al mismo tiempo, el señor del capítulo Astelan corrió hacia él pistola en mano.

Pero el bibliotecario superior no se dejaría vencer tan fácilmente. Israfael se agachó cuando Astelan intentó golpearlo con la culata de su bólter y arremetió de nuevo con su mano. Las puntas de sus dedos parecían estar rozando ligeramente el peto de Astelan, pero Zahariel sintió la descarga psíquica que lanzó al señor del capítulo por los aires. El joven astartes se agachó justo a tiempo, pero dejó de concentrarse en el amortiguador por un efímero instante.

Ése era todo el tiempo que Israfael necesitaba. Con un salvaje grito, el bibliotecario terrano alzó las manos y descargó un torrente de crepitante energía sobre Luther.

Zahariel sintió el calor de la onda mientras atravesaba el aire por encima de su cabeza y golpeaba a Luther en el pecho. Pero el caballero no sufrió quemadura alguna. En lugar de ello, los símbolos dibujados sobre su piel brillaron con una gélida luminiscencia y desviaron la energía con una bullente ola lejos de su cuerpo.

Zahariel vio que Luther mostraba sus dientes en una sonrisa rapaz. Después, el señor de Caliban abrió la boca y murmuró una sola palabra. El sonido golpeó a Zahariel como un martillo; sintió un punzante dolor en los oídos y en el rabillo de los ojos y se tambaleó bajo el golpe.

Israfael también lo hizo. Sangrando por los ojos y los oídos, se tambaleó hacia atrás justo antes de que un abrasador rayo de plasma le impactase de lleno en el pecho.

El bibliotecario terrano abrió los ojos de par en par. En su peto había un agujero tan grande como la palma de una mano humana, y sus bordes todavía seguían fundiéndose. Se balanceó un instante y abrió los labios como si intentase decir algo, después cayó lentamente de rodillas y se derrumbó hacia un lado.

Zahariel se volvió para ver desde dónde había salido el disparo. Lord Cypher bajó lentamente su pistola de plasma y lanzó una cautelosa mirada hacia Luther.

—¿Se encuentra bien, mi señor? —preguntó.

Luther no respondió. Finas volutas de humo manaban de cada uno de los hexagrámicos símbolos que cubrían su cuerpo.

—¿Cómo se encuentra Sar Daviel? —preguntó.

El maestro Remiel estaba de rodillas junto al carbonizado cadáver del viejo caballero.

—Ha muerto con honor —dijo con voz muy baja.

Zahariel apartó la mirada de Cypher y se acercó tambaleándose hasta Israfael. La herida de su pecho era grave, pero comprobó los sistemas vitales del bibliotecario y

se sorprendió al ver que todavía mostraban una ligera lectura.

—Israfael sigue vivo, mi señor —dijo—. ¿Qué hacemos con él?

Lord Cypher se acercó hasta el bibliotecario caído con la pistola todavía en la mano. Luther lo detuvo con una severa mirada.

—Llama a un par de servidores para que lo lleven a los apotecarios —ordenó—. Cuando esté lo bastante recuperado lo enviaremos a una celda en la Torre de los Ángeles y veremos si podemos convencerlo de su error. —Después se volvió hacia Astelan—. ¿Están preparados los equipos de asalto, hermano?

—Todo está preparado, mi señor —asintió el señor del capítulo.

—Entonces tus primeras órdenes son arrestar al general Morten y a sus hombres, así como a la magos Bosk y a los oficiales superiores del Administratum —dijo el señor de Caliban—. Intenta cogerlos vivos si es posible, pero haz todo lo que sea necesario para capturarlos. Desde este mismo momento Caliban vuelve a ser un mundo libre.

Astelan vaciló. Zahariel pudo ver el debate interno en los ojos del guerrero, pero al final, su lealtad hacia Luther ganó la batalla a los años de maquinal obediencia.

—Así será —dijo.

El maestro Remiel se levantó cansinamente. Las lágrimas corrían por su rostro mientras se acercaba a Luther.

—El caballero de antaño ha regresado —dijo con la voz quebrada por la emoción. Después estiró los brazos y agarró los de Luther—. ¡He aquí al salvador de Caliban!



DIECINUEVE
EL LEÓN RAMPANTE

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

A su regreso vieron que el sector de la fundición estaba completamente vacío. Los Ángeles Oscuros descubrieron que muchos de los puestos de avanzada del perímetro seguían intactos, protegidos de la onda expansiva del bombardeo por encontrarse al abrigo de manufactorías de gruesas paredes, pero los soldados que los controlaban habían desaparecido. Jonson envío a la Primera Compañía y al hermano Titus por delante con órdenes de garantizar la seguridad del edificio de ensamblaje mientras la Segunda Compañía avanzaba a paso más lento; habían recuperado tres Rhino en el exterior de los almacenes y habían metido en ellos a los hermanos de batalla en peor estado mientras que el resto de la compañía los seguía con los cuerpos de los caídos. Nemiel y Kohl, reunidos con el resto de su escuadra, encontraron el cadáver del hermano Marthes en el camino de vuelta y lo incluyeron en la fúnebre procesión. Mientras avanzaban hacia el recinto de la fundición empezaron a oír el leve rumor de los propulsores al sur. Cada dos por tres, Nemiel y los demás miraban en dirección al lejano puerto estelar y buscaban reveladores rayos de luz que indicasen el descenso de un transporte orbital. Los Ángeles Oscuros sabían que cada minuto que pasaba más lobos se reunían a sus espaldas. Sólo era cuestión de tiempo antes de que empezasen a acercarse.

El comandante de la fuerza Lamnos, que también era el oficial al mando de la Primera Compañía, estaba esperando fuera del edificio de ensamblaje cuando el primarca Jonson y la Segunda Compañía llegaron.

—Hemos asegurado el edificio, mi señor —informó—. Hemos encontrado varias

escuadras de rezagados en el interior, pero no estaban en condiciones de luchar.

—¿Qué hay de las armas de asedio? —preguntó el primarca.

—Están todas. El edificio ha soportado muy bien la onda expansiva, y los vehículos no han sufrido ningún daño.

—Buen trabajo, comandante —asintió Jonson—. Llevemos dentro a los heridos y después empezaremos a desarrollar una estrategia de defensa. —El primarca lanzó una precavida mirada al sur—. Creo que sólo tenemos dos o tres horas como mucho antes de que los Hijos de Horus comiencen el ataque.

Los astartes se pusieron a trabajar inmediatamente, rastreando el terreno y rescatando armas pesadas de los emplazamientos enemigos abandonados. Jonson y los comandantes de la compañía se reunieron fuera del edificio de ensamblaje junto con Nemiel y el hermano sargento Kohl para examinar el terreno y desarrollar un adecuado perímetro de defensa. El primarca estaba a favor de establecer una defensa por capas, con un anillo exterior que rodease todo el sector y un anillo interior central sólo alrededor del edificio de ensamblaje. La Primera Compañía se envió al anillo exterior, y a la Segunda Compañía se le asignó el anillo interior.

—A estas alturas solamente tenemos una fuerza lo bastante grande como para defender con éxito la mitad del anillo exterior —dijo Jonson.

A falta de un hololito, uno de los astartes dibujó un mapa básico del sector de la fundición en el permacemento con la punta de su cuchillo de energía, y los Ángeles Oscuros se reunieron alrededor de él.

—Orientaremos nuestra defensa hacia el sur, porque los rebeldes se acercarán por el camino más directo, al menos al principio —continuó el primarca—. Situaremos los cañones láser y las ametralladoras pesadas que hemos encontrado en los tejados aquí, aquí y aquí —dijo indicando una serie de edificios a las afueras del sector que proporcionaban inmejorables ángulos de tiro por las avenidas principales—. La prioridad de los artilleros de los cañones láser será destruir el mayor número de vehículos posible y arrebatarles ese apoyo a los atacantes. La mayor parte de la Primera y la Segunda Compañías se desplegará formando un amplio arco que cubra todas las rutas meridionales del sector. Habrá tres escuadras de reserva montadas en los Rhino para proporcionar refuerzos en las zonas donde sean más necesarios. —El primarca se detuvo y estudió el mapa detenidamente—. Conforme avance la batalla imagino que inspeccionarán nuestros flancos en busca de áreas más desprotegidas. Tenemos que permanecer flexibles y estar preparados para reorientar a nuestras escuadras en cualquier momento y para retroceder a la línea interna si fuese necesario.

—¿Y qué hay del magos Archoi y del resto de skitarii? —preguntó el comandante Lamnos.

Desde que habían tomado el edificio de ensamblaje había habido breves refriegas

con unidades de skitarii desde el norte.

—Lo más probable es que Archoi esté muerto. —Jonson se encogió de hombros —. Imagino que lo sorprendió el bombardeo mientras huía a su fortaleza. Sin embargo, por si acaso, quiero situar una escuadra de hermanos de batalla heridos en el tejado del edificio de ensamblaje para que actúen de observadores. Si detectan alguna amenaza importante desde el norte enviaremos a nuestras reservas móviles para que se hagan cargo.

Lamnos y el capitán Hsien de la Segunda Compañía asintieron. Ninguno de los guerreros parecía especialmente satisfecho con la situación táctica, pero Jonson había diseñado un plan que empleaba del mejor modo posible los activos que tenían a su disposición. No obstante, Nemiel no pudo evitar advertir el desaliento en la actitud de los dos líderes. Se comportaban como guerreros que estaban a punto de librar su batalla final y que ya se habían resignado a una muerte segura.

—Contamos con casi ciento cincuenta hermanos de batalla capaces de luchar, más un dreadnought —señaló Nemiel—. Deberíamos ser capaces de defender la fundición casi de manera indefinida con una fuerza de tal tamaño. El Emperador sabe que conseguimos derrotar a una horda de orkos con mucho menos que eso en Barrakan.

—Si sólo nos enfrentásemos a skitarii y a tropas convencionales estaría de acuerdo contigo —respondió Lamnos de inmediato—. Pero esta vez estamos hablando de los Hijos de Horus. Puede que ésta sea la batalla más dura a la que ninguno de nosotros se haya enfrentado jamás.

—También está el problema de los suministros —señaló Hsien—. Nuestros guerreros contaban con un abastecimiento completo antes de que comenzase el ataque, pero ahora acabaremos con las reservas básicas de municiones a los pocos días de empezar el combate.

—Todo eso es cierto. —Jonson levantó una mano—. Pero también contamos con varias ventajas. Para empezar, tenemos algo que el enemigo ansía desesperadamente, de modo que no pueden atacarnos con sus armas más pesadas sin arriesgarse a dañar las armas de asedio. No pueden limitarse a permanecer sentados y dispararnos con su artillería, tienen que venir a por nosotros, lo que les dificulta mucho el trabajo. En segundo lugar, su flota es mucho más pequeña esta vez de lo que era durante su primer ataque. Horus reunió un grupo de asalto con lo que tenía más a mano, de modo que imagino que también ellos tendrán problemas con sus suministros. Si logramos vencer a las unidades terrestres y expulsarlas del planeta, la flota no tendrá más remedio que retirarse, y dudo que el señor de la guerra arriesgue un tercer intento sabiendo que la fuerza punitiva del Emperador anda cerca. —El primarca miró fijamente a los dos comandantes—. No será un asedio prolongado. Todo lo contrario. El enemigo tendrá los recursos justos para aguantar sólo unos pocos días de intenso

combate y se verán obligados a retirarse. Ése fue otro de los factores que hicieron que me decidiera por bombardear la forja. En una semana estarán más desesperados por la falta de suministros que nosotros.

Las afirmaciones del primarca terminaron eficazmente con la discusión. Todos conocían la gran capacidad estratégica de Jonson, y los ánimos de los comandantes se vieron fortalecidos con su seguridad. Pero Nemiel, con su cinismo característico, no pudo evitar fijarse en las cosas que el primarca no había dicho. La fuerza atacante era pequeña, pero estaba fresca. Y aunque sus recursos fuesen limitados, sin duda irían bien equipados. Y poco importaba que los Ángeles Oscuros pudiesen aguantar un mes o más si los Hijos de Horus conseguían superarlos en la primera batalla.

Los comandantes de las compañías se marcharon para reunirse con sus respectivos grupos y completar los preparativos para el combate que se aproximaba. Nemiel y su escuadra fueron a reunirse con la reserva móvil. Jonson le había ordenado específicamente al redentor que se uniese a la fuerza de reserva.

—Harás más falta donde la lucha sea más dura —le había dicho—. No puedo dejarte empantanado protegiendo una carretera de acceso mientras el enemigo está intentando penetrar por otro lado del perímetro.

Nemiel aceptó la orden asintiendo marcialmente.

—¿Dónde estarás tú, mi señor? —preguntó.

Una leve sonrisa atravesó el atractivo rostro de Jonson.

—Bueno, yo intentaré estar en todas partes a la vez —respondió el primarca.

Las horas pasaron y la tensión empezó a aumentar. El sonido de los transportes orbitales descendiendo a través de las nubes se volvió cada vez más frecuente conforme avanzaba el día. A media mañana oyeron leves estallidos de fuego en la distancia, en alguna parte de la zona gris, y los astartes se preguntaron si los Dragones habrían conseguido sobrevivir de algún modo. Sin embargo, los sonidos de combate cesaron al cabo de unos pocos minutos y la inquietante calma volvió a apoderarse del lugar.

Cuatro horas después del alba oyeron el rugido de los motores al norte, y los observadores en lo alto del edificio de ensamblaje informaron de que una pequeña fuerza de TBT se dirigía al perímetro norte a gran velocidad. Nemiel y las fuerzas de reserva, acompañados por Jonson, montaron a toda prisa en sus Rhino y corrieron por las carreteras de acceso para encontrarse con la amenaza que se acercaba. En cuanto los astartes se pusieron a cubierto en los edificios en ruinas del perímetro aparecieron cuatro transportes de tropas tipo Testudo: todos los vehículos mostraban signos de haberse visto envueltos en una batalla recientemente. Jonson y Nemiel salieron de su escondite e hicieron señas a los vehículos, que rápidamente cambiaron de dirección y se detuvieron a unos diez metros de los guerreros. Los Dragones encaramados en lo alto de los transportes los miraron con frialdad.

Los Testudo bajaron sus rampas de asalto y otros soldados salieron a la luz del día. Entre ellos se encontraba el gobernador Kulik, que todavía vestía su armadura de caparazón y avanzaba con la ayuda de un bastón.

Jonson se dirigió a él y levantó una mano a modo de saludo.

—Me alegro de verlo, gobernador —dijo—. Después de la traición del magos Archoi nos temíamos lo peor.

—Durante las primeras horas, yo también —respondió Kulik—. Archoi nos cogió totalmente por sorpresa, maldito sea. —Después se volvió y señaló a sus maltrechas fuerzas con un barrido de su bastón—. Esto es todo lo que me queda. Apenas media compañía de una fuerza inicial de veinte mil hombres. —El gobernador se volvió hacia el primarca y Nemiel pudo ver la aflicción que reflejaba su rostro—. Sabíamos que si alguien sobrevivía a la traición de Archoi serían ustedes —continuó—. De modo que hemos cargado los pocos vehículos que nos quedaban y hemos conseguido atravesar la entrada septentrional con la esperanza de encontrarlos.

—¿Cuál es la situación al otro lado del muro? —preguntó Jonson.

Kulik bajó la mirada.

—Los skitarii controlan las fortificaciones de la zona gris, y probablemente también la entrada meridional; no pudimos acercarnos lo suficiente como para verlo —respondió—. Un pequeño convoy de la Tecnoguardia se dirigía hacia el puerto estelar con las primeras luces. Desde el alba, calculamos que de ocho a diez transportes pesados y varias naves de desembarco han aterrizado allí. —El gobernador indicó con la cabeza hacia el sur—. Lo último que vimos es que las unidades de vanguardia estaban avanzando hacia el norte. Esos malditos traidores van a guiarlos por la zona gris y probablemente también por las puertas meridionales. Imagino que estarán aquí dentro de una hora.

Jonson dio un paso hacia adelante y apoyó una mano sobre el hombro de Kulik.

—Sus hombres y usted han luchado con gran valor, gobernador —dijo—. Han dado todo lo que tenían para defender su mundo. Dejen que nos encarguemos nosotros a partir de ahora. Pueden retirarse al norte, a las áreas rurales, mientras nosotros acabamos con los rebeldes.

Kulik se puso tenso y, por un momento, Nemiel temió que se ofendiera por la sincera oferta de Jonson.

—Mis hombres y yo nos sentimos honrados por su oferta —respondió al cabo de un instante—, pero preferimos quedarnos hasta el final, si no es inconveniente.

—Bienvenidos, entonces —asintió Jonson sombríamente—. Sus hombres pueden situarse aquí y cubrir el acceso norte. Hemos tenido algunas refriegas con patrullas skitarii y nos preocupa que Archoi pueda estar planeando un ataque.

—¡Que se atreva a intentarlo! —exclamó el gobernador con una fiera mirada—. Si lo hace, nos encargaremos de él, primarca Jonson, tiene mi palabra. —Después dio

media vuelta y empezó a dar órdenes a sus hombres, y los Dragones se pusieron a trabajar con sorprendente velocidad.

Los refuerzos regresaron a su posición y la espera empezó de nuevo. Nemiel bajó del Rhino y se sentó contra su flanco acorazado, intentando equilibrar su espíritu y descansar su cuerpo a través de la meditación. Diez minutos después, los observadores llamaron por el comunicador e informaron de que una gran fuerza de vehículos blindados se aproximaba por el sur. Tras recibir órdenes de las redes de mando de la compañía, los Ángeles Oscuros prepararon sus armas.

Veinte minutos después, el ruido de las columnas blindadas resonaba a través del suelo y se acercaba con rapidez. Negras columnas de gases petroquímicos se elevaban entre los almacenes al sur. Después, los artilleros que se encontraban en lo alto de los edificios de cara al avance del enemigo empezaron a informar de los avistamientos: tres columnas de tanques pesados y de TBT se acercaban a toda prisa. Para Nemiel, aquello sonó como todo un batallón mecanizado que avanzaba directamente hacia sus gargantas.

Jonson recibió las noticias con tranquilidad.

—Emplazamientos de cañón láser, apuntad a los tanques principales y abrid fuego a cuatrocientos cincuenta metros —ordenó.

Se encontraban ya tan cerca que los láseres antitanque abrieron fuego casi de inmediato. Unos brillantes rayos rojos salieron disparados por las angostas carreteras e impactaron frontalmente contra los tanques principales. Uno de los vehículos explotó con el primer impacto; otro perdió una de sus orugas y se detuvo. El tercer tanque continuó hacia adelante con un boquete en un lateral de la torreta. Su cañón de batalla se elevó y disparó un proyectil altamente explosivo con un hueco estallido. La bala pasó de largo por encima de los emplazamientos de artillería e impactó contra una manufactoría en el lado norte del sector. Los astartes continuaron disparando y lanzaron un rayo tras otro contra los tanques, hasta que finalmente los tres estuvieron fuera de combate. Tras los restos, los tanques restantes y los TBT se vieron obligados a retirarse y a desplegarse por las vías laterales antes de continuar su avance.

Ahora las fuerzas rebeldes se aproximaban en una formación mucho más amplia. Sus vehículos estaban desplegados formando una vasta media luna que casi abarcaba todo el perímetro sur. Esta vez las ametralladoras pesadas se unieron al combate, cargando contra los TBT enemigos con ráfagas de proyectiles perforantes que buscaban puntos débiles en su armazón y se abrían paso hacia el interior causando estragos entre los soldados que los ocupaban. Varios dieron bandazos hasta detenerse y explotaron cuando una de las balas trazadoras alcanzó sus células de combustible, hasta que finalmente el comandante del batallón ordenó al resto de la infantería que desmontase y que continuasen el ataque a pie. Las escuadras de infantería

desmontaron de sus transportes y avanzaron por los quince metros de espacio abierto sólo para ser derribados por las ametralladoras y los disciplinados tiros de bólter de las ocultas escuadras astartes.

Veinte minutos después de que diese comienzo el ataque, la avanzada rebelde flaqueó y empezó a retirarse. Dejaron atrás veinte vehículos derribados y más de doscientos soldados muertos. Tres de los emplazamientos de artillería de los Ángeles Oscuros habían sido destruidos por el fuego de los cañones enemigos, y tres astartes habían muerto. La I Legión había ganado el primer combate, pero la batalla tan sólo acababa de comenzar. Los Hijos de Horus todavía estaban por aparecer.

Durante las siguientes tres horas los Ángeles Oscuros repelieron cinco ataques más. Los rebeldes se volvían cada vez más sofisticados en sus ataques y avanzaban de manera más agresiva alrededor de los flancos astartes. Los rebeldes se retiraron sufriendo pérdidas importantes, pero los defensores también sufrieron cada vez más bajas, y con cada ataque perdían uno o más de los cañones láser o de las ametralladoras pesadas que les quedaban. Nemiel sentía como si una soga se fuese apretando lentamente cada vez más a su alrededor.

Durante el tercer ataque, los rebeldes lanzaron proyectiles de mortero hacia el extrarradio del sector, hacia los edificios donde sabían que se encontraba uno de los emplazamientos de artillería pesada. Para el sexto ataque, los TBT se habían vuelto más audaces y avanzaron hasta diez metros en el perímetro del sector antes de volverse atrás.

Transcurrió una hora antes del comienzo del séptimo ataque, lo que les proporcionó a los astartes tiempo suficiente para distribuir la munición y atender a los heridos. Los Ángeles Oscuros habían recuperado los ánimos para cuando las primeras balas de mortero empezaron a caer, y cuando los tanques de los TBT empezaron a avanzar, abrieron fuego con la poca artillería pesada que les quedaba y se prepararon para combatir de cerca.

Esta vez los tanques rebeldes y los TBT se acercaron al perímetro por tres lados distintos, y el peso del fuego de los defensores no fue lo bastante fuerte como para frenar la ola. Los vehículos enemigos alcanzaron la primera línea de defensa en una veintena de lugares; a medida que avanzaban iban disparando los cañones y las ametralladoras pesadas contra las manufactorías, obligando a los astartes a salir al descubierto y atacar a los vehículos pesados. En cuestión de minutos, ambas compañías estaban sumidas en decenas de refriegas con los pelotones de infantería pesada.

Y entonces, considerando que el momento decisivo había llegado, los Hijos de Horus lanzaron su ataque.

—¡Se acercan unos Rhino por el norte!

Nemiel oyó la llamada por el comunicador y entendió la estrategia enemiga de inmediato. Mientras que la infantería rebelde ponía a prueba las defensas imperiales, los Hijos de Horus habían estado avanzando al amparo de los ataques en un amplio movimiento hacia el norte que los acercaba por detrás a las posiciones de los Ángeles Oscuros. Era la clase de estrategia rápida y decisiva que convertía a los Hijos de Horus en infalibles rivales en el campo de batalla, y reflejaba la habilidad táctica de su ilustre primarca. Ahora, Nemiel y las reservas móviles eran lo único que se interponía en su camino.

—¡Arranca! —ordenó mientras saltaba al interior del Rhino principal y cerraba la puerta del compartimento de tropas.

Los tres transportes pusieron en marcha sus motores, rodearon el edificio de ensamblaje y avanzaron a toda prisa por los accesos hacia el perímetro norte. El redentor cambió a la red de mando y llamó a los vigías de los tejados.

—¿Cuántos Rhino enemigos hay? —preguntó.

—Yo veo cuatro —respondió uno de ellos—. Los Dragones se están enfrentando a ellos en estos momentos.

Las tropas de Tanagran se mantuvieron firmes frente a la carga enemiga, y los cañones automáticos de sus cuatro Testudo empezaron a escupir balas perforantes hacia los transportes que se aproximaban. Dos de los TBT ligeros recibieron varios impactos y se detuvieron. El humo manaba de sus siniestrados generadores. Un tercer vehículo se incendió y explotó, esparciendo ardientes restos en un amplio arco.

Si hubiesen estado ocupados por soldados humanos, el ataque habría terminado de inmediato, pero las escotillas de los tres vehículos destruidos se abrieron y escuadras de guerreros con armadura pálida salieron de los restos y continuaron su ataque. Eran temibles apariciones de guerra. Sus baqueteadas armaduras estaban cubiertas de honores de campaña y de valiosos trofeos saqueados a lo largo y ancho del Imperio. En su día se los conocía como los Lobos Lunares, y fueron la primera de las legiones astartes en reunirse con su primarca. Su nombre había sido sinónimo de la Gran Cruzada del Emperador durante casi doscientos años. Ahora se los llamaba los Hijos de Horus, y habían ahogado Isstvan III con la sangre de doce mil millones de almas inocentes.

Los bólters no paraban de escupir balas, causando estragos entre los Dragones. Los rifles de plasma disparaban rayos de partículas cargadas que atravesaban el blindaje frontal de los Testudo y los hacían estallar. El único Rhino superviviente continuó hacia adelante disparando por control remoto su doble bólter acoplado hasta que chocó contra las posiciones enemigas y bajó su rampa de asalto trasera. Otra escuadra de astartes rebeldes salió del vehículo y atacó a los Dragones supervivientes en combate cuerpo a cuerpo, atravesando a los exhaustos soldados con rugientes espadas sierra y refulgentes armas de energía.

Las tropas de Tanagran estaban a punto de venirse abajo cuando llegaron Nemiel y la fuerza de reserva. El redentor ordenó a los TBT que se detuviesen a quince metros de la refriega para que las tres escuadras pudiesen desplegarse adecuadamente. Nemiel observó en el campo de batalla a los temibles guerreros de armadura pálida. Había cuatro escuadras completas frente a sólo tres suyas, y con pocos efectivos. Sus hombres y él lo tenían muy difícil.

Tras activar su crozius, Nemiel encabezó el ataque.

—¡Lealtad y honor! —exclamó—. ¡Por el León y el Emperador!

El hermano sargento Kohl se unió al grito de guerra y, al instante, los veintitrés Ángeles Oscuros gritaron al unísono mientras avanzaban hacia las filas enemigas.

Nemiel vio cómo uno de los rebeldes acababa con dos agonizantes Dragones y se dirigió hacia él. Embistió al Hijo de Horus y canalizó toda su rabia en un amplio golpe de crozius. Pero el veterano guerrero esquivó el golpe con increíble velocidad y atacó al redentor en la muñeca con su espada sierra. De haber sido una espada de energía le habría cortado la mano; de hecho, los dientes de la espada sierra atravesaron su guantelete y abrieron profundos boquetes en las placas de ceramita.

Nemiel arremetió contra el rebelde con un revés amagando hacia la cabeza del guerrero para después golpearlo en la rodilla. Una vez más, el astartes evitó el golpe sin problemas. Después levantó su arma y disparó a Nemiel en la cabeza.

El impacto contra el casco lo cegó y le hizo perder el equilibrio. Al caer al suelo se golpeó fuertemente los hombros y sintió que un hilo de sangre brotaba de su nariz. La bala del bólter no había logrado penetrar su casco, pero el impacto había partido y dañado los delicados circuitos que había bajo las placas de ceramita. Su vista regresó entre destellos justo cuando el enemigo presionaba su peto con la hoja de su espada sierra. Nemiel sintió cómo los chirriantes dientes repiqueteaban sobre la placa curva e intentaban atravesarla. Al cabo de unos segundos supo que perforaría la superficie lo suficiente como causarle una profunda herida, y entonces estaría perdido.

Lanzando un grito, apuntó con su pistola y disparó a un lado de la rodilla de su oponente. La bala atravesó la relativamente débil articulación de la armadura de su rival y arrancó la pierna del guerrero. El astartes cayó al suelo con un rugido de dolor y de rabia, y Nemiel se abalanzó sobre su enemigo, despojándolo de su espada sierra con la culata de su pistola y golpeándolo con su crozius en el casco. El casco implosionó con un brillante estallido azul, y el Hijo de Horus se quedó inerte.

Jadeando, Nemiel tiró de su dañado casco con una mano hasta que finalmente logró quitárselo. A su alrededor se estaba librando una batalla campal. Los Dragones habían desaparecido y habían dejado a sus guerreros solos para combatir a los Hijos de Horus, que los superaban en número. Las pistolas estallaban y tronaban, y las espadas chispeaban conforme atravesaban las superficies curvas de las servoarmaduras. Vio cómo uno de los Ángeles Oscuros recibía un impacto de pistola

de plasma a quemarropa y caía al suelo. Otro perdió un brazo bajo una terrible cuchilla relámpago. Un astartes rebelde cayó al suelo derribado por la espada de energía del hermano sargento Kohl. El hermano Ephrial sometió a un rebelde con la culata de su rifle de fusión y, una vez boca abajo, lo hizo estallar con un abrasador disparo de microondas. El calor generado por el estallido hizo que todos los que estaban a su alrededor perdieran el equilibrio. Todos excepto el guerrero de armadura pálida que se había deslizado sin que él se diera cuenta tras su espalda. Blandiendo un inmenso puño de combate, el Hijo de Horus golpeó a Ephrial en la nuca y lo mató al instante.

Nemiel se puso de pie y cargó contra el guerrero que había asesinado a Ephrial. Un tiro de plasma le pasó lo bastante cerca como para abrasarle la piel, pero apenas sintió el dolor. El redentor levantó su crozius y el rebelde pareció intuir el golpe en el último momento. El guerrero se volvió y levantó el puño trazando un lento y pesado arco que, no obstante, consiguió desviar el ataque de Nemiel. El enemigo giró sobre sus talones y, con la velocidad de una víbora, levantó su pistola de plasma y disparó un rayo a Nemiel. El redentor se adelantó al movimiento justo a tiempo y se hizo a un lado. El disparo le pasó a unos centímetros del hombro y alcanzó a alguien que estaba por detrás de él. Se oyó un grito de agonía, pero no tenía tiempo de volverse para ver si se trataba de un amigo o de un enemigo.

Embistió hacia adelante antes de que el traidor pudiese disparar de nuevo y golpeó el cañón del arma con su crozius. El astartes arrojó el arma destrozada contra el rostro de Nemiel e hizo un amago de golpearlo en el abdomen. Nemiel se apartó a la derecha, esquivó ambos ataques y golpeó a su enemigo en el hombro izquierdo con el crozius. El impacto rompió tanto la hombrera como el hombro del guerrero. El Hijo de Horus cayó de rodillas. Antes de que pudiese levantarse de nuevo, el redentor le aplastó el cráneo con otro golpe de su arma de energía.

Mientras su enemigo se desplomaba, Nemiel se volvió para hacer un balance de la situación. Mirase a donde mirase, las figuras de armadura pálida asediaban a sus guerreros por todas partes. Los cadáveres, tanto de amigos como de enemigos, cubrían el suelo, pero era evidente que lo suyos habían recibido la peor parte. Quedaban menos de una docena, incluidos el hermano sargento Kohl y el hermano Cortus. Los Ángeles Oscuros se habían reunido de manera instintiva en un mismo punto, y estaban espalda contra espalda en una formación de defensa originaria de Caliban. Los enemigos los superaban en número. Había más de dos enemigos por aliado, pero ellos se negaban a ceder ni un centímetro.

Por primera vez en la vida, Nemiel tuvo la sensación de que estaba a punto de morir. Una extraña paz invadió su cuerpo ante la idea, y mientras se unía a sus hermanos, se preparó para dar la vida por el Emperador.

Entonces, de repente, los Hijos de Horus lanzaron un grito y toda la masa de

guerreros enemigos se apartó de los Ángeles Oscuros. Sorprendido, Nemiel se dio la vuelta para descubrir qué había hecho que el enemigo se retirase.

Lion El'Jonson se abalanzó contra los rebeldes lanzando un grito feroz. Su *Espada del León* resplandecía mientras atravesaba las filas enemigas. Los rebeldes caían como el trigo bajo la guadaña, partidos por la mitad antes de que tuviesen tiempo de reaccionar, y mucho menos de atacar a su enemigo. Jonson se transformó en un dios vengador, en un remolino de muerte y destrucción, y los Hijos de Horus se batieron en retirada ante su ira.

Los enemigos se dirigieron a los Rhino mientras disparaban sus pistolas para cubrir su retirada. Los Ángeles Oscuros intercambiaron disparos con ellos hasta que desaparecieron en el interior de sus transportes. Los Rhino dieron la vuelta y salieron de su alcance a toda prisa. Fue entonces cuando Nemiel se volvió para evaluar las pérdidas. Con gran horror vio que sólo ocho guerreros, aparte de él, seguían en pie. Quince de sus hermanos yacían muertos sobre el permacemento rodeados de los cadáveres de decenas de enemigos. Habían conseguido rechazar el ataque enemigo, pero la fuerza de reserva se había visto diezmada.

Si los Hijos de Horus lanzaban otro ataque apenas tenían medios y efectivos con los que defenderse.

Los Ángeles Oscuros se habían cobrado numerosas vidas enemigas, pero habían pagado un precio igual de terrible a cambio. Los Hijos de Horus mataron a muchos de sus hermanos de batalla, pero lo peor de todo fue tener que derramar la sangre de sus compañeros astartes, algo totalmente impensable tan sólo unos meses atrás. Más allá de los límites del perímetro se oía el ruido de los motores, lo que significaba que el enemigo se estaba preparando para un nuevo ataque. Jonson hizo balance de las fuerzas con las que contaban y ordenó de mala gana a sus guerreros que se situaran en la línea de defensa interna.

El primarca mandó llamar a Nemiel mientras él y su escuadra ayudaban a cargar a los hermanos heridos hasta el edificio de ensamblaje. Sólo quedaban sesenta guerreros en pie; el comandante de la fuerza Lamnos estaba en coma. Su corazón principal y su riñón oolítico habían reventado tras un disparo de cañón láser, y el capitán Hsien había muerto cuando su puesto recibió el impacto de un proyectil de artillería. Todos los Dragones de Tanagran habían perecido luchando contra los Hijos de Horus; Nemiel encontró el cuerpo del gobernador Kulik rodeado de sus soldados y agarrando su espada con la mano.

—Tengo una misión para ti, hermano redentor Nemiel —dijo el primarca.

A su lado, el hermano Titus hacía guardia junto a las puertas abiertas del edificio de ensamblaje. Un rayo de plasma había fundido los tubos de su cañón de asalto, pero su infalible puño de combate seguía intacto.

—¿Qué ordenas, mi señor? —respondió Nemiel tranquilamente.

—Es absolutamente vital que las armas de asedio no caigan en manos de Horus —dijo Jonson—. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto, mi señor —asintió Nemiel.

—Entonces tenemos que tomar medidas para asegurarnos de que son destruidas en caso de que los Hijos de Horus consigan penetrar en nuestras defensas —dijo el primarca—. Quiero que busques al tecnomarine Askelon y que le ordenes que prepare un artefacto de demolición que destruya el edificio de ensamblaje y todo lo que haya en su interior. Según él, las secciones de munición de las armas de asedio están totalmente cargadas. Si consigue amañar los proyectiles para que detonen, la explosión debería devastar todo lo que se encuentre a cinco kilómetros a la redonda.

El redentor asintió sombríamente. La orden era de esperar. Cuando oyó el recuento completo de las pérdidas supo que las probabilidades de victoria se reducían a cada momento.

—Me encargaré de ello de inmediato —respondió.

Dejó al primarca y corrió hacia el edificio de ensamblaje. De camino vio al hermano sargento Kohl y al resto de sus hermanos que tomaban posiciones en la línea interior. Por un momento, su mirada se cruzó con la del sargento, y Kohl pareció entender el significado de la adusta expresión en el rostro del redentor. Nemiel saludó al veterano con la cabeza, y el sargento le devolvió el gesto.

Había cerca de cien astartes heridos de gravedad ocultos en el interior del edificio de ensamblaje, bajo los cuidados de los apotecarios de la fuerza terrestre. Nemiel buscó a Askelon entre las inconscientes figuras, y frunció el ceño, preocupado, al no encontrarlo.

—¡Estoy aquí arriba! —gritó una voz familiar.

Nemiel alzó la vista y vio al tecnomarine de pie sobre el casco dorsal del arma de asedio principal. Askelon señaló la parte trasera del inmenso vehículo.

—Hay unos escalones en la parte de la sección de munición.

Nemiel corrió a la parte trasera de la máquina de guerra y subió hasta el casco dorsal. La cubierta blindada se extendía unos cien metros de un extremo al otro, casi igual de ancho que la altura total de un titán Imperator. Corrió por la inmensa máquina y se reunió con Askelon junto a la escotilla abierta donde los técnicos de Archoi habían estado trabajando tan sólo unas horas antes.

—En nombre de Terra, ¿qué diablos estás haciendo aquí arriba? —preguntó Nemiel—. El hermano apotecario Gideon me ha dicho que deberías estar descansando. Tus órganos internos y tu sistema nervioso sufrieron importantes daños cuando te conectaste a aquellos conductos de energía.

Askelon hizo un gesto de desdén con la mano.

—No sirvo de nada sentado en el permacemento… —dijo con voz ronca. Le

habían embadurnado el rostro con un ungüento para quemaduras, lo que le daba a la piel carbonizada un brillo sintético—. Así que se me ocurrió subir aquí a ver si podía poner a este monstruo en movimiento.

—¿Es eso posible? —Nemiel abrió los ojos de par en par.

—Bueno, en teoría, sí. —Askelon suspiró—. El motor funciona, la munición está completamente cargada, y los escudos de vacío, los cuatro, parecen estar listos para activarse. ¡El problema es que no hay ningún control manual!

—Eso no tiene ningún sentido. —El redentor frunció el ceño—. Hasta un titán necesita personal para asistir a su princeps.

Askelon asintió.

—Y estos vehículos se construyeron con puestos de personal adicionales, ¡pero los tecnoadeptos de Archoi se llevaron todos los controles y soldaron las escotillas! —El tecnomarine negó con la cabeza—. No tiene ningún sentido. No sé qué pensaba utilizar Horus para manejar estas máquinas. Los sistemas no son tan complejos como los de un titán, pero son parecidos. —Askelon extendió los brazos y dejó escapar un suspiro de frustración—. De modo que aquí estamos, con el arsenal de un ejército a nuestra disposición y sin poder utilizarlo.

El redentor miró con el ceño fruncido la cabina de mando abierta. Una idea no paraba de insistir en su mente.

—¿No hay ningún modo de instalar un sistema de control básico en la máquina, aunque sólo sea para conseguir que funcione uno de los escudos de vacío?

Askelon negó con la cabeza.

—En realidad manejar los escudos de vacío es una de las operaciones más complejas, pregúntale a cualquier moderati de titanes. Instalar un sistema de control efectivo llevaría horas, puede que días. A menos que tengas una UIM de sobra por ahí no hay nada que podamos hacer.

Nemiel miró al tecnomarine con los ojos como platos. Askelon frunció el ceño, extrañado.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Tenemos una UIM —dijo Nemiel—. La hemos tenido delante de nuestras narices todo el rato.

El enemigo lanzó su octavo y último ataque una hora y media después. Lion El'Jonson oyó que el ruido de los motores se aproximaba y preparó su espada.

—Ahí vienen —le dijo a Nemiel.

A su alrededor, los astartes que habían sobrevivido comprobaron el estado de sus armas. Siguiendo la orden del redentor habían extendido el perímetro de la línea interna hacia el exterior otros doscientos cincuenta metros, lo que ampliaba su cobertura hasta el límite.

—Askelon está trabajando lo más rápido que puede, mi señor —le dijo al primarca—. Tenemos que darle todo el tiempo posible.

—Nos estamos arriesgando demasiado —respondió Jonson. Pero en medio de la creciente tensión, el primarca esbozó una leve sonrisa—. Si no conseguimos detenerlos y por el motivo que sea no acabamos acribillados en el proceso, pienso hacerte responsable de esto.

—Tomo nota, mi señor —asintió Nemiel con una voz deliberadamente inexpresiva que habría hecho que el hermano sargento Kohl estuviera orgulloso de él.

Los vehículos enemigos avanzaban desde tres lados distintos, se abrían paso a través del estrecho laberinto de edificios y se aproximaban al edificio de ensamblaje.

Gracias a una minuciosa planificación, o a la simple y diabólica suerte, la mayoría de los vehículos enemigos hicieron su aparición al mismo tiempo. Nemiel contó diez TBT de clase Rhino y, justo por delante, un tanque de batalla parcialmente reparado. Le habían atornillado una placa cuadrada de metal sobre el agujero que había abierto en el glacis frontal un rayo de cañón láser, y los técnicos rebeldes habían arreglado medianamente sus controles para volver a ponerlo en funcionamiento. El tanque se detuvo mientras que el resto de los TBT continuaban a toda prisa hacia adelante. Su torreta giró levemente hacia la izquierda y el cañón de batalla disparó.

El pesado proyectil surcó el aire hacia los Ángeles Oscuros e impactó contra el acorazado torso del hermano Titus. El dreadnought desapareció con un estruendoso estallido que le hizo añicos los brazos y el pecho. La metralla llovió sobre los defensores, y los fragmentos de metal repiquetearon contra sus armaduras.

Tras el impacto, Jonson se puso rígido y su expresión se tomó tensa. A veinte metros de distancia, los Rhino se detuvieron bruscamente, bajaron las rampas de asalto y diez escuadras de astartes de armadura pálida desembarcaron y se resguardaron tras la protección de sus vehículos. Más adelante, el tanque giró la torreta hacia la izquierda y apuntó contra la escuadra de Ángeles Oscuros.

—Esto no va a salir bien —gruñó el primarca—. Ese tanque va a quedarse ahí y nos va a volar en pedazos, y después los hijos de Horus vendrán y acabarán con los supervivientes. —Entonces Jonson alzó la *Espada del León* y la sujetó en el aire. La luz del sol se reflejó en su filo—. ¡Adelante, hermanos! —gritó—. ¡Por el honor y la gloria! ¡Por Terra! ¡Por el Emperador! ¡Adelante!

Todos a una, los sesenta Ángeles Oscuros se pusieron en pie y avanzaron hacia los Hijos de Horus; una pequeña línea oscura contra toda una falange blanca que aguardaba.

El cañón de batalla tronó de nuevo, pero el artillero no logró ajustar el objetivo ante aquel súbito avance. La bala levantó una inmensa masa de barro y permacemento tras los astartes. Los guerreros rebeldes salieron de su escondite y empezaron a abrir fuego. Los rayos de plasma y los proyectiles impactaban contra los

imperiales, que avanzaban sin dejar de disparar. Las dos formaciones acabaron fusionándose. Nemiel agarró su crozius fuertemente y se preparó para la batalla final.

De repente, un temblor atravesó el suelo bajo sus pies, leve al principio y ganando intensidad a cada momento que pasaba. Nemiel lo sintió a través de las suelas de sus botas y se volvió hacia Jonson, que también lo había notado. Un rugido gutural inundó el aire a sus espaldas y fue avanzando en una sólida muralla de sonido conforme una de las poderosas máquinas de asedio de Horus se acercaba con gran estruendo hacia el campo de batalla.

La máquina de guerra se elevaba como una montaña de plastiacero y ceramita sobre los astartes. Las baterías antiaéreas Hydra y las torretas de megabólters situadas a lo largo de sus flancos giraban y apuntaban a las filas enemigas. Las baterías láser de cañón múltiple abrieron fuego y descargaron un torrente de rayos contra el estacionado tanque de batalla. El vehículo rebelde desapareció bajo un sinnúmero de estallidos mientras los rayos láser golpeaban su blindado armazón. Individualmente carecían de la fuerza suficiente como para atravesar las reforzadas placas de ceramita del poderoso tanque, pero entre los cientos de impactos, uno logró atravesar directamente la placa de acero atornillada de manera apresurada sobre el agujero abierto previamente. El humo empezó a salir por las portillas abiertas del tanque mientras los efectos térmicos del rayo incineraban a la tripulación en un instante.

Un momento después rugieron un par de megabólters y enviaron una ráfaga de proyectiles de gran calibre por encima de los Ángeles Oscuros hacia las filas enemigas.

Los Rhino temblaron bajo las decenas de impactos y fueron destruidos en cuestión de segundos; los astartes que estaban junto a ellos no salieron mejor parados. Los Hijos de Horus retrocedieron bajo la tormenta de balas; decenas de guerreros cayeron con las armaduras llenas de agujeros. El resto vacilaron un instante más y después huyeron y se resguardaron rápidamente entre los edificios de alrededor. Los proyectiles del megabólter los persiguieron hasta el final y mataron a muchas decenas más antes de que el resto lograse escapar.

Los Ángeles Oscuros permanecieron a la sombra de la inmensa máquina de guerra, envueltos en las nubes de propergol de ficelina provenientes de los cañones de los megabólters y aturdidos por el imponente rugido de las armas. Solo entre ellos, Lion El’Jonson se volvió hacia la enorme máquina de guerra y levantó su espada a modo de saludo.

—¡Buen trabajo, hermano Titus! —exclamó por el comunicador—. No podías haber llegado en un momento más oportuno.

—Es el tecnomarine Askelon quien merece tus elogios, mi señor, no yo —respondió la artificial voz de Titus—. No fue nada fácil fusionar mi UIM con la interfaz de la máquina de guerra sin acceder a las PCE originales; pero las

herramientas especializadas y el equipo del edificio de ensamblaje le permitieron modificar la interfaz del vehículo con mis conectores neuronales. Lamento no ser capaz de acceder al dispositivo de escudos del vehículo, y que mi locomoción sea tan lenta y torpe, pero todos los sistemas de artillería están en funcionamiento.

—Hermano Titus —Jonson miró a la montaña de metal—, ¿detectan tus radares el puerto estelar al sur?

—La unidad necesita ser calibrada, pero sí, lo registro en mi dispositivo —respondió Titus—. Detecto doce transportes pesados y numerosos vehículos más pequeños.

—Carga un proyectil en tu arma de asedio y destruye el emplazamiento —le ordenó el primarca.

—De inmediato, mi señor —respondió Titus después de vacilar sólo un instante.

Con un lento y pesado rugido de los inmensos motores, el gigantesco cañón empezó a elevarse.

—La carga se completará en cinco segundos —informó Titus—. Os aconsejo que os pongáis detrás de mí. No puedo calcular exactamente qué efecto tendrá la sacudida cuando dispare.

Mientras el primarca y la máquina de guerra dialogaban, Nemiel observó la devastación que había causado Titus. Veintenas de astartes yacían muertos rodeando deformados armazones de metal que minutos antes habían sido funcionales TBT. Tras él, la maquinaria pesada de plastiacero traqueteaba y chirriaba mientras el mecanismo de carga automática del arma de asalto introducía un proyectil en la recámara del cañón. Después de ver lo que esos proyectiles habían hecho en la forja, al redentor le invadió un profundo terror. ¿Qué clase de estragos podría causar un señor de la guerra en disposición de semejantes armas?

Los astartes se retiraron a cien metros por detrás de la inmensa máquina, casi hasta la entrada del edificio de ensamblaje. Nemiel se volvió hacia Jonson y vio que el primarca miraba al suroeste, hacia el desprevenido puerto estelar.

El aire resplandeció con un estallido de luz naranja y amarilla cuando el cañón disparó, y la máquina de guerra se vio impulsada hacia atrás contra sus unidades motrices. Nemiel sintió la sacudida como si el puño de un dios le hubiese golpeado en el pecho; varios de los astartes perdieron el equilibrio, mientras que por delante de la máquina la onda expansiva arrojó los Rhino por el suelo como si fueran juguetes rotos. El proyectil de magma rugió hacia el cielo centelleando como una estrella fugaz hasta que se perdió tras las espesas nubes del planeta.

Los Ángeles Oscuros aguardaron en silencio y contaron los segundos mientras la bala alcanzaba su apogeo y empezaba a descender hacia la tierra de nuevo. Dos minutos después del disparo hubo un estallido de luz blanca al sur del horizonte, seguido de un furioso estruendo que sacudió el suelo que pisaban los astartes, a más

de treinta kilómetros de distancia. Una caliente brisa con olor a ceniza y a acero fundido acarició sus rostros mientras, a lo lejos, una lenta columna de polvo y escombros ascendía proféticamente hacia el cielo. De un solo golpe, la fuerza terrestre enemiga había sido totalmente destruida.

—Ése es el destino de todos los traidores —dijo Lion El'Jonson.

La implacable mirada del primarca hizo que a Nemiel se le helase la sangre.



VEINTE
EL GUSANO CONQUISTADOR

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Por tercera vez en veinticuatro horas, Zahariel se encontraba sentado en el puesto auxiliar de una Stormbird con los oídos sordos por el ruido y la mirada cargada de oscuros pensamientos.

Los ángeles de la liberación de Caliban descendían sobre la arcología de los Bosques del Norte envueltos en fuego, humo y hierro bruñido. Luther había ordenado una aproximación balística de las fuerzas de asalto, de modo que las naves de desembarco caían literalmente desde el cielo sobre la asediada ciudad. Para los aterrorizados Jaeger que protegían las plataformas de aterrizaje de los niveles superiores de la arcología era como la escena de un mítico Armagedón.

La escuadra de mando llegó con la primera oleada. El estómago de Zahariel saltó cuando el transporte cesó su descenso bruscamente a menos de mil metros sobre la arcología y el piloto de la Stormbird activó los propulsores a toda potencia apenas unos segundos antes de tomar tierra. Agarró fuertemente el mango de su báculo psíquico, que descansaba sobre sus rodillas, mientras contaba los segundos que faltaban para aterrizar. A su alrededor, los demás miembros de la escuadra comprobaron una vez más su equipo con rápidos y estudiados movimientos. El ambiente en el compartimento de tropas era electrizante. Incluso el hermano Attias parecía estar excepcionalmente animado, y su cabeza de plastiacero giraba a la izquierda y a la derecha mientras daba palabras de aliento a los astartes que había a su lado. Las palabras del discurso de Luther en el campo de embarque todavía resonaban en sus oídos y los llamaban a la gloria.

«El momento ha llegado, hermanos. Jonson nos ha apartado; el Emperador, que en su día pidió nuestra lealtad, se ha olvidado de nosotros. Ahora debemos decidir si aceptamos su juicio y cedemos ante la oscuridad, o los desafiamos por el bien de nuestro hogar y nuestra gente».

Zahariel observó los asientos más cercanos a la rampa al otro lado del compartimento. Allí estaba sentado el salvador de Caliban, vestido con su resplandeciente armadura como un héroe de la antigüedad. Los rasgos demacrados de Luther se mostraban serenos mientras estudiaba página a página un texto arcano de un antiguo grimorio que tenía apoyado sobre las rodillas. Lord Cypher estaba sentado cerca de él, con los brazos cruzados sobre el pecho, y observaba a Zahariel desde las profundidades de su capucha con una expresión inescrutable.

Zahariel se concentró en su respiración. Su mente estaba plagada de imágenes que iban y venían: Sar Daviel envuelto en lenguas de fuego; Luther marcado con resplandecientes runas y rodeado de un halo de la misma horrible llama; el hermano bibliotecario Israfael, con el humo saliéndole de la herida del pecho y el gesto desencajado por el dolor mientras caía lentamente de rodillas.

«¿Debemos seguir en el lado de aquellos que nos desprecian o elegir nuestro propio camino para proteger a los inocentes de aquellos que los explotarían y los corromperían?».

El rugido de los propulsores alcanzó su punto culminante, y entonces la Stormbird tomó tierra con una terrible sacudida. Los arneses de seguridad se soltaron con un repiqueteo metálico y los servomotores aullaron mientras la rampa de asalto descendía y dejaba entrar el aire frío y cargado de humo de los Bosques del Norte. Las botas tronaron cuando los astartes se pusieron de pie; los bólters abandonaron sus fundas y las espadas sierra cobraron vida. Zahariel sintió que su cuerpo respondía sin pensar, siguiendo instintivamente a los demás a la intrincada danza de la muerte.

Luther le pasó el libro a lord Cypher y abrió la marcha. Su negra capa ondeaba salvajemente bajo el huracanado vendaval levantado por los propulsores de las Stormbird.

Zahariel iba seis pasos por detrás de lord Cypher, con el hermano Attias a su derecha. Otros seis astartes, todos veteranos de la lucha en Sarosh, estaban desplegados a su alrededor con las armas preparadas. Tres escuadras de asalto más se estaban desplegando desde sus propios transportes sobre la plataforma de aterrizaje, formando un amplio arco para cubrir los flancos y la retaguardia de la escuadra de mando.

Las pesadas puertas blindadas que daban a los niveles superiores de la arcología ya se habían abierto para cuando Luther y sus guerreros desembarcaron y un extenso grupo de oficiales Jaeger vestidos con uniforme verde luchaban por llegar hasta ellas a través del huracán levantado por los propulsores de las naves de desembarco. A la

cabeza de los soldados Jaeger iba un fibroso y enjuto oficial de rasgos angulosos que llevaba una armadura antifrag manchada por el humo y el uniforme de faena.

—Coronel Hadziel —lo saludó Luther, y su voz atravesó sin dificultad el rugiente viento.

—Es un honor, mi señor —respondió gritando Hadziel. El oficial se sujetaba con la mano el casco para mantenerlo en su sitio y entrecerraba los ojos para protegerse del polvo levantado por las Stormbird—. Siento no haber podido mantenerle al tanto de la situación durante el vuelo, pero los rebeldes han encontrado un modo de interferir en todas nuestras transmisiones. No puedo coordinar a mis escuadras en el interior de la arcología, y mucho menos enviar o recibir señales al exterior.

—No es necesario que se disculpe, coronel. Lo cierto es que esperábamos algo así. —Luther hizo una breve pausa mientras los cuatro transportes despegaban con un rugido que hacía estremecer los huesos. Después continuó hablando en el zumbante silencio que le siguió—. Sin embargo, una cosa que debe quedar clara desde el principio es que los rebeldes no son los responsables de esto. De hecho, hace tres horas he concertado a una tregua con los líderes rebeldes, y ellos han accedido a ayudarnos a combatir a nuestro enemigo común.

Hadziel y sus hombres intercambiaron miradas de desconcierto.

—¿Nuestro enemigo común, mi señor? —preguntó prudentemente.

—Éste no es el momento más adecuado para realizar una reunión informativa detallada, coronel —respondió Luther severamente—. Le aseguro que todo se aclarará cuando tengamos esta situación bajo control. Basta con decir que una camarilla de forasteros alojados aquí, en la arcología, se ha escondido en alguna parte en los subniveles inferiores y están exponiendo toda el área a los perversos efectos de la disformidad.

Con un gesto que le honraba, el coronel Hadziel aceptó el extraño giro de los acontecimientos con sorprendente aplomo. El general parpadeó una vez y asintió secamente.

—¿Qué podemos hacer mis hombres y yo, mi señor?

—Muy bien —dijo Luther con orgullo. Todos a una, los hombres de Hadziel sonrieron y su confianza se vio restablecida. El señor de Caliban les indicó que se acercasen—. Pero antes —dijo—, ¿cuál es la situación y disposición actual de la población civil?

El coronel Hadziel hizo un gesto a dos oficiales, que sacaron un par de paneles hololíticos portátiles y los dispusieron a los pies de Luther.

—Durante las últimas horas ha sido un auténtico caos —dijo Hadziel con preocupación. El coronel presionó una serie de teclas y una imagen transversal de la arcología llenó el aire sobre el panel—. Por suerte o por desgracia, la orden de evacuación llegó de Aldurukh justo cuando habían comenzado los disturbios, de

modo que ya habíamos enviado una orden de traslado y teníamos escuadras de combate en los niveles de los habitáculos cuando ha empezado la revuelta. Esas escuadras nos han proporcionado un tiempo muy valioso para organizarnos y han ahorrado mucha presión a nuestros puestos de control en las primeras fases de los disturbios. De otro modo, seguramente habrían sobrepasado por completo nuestro cordón.

—¿A cuántos civiles habéis conseguido evacuar? —intervino Zahariel.

—A miles, sin duda —el coronel se encogió de hombros—, pero es imposible determinar el número exacto de evacuados. Seguimos intentando dejar pasar a la gente, pero la cosa se ha vuelto muy complicada.

—¿Por qué? —quiso saber Luther.

El coronel Hadziel inspiró profundamente y meditó su respuesta.

—Estas revueltas son mucho peores que todas las que habíamos visto hasta ahora —explicó—. Pensamos que tal vez alguna enfermedad se había extendido en los niveles de habitáculos, una especie de fiebre o de rabia. Los últimos informes que hemos recibido de nuestras escuadras desde los niveles inferiores hablaban de brutales turbas de civiles que atacaban a todo aquello que se moviera. Los disparos no parecían detenerlos lo más mínimo, a excepción de un disparo láser en la cabeza. A los civiles no infectados les ha entrado el pánico y están intentando atravesar nuestros controles para escapar. —La mandíbula del coronel se tensó—. Los soldados han tenido que disparar a los civiles en varias ocasiones para controlar a las masas. —Después presionó otra serie de teclas y señaló la imagen holográfica—. Me he visto obligado a abandonar mi posición inicial y a retirarme al nivel quince, donde hay menos puntos de acceso que cubrir y puedo transmitir órdenes mediante mensajeros.

Casi la mitad de los niveles inferiores de la arcología empezaron a parpadear en rojo.

—Lo hemos perdido todo por debajo de ese nivel, hasta el último de los subniveles, lo que incluye las centrales térmicas de la arcología, los sistemas de circulación del agua y del aire y las instalaciones de reciclaje de residuos. En términos puramente militares, hemos perdido el control de la arcología. —Hadziel separó las manos—. Seguimos intentando salvar al mayor número de civiles posible, pero tenemos que inspeccionar todos los grupos y asegurarnos de que están limpios antes de dejarlos pasar.

Luther se volvió a Zahariel.

—¿Podemos tomar algún tipo de medida para distinguir a los humanos vivos de esos cadáveres andantes?

—¿Cadáveres, mi señor? —Hadziel abrió los ojos de par en par—. Eso no son más que informes de unos soldados asustados. No creerá que…

—Asegúrese de que los puntos de control reciban unidades térmicas de auspex —

lo interrumpió Zahariel—. Incluso un rifle láser térmico servirá. La temperatura corporal de los cadáveres es mucho más baja que la de los civiles a su alrededor.

—Bueno, yo… —empezó Hadziel. Después observó a los astartes y se abstuvo de protestar—. Bien, daré la orden de inmediato.

—Muy bien, coronel —asintió Luther secamente. El señor de Caliban hizo una pausa y estudió la pantalla detenidamente durante un momento—. Ahora quiero que centren sus esfuerzos en los puntos de control del nivel quince y que continúen evacuando a los civiles de los niveles de habitáculos lo más rápido y lo más eficientemente posible. Mis guerreros formarán fuerzas de ataque y atravesarán estos controles. —Luther señaló siete lugares estratégicos por todo el nivel quince—. Luego avanzarán hacia las áreas conflictivas, hacia las centrales eléctricas de la arcología y hacia los centros de mantenimiento.

—Mi señor —Hadziel frunció el ceño—, no tengo manera de saber el número aproximado de individuos infectados en los niveles inferiores, pero no hay duda de que son cientos, puede que miles. Irán a por sus guerreros como polillas sanguijuela sobre un ciervo herido.

—Ésa es la idea, coronel —asintió Luther—. Mis hermanos se encargarán de los cadáveres y librarán de presión a sus soldados. Una vez que hayan terminado de reubicar a los civiles podrá enviar a sus fuerzas a asegurar los niveles inferiores de la arcología. Quiero que asigne un oficial de enlace a cada uno de mis equipos para que se encargue de que no tengan ningún problema para atravesar los puntos de control. Eso es todo por ahora, caballeros. Hablaremos de nuevo cuando vuelva a restablecerse el orden.

Hadziel asintió y empezó a dar instrucciones a sus oficiales, quienes empezaron a impartir las órdenes necesarias de inmediato. Luther se apartó de los Jaeger y avanzó hacia Zahariel, Attias y lord Cypher, que se encontraban a varios pasos de distancia.

—¿Se sabe algo de los rebeldes que se encuentran todavía en el interior de la arcología? —preguntó en voz baja a Zahariel.

El bibliotecario negó con la cabeza.

—Están teniendo la misma suerte con los comunicadores que nosotros —respondió—. No hay manera de saber si han encontrado a los hechiceros o no.

Luther asintió.

—¿Qué opinas de los cálculos del coronel Hadziel acerca del número de cadáveres en los niveles inferiores?

—Creo que se equivoca. —Zahariel negó con la cabeza enérgicamente—. Deben de ser miles, puede que decenas de millares.

—Un ejército de muertos —dijo el hermano Attias con su voz hueca y artificial—. Pero ¿con qué intención?

—Combustible para el fuego —respondió Luther, un poco para sí mismo—. Los

hechiceros están usando la violencia y la sangre para debilitar la barrera entre el mundo físico y la disformidad a fin de facilitar su ritual. —El señor de Caliban lanzó una significativa mirada a lord Cypher, y éste asintió.

Zahariel frunció el ceño ante aquel intercambio de miradas y se preguntó qué clase de secretos habría destapado Luther en la biblioteca prohibida.

—Entonces tenemos que encontrar el modo de atacar directamente a los hechiceros e impedir su ritual —declaró.

—Si los encontramos a tiempo —replicó Luther sombríamente—. El ritual debe de estar a punto de completarse en estos momentos.

—Zahariel puede guiarnos hasta allí —señaló Cypher, y giró su cabeza encapuchada para mirar al bibliotecario—. Sientes las turbulencias de la disformidad generadas por el ritual, ¿verdad?

—Yo… —Zahariel hizo una pausa y miró a lord Cypher y a Luther.

El señor de Caliban lo miraba con expectación. ¿Estaban intentando llevarlo a algún punto concreto? El desencajado rostro de Israfael planeó en su mente como un fantasma. Zahariel movió la cabeza para borrarlo.

—Así es, sí, las siento, pero una exposición tan prolongada a la energía de la disformidad tiene muchos riesgos.

—Hermano —Luther rió irónicamente—, créeme si te digo que si no detenemos este ritual inmediatamente, todos nos veremos expuestos a una energía disforme mucho mayor de lo saludable.

Una extraña y resonante nota salió de la rejilla de voz de Attias. Zahariel se volvió para mirar el rostro de calavera del astartes. El sonido continuó, y el bibliotecario tardó unos instantes en darse cuenta de que Attias se estaba riendo. Cypher empezó a reír también, y Zahariel no pudo evitar unirse a ellos, disipando la tensión del momento.

—¿Y bien, hermano? —interrumpió las risas Luther.

—Dame un momento para concentrarme. —Zahariel inclinó la cabeza y agarró fuertemente el báculo psíquico tratando de enfocar su conciencia a través de la capucha psíquica de la armadura. De inmediato sintió la batiente vorágine de la disformidad que lo rodeaba. Su energía lo lamía como lenguas de fuego e intentaba apoderarse de su alma. Irregulares carámbanos de hielo se le clavaban en la parte trasera del cráneo conforme la capucha intentaba protegerlo de la tormenta.

El remolino giraba a su alrededor y lo guiaba hacia abajo, hacia su centro, como unas inmensas fauces. Zahariel sentía que había algo en su interior; una semilla de oscuridad hambrienta e impaciente por salir.

El bibliotecario se tambaleó ligeramente ante la vertiginosa fuerza del ritual e intentó resistirse a sucumbir en ella con la fuerza de su voluntad.

—La siento —jadeó—. Los hechiceros están intentando abrir un camino para que

salga algo. Como en Sarosh, sólo que… peor, de algún modo.

—¿Puedes llevarnos hasta ellos? —preguntó Luther.

Zahariel se concentró en el vórtice y siguió sus corrientes con la mente. El cortante frío que sentía en la cabeza aumentó. La escarcha se extendió por la vara de metal del báculo psíquico.

—Se encuentra en las profundidades de la tierra —respondió con una mueca—. Podré precisar más a medida que avancemos.

—Excelente —dijo Luther—. Pediremos a Hadziel que desbloquee unos ascensores de mantenimiento para que nos lleven directamente a los subniveles más bajos, después buscaremos su ubicación desde allí.

El señor de Caliban giró sobre sus talones y dio órdenes al coronel Hadziel y a los otros tres líderes de escuadra que esperaban en la plataforma de aterrizaje. Con esfuerzo, Zahariel intentó reorientarse de nuevo en el mundo físico. La transición fue mucho más difícil de lo que esperaba. A pesar del amortiguador que le proporcionaba la capucha psíquica, las energías de la vorágine seguían tirando de él, como si le hubiesen clavado unos profundos arpones en el alma. Se sentía extrañamente obnubilado, como si se hubiese desamarrado dentro de su propia piel, y sabía que la presión de la tormenta aumentaría conforme se fuese acercando al centro del ritual.

Parpadeó para intentar despejarse los ojos y vio que lord Cypher lo observaba especulativamente. Antes de que Zahariel pudiese preguntarle qué estaba mirando, el enigmático astartes se volvió bruscamente.

Descendieron hacia la oscuridad, alumbrados únicamente con las débiles luces de emergencia rojas del interior de la caja de metal del ascensor de mantenimiento. Hadziel había autorizado la activación de cuatro ascensores para permitir que las cuatro escuadras de Luther se desplegasen a la vez y concentrasen sus fuerzas contra cualquier enemigo que los aguardase. Basándose en su experiencia en Sigma Cinco-Uno-Siete, Zahariel eligió los ascensores más cercanos al núcleo térmico principal de la arcología.

La fuerza de la vorágine aumentó de manera constante a medida que descendían. Llegó un momento en que Zahariel apenas tenía que concentrarse para sentirla. Las antinaturales energías penetraban sin esfuerzo su armadura y le rozaban asquerosamente la piel. La escarcha cubrió la barrera protectora de su capucha psíquica y le enviaba alfileres de hielo al cerebro. Los vientos de tormenta lo azotaban sin piedad y tiraban de su mente y de su alma cada vez con más vigor.

Finalmente el ascensor se detuvo con una sacudida a doscientos metros bajo tierra. Habían alcanzado el subnivel más bajo de la arcología. Luther asintió a los astartes que controlaban los mandos, y las puertas se abrieron con un sonido metálico revelando una amplia cámara de techo bajo de permacemento fundido. El ambiente

era denso y húmedo y hedía a descomposición.

Como en los niveles inferiores de Sigma Cinco-Uno-Siete, la tierra había empezado a reclamar el lugar. Brillantes enredaderas de color verde oscuro asomaban a través de las grietas de las paredes y por el suelo, y gran parte del techo estaba cubierto de un húmedo moho verde. Los insectos chirriaban y se retorcían entre las ramas manchadas o zumbaban por el denso aire con sus desdibujadas alas. Una enfermiza luminiscencia azul irradiaba de las colonias de hongos que se reproducían en grupos irregulares sobre sus cabezas, proporcionando suficiente luz a la aumentada visión nocturna de los astartes.

Las escuadras de Ángeles Oscuros salieron rápidamente de los ascensores colindantes. Tres escuadras de asalto tomaron la delantera. Formaron un arco de protección delante de Luther y de su escuadra de mando y orientaron sus armas hacia las tres entradas que había en el extremo opuesto de la cámara. Dos hombres en cada escuadra portaban lanzallamas de mano, y dos de los veteranos al mando de Luther estaban armados con poderosos rifles de fusión de corto alcance. El resto llevaban rugientes espadas sierra y bólters de punta roma, perfectos para la clase de lucha cuerpo a cuerpo que esperaban encontrar. Eran cuarenta, una fuerza importante. Mundos enteros habían sido sometidos con menos hombres.

Luther dirigió a la escuadra de mando hacia la cámara. Su inmensa espada *Anochecer* ardía con refulgencia azul en su mano derecha, y su adornado bólter resplandecía en la izquierda. Zahariel estaba a su lado y agarraba con fuerza su báculo psíquico con ambas manos. El hermano Attias y lord Cypher cubrían la retaguardia. Cypher llevaba su pistola de plasma en la mano derecha y presionaba fuertemente el grimorio encuadernado en cuero contra su pecho.

—¿Sientes el ritual? —le preguntó en voz baja el señor de Caliban acercándose a Zahariel.

Éste apretó los dientes y se concentró a través de su capucha psíquica. El amortiguador ya estaba al límite de su capacidad; el bibliotecario olía la extraña mezcla de circuitos sobrecalentados y de metal congelado. A tan corta distancia, sentía ritmos latiendo a través del rugiente viento psíquico, como notas discordantes salidas de la mano de un loco. Las vibraciones representaban las oraciones simbólicas que hacían emerger las energías de la disformidad al reino físico.

—El ritual está muy avanzado —respondió el bibliotecario reprimiendo un gruñido de desprecio—. Podría alcanzar su punto culminante en cualquier momento. ¡Tenemos que darnos prisa!

Luther asintió. Sus ojos oscuros brillaban con febril intensidad.

—Escucha, Zahariel. Cuando lleguemos al lugar donde se está llevando a cabo el ritual, quiero que te quedes cerca de mí. Tenemos que enfrentarnos a esta entidad juntos. Yo tengo el conocimiento, pero no poseo la capacidad de manipular las

fuerzas de la disformidad.

—¿Enfrentarnos? —Zahariel lo miró extrañado—. Querrás decir expulsarla.

—No —replicó Luther—. Al menos no todavía. —El señor de Caliban se volvió y señaló el grimorio que portaba Cypher—. Este libro contiene el modo de subyugar al espíritu y someterlo a nuestra voluntad si conseguimos llegar hasta él en el momento adecuado, cuando todavía esté débil.

—¡No puedes estar hablando en serio! —exclamó Zahariel—. ¡Es una locura! El Emperador…

—Sí. —Luther se acercó hasta él hasta que casi le susurró al oído—. El Emperador ha prohibido este tipo de cosas. ¿Por qué? Porque teme a los seres de la disformidad. Y eso es algo de lo que debemos aprovecharnos si queremos que Caliban siga siendo libre. —Después miró fijamente a Zahariel a los ojos—: ¿Confías en mí, hermano?

—Sí. Por supuesto. —Zahariel se encontró a sí mismo asintiendo a pesar de las dudas de su corazón.

—Entonces ayúdame. Es el único modo.

Sin esperar una respuesta por su parte, Luther se volvió e indicó a las escuadras de asalto que se dirigieran a la gran entrada a la derecha de las tres que había al otro lado del descansillo. Hasta entonces, el camino hacia el emplazamiento del ritual parecía dirigirse al principal núcleo térmico de la arcología, como en Sigma Cinco-Uno-Siete. Con un par de lanzallamas a la cabeza, la primera escuadra de asalto avanzó por el amplio pasillo lleno de enredaderas. La escuadra de mando de Luther era la tercera en la línea, seguida de la última escuadra de asalto que cubría la retaguardia.

Los cadáveres se abalanzaron sobre ellos por tres lados distintos. A unos pocos cientos de metros, el pasillo se dividía en otro par de amplios corredores.

El enemigo, mostrando tener rudimentarios conocimientos tácticos, permitió que la primera y la segunda escuadra pasasen la bifurcación antes de iniciar su emboscada. Sin hacer apenas ruido, cientos de cuerpos putrefactos salieron arrastrándose de la oscuridad y atacaron el frente de la fuerza de ataque e intentaron llegar al centro desde ambos lados.

Los lanzallamas silbaban e inundaban los pasillos de chorros de abrasador promethium. Los bólters ladraban por todas partes y derribaban a las criaturas que avanzaban hacia ellos con tiros certeros en la cabeza. Los astartes continuaron disparando incluso a pesar de verse rodeados por los cadáveres, que estaban ya a tan corta distancia que podían tocarlos y que, sabiéndose mayoría, intentaban arrastrar a los acorazados guerreros. Las espadas sierra rugían, cercenaban las extremidades de aquellas monstruosidades y les partían el torso en dos.

Los Ángeles Oscuros permanecían hombro con hombro en el reducido espacio, y

no cedían ni un centímetro ante la sobrenatural horda. En el centro de la formación, en la bifurcación de los pasillos, Luther lanzaba gritos de aliento a sus guerreros y acababa con un cadáver tras otro con su pistola. Zahariel y Attias se unieron a él con sus propias armas sumándose al remolino de acero que se cobraba numerosas víctimas enemigas.

Durante varios largos minutos cargaron violentamente contra los muertos andantes. Los cadáveres atacaban cada vez con más intensidad a los astartes y, finalmente, como era de esperar, la presión empezó a disminuir. La fuerza de ataque, sintiendo que ya había pasado la peor parte, empezó a avanzar por el pasillo. Los lanzallamas continuaron silbando y escupiendo, hasta que las paredes del corredor brillaron con el calor y el aire se volvió denso por el humo y el hedor a carne quemada.

Zahariel siguió a Luther a través de una auténtica pesadilla. Avanzaban tras las escuadras de asalto que iban por delante por un túnel de enredaderas quemadas y de cuerpos desmembrados. La matanza había sido increíble; cien metros después, el bibliotecario se vio caminando directamente sobre una alfombra de cuerpos destrozados. En algunas partes sus botas se hundían en montones de sangre y de hueso que le llegaban hasta las rodillas.

Los astartes avanzaban inexorablemente moliendo al enemigo bajo sus pies. Después, sin previo aviso, el pasillo desembocó en una inmensa cámara que crepitaba con antinaturales energías. Habían llegado al núcleo térmico.

Abriéndose camino a través de una tambaleante retaguardia de cadáveres, la primera y la segunda escuadras de asalto avanzaron por la cámara lo suficiente como para hacerle sitio a la escuadra de mando de Luther. Después se detuvieron con las armas preparadas y esperaron las órdenes de su comandante.

Luther y Zahariel entraron en la enorme y tenebrosa estancia con el resto de la escuadra siguiéndolos de cerca. Más adelante, unos arcos voltaicos de color violeta saltaban de la monolítica mole del núcleo térmico y dejaban curvas cicatrices en el suelo de permacemento. El aire apestaba a ozono y al empalagoso dulzor de la carne putrefacta, y les acariciaba de forma invisible la piel agitado por antinaturales energías que irradiaban del vasto círculo ritual en el centro del espacio.

Media docena de gusanos reina estaban enroscados en el exterior del círculo, sus segmentados cuerpos se retorcían frenéticamente en respuesta a la creciente intensidad del ritual. Sus mandíbulas entrechocaban y los múltiples ojos relucían con una energía propia mientras dirigían a miles de cuerpos contra los defensores de la arcología.

Justo al otro lado de los gusanos, en unos puntos minuciosamente determinados a lo largo del perímetro del círculo del ritual, se encontraban los hechiceros. Los terranos vestían unas túnicas desgarradas y manchadas en las que se habían pintado

unos símbolos arcanos que irradiaban una extraña y clara luz. Zahariel vio que su piel era amarillenta con manchas negras y grises, como si ellos mismos no fueran más que meros cadáveres también. Sus cabezas se volvieron con temor cuando llegaron los astartes, pero su líder, una enorme figura que permanecía de espaldas a los Ángeles Oscuros, los hizo volver a la concentración con los puños cerrados y gritando maldiciones hasta que ellos continuaron sus esfuerzos.

En el centro del círculo, Zahariel distinguió unos inmensos anillos de piel escamosa mucho más grandes que el gusano reina que estuvo a punto de acabar con él y con su escuadra en Sigma Cinco-Uno-Siete.

Zahariel sintió una ola de energía en la gran cámara que parecía surgir de las profundidades de la tierra. Unos vapores negros que hedían a sulfuro y a podredumbre empezaron a manar desde el profundo foso donde se encontraba instalado el núcleo térmico. El ritual estaba llegando a su punto culminante.

—¡Se nos acaba el tiempo! —exclamó.

Luther lo oyó y asintió con gesto severo. El señor de Caliban levantó su refulgente espada.

—¡Por Caliban, hermanos! —gritó, y su voz resonó como una trompeta por encima de la algarabía del ritual que inundaba la cámara.

—¡Por Caliban! —respondieron los astartes—. ¡Por Luther!

Y todos a una cargaron hacia adelante.

Los gusanos reina de fuera del círculo reaccionaron de inmediato y se agitaron y chillaron con furia; pero se vieron envueltos en una auténtica tormenta de fuego de bólter, achicharrantes llamas y las abrasadoras olas de los rifles de fusión. Los proyectiles sensibles a la masa atravesaban las densas capas de escamas que recubrían sus cuerpos y detonaban en la carne blanda que había debajo abriendo sangrientos agujeros en los laterales de los gusanos. Dos de las criaturas se sacudían y chillaban bañadas en chorros de abrasador promethium. Una tercera, tras recibir un par de tiros de rifle de fusión en la cabeza y en el torso, estalló en mil pedazos que salpicaron al resto de un vaporoso icor.

Pero a pesar de las terribles heridas, las gusanos reina que habían sobrevivido continuaron luchando. Dos de las criaturas se centraron en Luther y chasquearon las mandíbulas mientras embestían al caballero por la izquierda y por la derecha. Zahariel vio cómo se desenroscaban y recordó al hermano Gideon con el cuerpo partido en dos tras el mordisco de uno de los gusanos.

Pero Luther nació siendo un guerrero, un hombre que había estado luchando contra los monstruos de Caliban toda su vida. Uno de los monstruos embistió. Él se agachó, se apartó a la izquierda y levantó su espada de energía justo cuando el gusano pasaba junto a su hombro derecho. *Anochecer* atravesó el lateral de la cabeza del gusano justo por detrás de la mandíbula y, como si de una garra se tratase, abrió un

ardiente corte hasta la mitad del cuerpo del gusano. El ataque de la segunda bestia se vio bloqueado al embestir la primera criatura, y tuvo que detener su arremetida y deslizarse bruscamente sobre el lomo de la reina herida de muerte. Luther la vio venir y le disparó a uno de los ojos con un rayo explosivo de su pistola. Lord Cypher lanzó un disparo de plasma que alcanzó a la reina en el otro extremo del cráneo un instante después y que abrió un reluciente agujero en el hueso y le frió los sesos en un segundo.

El hermano Attias cayó sobre la reina herida de muerte y empezó a serrarle la cabeza con su rugiente espada sierra. A la izquierda de Zahariel, un violento gusano saltó justo en medio de una de las escuadras de ataque, aplastó a los hombres bajo su inmenso cuerpo y empezó a morder salvajemente sus extremidades acorazadas y sus torsos. Otro gusano, chorreando icor por decenas de heridas de bólter, agarró a uno de los Ángeles Oscuros entre sus mandíbulas y lo levantó aplastando las placas de su armadura como si fueran de papel. El bibliotecario vio cómo el guerrero lanzaba una granada perforante justo entre los ojos del monstruo, y tanto él como la cabeza del gusano desaparecieron en un furioso estallido amarillo.

Zahariel apartó su atención de los gusanos que quedaban y se dirigió al círculo del ritual y a los terranos que salmodiaban frenéticamente. La energía del ritual vibraba en el ambiente; podía sentirla contra su piel como si de un ardiente hierro de marcar se tratara. Se había creado un puente entre el mundo físico y la bullente locura de la disformidad. El bibliotecario sabía perfectamente lo que podía pasar después.

Llegó hasta los hechiceros un momento después, justo a las primeras filas del círculo. Sintió como si acabase de llegar a un sólido muro de relámpagos. El dolor se apoderó de sus nervios; las señales de advertencia parpadeaban en su visión a medida que la respuesta neuronal empezaba a sobrecargar sus receptores sinápticos. De no haber sido por la acción amortiguadora de su capucha psíquica, aquello lo habría matado de inmediato.

Los gritos de los hechiceros se volvieron exultantes. En el centro del círculo, el gusano gigante empezó a elevarse lentamente en el aire. Sus escamas reflejaban el refulgente resplandor de los estallidos de las armas y del fuego líquido. El dolor amenazaba con apoderarse de Zahariel. Necesitó toda su concentración, todo su coraje y toda su dedicación para levantar el báculo psíquico y golpear a las energías de la sala con todas sus fuerzas.

Las energías de la disformidad colisionaron con incandescente furia. Zahariel concentró su ira en el báculo y vertió toda la energía psíquica que pudo a través de éste hacia la sala. Sus energías se concentraron por un momento, resistiéndose; después estallaron como si alguien hubiese reventado una burbuja con un atronador estruendo.

Zahariel cayó al suelo exhausto, pero una fuerte mano lo agarró del brazo y lo

levantó. Luther, como un ángel vengador con su resplandeciente espada, pasó junto a él y se acercó al líder terrano. Su sombra se cernió sobre el hechicero, que se dio cuenta demasiado tarde de que sus fuerzas lo habían abandonado. El terrano se volvió con las manos curvadas como garras ante su rostro, y Luther lo golpeó con su ardiente espada. *Anochecer* le cortó las dos piernas justo a la altura de la cadera, y el hechicero cayó gritando sobre suelo de piedra.

Otro hechicero a la derecha de Zahariel daba sacudidas bajo una ráfaga de proyectiles de bólter. Otro se derretía como la cera bajo una ola de promethium. El bibliotecario sentía que las energías del ritual se volvían inestables conforme los hechiceros iban siendo asesinados, pero el rito en sí continuaba desarrollándose. Se había llegado a un punto de inflexión; el rito había acumulado suficiente energía y nada detendría su culminación.

—¡Cypher! ¡El libro! ¡Rápido! —gritó Luther se volvió y alargó la mano. Después se volvió hacia Zahariel—. ¡Ayúdame, hermano! ¡Tenemos que controlar esto o estaremos acabados!

Una sensación de terror se apoderó del joven astartes al darse cuenta de lo que tenía que hacer, pero Luther tenía razón: a aquellas alturas no tenían otra opción. Apretando los dientes, se tambaleó hacia adelante moviéndose bajo el peso de su dañada armadura, empleando únicamente la fuerza de sus músculos.

Sintió que Cypher le pasaba el grimorio a Luther. El señor de Caliban lo abrió y fue directo a una página en particular.

—¿Sientes las energías, Zahariel?

El bibliotecario asintió. Era prácticamente imposible no sentir las antinaturales fuerzas que impregnaban su mente. Entonces negó con la cabeza con rostro serio.

—Si hago esto, tendré que desactivar mi amortiguador —advirtió—. No hay otro modo de hacerlo.

—¡No temas, hermano! ¡Puedes hacerlo! —Luther levantó el libro lo bastante como para leer las páginas bajo aquella luz irregular—: ¡Ahora repite las palabras tal y como yo las lea!

Zahariel sintió una ola de gélido terror. No había tiempo para discutir. Era actuar o morir. Llevó la mano a una serie de controles en su cinturón y desactivó la capucha psíquica.

La tormenta se abrió paso hacia su cerebro. Unas energías antinaturales se arrastraban por los senderos de su mente. Zahariel gritó ante su blasfemo tacto y sintió la presencia de una terrible inteligencia tras él.

A su lado, Luther empezó a leer en voz alta. Desesperado, Zahariel se concentró en las palabras, apartó todo lo demás y empezó a repetirlas con la misma cadencia y entonación. El astartes vertió los últimos vestigios de su voluntad en aquella invocación de hechicería, y su energía se mezcló con el torrente levantado por el

ritual previo. A cada momento que pasaba, la composición del rito cambiaba.

En el centro del círculo, el gran gusano se desplegó hasta alcanzar su altura completa. Se elevaba por encima de los astartes congregados y sus costados estaban envueltos en un nimbo de terrible luz. Las sombras se movían por todo su cuerpo. Su escamosa carne se abrió y un par de brazos con aspecto humano emergieron y se extendieron a través de la cámara. Los múltiples ojos del gusano relucían con una pálida luz verde, pero, en su reflejo, Zahariel vio que ahora brillaban desde una especie de cráneo de aspecto humano.

Las energías del conjuro de Zahariel envolvieron a la blasfema criatura como una red, pero para el bibliotecario era como intentar cegar a un dragón con un ovillo de hilo. Su conciencia presionaba contra la envoltura, la tanteaba y estiraba sus zarcillos directos hacia el alma de Zahariel.

Era inmensa. Enorme. Un leviatán de las infinitas profundidades, y de una era muy anterior a la aparición del hombre en la distante Terra. Y en cuanto Zahariel hubo terminado de pronunciar las palabras del vinculante ritual, volvió su mirada hacia él.

Luther se interpuso entre Zahariel y aquel ser elevando los puños hacia su inhumano rostro.

—¡Por mi honor y por mis juramentos, yo te ato! —gritó—. ¡Por la sangre de mis hermanos, yo te ato! ¡Por el poder de estas palabras, yo te ato!

La bestia se revolvió entre sus ataduras, y Zahariel se encontró a sí mismo forcejeando con ella. La energía fluía a través de él, brillante y clara, desde un millar de fuentes diferentes al mismo tiempo: las almas de sus hermanos de Caliban que habían jurado servir a Luther. El astartes lanzó un gruñido y redobló sus esfuerzos por mantener al leviatán controlado.

—Libérame —tronó el ser, y sus palabras resonaron en la mente de los Ángeles Oscuros y tiraron del puente entre ambos mundo—. Llevo demasiado tiempo encadenado. Libérame y obtendrás grandes recompensas.

Pero Luther no cedió.

—¡Ahora me perteneces, morador de la disformidad! ¡Me debes obediencia por el Duodécimo Rito de Azh'uthur! ¡Revélame tu nombre!

Ahora el leviatán se revolvió violentamente, y Zahariel sintió que su conciencia tiraba de sus huesos.

—Ouróboros —escupió.

El bibliotecario sintió la respuesta como un bofetón en la cara. La sangre empezó a gotear de sus orificios nasales y de sus ojos.

—¡No quiero el nombre que te han dado los hombres! —Luther sacudió el puño —. ¡Revélame tu verdadero nombre!

—Libérame —tronó de nuevo el ser—. Y todo será revelado.

El leviatán tiraba de las ataduras del rito cada vez con más fuerza. Zahariel entendió por qué. La invocación original empezaba a desvanecerse, y el ser todavía no había sido completamente capaz de manifestarse. En unos momentos se vería obligado a volver por donde había venido.

Entonces llegó hasta él. Zahariel abrió la boca consternado mientras el ser avanzaba por dentro de su cuerpo. Sus venas se congelaron y su piel ennegreció. De su garganta empezó a manar un gélido vapor. Pero el bibliotecario resistió los esfuerzos del monstruo con lo que le quedaba de vida y consiguió controlarlo.

—¡Dime tu nombre! —ordenó Luther.

El ser emitió un furioso rugido.

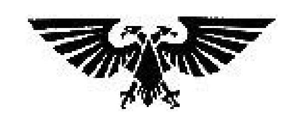
Una repentina ráfaga de energía atravesó la estancia cuando el ritual de invocación fracasó al fin. Aullando blasfemias que partían la piedra y corroían el acero, el leviatán regresó al oscuro lugar del que había venido. El puente se deshizo y la tormenta de energías psíquicas empezó a apagarse.

Un ensordecedor silencio inundó el campo de batalla. Luther se volvió a Zahariel con el gesto cargado de angustia. El bibliotecario cayó de rodillas. El vapor salía de las articulaciones de su armadura. Su báculo cayó al suelo a su lado.

Zahariel miró a Luther a través de una capa de sangre. Sus quemados labios esbozaron una sonrisa.

—Lo hemos conseguido, mi señor —dijo. Su voz era apenas un susurro—. Hemos salvado Caliban.

Entonces cayó hacia adelante, donde lo esperaban los brazos de Luther, y murió.



EPÍLOGO
ANGELES CAÍDOS

Caliban
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

Zahariel despertó bajo la mirada del rostro de la muerte.

—No te muevas —dijo el hermano Attias con su voz hueca—. Sufriste heridas graves en gran parte de tu cuerpo durante la batalla. Es un milagro que sigas con vida.

El bibliotecario se obligó a relajarse y a hacer caso del consejo de Attias. Su mente estaba llena de imágenes y sensaciones, como si todos sus órganos sensoriales se hubiesen hecho añicos y se hubiesen vuelto a juntar toscamente. Tardó un largo momento en reconocer la sensación de la fría luz del sol contra el rostro y el peso de las sábanas de algodón sobre el pecho y las piernas.

Miró a su alrededor moviendo sólo los ojos e intentó averiguar dónde estaba. Las paredes eran de piedra y había un arqueado ventanal junto a su cama. El mobiliario era austero: una mesa y una silla, así como una cómoda para guardar ropas. Sobre la cómoda había un báculo, y al rato se dio cuenta de que era el suyo. ¿Sería aquélla su habitación también?

—¿Dónde…? —preguntó con voz ronca. El sonido de su voz lo sorprendió. Había algo extraño en ella, pero insistió—: ¿Dónde… estoy?

—En Aldurukh, en la Torre de los Ángeles —respondió Attias—. Luther te trasladó aquí cuando los apotecarios dijeron que tus signos vitales se habían estabilizado. Estuviste muerto durante cinco minutos antes de que Luther consiguiera que uno de tus corazones volviese a latir de nuevo. Nadie sabe exactamente cómo lo logró. Hizo algo que estaba en el libro que llevó al núcleo, o eso es lo que yo vi. De todos modos, has estado aquí durante mucho tiempo en un coma profundo,

recuperándote de los daños que sufriste.

—¿Cuánto… tiempo? —preguntó Zahariel.

—Ocho meses —contestó el astartes—. Creo que todos menos yo han olvidado que estás aquí.

«Ocho meses», pensó Zahariel. El número parecía importante, pero no lograba recordar por qué. Imágenes incompletas pasaban a gran velocidad por su mente. Él intentaba retenerlas, pero cuanto más lo intentaba, más rápido desaparecían.

—Estaba… soñando —dijo.

—Supongo que sí —asintió Attias. El astartes rodeó la cama y se dirigió a la puerta de la habitación—. Voy a avisar al maestro apotecario de que te has despertado y a traerte algo de comer de la cocina. Debes de estar hambriento después de un sueño tan largo.

El hombre con rostro de calavera salió silenciosamente de la habitación. Zahariel miró al techo.

—Hambriento —repitió.

Sí. Lo estaba.

Los rostros iban y venían. Attias le llevaba comida, que ingería cuando sentía la necesidad. Descansaba y se movía lo menos posible, y empezó a revisar las fraccionadas imágenes de su mente. El maestre apotecario lo visitaba a menudo y le hacía muchas preguntas para las que tenía pocas respuestas. Por las noches soñaba. En ocasiones se despertaba en la oscuridad y descubría una figura encapuchada que lo miraba desde la puerta abierta. A diferencia de los demás, la figura no tenía nada que decir.

Poco a poco empezó a colocar las piezas de su mente en el lugar que les correspondía. Recuperó el habla, y después el control de sus músculos. Cuando por fin Luther fue a verlo, lo encontró sentado y mirando al cielo por el angosto ventanal.

El señor de Caliban lo observó en silencio durante un tiempo.

—¿Cómo te encuentras, hermano? —preguntó.

Zahariel meditó la pregunta.

—Recuperado —respondió por fin.

—Me alegra oír eso —dijo Luther—. Han pasado muchos meses, y todavía queda mucho por hacer.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zahariel. El astartes se volvió para mirar a Luther.

Luther cruzó los brazos sobre el pecho y arrugó los labios pensativamente.

—Se ha restablecido el orden —afirmó—. Tras expulsar al ser de la disformidad, sus siervos no muertos quedaron inertes, como sucedió en Sigma Cinco-Uno-Siete. Después conseguimos terminar la evacuación y reubicar a los ciudadanos en los niveles superiores de la arcología. Los Bosques del Norte han permanecido tranquilos

desde entonces, aunque los equipos de mantenimiento siguen encontrando restos de huesos en los subniveles.

—¿Y la rebelión?

—No hay ninguna rebelión. —Luther se encogió de hombros—. Acabó en la biblioteca, cuando las mentiras del Emperador salieron por fin a la luz. Al final de las revueltas de los Bosques del Norte el maestro Remiel era el único líder rebelde que quedaba con vida. Lord Thuriel y lord Malchial fueron asesinados en algún momento, no por los no muertos, sino aparentemente por la gente de lady Alera. Aunque nunca lo sabremos con certeza, porque Alera murió mientras dirigía una partida de búsqueda en los niveles subterráneos para intentar localizar a los hechiceros terranos.

—Siento oír eso —respondió Zahariel—. ¿Y qué ha sido de los terranos?

—Los tenemos a casi todos —dijo Luther—. La mayoría se rindieron pacíficamente, pero el general Morten y varios de sus hombres consiguieron eludir el arresto y andan sueltos por las zonas rurales. Estoy convencido de que los encontraremos tarde o temprano. Tenemos cosas más importantes de las que ocuparnos en estos momentos.

—¿Cómo qué?

—Como garantizar que Caliban siga libre del Imperio. —Luther sonrió con frialdad.

Zahariel negó con la cabeza.

—Eso es imposible —dijo con voz cansada—. Lo sabes perfectamente. Hagamos lo que hagamos, al final no somos más que un mundo. Antes o después Terra se enterará de lo que hemos hecho y entonces habrá represalias.

—Tal vez sí, y tal vez no —respondió Luther—. Hemos recibido noticias del Segmentum Ultima. El señor de la guerra Horus se ha rebelado contra el Emperador. Decenas de sistemas estelares están siguiendo su ejemplo y se están librando del yugo del Imperio, y eso, imagino, es sólo el principio. En estos momentos el Emperador tiene muchas más cosas de las que preocuparse que de Caliban. Ahora depende de nosotros sacarle el mayor partido al tiempo que tenemos.

Zahariel entrecerró los ojos.

—¿En qué sentido? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta.

—En el sentido de dominar los secretos que el Emperador ha intentado ocultarnos —contestó Luther—. Lo de la biblioteca aquí, en la Roca, no es más que el principio, hermano. Sólo hemos empezado a escarbar la superficie de todo lo que hay ahí fuera.

Dio un paso hacia adelante, se arrodilló junto a la cama y miró a Zahariel inquisitivamente.

—¿Qué es lo que recuerdas del ritual de la arcología?

—Todo —respondió Zahariel. El astartes recordaba la columna en llamas, el puente entre el reino físico y la disformidad. Recordaba al ente y cómo éste había

hundido sus garras de hielo en su alma.

Luther se inclinó hacia adelante como si pudiera ver en la profundidad de los ojos de Zahariel.

—¿Recuerdas si aquel ser dijo su nombre? ¿Su nombre real?

Zahariel aguantó la mirada de Luther y negó lentamente con la cabeza.

—No —respondió—. Lo siento. Lo intenté, pero era demasiado poderosa para mí.

—Bueno, había que intentarlo —dijo, visiblemente decepcionado. Luther suspiró y se puso lentamente en pie. Después sonrió—. Quizá la próxima vez.

—¿La próxima vez?

—Cuando estés más fuerte, por supuesto —añadió Luther rápidamente—. Debo admitir que subestimé el poder de aquel ser. La próxima vez estaremos mejor preparados. Tienes mi palabra. —El señor de Caliban estiró el brazo y le dio a Zahariel unas palmaditas en el hombro—. Ya te he molestado bastante por hoy. Descansa un poco y recupera tu fuerza. Cuando estés preparado volveremos a la biblioteca e iniciaremos nuestra investigación.

Luther se dispuso a marcharse y se dirigió hacia la puerta. En el umbral se volvió y sonrió a Zahariel con orgullo.

—Caliban está al borde de una edad dorada como la que jamás soñaron nuestros ancestros, hermano. Tú y yo vamos a hacer que eso sea posible.

Zahariel oyó cómo los pasos de Luther bajaban las escaleras. El silencio volvió a la estancia de la torre una vez más. Se incorporó con cuidado de la cama y caminó hacia el centro de la habitación. Levantó los brazos por encima de la cabeza, miró al cielo y empezó a estirar lenta y deliberadamente los músculos, que habían permanecido inactivos demasiado tiempo. Cuando terminó los estiramientos inició una ligera serie de calistenia.

El vil tacto de aquel ser permanecía en su alma como una especie de negra escarcha. No lo había abandonado, porque en realidad tampoco el ente se había marchado. Seguía allí, oculto en las profundidades de la tierra, donde había permanecido durante millones y millones de años. El puente psíquico del que había sido testigo bajo la arcología de los Bosques del Norte no se había creado para atraer a aquel ser de la disformidad al reino físico como en Sarosh, sino para devolverlo a ella.

Zahariel conocía el origen de la mancha de Caliban.

Y sabía su nombre.

Diamat
Año 200 de la Gran Cruzada del Emperador

El cielo sobre Diamat estaba plagado de naves. Las legiones del Emperador llegaron al sistema Tanagra sólo cinco días después de la destrucción de la fuerza de desembarco de Horus en el puerto estelar de Xanthus. Al no tener modo alguno de conseguir las máquinas de asedio de los astartes de Jonson, el almirante de la flota de asalto no tuvo más opción que retirarse de vuelta a Isstvan. La táctica final del señor de la guerra había fracasado.

Lion El'Jonson observaba con admiración cómo el reluciente despliegue de fuerza militar avanzaba dignamente por el ventanal reforzado de su sanctum. Unas gotas de color esmeralda brillaban todavía en el grueso cristal. Con la destrucción de la forja, no habría manera de reparar los daños que había sufrido el mirador durante un tiempo. El primarca lo consideraba un pequeño precio a pagar dado todo lo que había logrado allí.

—¿Cuándo partirás hacia Isstvan? —preguntó a su invitado.

El primarca se acercó al mirador con las manos acorazadas unidas tras la espalda.

—Cuanto antes —respondió con voz profunda—. Ferrus Manus se ha adelantado, ansioso por ejecutar la venganza del Emperador contra Horus. —Después miró a Jonson y frunció el ceño—. Esperábamos aprovisionar nuestras naves aquí antes de continuar hacia la zona de combate.

—Lo siento, primo —suspiró Jonson—, pero el magos Archoi no me dejó otra opción. Teníamos que acabar con las interferencias de inmediato. —Su expresión se ensombreció—. Además, me mintió. Hubiera preferido que me atacase con un cuchillo, cara a cara, a que me engañase de esa manera.

El primarca asintió y volvió a observar Diamat a través del ventanal. Una inmensa mancha marrón rojizo, como la sangre seca, flotaba en el cielo ocre del planeta. El polvo y las cenizas provocados con la destrucción de la forja (y, en menor medida, con la devastación del puerto estelar horas después) habían ascendido a la atmósfera y tendrían importantes efectos en el planeta. A los pocos miles de habitantes que quedaban les esperaban tiempos difíciles durante generaciones.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —preguntó el primarca.

—Por supuesto. —Jonson se encogió de hombros.

—¿Cuándo supiste de la existencia de las máquinas de asedio?

—Ah, eso —sonrió Jonson—. Hace cincuenta años. Estaba estudiando la historia de la Gran Cruzada y vi una referencia a ellas en un parte que Horus le había enviado al Emperador. Las había mandado construir durante el largo sitio de los estados-fortaleza xenos de Tethonus. Horus encargó a los señores de Diamat que creasen máquinas de asedio continentales; inmensas piezas de artillería que devastarían las fortificaciones más poderosas. —El primarca Jonson extendió las manos—. Las

máquinas de guerra tardaron mucho más en construirse de lo que Horus había planeado. Para cuando estuvieron terminadas, la campaña de Tethonus llevaba un año y medio finalizada, y Horus había avanzado hacia otras conquistas, de modo que las armas se almacenaron aquí hasta el día en que viniera a reclamarlas. Después sucedió lo de Isstvan.

—Después sucedió lo de Isstvan. —El primarca gruñó a modo de asentimiento.

—Cuando me enteré de su rebelión me pareció obvio que el camino de Horus lo condujera a Terra —continuó Jonson—. Incluso aunque se impusiese sobre vosotros y sobre todas las demás legiones, el señor de la guerra no podría declararse totalmente victorioso mientras el Emperador se encontrase a salvo en su palacio. No, para que Horus triunfase, nuestro padre tendría que morir. Y eso significaba un largo y costoso asedio a Terra.

El primarca miró a Jonson de nuevo e inclinó la cabeza mostrando su admiración.

—Has llevado a cabo un golpe maestro, hermano. Sin duda. En lugar de enfrentarte a Horus directamente, lo has vencido con sólo un puñado de soldados. —Entonces sonrió maliciosamente—. Estoy empezando a pensar que el título de señor de la guerra se otorgó a la persona equivocada.

—Viniendo de ti, hermano, eso significa mucho. Gracias. —Jonson sonrió ante el cumplido.

—¿Y ahora qué? —preguntó el primarca—. ¿Vendrás con nosotros a Isstvan?

—No —respondió Jonson—. Debo regresar a toda prisa a los Mundos Escudo y preparar a la legión para el viaje a Terra. De hecho, creo que lo mejor es que aparte de ti, de mí y del resto de los primarcas, nadie sepa que he estado aquí. No quiero que el Emperador piense que he hecho esto con algún motivo oculto en mente.

El primarca consideró la propuesta detenidamente y asintió.

—Una prudente elección, y muy humilde, también.

Jonson se inclinó hacia adelante en su silla.

—Por supuesto —dijo con expresión seria—. No hago esto por los elogios, hermano, ni por el poder. Te lo aseguro. Lo hago por el bien del Imperio. Horus se convirtió en el hijo predilecto de nuestro padre por pura casualidad. De haber sido yo el primero que hubiese encontrado, yo sería el señor de la guerra ahora. Sin ánimo de ofender.

—En absoluto. —El primarca sonrió.

—Entonces ¿podré contar con tu apoyo cuando llegue el momento? Tengo la sensación de que el Emperador va a tener que escoger a un nuevo señor de la guerra muy pronto, si la Gran Cruzada va a seguir adelante.

—No hace falta que te conteste —asintió el primarca.

—Entonces ¿hemos llegado a un acuerdo?

El primarca asintió solemnemente.

—Es un pacto que nos beneficia a ambos.

—Excelente —dijo Jonson—. En ese caso, puedes disponer de las armas de asedio cuando las necesites. Con una condición, claro.

—¿Cuál? —El primarca arqueó una de sus finas cejas.

Jonson sonrió maliciosamente a su invitado.

—Debes prometerme que harás buen uso de ellas.

Perturabo, primarca de los Guerreros de Hierro, sonrió con los ojos brillantes como hierro bruñido.

—Por supuesto —declaró—. De eso puedes estar seguro.